

“ACCESS CODE: MARIANA”

Ygdrasil

JORGE BARADIT



Lectulandia

En un espantoso futuro, en Ciudad de México, ciudad-chiquero, ciudad-cloaca, Mariana despierta en una nueva prisión. Adicta a la droga llamada maíz, sanguinaria asesina a sueldo chilena, es elegida por el gobierno para llevar a cabo una serie de peligrosas misiones de espionaje cibernético. Las misiones implican penetrar en las redes biológicas de entidades superpoderosas como el Banco de México, La Nato, la Chrysler y finalmente, el Ygdrasil, entidad madre que hará de todas las mentes pura energía para su supervivencia. Algo está poniendo en jaque un sistema por demás inestable, y Mariana debe averiguarlo.

Lectulandia

Jorge Baradit

Ygdrasil

ePub r1.0
Titivillus 15.08.17

Título original: *Ygdrasil*
Jorge Baradit, 2005

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Presentación

Me temo que, a veces, actúo casi como un suicida. Si no fuera así, no se entendería que en estos tiempos más bien duros, en que los «escritores españoles de ciencia ficción» no logran publicar todo lo que escriben, me arriesgue a olvidarme momentáneamente de ellos y publicar ahora y aquí la novela de un joven autor chileno. ¿Quién me manda a mí meterme en tales berenjenales?

Si he de decir la verdad, ocurre que, al menos en mi modesta opinión, no hay en toda la ciencia ficción escrita hoy en España nada ni siquiera mínimamente comparable a esta sorprendente YGDRASIL que, aparecida en Chile en 2005, ve ahora la luz en una nueva edición hecha en España. Pero antes de hablarles de esta novela, permítanme explayarme en algún que otro comentario general.

Hace ya unos años, tuve la oportunidad de participar en un singular «almuerzo de editores» que reunió en un restaurante de Barcelona a la flor y nata de la edición española de ciencia ficción y fantasía. Allí, tal vez por la presencia y el peso de famosos teóricos de la llamada «muerte de la ciencia ficción», casi todos parecieron dejarse llevar, y sobre todo apostaron, por el mayor éxito comercial de la fantasía. Y, poco a poco, tal vez sin prisas pero también sin pausas, lo cierto es que algunos de los más conspicuos editores españoles de ciencia ficción han ido reconvirtiendo sus colecciones (reimpresiones al margen...) a la fantasía más tradicional, haciendo realidad el augurado mimetismo promovido por el gran éxito popular de la versión cinematográfica de El Señor de los Anillos.

Al fin y al cabo, estamos en un mercado capitalista y la oferta debería condicionar, al menos en cierta forma, la demanda. Mi pregunta es si debe hacerlo en tan alto grado...

Como corolario de esa tendencia que, tal vez debido a mi sesgada visión, me atrevo a etiquetar de abandono de la ciencia ficción en favor de la fantasía, ahí está el Premio Minotauro, cada vez más centrado en temas y tratamientos fantásticos y, sobre todo, la exigencia de los editores de que los autores españoles que antes escribían ciencia ficción acaben pasándose con armas y bagajes al mundo supuestamente más agradecido (al menos desde el punto de vista económico) de la fantasía. Una buena manera de hacer cierta, al menos en España, esa pretendida «muerte de la ciencia ficción», que algunos pregonan desde hace ya más de una década.

Y, ya sea por las expectativas crematísticas que ha desencadenado el Premio Minotauro o por la decidida reconversión capitalista de los que antes he etiquetado como «escritores españoles de ciencia ficción», lo cierto es que cada vez resulta más difícil encontrar buenas novelas de ciencia ficción escritas hoy en España. Al menos

a este editor no le llegan...

Pero a grandes males, grandes remedios. Afortunadamente el español es una lengua extensamente hablada en el mundo y la capacidad creativa, como todo, está sumamente repartida. Si los «escritores españoles de ciencia ficción» no están hoy por la labor de escribir ciencia ficción, si consideran agotada su temática o su capacidad especulativa, no ocurre así en el resto del planeta.

Por eso, antes que publicar una nueva novela de fantasía de las que escriben hoy la mayoría de los «autores españoles que antes cultivaban la ciencia ficción», he preferido echar una ojeada al exterior y ver qué se está haciendo en otros lugares de habla hispana.

Y uno se encuentra con verdaderas sorpresas. E YGDRASIL del chileno Jorge Baradit es, me atrevo a decir, la mejor de ellas. Permitan que les cuente su historia.

Hace ya un par de años, Andrea Palet, entonces la editora literaria de Ediciones B en Chile, se encontró con una novela «extraña». Andrea quería publicar nuevas obras de escritores chilenos y, entre ellas, se encontró con algo novedoso: una novela de indudable calidad literaria con una temática más cercana a la ciencia ficción pero, eso sí, una ciencia ficción «distinta», una ciencia ficción nueva y más bien «a la chilena». Convencida de que tenía en las manos una obra excepcional, Andrea decidió hacer una edición «chilena» de NOVA para incluir este título de un autor joven y, hasta entonces, desconocido.

YGDRASIL acabó convirtiéndose en un gran éxito en Chile, una especie de nuevo revulsivo que relanzó la entonces más bien aletargada ciencia ficción chilena que, inesperadamente, acabó siendo uno de los ejes centrales de la Feria del Libro Internacional de Santiago de Chile en octubre-noviembre de 2006.

Mientras tanto, Andrea Palet me había hecho llegar un ejemplar de YGDRASIL, por si me interesaba hacer una edición en España de esa novela inesperada y sorprendente. Debo decir que hablar de sorpresa es poco. YGDRASIL desafía muchos esquemas previos y, con toda seguridad, es una verdadera revolución en la ciencia ficción escrita en español, como así se lo declararé a un periodista chileno y sigo manteniendo.

Pero, ¡ay!, el hombre es débil. Tras la primera lectura, no me decidí todavía. Leída en un país y un mundo editorial como el español que, como ya he dicho, me parece que tiende a refugiarse en la fantasía más al uso y en cierta forma rehuye la creatividad y la especulación más arriesgadas propias de la mejor ciencia ficción, YGDRASIL se constituía en un verdadero reto para un editor en España.

Después tuve la oportunidad de viajar a Chile con ocasión de la Feria Internacional del Libro que les he mencionado. Allí conocí en persona a Andrea

Palet, a Jorge Baradit y a otros escritores chilenos, y pude percibir el enorme eco que YGDRASIL había logrado en el mundo literario y, evidentemente, en el de los escritores y aficionados a la ciencia ficción.

Volví a pensar de nuevo en atreverme a publicar en España una novela chilena, sabiendo que mis amigos «escritores españoles de ciencia ficción» tal vez se enfadarían conmigo... Debo reconocer que seguía con mis dudas, no por la novela en sí (estoy convencido que es una verdadera obra maestra y revolucionaria), sino por el peso de años de amistad y camaradería con la gente del mundillo español de la ciencia ficción.

Luego ocurrió que Jorge Baradit envió una novela corta al Premio UPC de 2006. Esa novela, TRINIDAD, viene a ser una continuación (o narrativa previa, vaya usted a saber... con Baradit todo es posible) de YGDRASIL. Como una concesión al chismorreo, les diré que TRINIDAD era una de mis candidatas al premio (yo ya había leído, ¡y dos veces!, YGDRASIL cuando llegó TRINIDAD y, como suele ocurrirme con autores que ya han publicado, reconocí muy fácilmente el estilo, la temática e incluso la protagonista...). Pero lo cierto es que no creí que el resto de miembros del jurado la apreciara igualmente. ¡Resulta tan distinta a todo lo que se ha leído hasta hoy...! Mi sorpresa fue casi excepcional cuando me enteré de que la gran mayoría de los otros miembros del jurado también la habían seleccionado como ganadora.

Con eso se alejaron mis miedos. Como Andrea Palet había sabido ver y como mis compañeros del jurado del Premio UPC constataron conmigo, la escritura de Jorge Baradit no deja indiferente a nadie.

Por ello, en la convicción más absoluta de que YGDRASIL merece una amplia difusión es España (y no sólo en Chile), me atrevo a arriesgarme a que los «escritores españoles de ciencia ficción» se enfaden conmigo por publicar YGDRASIL y no una de sus nuevas novelas de fantasía. Los editores, aunque sólo sea de vez en cuando, tenemos derecho a arriesgarnos y no siempre optar por el camino más fácil...

Y vayamos por fin a YGDRASIL, el mayor éxito de la más moderna ciencia ficción latinoamericana escrita en español. El chileno Jorge Baradit inventa y desarrolla con ella el nuevo concepto del «ciberchamanismo», una original mezcla de elementos religiosos, esotéricos y también tecnológicos con la que construye una sorprendente amalgama del ciberpunk de Gibson, el post-ciberpunk de Stephenson y la mitología latinoamericana.

La historia de Mariana, una asesina profesional, lo incluye casi todo: bastante sexo duro, mucho gore, algunos monstruos sadomasoquistas, tecnología ultramoderna más allá del delirio, una tragedia cósmica y una protagonista excepcional.

Una nueva voz, un nuevo estilo y la muestra más clara de la vigencia de las posibilidades de novedad en una narrativa siempre sorprendente.

La historia de YGDRASIL prosigue (o precede, vaya usted a saber...) a la narrada en TRINIDAD (en XVI premio UPC, NOVA número 201), de nuevo con el personaje de Mariana, encargada esta vez de sabotear el proyecto del gobierno Ciudadanía para el Ciberespacio: una transferencia de las funciones cerebrales a un ciberespacio habitado por entidades psíquicas. Posteriormente, en dos historias entrecruzadas, Angélica, una IA, y Magdalena, una policía, descubrirán un trasfondo sórdido en ese novedoso proyecto del «movimiento de los sueños».

No voy a contarles nada más de la novela en si YGDRASIL hay que vivirla en primera persona, hay que experimentarla, hay que sorprenderse de la osadía de Baradit, hay que dejarse llevar por su barroquismo, su desmesura, su pirotecnia narrativa. Bienvenido sea un autor como Baradit, un verdadero iconoclasta sin cuento. La mejor ciencia ficción nace de esos mimbres.

Afortunadamente el mundo es ancho pero no siempre ajeno... Y Chile está a la vuelta de la esquina.

Acabo con el comentario sobre YGDRASIL de dos jóvenes escritores chilenos:

*«La trama es apasionante. Ygdrasil trae a la memoria el delirio ciberpunk del Gibson de *Neuromante* y la fantasía épica de *La feria de los inmortales* de Enki Bilal. Esta lograda amalgama de mitología ancestral y un mundo a lo Neal Stephenson demuestra que en Latinoamérica se puede hacer ciencia ficción, y de la buena».*

FRANCISCO ORTEGA

*«Baradit ha hecho una cruz mutante entre José Donoso, Chris Cáster y Clive Barker. O de Sade mezclado con Chuihuailaf. Ygdrasil tiene todo lo que debería tener —y no tiene— la raquíta literatura fantástica chilena: riesgo argumental, sexo duro, fantasmas *low fi*, monstruos sadomasoquistas, delirante tecnología de avanzada, una tragedia cósmica y una protagonista todoterreno, Mariana, una mujer dispuesta a dar y recibir dolor en singulares y retorcidas formas».*

ALVARO BISAMA

Prometedor, ¿no es cierto?
Que ustedes lo disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

Los perfectos son un número primo siempre.

Frase introducida sorpresivamente en un discurso del ministro de Tecnología y Desarrollo de Canadá, febrero de 2025

Los Perfectos constituyen una red que se dispersó por el mundo con el objetivo de expandir la fisura que los produjo. Son la medida de un nuevo orden. Los produce una ecuación que arroja el nombre de otro dios en su resultado. Son tóxicos para nuestro Universo y su accionar es «ligeramente» distinto. Cuando se les mira a los ojos, parecen estar mirando «ligeramente» hacia un costado, como si dirigieran el foco hacia otro espacio. Su motricidad está «ligeramente» descoordinada con nuestra realidad, y deben moverse con cuidado, procesando previamente sus gestos en una matriz de cálculo que traduce la intensidad y el alcance de sus maniobras, para hacerlas coherentes con nuestro espacio. Ese rasgo les ha dado el nombre de «danzantes». Son células cancerosas generando un quiste en la realidad.

Texto de la entrada «Montsegur» de la Enciclopedia Universal Italiana, en su versión popular de 1957.

En su reedición, aparecida apresuradamente ese mismo año, la cita fue reemplazada por una descripción lata de los materiales usados en el estuco de las paredes de la fortaleza.

Guiamos el desarrollo de la red como se cría al verdadero hijo de Dios. Planeamos su desarrollo como una copia de la estructura neuronal de un santo. Cada nodo diariamente incorporado es una letra del conjuro definitivo. Cuando la última palabra sea agregada, el Altísimo tocará esta obra de sacra artesanía con su dedo hirviente y se alzarán viva, levitando sobre las cabezas de los hombres, entonando una letanía electrónica en nota sol. Todas las mentes se sincronizarán en el tono emitido desde el cielo y serán infectadas de amor a Dios. El alma de la humanidad se elevará en una sola mente, se hará carne y cable como un gran insecto, orando en código binario y comunicando directamente a la corteza cerebral el infinito rostro de Dios.

Transmisión pirata emitida afines del siglo veinte en forma de un virus informático para usuarios.

El contenido fue decodificado por error sesenta años después.



1

RELATO FIDEDIGNO DEL HALLAZGO DE UN CUERPO EXTRAÑO EN EL ESTÓMAGO DEL DESIERTO. DE SU ORIGEN Y DE TODO LO QUE HUBO DE OCURRIR UNA VEZ DESATADOS LOS ACONTECIMIENTOS

Es el atardecer de la segunda semana de febrero. Como todos los días a esta hora, la boca monstruosa de la Coatlicue devora los colores, la luz y el calor de la tierra con su lengua helada llena de estrellas.

La vida del planeta se diluye lentamente por el oriente.

Un náhuatl mira melancólicamente hacia las nubes. Ahora la noche derrama sus negras lágrimas sobre el cielo de México, y los engranajes del calendario celeste, con su caligrafía congelada, sólo le confirman aquello que su estirpe sabe hace décadas: la matemática ha tropezado consigo misma, los números están fallando, la realidad agoniza.

A sólo unos kilómetros de allí, un hombre pintado de azul se arrastra dolorosamente por el centro geométrico del desierto de Sonora, arañando la tierra con sus gemidos. Parece el espíritu moribundo del desierto, saliendo a jirones por la boca del desgraciado en forma de cuchillos kirlian y frecuencias electrónicas desgarradoras. Lloran todos los médiums en ochocientos kilómetros a la redonda, pues dondequiera que miren se les aparece el rostro desfigurado del doliente. Los aullidos del hombre pulsan como una inflamación en los escáneres; son rítmicos a la manera de un código o una serie matemática, espasmos binarios de dolor digital. Una estridencia astral que copa los receptores de microondas, y que ha mantenido despierta a la unidad del ejército mexicano Itzcuáuhli toda la noche frente a los monitores.

—¡Quiero la ubicación de la fuente de las anomalías, y la quiero ahora! —gritó el comandante Ramírez.

Llevaban horas recibiendo informes acerca del extraño comportamiento de la realidad en distintos estados de la Federación Mexicana; pronto el Ministerio del Interior comenzaría a hacer preguntas, preguntas para las que no tenía ninguna respuesta. Todos conocían la difícil situación que atravesaba el militar. Los técnicos del Departamento de Estado habían descubierto que, en una de sus vidas pasadas, Pablo Ramírez Escobar había sido un asesino a sueldo; también habían conseguido rastrear un componente de su estructura psíquica hasta identificarlo con una mujer

que había exigido a gritos la Crucifixión. La Iglesia, políticamente muy poderosa, vetaba secretamente ese tipo de nexos escandalosos, y las instrucciones del gobierno eran claras al respecto: «Sólo almas nuevas o de probada pureza pueden alcanzar los puestos de poder».

Ramírez era una especie en extinción, desesperada por justificar su existencia en una sección perdida en el fondo del escalafón militar mexicano. Lo que menos necesitaba eran problemas. Había medrado en la carrera castrense sin apoyos, con mucho esfuerzo y grandes sacrificios. Sumiso hasta la humillación con sus superiores, soñaba con la bala que en el fondo de su alma reservaba para cada uno de ellos, como el veneno de una araña acurrucada en un rincón, esperando su momento.

—Si no tengo el informe en cinco minutos, voy a empezar a cortar cabezas —gruñó.

—Aún no está completo, señor... La zona se muestra muy inestable y las comunicaciones se cortan con facilidad. Pe..., pero podría leer el boletín preliminar..., señor —dijo nerviosamente un operario.

Ramírez hizo un gesto casi imperceptible y el subalterno comenzó a leer.

—El grupo III, compuesto por dos sargentos, una médium, dos niños y tres perros implantados, informa que pasadas las cuatro de la madrugada hizo contacto con la fuente de las anomalías. En las coordenadas adjuntas encontraron un fenómeno... inesperado.

El subalterno se detuvo y miró a Ramírez.

—Hallaron algo que definieron como un «traspuesto», señor. Una malformación difícil de explicar. Un hombre agónico con su alma desplazada. Su existencia se encuentra traslapada entre su propio cuerpo, un cactus, una roca y una rata. El resto trataba de «aferrarse desesperadamente a la realidad, pero era succionado a jirones por la nada», dice textualmente. Los perros se pusieron histéricos y lo atacaron con furia. Los sargentos tuvieron que matarlos. Los niños no han vuelto a controlar sus esfínteres desde entonces, y la médium... Bueno, ella murió al cabo de unos minutos. Un equipo trabaja a toda velocidad para determinar el paradero de su personalidad original: ella manejaba información clasificada, y establecer la identidad de su siguiente reencarnación es un asunto prioritario.

Ramírez mantuvo la vista en el suelo. La situación era un completo desastre. Sin embargo, no hay nada mejor que una crisis para trepar posiciones.

—¿Alguna información sobre la procedencia de esta anomalía? —preguntó distraídamente.

—No, señor. Excepto una marca en el tobillo izquierdo del sujeto, una inscripción donde se lee *Test probe N° 21*, señor.

Ramírez se mordió el labio inferior. «Tecnología desconocida. Pruebas extranjeras en suelo mexicano. Una grave amenaza se cierne sobre la patria», pensó.

—Perfecto —murmuró, y no pudo evitar el esbozo de una sonrisa.

Ella.

Ella crucificada y toda la humanidad naciendo violentamente entre sus piernas, como una multitud que busca comida. El parto sangriento de toda una especie. Ella como mater dolorosa de miles de cristos arrojados al polvo, aullando, envueltos en placenta, amarrados de pies y manos, sanguinolentos después de atravesar la matriz erizada de púas de la reina de la colmena.

Ella clavada a los meridianos y auscultada desde el interior por insectos electrónicos.

—¡Ayúdenme! —gritó Mariana al abrir los ojos.

Sudaba copiosamente. Siempre era lo mismo, soñar horrores y despertar asustada. Temblando, aferrada a unas imágenes horribles que retrocedían con demasiada lentitud al regresar a la realidad, a su infierno personal. La muerte diaria, cocinada en el óxido de la droga. Siempre cansada de constatar que seguía viva, que nuevamente tendría que luchar para levantar sus miembros hinchados, su cuerpo adolorido, avinagrado, impregnado de la hediondez de la resurrección.

Pero esta vez era distinto. Para su sorpresa, no despertó en su horrible cuartucho de las afueras de Puebla, esa celda de tres por dos, contigua a otras de igual tamaño, habitadas por despojos humanos tan patéticos como ella misma, y administradas por un matón que cobraba dos monedas por día a estos animales que noche a noche llegaban arrastrándose hasta su puerta. Celdas llenas de cucarachas y pulgas, hediondas a excrementos porque casi todos sus habitantes eran adictos al maíz, droga que relaja los esfínteres y los deja tan agotados que no tienen fuerzas para limpiar la inmundicia.

Pero esta vez era distinto. Mariana se encontró en una pulcra cabina de sueño, de esas que había instaladas bajo las aceras en el centro de Ciudad de México. No se había orinado y estaba recién bañada. Miró en torno los blancos cojinetes de espuma, las gavetas llenas de objetos aromáticos. Sonrió, entre feliz y sorprendida. Entonces comenzó a recordar.

Estaba en un callejón, vigilando al tipo que le habían encargado liquidar. Era un traficante de maíz que se había entrometido en el territorio del Guajolote, un mafioso sin piernas que controlaba su imperio desde una enorme bañera llena de agua de mar. El Guajolote había pedido que fuera Mariana la que se encargara del entrometido. No podía dar una mala señal a su competencia, y la chilena era famosa por su crueldad en el arte de matar. Sería una buena advertencia para todos.

Llevaba dos días siguiéndole los pasos al traficante y había decidido que ésa sería la noche del sacrificio. Los efectos de las anfetaminas comenzaban a agudizar los ángulos de su visión de gato, y sentía la adrenalina subiendo a medida que el traficante se acercaba al callejón sin advertir al animal agazapado que, erizado de garras metálicas, esperaba ansioso abrirle las carnes. Mariana tenía las manos

crispadas sobre sus cuchillos. De pronto, sintió un dolor agudo en el cuello e instintivamente se llevó la mano a la garganta. Recogió una aguja; un mareo la invadió y al minuto siguiente observaba, a tres metros de altura, lo que ocurría con su cuerpo abajo en el callejón. Había sido dividida. Químicamente dividida.

Tres furgones militares sin marcas llegaron velozmente al lugar. El equipo de enfermeros que descendió de ellos la desnudó y la sacó rápidamente de allí, casi sin ruido. A partir de ese momento su memoria se desgajaba en retazos nebulosos e inconexos: un hombre bajo, de rasgos náhuatl, muy agresivo. Algo sobre un traspuesto; un encargo, el gobierno muy preocupado, amenazas... muchas amenazas; ella vomitando, un golpe seco en la cara, un grito que le partió la cabeza. Pero sobre todo la luz. Había demasiada.

Intentó recordar algo más pero le resultó imposible. Miró a su alrededor buscando la puerta de la cabina. Se palpó los costados y descubrió que le habían quitado sus cuchillos. Abrió las gavetas buscando algo que pudiera usar como arma, pero sólo encontró cremas y polvos cosméticos. Se sentó con las piernas cruzadas intentando pensar; se sacudió la cabellera negra, cortada a tijeretazos, como queriendo limpiarla de estática. Luego suspiró y se decidió a salir.

Abandonó la cabina con precaución mecánica. Llevaba años tanteando el suelo y oliendo el aire de la jungla urbana, siempre cazadora y siempre presa. Aunque esta vez se sentía algo más tranquila: sabía que si la hubieran querido juzgar ya estaría tras los barrotes de la cárcel de Oaxaca, y si la hubieran querido matar ya sería polvo disperso en algún suburbio de esta enorme costra metálica, ingobernable y llena de laberintos.

Subió con aparente relajó la escalinata que conducía hacia la calle. El sol, suspendido a medio camino de su muerte contra el horizonte de edificios, la encandiló. Reconoció el pasaje Motolinia, a sólo unos metros del Zócalo y en pleno centro histórico de Ciudad de México, el corazón de la megapolis que se extendía por kilómetros a la redonda sobre el antiguo lecho de un lago, el Anáhuac de los aborígenes. Ahora no era más que una mala copia hipertrofiada de las grandes ciudades europeas de antaño, un quiste inverosímil en el costado del continente. México City, «la costra», la llamaban con desprecio. Desde el cielo aparecía como una monstruosa ameba metálica engarfiada a la tierra, semejante a un parásito gris que emanara calor y ruido electrónico. Las carreteras que se enterraban en sus costados no cesaban de inyectarle vegetales, trozos de animales, madera y combustibles que la ciudad devoraba y degradaba, generando más y más calor. Era una reina monstruosa y obesa, incapaz de moverse, voraz e insaciable, sudando y defecando sin parar.

Entre los racimos de seres humanos que se movían en millones por esa caldera, esa mancha rojo sangre que aparecía en los mapas termales de los satélites, Mariana miraba a su alrededor, mareada por la incesante actividad de media tarde en México City. Intentaba comprender lo que le ocurría, pero no podía recordar casi nada.

—Put a la huev a rara —murmuró rascándose la cabeza, sólo para descubrir pequeñas marcas de sutura sobre su parietal derecho—. ¿Implantes? —exclamó para sí misma con horror.

«Debes ponerte en camino. La operación comenzará dentro de unos minutos». La voz imperativa de Ramírez sonó dentro de su cabeza como un cuchillo hundiéndose en su masa encefálica.

—¿Quién los autorizó a implantarme, hijos de la chingada?! —gritó la mujer, tomándose la cabeza a dos manos. El dolor le perforaba el cráneo.

«Tranquilízate. Somos el gobierno de México. Busca nuestras instrucciones entre tus recuerdos recientes...».

—¡Pero si no soy nadie! —interrumpió.

No entendía por qué el gobierno podría interesarse en su persona. Las autoridades preferían matar a la gente como ella en espectaculares purgas transmitidas en directo. No era más que una asesina de barrio miserable, el último depredador de la escala alimenticia. «Mariana la Cortapicos», «la Cuchillo», «la Chilena». Todos desviaban la vista cuando ella cruzaba la calle como un espectro doloroso, con la mirada extraviada, manchada todavía con la sangre y el hedor de su último trabajo.

«Revisen la intensidad de la frecuencia...», oía como a lo lejos. Ramírez hablando con sus técnicos. Pero qué tenía que ver el gobierno con ella, que era apenas un animal salvaje que mataba para drogarse, mientras esperaba desaparecer para siempre en una esquina cualquiera de esta Babilonia monstruosa, tejida estrato sobre estrato con fibra óptica, hormigón y huesos humanos. Ella, la cortapicos, la que sólo mataba a hombres, en un ritual que ya era leyenda, que lloraba mientras despedazaba a sus presas.

«A unos metros te espera un automóvil blanco, ¿lo ves? Ahí encontrarás todo lo necesario para infiltrarte en tu objetivo. Deberás interceptar ciertas cifras del Banco de México y analizarlas antes de la medianoche».

La voz le reventaba los globos oculares, y las uniones del cráneo le ardían como cordones de fuego. «No debes fallar. Si lo haces, morirás». Cada palabra le producía el efecto de un golpe al mentón. Y náuseas. Se sentó en el borde de la acera. No entendía nada.

—Están equivocados. Yo no soy nadie. Me duele tanto... —murmuraba con los ojos apretados y llorosos, confundida por las voces y el dolor de su cerebro inflamado—. ¡Déjenme ir!

«Cálmate, al parecer hay un problema en tus implantes de comunicaciones. No entres en pánico».

Mariana se puso bruscamente de pie.

—¡Déjenme en paz! —bramó, e intentó caminar, pero cayó de bruces contra el concreto de la calle.

La gente se limitó a esquivar el bulto en su camino; nadie intentó socorrer a una mujer desmayada. Nadie prestó atención tampoco a los vehículos que llegaron y a los

soldados que se la llevaron.

Ella.

Ella dentro de ella, luchando por no ahogarse en oscuridad líquida. Enredada en sus intestinos, atrapada dentro de su cráneo. Cuarenta Marianas amarradas dentro de un saco que cuelga de su propia columna vertebral.

Despertó, muy confundida, dentro de un vehículo de seguridad. Miró a su alrededor y sólo vio el interior de una cabina blanca que vibraba y se inclinaba mientras avanzaban hacia un destino desconocido. Se sentía mucho mejor. Es decir, se sentía bien, demasiado bien tratándose de una yonqui de treinta y seis años que acababa de desmayarse de dolor.

—Espero que hayas notado el cambio —dijo Ramírez, hablando desde el interior del cráneo de Mariana.

Ahora, aunque la voz emanaba igualmente de su interior, algo en su modulación producía el efecto de provenir de un interlocutor que se hallase junto a ella. Mariana comprendió en seguida el modo en que debía sostener el diálogo.

—¿A qué te refieres? —respondió con el pensamiento, sin articular palabra.

—¡Aprendes rápido, chamaca! Qué bien —bromeó el militar—. Tuvimos que ajustar un par de cosas en tu cabeza. Disculpa si no puedes recordar tu vida entre los veinte y los veintidós años, pero debimos eliminar experiencias incompatibles con el *software* de comunicaciones. Tampoco recordarás lo que significa la palabra «semilla», ni la sensación de tocar la corteza de un tronco de pino, pero no creo que te importe demasiado.

Mariana se sentía bien. La lenta caída en el pozo de la droga termina por hacerte olvidar el significado de estar bien, física y mentalmente. Al final te has vuelto un organismo semiinconsciente, acosado por el frío y la necesidad, con la vista nublada y todos los sentidos expuestos a la paranoia y orientados al único objetivo reconocible entre tanta estática: conseguir más.

«Quizás me limpiaron de la adicción», pensó. «Quizás me inyectaron alegría química».

—Oye, Ramírez. Creo que cometieron un error. Yo no sé nada de infiltraciones ni de espionaje; creo que...

—Silencio —la interrumpió el militar—. Lo que tú creas no importa.

—Ándate a la mierda. No tengo ninguna intención de trabajar para el gobierno, cabrón. Ahora mismo...

No pudo terminar la frase: acababa de ser violentamente inundada con vértigo sintético. Las paredes se alejaron y todo comenzó a dar vueltas. Sintió pánico, frío, y un sonido agudo que se clavó de lado a lado entre sus oídos; las venas le estallaban, y vomitó en el piso como un animal enfermo.

—Vas a trabajar para nosotros, te guste o no —sentenció Ramírez en tono sombrío—. Además, no es necesario que seas experta en nada; tienes la cabeza llena de chips recipientes, capaces de alojar a decenas de espíritus de colaboradores muertos: médicos, asesinos, ingenieros, lo que necesitemos. Tenemos oficinas en el Más Allá, querida. Nuestros contactados reclutan espíritus gustosos de cooperar a cambio de volver a sentir el mundo, aunque sea a través de una marioneta como tú. No te preocupes, ellos harán el trabajo por ti.

El automóvil zumbaba, meciendo su estructura y los órganos de la mujer, que, acurrucada junto a la portezuela, luchaba por fijar la mirada en un punto cualquiera y así recuperar la estabilidad.

—El grupo que escogimos para acompañarte es particularmente eficiente. Si tu cooperación nos satisface, serás liberada y exorcizada por especialistas, y tu cuenta corriente experimentará un repentino abultamiento. Con papeles nuevos y ese dinero podrás comenzar una nueva vida en cualquier parte del mundo... Excepto en México, por supuesto.

—La vida no es para mí —murmuró Mariana mientras se limpiaba la boca y recuperaba la calma—. Dios se equivocó al mandarme aquí. O quizás soy un ángel que quería vivir experiencias fuertes... —sonrió con dificultad.

—Si no nos ayudas —continuó Ramírez, siempre sombrío—, será peor que morir, te lo aseguro. Terminarás tus días como una esclava sexual de algún suburbio inmundo de Colombia. —Mariana palideció—. Mutilada, sin brazos, sin piernas, incapaz de moverte. Violada ocho a diez veces al día por vagabundos y drogadictos durante seis, o tal vez cuatro años si estás con suerte.

Ramírez sabía que había tocado un punto sensible. La mujer estaba paralizada.

—Te venderemos como a una perra, igual que tu madre.

Algo brotó frío y áspero desde el corazón de ella, una punzada que recorrió toda su piel.

—Si nos ayudas, tendrás una vida de verdad. Sabemos que quieres salir de la inmundicia. Además, tendrías el agradecimiento eterno del pueblo de México y de todo el mundo libre —concluyó, sarcástico, el militar.

Mariana miró hacia la oscuridad por la única ventana del compartimiento trasero del vehículo. Afuera no se veía nada, no había nada. Apretó las mandíbulas e intentó controlar su angustia.

—Díganme qué tengo que hacer.

Pocos minutos más tarde, mientras los técnicos le transmitían las instrucciones en código mnemónico bajo el umbral de la conciencia, Mariana se perdió en un recuerdo, en el fondo de un reflejo que emanaba de la moldura cromada del vehículo. Ejercitaba el viejo juego de diluirse en un detalle de la pared para mitigar el dolor, aquel mandala que invocaba para huir de su cuerpo cuando ella era niña y su padre no era su padre. Puertas que atravesaba para encerrarse en la penosa fortaleza donde se congelaba de soledad: el ruido de un carro, los destellos de los postes de alumbrado

pasando por la ventana como la gráfica cardiovascular de un muerto. Su corazón abandonado en un rincón, la mirada perdida y el zumbido de la información colándose en su memoria.

Miguel Alvarado era el joven representante del pueblo por el estado de Yucatán, y celoso supervisor gubernamental de la operación que se llevaba a cabo. Él y Ramírez se entendían a la perfección. Ambos se hallaban en las gradas intermedias de la escala de poder, y se ayudaban mutuamente con entusiasmo mientras llegaba el momento de clavarle al otro un puñal en la espalda.

Alvarado estaba cómodamente sentado en el sillón de Ramírez al comenzar el despliegue de los monitores que seguían los movimientos de Mariana. Su impecable imagen combinaba a la perfección con su estudiada forma de aposentarse: la pierna cruzada sobre la rodilla comunicaba distensión y relajo; el cuerpo recostado sobre el respaldo del sillón, seguridad, y la cabeza erguida y el mentón retraído, dignidad. Su presencia oficializaba la puesta en marcha de la operación, y Alvarado estaba decidido a no perder esta oportunidad de hacer sentir su poder.

—Y dime, Ramírez, ¿cómo va el entrenamiento de Mariana? —inquirió, con un tono por sobre el volumen habitual de una conversación.

Todas las cabezas giraron en su dirección.

—No muy bien —gruñó Ramírez, incómodo. Ese tipo de manipulación psicológica lo sacaba de quicio. Lo suyo no eran las sutilezas comunicacionales sino el grito o el comentario lacónico; la política y sus rincones lo descolocaban—. Ya hemos perdido tres días ajustando el equipo. Su mente es todo un caso: aún no entiendo por qué la escogieron a ella.

—Eso no importa —dijo Alvarado, sin molestarse en mirarlo—. Quiero saber qué le dijiste sobre nuestro problema.

Ramírez miró de reojo a sus subalternos. Era una pregunta humillante: todos estaban al tanto de la información transmitida a Mariana, y hacer que él la repitiera era tratarlo como a un escolar. El militar decidió jugar ese ajedrez y caminó dos pasos hacia la ventana, dándole la espalda a su contendiente con estudiada indiferencia. Sabía que su gente lo miraba y no quería perder autoridad.

—Ella sabe lo que el gobierno decidió que debía saber —dijo con voz fuerte, insistiendo en la palabra «gobierno» para recordarle que los dos reportaban al mismo jefe—. Pero, por si no lo tienes claro, te lo voy a repetir. Ella sabe que descubrimos a un sujeto de prueba en el desierto, sometido a un tipo de experimento que desconocemos. Sabe que se trata de una tecnología absolutamente nueva, limpia, muy destructiva, con alcances militares insospechados, lo que por lo tanto constituye una amenaza para la seguridad nacional. Sabe también que el traspuesto liberó egos de vidas pasadas y se contaminó con esencias insostenibles, como recordar haber sido una roca y tener que acoger esa reminiscencia infinita. Traer a la memoria el haber

estado enterrado dieciocho millones de años a quinientos kilómetros de profundidad no es algo que la mente humana pueda resistir sin daño.

»También se le informó que la internación de esa tecnología se realizó a espaldas del gobierno, y que nuestra misión consiste en infiltrarnos en el Banco de México para seguir la única pista que tenemos: unos movimientos bancarios inusuales referidos a la importación de aparatos médicos en las fechas en que se desataron los hechos de Sonora.

Alvarado miró de reojo a los técnicos que terminaban de conectar los racimos de aparatos que controlarían la evolución del operativo.

—¿Ella sospecha algo acerca de por qué la escogimos?

—No —recalcó Ramírez con energía—. Y, a decir verdad, yo tampoco. No me explico por qué se decidieron por ese espantapájaros drogadicto para una operación tan relevante. Si me hubieran preguntado...

—Pero nadie lo hizo —interrumpió el político con suavidad—. El gobierno considera este operativo como estratégico. No pensarás que iban a dejar las decisiones importantes en manos de militares... —Sonrió—. No lo tomes a mal. Tú me entiendes.

Ramírez no lo entendía, y lo tomaba muy mal. Pero guardó silencio.

—De acuerdo con «mis» planes —dijo Alvarado, marcando sutilmente el posesivo—, Mariana es la mejor elección que podríamos haber hecho.

Ramírez suspiró. Ya tenía 48 años y la fila de culos por lamer se perdía en el horizonte de su carrera empantanada como un bocado amargo en la garganta. Suspirando, se acercó a los monitores y pidió el perfil digital de Mariana; al verlo, casi se le salieron los ojos. La imagen de la mujer aparecía rodeada de una maraña de vínculos, vasos comunicantes, infecciones digitales y seguimientos policiales; todo un karma electrónico muy ruidoso. Ramírez sintió que entraba en pánico.

—¿Quieres decirme que esto es tu mejor elección? —vociferó, perdiendo la compostura por primera vez—. ¿Medio México la busca y tú la usas como espía?

A Alvarado no se le movió un músculo.

—¡Esa mujer, ese esparpento —continuó Ramírez—, deja un rastro tan notorio como un animal herido en la nieve! Debemos abortar la operación de inmediato. Voy a dar instrucciones para traspasar la responsabilidad a una unidad de confianza...

—¡Basta! —cortó el político—. ¿Es que no entiendes nada? Mariana es sólo una carnada, un trozo de carne para atraer a los tiburones. ¿O tú crees que íbamos a enviar personal clasificado a realizar la infiltración? —Alvarado sonrió, sarcástico—. El Banco de México es una empresa privada, ¡por Dios! Si descubren a un agente oficial infiltrándose en sus instalaciones, el escándalo sería enorme: ¡podría derrocar al gobierno!

Ramírez lo miraba, sintiéndose estúpido.

—Ella será la vara con que probaremos el alto voltaje de sus cercas. Ella es un mensaje que sin duda leerá quien corresponda: los estamos vigilando, sabemos lo que

están haciendo.

—Pero la destruirán...

—No te preocupes; leerán el mensaje y eso es todo lo que nos interesa por el momento. Ella no es una agente del Estado; no podrán sacarle nada importante de sus neuronas, excepto lo que nosotros queramos que sepan, por supuesto.

Ramírez estaba furioso. Había sido humillado sin misericordia en presencia de sus subalternos. Gritó un par de órdenes a los técnicos y salió de la sala con la cólera a flor de piel. Alvarado lo vio retirarse con una sonrisa.

—Indígena con charreteras...



2

CRÓNICA VERDADERA DE CÓMO LA MUJER ENTRA EN LA CAVERNA DEL DRAGÓN MÉXICO Y DEL MOMENTO EN QUE ÉSTE SE DESPIERTA Y LA DEVORA SIN PREGUNTAR

Las redes de comunicaciones se habían convertido en carreteras blindadas por donde la información viajaba segura, encapsulada en encriptados imposibles. La única posibilidad de robar información era recurriendo al viejo sistema de forzar la cerradura y entrar como un ladrón agazapado, evadiendo los sistemas de seguridad y huyendo antes de que sonaran las alarmas y las mandíbulas de acero se cerraran sobre la carne del intruso.

Mariana llevaba ocho horas colgando de un garfio y respirando por una mascarilla dentro de un ducto de evacuación de desechos orgánicos. Cada quince minutos el edificio del Banco de México orinaba a través del ducto y Mariana podía avanzar unos centímetros sin ser detectada. El esfuerzo de marchar contra la corriente de desechos era enorme y los brazos le dolían. «¿Qué mierda estoy haciendo aquí?», se preguntaba una y otra vez mientras permanecía colgada, como una pupa, de las paredes interiores de la uretra del edificio.

Al cabo de catorce horas había logrado por fin penetrar el casco del edificio, a la altura del piso cuarenta bajo tierra. Desde allí sólo le tomó una hora llegar hasta el centro de la estructura tubular que albergaba la médula espinal de la construcción. La médula, de ocho metros de diámetro, se extendía por toda la edificación conectando los pisos y coordinando todas las funciones biológicas y administrativas de la empresa. Era el sistema neurovegetativo de una nueva generación de edificios vivos, monstruosas neuronas de exoesqueleto metálico llamadas colmenas.

Para abrir con comodidad su traje elástico de seguridad Mariana enganchó el seguro de su cinturón a un tubo que se insertaba en la médula. Metió una mano entre sus piernas y del ano se extrajo un pequeño cilindro metálico que insertó en su nariz. El tubito desplegó unas garras minúsculas que lo aseguraron a las paredes de la cavidad nasal; luego, una aguja se extendió lentamente hasta la base de su cerebro. Del otro extremo ella extrajo un cable de entrada, delgado como un cabello, que insertó en una de las arterias que a su vez se hundían en la médula del Banco de México. Por sencilla osmosis, la fibra interventora era capaz de oír y discriminar entre los datos transmitidos a través de sus fibras de mielina. El tubo metálico en la nariz de Mariana modulaba la información y la codificaba en forma de imágenes y patrones aleatorios, perdidos en la vorágine de recuerdos de infancia del recipiente.

Por el sabor acre en la boca y un cosquilleo en un punto indefinido del paladar supo que estaba transmitiendo los datos a la central. Estiró un poco los miembros, respiró hondo y sonrió, feliz por el éxito de una operación que unas horas antes le habría parecido imposible. Su mente comenzó a volar entre pensamientos agradables. «Estoy divagando», se dijo, sorprendida. El maíz era una droga esclavizante y la adicción no daba tiempo de pensar en otra cosa que no fuera conseguir más. Te mantenía todo el día miserable, como un lobo famélico que sólo se sacia mientras devora a dentelladas los gramos siempre escasos, para quedar nuevamente vacío, ansioso y sediento. La sensación de calma que envolvía a Mariana la embargó de emoción; se sentía viva, despierta, humana de nuevo, lúcida. La repentina revelación agrietó su fortaleza y una primera gota salada se filtró desde su fuente para caer lentamente por su mejilla. De pronto era consciente de la muerte en vida por la que se había arrastrado durante tantos años.

Fue una larga noche, en la que lloró lo que nunca había llorado. Lloró por su madre, por su padre, por sus víctimas; por la pesadilla que la aterrorizó de niña, de la que acababa de despertar con unos pesados treinta y seis años sobre sus hombros, en un cuerpo de mujer medio seco por la falta de afecto.

Era un llanto de nacimiento, ahí en la oscuridad, a cien metros bajo tierra.

En la sala de control, Ramírez y sus subalternos se miraban sin comprender. ¿Qué era esa anomalía? Nerviosos, sudaban evaluando los datos, revisando las gráficas, sopesando una posible incompatibilidad química. ¿Qué era ese llanto interminable y desgarrado que les llegaba por los comunicadores desde las entrañas del Banco de México? ¿Qué ocurría?

A las ocho de la mañana apareció Alvarado con una taza de café en la mano. Los tacos de sus zapatos resonaban en las baldosas aislantes de los pasillos. La noche había sido larga y el sueño corto, de modo que el café tendría un par de polizones disolviéndose clandestinamente en el fondo de la taza. Nada anormal, apenas el rito diario de la clase ejecutiva, incapaz de renunciar a ciertos químicos a esas alturas imprescindibles para sostener el ritmo endemoniado que exigían las responsabilidades laborales. Todos en el gobierno apoyaban la lucha contra las drogas, pero todos sabían también que sin ellas, con los hombres agotados e imposibilitados de contener el estrés y la exigencia de forma natural, el sistema se derrumbaría. Los destinos del país estaban en manos de una banda de drogadictos obsesos, necesariamente relacionados con y chantajeados por hermandades del comercio ilegal.

—¿Cuánto falta? —preguntó en medio de un bostezo.

Ramírez no despegó la vista del monitor.

—Estamos en itinerario. Esta niña resultó ser buena y nos está transmitiendo más información de la que pensábamos.

—Bien por ti —respondió Alvarado, estirando los brazos—. Recuerda que tus galones dependen de tu eficiencia en esta operación.

El militar tragó saliva y se negó a contestar; era demasiado temprano para responder a las provocaciones. Además, Alvarado era un político joven, asignado a esta misión —que no era precisamente un premio— para medir su desenvolvimiento, de modo que sus situaciones eran bastante similares.

—¿Qué vas a hacer si los del Banco no la descubren pronto? Supongo que tienes un plan de contingencia...

—¡Shht! —interrumpió Ramírez, muy concentrado—. En diez segundos va a comenzar la fiesta.

El político volvió a bostezar sonoramente, sólo para burlarse de la expectación del militar.

—¡Ahora!

Dos monitores se apagaron y una pantalla apareció flotando en el centro de la sala. Redes de fibras luminosas describían veloces trayectorias en torno de un punto violeta; poco a poco las fibras fueron conectándose a ese punto, hasta que toda la gráfica quedó inmóvil, pulsante, ingrávida. De la nada surgían letras que indicaban vectores, y unas gráficas se derramaron hasta el suelo. Un reloj inició una cuenta retroactiva de cinco segundos y toda la sala quedó a oscuras.

Al principio Mariana no percibió nada anormal, salvo el cese del cosquilleo en el paladar. Luego notó que el zumbido también había cesado y supo que algo andaba mal. Quiso moverse, pero no pudo. Las luces de seguridad que cargaba consigo se apagaron y se encontró de pronto sola, a cien metros bajo tierra, presa del pánico pero incapaz de gritar; paralizada por quién sabe qué químico, estaba atrapada en los intestinos de un monstruo que la había identificado como cuerpo extraño y que en cualquier momento comenzaría algo muy parecido a una digestión.

Ramírez la había abandonado.

—Ahora cuéntame qué fue lo que hiciste —preguntó Alvarado.

En su rostro había trazas de preocupación que Ramírez, entusiasmado con su éxito, interpretó como irritación mal escondida ante la genialidad de su maniobra.

—Mariana —dijo en voz alta, imitando la actitud del profesor que comienza una lección— resultó más eficiente de lo que pensábamos. Los imbéciles del departamento de seguridad del Banco de México no fueron capaces de detectarla. Entonces le di un giro al operativo —continuó, satisfecho («patéticamente satisfecho», en opinión de Alvarado)—. Me comuniqué con ellos y les dije que estaban siendo infiltrados. Su sorpresa fue mayúscula. Antes que pudieran decir nada los amenacé con informar a la prensa de la situación si no cooperaban. Les aseguré que el descrédito y la fuga de capitales serían inevitables, y que la ofuscación de sus superiores sería tal que no daba una moneda por sus vidas.

Alvarado observó los rostros embobados de los subalternos de Ramírez con una mezcla de asco y rabia. La táctica era tosca, grosera, carente de toda sutileza; una

simple amenaza de gorila.

—Les exigí de inmediato la información completa acerca de los movimientos bancarios que necesitábamos. Nos ahorramos un par de semanas de investigación, por lo menos.

Ramírez sonrió, buscando la aprobación de su gente. «Qué espectáculo», pensó Alvarado.

—Y, ¿qué te pidieron a cambio? —preguntó con calculada indiferencia, haciendo girar el café dentro de la taza.

—La ubicación de Mariana, por supuesto.

—Por supuesto —murmuró Alvarado, contrayendo las mandíbulas.

Ella.

Ella embarazada, con el estómago lleno de cuervos.

Una muchedumbre grita y se remueve virulenta bajo la tierra, entre válvulas y pasadizos. Del cielo llueven ojos izquierdos.

Ella maúlla lastimosamente, se rasca los parásitos alrededor de la boca mientras arrastra su prole nonata bajo la tormenta. Con el alma cayéndosele a pedazos, deja un rastro. El Via Crucis tiene la forma del circuito impreso en su paladar. Y es un nombre.

Despertó ahogada en un grito, pero no pudo moverse. El cuadro le encogió el corazón. Estaba desnuda, de alguna manera fijada a la cubierta de una mesa de madera negra que ocupaba casi toda la superficie de una sala de reuniones pintada de blanco. Sentados en torno, unos doce hombres de edad heterogénea y traje formal la contemplaban. Sobre la puerta entornada distinguió una placa metálica con el logo iridiscente del Banco de México.

Durante un par de horas Mariana intentó comunicarse con ellos. Pidió, exigió, gritó. Los amenazó, les rogó, inútilmente. Cuando agotó incluso las lágrimas, uno de ellos se puso de pie y extrajo de su bolsillo un punzón. Sobre la piel del torso le dibujó unos hermosos kanjis donde se podían leer, a pesar de la sangre, los pasajes luminosos del Sutra del Loto. Luego le atravesaron los pezones con clavos de cobre finamente tallados, y le cortaron los párpados con una tijera antiquísima, de acero templado y orejas talladas en madera de nogal. Uno de los hombres, de rasgos asiáticos, le hundió un bisturí con mango de bronce a la altura del chakra Anahata, y practicó un corte longitudinal hasta llegar al pubis y dividir el clítoris por la mitad.

Otro personaje, de origen indefinido, se acercó lentamente con un martillo en las manos. Semiinconsciente, entre la angustia y el ahogo del dolor, la mujer alcanzó a gemir, aunque sin esperanzas:

—No, por favor...

Entonces la crucificaron a la mesa.

Le arrancaron dientes y algunas uñas. Le extrajeron costillas y dedos. Alinearon

todo cuidadosamente en torno de ella como un gran mandala de restos humanos, mientras entre dientes repetían la palabra «Perfecto», acentuando el final. A Mariana se le salían los ojos de las órbitas intentando ver más allá de la niebla y la asfixia del martirio.

De pronto el ritual pareció llegar a su fin. Sólo el jadeo mínimo de la mujer anunciaba que esos despojos desordenados, sanguinolentos, habían sido un ser humano. Entonces entró ese otro hombre. Con una daga le abrió lentamente el costado, copuló con ella a través de la herida y eyaculó en su interior al cabo de unos minutos. Luego, con una enigmática frase dio por terminada la reunión.

Los trece hombres se retiraron y alguien más llegó para clavarle un gancho a la cadera y arrastrarla a un ascensor. Salieron a un estacionamiento y Mariana vio cómo la arrojaban al compartimiento de carga de una camioneta que de inmediato se puso en marcha. Seguía semiinconsciente, y cada imperfección del pavimento la atravesaba con dolores lejanos como recuerdos. Sintió la luz cuando abrieron la camioneta, sintió el impacto de su cabeza contra el suelo cuando la empujaron fuera. Oyó algo acerca de la altura del puente y la profundidad del río. El cielo estaba muy azul.

Sintió una repentina ingravidez y luego el golpe contra el agua. Había cierta calma en todo lo que ocurría; Mariana veía las algas mecerse y las burbujas ascender a la superficie mientras se hundía. Se hundía, sabía que se hundía, de espaldas hacia el olvido; dentro de poco la oscuridad la abrazaría con su tela espesa, la muerte la cubriría casi con ternura. «Ya pasó todo», le susurraría mientras ella se hundía en el sueño, como una novia dolorosa.

Todo parecía un sueño.

Las algas la envolvieron con sus dedos transparentes cuando casi tocaba su cuna definitiva. Entonces, desde el fondo del limo emergieron unos brazos que la estrecharon. Mariana oyó una voz diciéndole al oído:

—Llevo veinte años esperándote.

Ella.

Ella en un paisaje con los colores mal calibrados.

Una cuerda baja desde el cielo y la sostiene colgando de los pies. Sangra por la nariz. Debajo de ella, en un charco de sangre de cinco metros de profundidad, nadan peces extraños e ideas desesperadas.

Ella, murmurando un nombre que no recuerda mientras un insecto le hace una cesárea. En las antípodas del planeta, un sacerdote levanta la hostia y un aullido brota del cáliz. El insecto entra por la herida del parto y se acomoda para dormir.

—¿Los de seguridad del Banco de México enviaron la información? —preguntó Alvarado.

Eran las tres de la mañana, tenía el cabello desordenado, la corbata en el bolsillo y unas ojeras que le llegaban a las rodillas.

—El último paquete llegará en dos horas. Han debido sortear su propio sistema de seguridad y los segmentos de datos se están transmitiendo codificados en cadena. Sólo cuando los hayamos recuperado todos podremos reconstruir el conjunto.

Ramírez no desvió la vista de un teclado-ouija de fabricación reciente. Las curvas del teclado de color siena simulaban un cangrejo, y las terminaciones eran exquisitas.

«Qué estúpido», pensó Alvarado. «Es obvio que están ganando tiempo. Para cuando hayamos reconstruido la información ellos ya habrán limpiado toda evidencia y descubriremos que nuestros datos son basura».

—¿Ya sabes qué hicieron con Mariana?

—Seguramente algo horrible. Esa gente busca destruir el cuerpo, pero también inutilizar el espíritu —murmuró Ramírez, tecleando la ouija con nerviosismo—. Si conseguimos rastrear sus residuos en el plano astral, probablemente veremos las condiciones desastrosas en que dejaron su esencia —sonrió—. Un guiñapo desmoronándose como una figura de barro seco. El problema es que...

Se detuvo para teclear un comando avanzado.

—En esas condiciones debería estar dejando un rastro visible, algunas brasas kirlian aquí y allá. Pero no hemos detectado nada con el sello de ese grupo misterioso que opera con el Banco de México.

—¿De los Perfectos? —inquirió Alvarado distraídamente.

—¿Quiénes? —lo miró el militar muy sorprendido.

—Nada, nada. Es sólo un término de usuario.

Alvarado salió de la sala con una sonrisa teatral, encantado de ofuscar al mono con uniforme, como lo llamaba a sus espaldas.

—¡No busques a los vivos entre los muertos! —gritó desde el pasillo.

«Típico de los políticos —pensó Ramírez—: jugando a hacerte sentir desinformado».

—No encontramos reencarnaciones con el perfil de la identidad Mariana, señor —lo interrumpió un oficial—. Tampoco posesiones con su patrón de aura.

La preocupación de Ramírez se tornó evidente para todos. Era muy importante que la mujer estuviera fuera de circulación, pues un cabo suelto en una operación encubierta tan comprometedora como ésta se leía como un fracaso inexcusable. Gobiernos completos habían caído por menos, aunque siempre volvían al poder de una u otra manera. Pero los responsables directos, los funcionarios como él, con suerte podían rehacer sus vidas en otro país. Con suerte.



3

DE CÓMO EL SELCONAMO SE APERCIBE DE LOS PADECIMIENTOS DE LA MUJER MARIANA Y DE LOS HECHOS DE PEDRO EL ERMITAÑO, SEGÚN TESTIGOS DE GRAN VERACIDAD

Ella.

Ella clavada a una pared en el centro de un campo arado.

Ella sabe que bajo la pared hay un elefante enterrado de pie. Ese elefante es el que evita el desplome del mundo. Un ladrido sale de los ojos de ella y la multitud huye despavorida, porque en el ladrido hay cosas que nadie quiere saber. Un pez atraviesa la escena y sabemos que en realidad todo ocurre bajo el mar.

—¿Cómo te sientes? —pregunta de improviso un hombre muy extraño—. Soy quien te rescató desde el fondo del río. Entré para ver tu estado. Intenta descansar; tu recuperación tardará un par de semanas más.

Mariana lo miraba con asombro mientras aquello se transformaba sucesivamente en una mujer, una carta de tarot, un campo de margaritas, un caballo árabe, el cielo estrellado de esa mañana en Tlatelolco, una voluta de humo de su primer cigarro de marihuana.

«Todo está muy raro desde que aparecieron los selknam», se dijo.

Un escarabajo entró por su nariz resonando como un viejo reloj de cuerda.

El selknam tenía a Mariana colgando de un árbol por los pies, en un lugar de la sierra del estado de Guerrero. Alrededor del tronco había dispuesto un círculo de rocas negras y cuatro espejos marcando los cuatro puntos cardinales. Sobre los espejos había derramado palabras poderosas y pétalos de flores.

Llevaba dos días girando ritualmente en torno del árbol, para frenar la fricción con que el tiempo desgasta las cosas y así disminuir su efecto erosivo sobre la memoria de Mariana. La danza se sostenía sobre un canto de tres notas musicales que estimulaban curativamente su glándula pineal. Al tercer día desenterró los pulmones de la mujer y los sumergió en agua consagrada antes de reintegrárselos. Puso un pez minúsculo en cada ojo antes de devolverlos a sus cuencas. Abrió un lobo por el estómago y extrajo el corazón de Mariana, que había estado escondido allí durante

días, lejos de la mirada de la muerte. Cosió las heridas con fibra de cactus y se sentó a esperar.

A los nueve días ocurrió la maravilla. Con el primer rayo de sol se oyó un llanto de bebé saliendo del árbol, que crujía angustiado; poco a poco el llanto alcanzó su adultez. Saltaban las astillas, la corteza se resquebrajaba. De pronto, una mano rompió la corteza y afloró buscando asirse, luego otra mano; era Mariana, luchando por romper el cascarón y salir a respirar. Finalmente el tronco cedió, la corteza se deshizo y Mariana emergió envuelta en savia y musgo, vomitando tierra. Puso un pie fuera del círculo de rocas y cayó desvanecida a los pies del selknam, que permaneció sentado, indiferente, recortado contra el sol de la mañana.

Las aves no cruzaban el espacio por encima de él.

Ella.

Ella recostada durante mucho tiempo junto a un gato con forma humana.

—Despierta —susurró el selknam.

Mariana abrió los ojos y lo vio en cuclillas junto a ella. No supo si le despertaba curiosidad, sorpresa o asco. Se sentía extraordinariamente calmada. Podría haber visto al diablo y no le habría producido mayor efecto. De todas formas, lo que tenía enfrente era toda una rareza, tenía que admitirlo.

—¿Se puede saber qué clase de cosa eres tú? —bromeó.

Esa clase de cosa se mantuvo inmóvil unos segundos que parecieron interminables. Luego se puso violentamente de pie y extendió la boca.

—¡Selknammmmm! —dijo, sosteniendo el sonido de la última letra hasta que todo el lugar empezó a vibrar.

Mariana sintió cómo su cuerpo temblaba, envuelta en un placer violeta muy similar al arrobamiento posterior al orgasmo.

—¡Uuuuh! —sonrió—. ¿Podrías repetir eso?

—Se hace lo que se debe hacer, ni más ni menos.

La mujer se sentía bien. Increíblemente bien. Entre la bruma de una memoria obviamente intervenida veía heridas y torturas indecibles, pero donde debía haber marcas la piel se veía lisa, y donde hubo fracturas no había huellas de desgarramientos; todo estaba en su lugar y en perfectas condiciones. Incluso el trauma del dolor estaba suturado.

—No sé cómo lo hiciste, pero gracias. Ahora completa el favor y dime cómo volver a Ciudad de México. Tanto espacio abierto me pone nerviosa.

El selknam la observó de arriba abajo.

—Entonces, ¿no lo sabes?

Mariana notaba que las letras, pronunciadas con inusual transparencia por el selknam, resonaban en distintas partes de su cuerpo. La «n», por ejemplo, le traía el

recuerdo de un rayo de sol asomándose tras un arbusto a sus ocho años; siempre igual, como si tocara la misma tecla en el piano de su memoria. Las «1» parecían estimular sus glándulas salivales, las vocales tenían relación con sus órganos internos, y la «t», un indefinible sabor masculino que la ponía nerviosa.

—Perdóname, bicho...

—Mi nombre es Reche.

—Discúlpame, Reche —remedó—. Pero, ¿qué es lo que debería saber?

—No puedes volver atrás. Todo ha comenzado. No hay regreso.

Al decir esto, el selknam se sentó en posición de loto.

—¿Qué es lo que ha comenzado? —interrogó Mariana, algo inquieta.

—Selknam —repitió el extraño ser, mirándose el pie izquierdo.

—¡Te hice una pregunta, huevón!

Pero el selknam se veía como una imagen de video congelada, plana, mal definida, en pausa.

—Todo está muy raro desde que aparecieron estos huevones —dijo Mariana, mientras lentamente se enderezaba y buscaba algo con qué cubrirse.

La temperatura comenzaba a bajar en la sierra y el viento lo inundaba todo, mojando las piedras con su aliento congelado. Tras un arbusto encontró una manta, no muy gruesa pero útil.

De pie, temblando contra el atardecer, alzó la vista al cielo.

—Estoy viva —se dijo con una sonrisa triste—. No entiendo nada, pero estoy más viva que nunca.

Lloró en silencio ante el misterio. Arriba, las estrellas brotaban como recuerdos en la mente del mundo.

—Definitivamente la mujer no está muerta —gruñó Ramírez.

Alvarado, junto a él, no movió un músculo.

—¿Qué vas a hacer ahora, comandante?

—Qué «vamos» a hacer, querrás decir, Alvarado.

Éste lo miró sonriendo.

—Escucha, es muy probable que, gracias a tu «espectacular» manejo, la gente del Banco de México haya limpiado todas sus relaciones con el fenómeno de Sonora y esté buscando a Mariana para devolvernos la mano. ¿Te das cuenta de lo que ocurriría si ellos denuncian tu operativo de infiltración en una institución privada, comandante?

—El gobierno no nos va a defender... —murmuró Ramírez.

—¡Por supuesto que no! —exclamó el político, levantando los brazos—. Van a negar toda participación. Lo van a presentar como un simple caso de estafa. Dos funcionarios inescrupulosos, o sea nosotros, utilizando la estructura estatal con oscuros fines personales.

Alvarado se acercó a Ramírez y le susurró al oído:

—Nos van a crucificar para mantener limpio el honor de la institución, comandante. Quizás una mañana amanezcamos colgados del cuello en nuestras celdas, incapaces de soportar el dolor de haber traicionado a la nación.

Se alejó unos pasos y, de espaldas al apesadumbrado militar, emitió una risita burlona.

—Descongelen a Pedro el Ermitaño —ordenó Ramírez, mirando hacia el suelo—. Él va a encontrarla.

Ella.

Ella en posición fetal dentro de una nuez. Abajo, el océano Atlántico hablando de sus anhelos.

—Ahora va a despertar —susurró el selknam, justo antes de que el bulto de mantas pareciese cobrar vida.

Un brazo se extendió fuera y estiró los dedos. Mariana sacó la cabeza de su noche personal y al abrir los ojos le dolieron como si se torciera una articulación; pero había algo placentero en ello.

—Está saliendo el sol... —dijo, bostezando. La luz era submarina.

Había cantos de pájaros, crepitar de brasas, esos sonidos mínimos que van desapareciendo en puntas de pies a medida que el mundo despierta.

—¿Por qué me rescataste? —preguntó Mariana de golpe, como si un resorte saliese por su boca. Ni siquiera miró a su acompañante, más preocupada por encontrar algo para comer entre las coloridas mantas y los cordeles anudados, similares a los quipus que viera en alguna imagen cuando era niña.

—No fue un rescate. Sólo estuve en el lugar correcto para ser puente de los acontecimientos.

—Okey, superclaro —murmuró Mariana, escarbando dentro de un bolso huichol cargado de imaginería psicodélica—. ¿No tienes nada para comer? —dijo finalmente, molesta.

El selknam se le apareció entonces a diez centímetros de su rostro. Mariana notó que estaba inmovilizada y tuvo miedo. Aquel ser se puso de rodillas frente a ella y hundió el brazo hasta el codo en la tierra para sacar una liebre que chillaba y pataleaba. Mariana estaba muy sorprendida pero también hambrienta, de modo que juntó leña a toda prisa y en unos minutos la liebre, todavía chillando y pataleando, se asaba al palo. Tenía tanta hambre que de pronto comprendió que sus manos sólo existían con el objeto de acercar comida a su tubo de deglución.

—Matar es extraño... —dijo, como hablándole al fuego—. Es necesario, pero te enseñan que no debes sentir placer cuando lo haces.

—Es distinto matar que alimentarse.

—El trabajo más difícil del Universo es ser animales civilizados —reflexionó

ella, sonriendo—. Tener conviviendo en la misma celda este cerebro, este estómago y estos genitales es un mal chiste. Pasan todo el día peleándose.

—¿No les han enseñado a controlarse aún?

—Puf... Lo intentan. Somos lobos educados como vacas, pero lobos al fin —respondió ella con cansancio, y arrojó una piedra al fuego.

Las chispas envolvieron la liebre; el silencio enmarcó el momento.

—Nuestro problema es que somos depredadores viviendo en manadas —continuó Mariana—. La matanza interna es terrible. El cerebro fabrica incesantemente razones para justificarla, pero en el fondo sólo está el loco, hambriento de carne humana.

—Los hombres están divididos.

—La Tierra es un barco sin timón, compadre —prosiguió ella, como si no lo hubiera escuchado—, un barco a la deriva, lleno de locos devorándose entre sí. Debemos ser todo un espectáculo para el resto del Universo. —Hizo una pausa para arrojar otra piedra—. Sería mejor que nos borrarán de una vez.

—Nadie va a mancharse las manos con ustedes —exclamó el selknam, aparentemente molesto.

La mujer se rodeó las rodillas con los brazos y apoyó la barbilla, balanceándose y emitiendo ruiditos con la boca mientras miraba fijamente la liebre. «Está casi lista», pensó.

—Ahora dime por qué me salvaste. Y quiero una respuesta que pueda entender. Sabes a lo que me refiero.

La mujer estiró las manos, quebró un hueso, acercó la carne a la boca. La saliva comenzó a fluir y su estómago rugiente exigió ser saciado. Sus dientes desgarraron la carne. El selknam la miraba con una mezcla de asco y curiosidad. «Se comunican con el mismo órgano con el que se alimentan», pensó. «Son realmente groseros, pero bellos. Salvajes, abisales, frágiles. Sus ojos son de lo más hermoso que he visto; sus mentes son malignas e impredecibles. Es de esperar que no se propaguen».

—¿No me vas a responder? —insistió Mariana, en cuclillas y con la boca llena de grasa—. ¿Por qué me salvaste?

—Estás en el curso de los acontecimientos.

—¿Qué acontecimientos?

—Los acontecimientos por los que se requirió mi presencia en este plano.

La mujer gesticuló impaciente, con una pierna de liebre a medio roer en la mano derecha:

—¿Qué acontecimientos, por la cresta?

—Se está produciendo un grave problema en este lugar del Universo, un problema generado por tecnología humana que debo descubrir y eliminar.

—Continúa, por favor. —Mariana ya no estaba comiendo.

—Algo está destruyendo la relación entre los entes físicos y los entes astrales. Alguien descubrió cómo romper ese enlace, que es fundamental para la estructura de las cosas.

—¿Y qué eres tú? ¿Una especie de ángel enviado para salvarnos?

—A nadie le importa salvarlos. Son ustedes los que crearon el problema. Piensa en mí como un anticuerpo que el Universo produce cuando se le infecta una herida.

—¡Chucha! —bromeó Mariana—. Estoy hablando con un leucocito.

—Alguien está soltando los enlaces astrales. Alguien está evitando el flujo sostenido de almas hacia Dios. Y Él las necesita más que nunca.

Mariana lo miró con sospecha. Quizás su inverosímil existencia hiciera menos ridícula su historia; su apariencia era imposible, sus palabras también. «Está todo tan raro desde que estos huevones aparecieron», volvió a pensar.

—¿Qué tiene que ver Dios con todo esto?

—Dios agoniza. Este Universo es algo lejanamente parecido a una máquina de suspensión vital...

La mujer no pudo evitar sonreír. El selknam estaba ahí enfrente, pero de alguna manera estaba también hablándole unos minutos hacia delante en el futuro. Y también a sus espaldas, aunque su voz... parecía provenir desde la mano izquierda de Mariana.

La mujer sacudió la cabeza y alzó la voz:

—Y qué tengo que ver yo con todo esto.

Pero el selknam no se encontraba donde se suponía que debía estar. De pronto vio que siempre había estado sentado en posición de loto, suspendido a veinte centímetros del suelo, y a veinte metros de distancia. No tenía boca, y junto a él se vio a ella misma durmiendo abrazada a otras dos Marianas, una de color rojo y otra de color negro. Se tomó la cabeza y cerró los ojos, pero seguía viendo la escena.

—Déjame en paz. No tengo nada que ver con esta locura.

—Estás en el curso de los acontecimientos.

—¡Otra vez con eso! Soy una mujer que no sabe ni dónde está parada. Lo único que sé es que por fin desperté de una pesadilla de veinte años de duración. Saqué la cabeza del agua, ¿me entiendes? No quiero tener nada que ver contigo, ni con Ramírez ni con tus acontecimientos. Así que muchas gracias, pero yo me voy de aquí apenas termine de comerme este conejo.

—Liebre.

—Da lo mismo. Yo me voy.

—No puedes, ellos te buscan —le dijo el selknam desde su nuca.

Mariana se dio vuelta pero se vio a ella misma por dentro.

—¿Quiénes me buscan, Ramírez y sus milicos? —Un repentino mareo le hizo cerrar los ojos. Vio a su madre en una bolsa de basura, con varios días de muerta.

—Quieren hacerte desaparecer. Así, suelta, eres un peligro para su seguridad. Sólo siendo útil te librarás de ser considerada prioridad para terminación. —Esta vez el selknam le habló en la forma de un recuerdo. Sintió que le había dicho esa frase tres horas atrás.

—¿Pero por qué me quieren muerta? Les conseguí la información que querían.

Estoy segura de que alcancé a transmitirla antes de que me descubrieran.

—No les interesaban esos datos. Ellos mismos te denunciaron a cambio de la información que realmente necesitaban, y que era inaccesible para cualquier saboteador.

—No te creo.

—Te necesitan muerta para borrar toda prueba de la operación.

—¡No te creo!

El selknam la miró jadear.

—No importa, ya está hecho —sentenció, y se oscureció en meditación por las siguientes tres horas.

Mariana se recostó, agotada. Durmió, despertó, se volvió a dormir. No podía sacarse de la cabeza la imagen de su madre muerta. Así que Ramírez la quería eliminar. Ellos eran poderosos: «si no cumples tu objetivo te venderemos como a una perra», le habían gritado en el rostro. Le resultaba extraño volver a pensar en su madre de esa manera. Durante años la enarboló como una herida que le inflamaba la rabia al destrozarse a sus víctimas. Era su estandarte, su escapulario tatuado con sangre, un grito desgarrador que emergía desde su esternón como un foco de luz oscura iluminándole el camino hacia una venganza jamás saciada. Cuando mataba, pensaba en ella; su dolor le confería fuerzas sobrehumanas y una crueldad sin límites. Sólo el agotamiento frenaba la carnicería. Luego venía el llanto, el vacío.

Pero ahora se detenía en su imagen. «Una perra como tu madre», le había gritado Ramírez. Su progenitora era apenas una sombra de su infancia, un recuerdo que irradiaba una energía misteriosa y abstracta. Nunca la vio moverse, nunca le escuchó decir una sola palabra, pero, en su inocencia, le parecía oír la pronunciando frases llenas de ternura: «Qué linda estás, Mañanita», «Que duermas bien, mi amor». Incluso ahora sonreía reflejando la caricia de esos artificios.

Jugaba con guijarros en el patio de su casa cuando vio los perros arrastrar esa bolsa de basura, y había corrido a observar qué tesoro habían desenterrado sus amigos de cuatro patas. Pero lo que descubrió le abrió el corazón y la vida en dos partes.

—¿Por qué lloras? —preguntó el selknam.

—Tienes razón —sollozaba—. Ellos me quieren eliminar. Pero no me van a matar, me van a vender como a una perra.

El Reche la miraba estremecerse y se preguntaba qué reacción química anómala se estaría produciendo en el interior de la mujer.

—¿Qué es eso, qué es una perra? Explícame.

Mariana suspiró, se secó los ojos con la manta y miró a lo lejos, hacia sus recuerdos.

—Las perras son un producto artesanal típico de los suburbios de Santiago de Chile. Cuando la trata de blancas se volvió un negocio masivo, los traficantes comenzaron a refinar y diversificar sus procedimientos. Ya no sólo ofrecían

productos caros, como niñas vírgenes o mujeres condicionadas para la esclavitud; también desarrollaron un producto de consumo masivo, barato y menos exigente: la perra.

»El procedimiento es bastante sencillo. Secuestran mujeres, les extraen las cuerdas vocales, las córneas, la médula espinal, un riñón y todo lo aprovechable para el mercado negro de órganos. Luego les fríen el cerebro mediante un proceso muy lento y doloroso: inducen pavor límite a través de punciones directas en la masa encefálica, inundan la corteza con pulsos eléctricos, provocan el suicidio químico del yo. Con una interfase gráfica podrías ver cómo les cortan los pezones que las sostienen a la realidad, cómo caen luego de espaldas en el pozo negro de la catatonía, el útero sellado de la muerte en vida.

»Es un proceso barato. Y para abaratarlo aún más, disminuyen los costos de almacenamiento y transporte amputándoles brazos y piernas a las perras. Luego las cuelgan en bolsas a unos rieles frigoríficos que mantienen sus metabolismos funcionando al mínimo, alimentándolas con suero directamente a la vena. El transporte se hace en camiones frigoríficos viejos y sucios. He visto camiones abandonados con cargamentos completos, cantidades de bolsas apiladas pudriéndose en el desierto, con esos rostros incógnitos asomándose desde el plástico.

Mariana se detuvo con la mirada perdida, mirando sin mirar.

—La policía no se mete si les das su parte, y las mafias se protegen con favores políticos. Las perreras son empresas prósperas.

—Desde fuera, este planeta se ve como una herida supurada, una vorágine de genitales y dientes —dijo fríamente el selknam—. Las personas que usan estos productos, ¿no corren riesgos?

—Sí, claro. Todo el proceso es artesanal y muy sucio. La posibilidad de adquirir una perra infectada no es baja. Aunque la infección más común no es biológica: cuando hay torpeza en la manipulación de la psique en el momento de freiría, la perra queda efectivamente inmóvil, pero consciente. El horror que siente la hace sudar en exceso, su musculatura vaginal se tensa y todo es un desastre. La mayoría de los compradores opta por ir de noche a algún basural y abandonarlas allí; así por lo menos las jaurías de perros aprovechan su carne.

La distancia con que Mariana se refería al tema parecía protegerla de su origen. Había algo defensivo en la naturalidad con que abordaba un tema tan espantoso.

—Las mujeres raptadas con mejor potencial, es decir, las que son jóvenes y hermosas, no son mutiladas sino sólo estupidizadas. Aunque una estúpida semiinconsciente es un lujo que muy pocos pueden pagar. Para los menos acaudalados están las perras de uso personal. Y para la escoria, la alternativa es ahorrar y comprar una perra con fines comerciales. Ése era el caso de mi padre.

Mariana se detuvo en ese punto del relato. Su rostro no estaba en su lugar, la boca era incapaz de continuar, los ojos no tenían mirada en ellos.

—Tu madre era una perra, ¿no es cierto? Por eso el chantaje de Ramírez te aterra.

La mujer miraba un dibujo en la manta: una espiral roja y negra sobre un fondo azulino, que representaba la energía del *hikuri* de los indios huicholes.

—Ramiro, mi padre, era un hombre anegado por el alcohol y una furia incontrolable que estallaba en los momentos más inoportunos —continuó, sin despegar la vista de la espiral—. Nunca le habían acomodado los jefes, y los trabajos que el gobierno le conseguía los dejaba rápidamente abandonados por su falta de disciplina. Era rentable tener una perra en un barrio de parias incapaces de solventarse una propia. Mantenía a mi madre en un cuartucho inmundo en el patio trasero de la casa. Ahí había un colchón grasiento, tubos de evacuación y el atril para el suero. Ella era su microempresa y su objeto de goce personal.

Mariana esbozó una sonrisa muerta. Nunca había hablado de esto con nadie. Había intentado enterrar todo bajo inútiles capas de olvido y ahora, a la primera oportunidad, afloraba fresco y reciente, dolorosamente nítido.

—Todo funcionaba bien hasta que fue detenido por robar una botella de vino. —Sonrió—. Volvió a la casa siete meses después. Para su sorpresa, encontró un bebé moribundo, que apenas pataleaba entre los restos descompuestos de placenta, junto a la vagina destrozada de su perra. Agradeció su buena fortuna cuando comprobó que era mujercita; una niña virgen era un producto muy escaso, y muy caro. Cuando cumpliera doce años valdría una pequeña fortuna.

»Me alimentó y me cuidó. Yo pensaba que me quería, pero no era más que su inversión más preciada. —Mariana intentó ser sarcástica—: ¿Te das cuenta de que nací gracias a una botella de vino?

Pero la broma sonó vacía. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero se contuvo, volvió la vista hacia el valle y suspiró.

—No continúes si no quieres —dijo el Reche.

—No, no, está bien. ¿Sabes? Es extraño. Ni siquiera sé cómo se llamaba. Siempre me referí a ella como «la del cuarto de atrás». Nunca me incomodó no saber su nombre. Excepto aquel día en que no la encontré en su cuarto; el colchón estaba desocupado. Salí corriendo a llamarla y no supe cómo hacerlo; la palabra «mamá» no quiso salir por mi garganta. Entonces vi a los perros arrastrando esa bolsa de basura. Esa noche mi padre había bebido demasiado. Insultaba a gritos a mi madre por haber tenido la mala ocurrencia de morir. Golpeó la mesa con la botella y maldijo con furia; los trozos de vidrio volaron por toda la habitación. Mi curiosidad pudo más y me asomé a mirar el desastre. De pronto sus ojos se clavaron en los míos como arpones. Durante dos eternos segundos el Universo completo se detuvo y me sentí cazada, inmóvil como una presa pequeña. Él avanzó y fui incapaz de huir. Apenas pude ver el puñetazo girando en el aire hacia mi mandíbula.

»Como sumergida en estática negra, espesa, viajé de ida y vuelta a la nada. Cuando regresé, me aplastaba el cuerpo de mi propio padre, y sentí un dolor insoportable entre las piernas. Le rogué que se detuviera, lloré de dolor durante unos minutos eternos intentando zafarme de su abrazo asfixiante, de su lengua metiéndose

en mi garganta, pero fue inútil. Algo enorme y quemante me partía por dentro. Pensaba que estaba intentando matarme de alguna forma horrible, como apuñalada cientos de veces. La idea de que mi padre no me quería e intentaba matarme me paralizó. Entonces dejé de luchar.

»Cuando se levantó y se sentó en la silla junto a la mesa, yo estaba desierta, vacía, desmembrada. Mi alma había volado a otro lugar y mis ojos estaban clavados en un nudo de la madera en el techo. Recorrí todos sus detalles mientras mi padre se extendía en cuáles iban a ser mis deberes a partir de ese momento. “Desde mañana reemplazarás a tu madre”, me dijo...

Se había hecho de noche nuevamente. El selknam indicó la entrada de una caverna y caminaron en silencio hacia su interior, cargando mantas y bolsos. Mariana se sentó sobre una de las mantas, el selknam encendió fuego y esperó.

—Me amarró por el cuello al mismo colchón donde había muerto mi madre. Los siguientes cuatro años fui diariamente violada por todo un zoológico humano indescriptible, asqueroso, muy creativo y variado en su sentido del placer. Yo manejaba la geografía de rendijas, imperfecciones y manchas en las paredes como si fueran un espejo de mi mente. Esas grietas eran mi libro de oración, mis puertas de escape.

—¿Cómo te liberaste?

—Un once de junio, mi padre me desencadenó para lavarme la espalda y fumigar el colchón. Algo estalló en mi interior y me abalancé sobre él entre alaridos inhumanos. Él no había notado que yo había crecido bastante, casi a la par que mi odio. Me aferré a su rostro y hundí los pulgares en sus ojos. Empezó a gritar, buscando la puerta, pero yo la había cerrado. Con el atril del suero le di un golpe seco en los testículos. Le quité el cuchillo que se ceñía en el cinturón y le abrí el estómago. Le corté las orejas, la nariz, los dedos, e introduje todo por la herida del abdomen, incluida la bolsa de suero y algunos trozos de madera. Le abrí la tráquea, le corté el pene y se lo metí por la garganta. Luego me bañé con su sangre, devoré con recogimiento sus testículos y lloré hasta perderme.

»Tres días dormí acurrucada junto a su cadáver. La sangre había cuajado, el olor era insoportable, pero yo seguía abrazada a él. No recuerdo muy bien, pero creo que fue uno de mis clientes habituales quien me sacó de ahí. Me vistió, me alimentó y me cuidó con mucha compasión; huí después de matarlo y esparcir sus restos por toda la calle.

»Luego rodé de pueblo en pueblo hasta llegar a Ciudad de México. Conseguí un espacio en el subterráneo y me hice un nombre al matar pública y salvajemente al Jarocho. El pobre sólo quería agarrarme una teta, y terminó con sus manos dentro del estómago. Entre el público había un hampón colombiano que se impresionó con mi acto y comenzó a protegerme a cambio de pequeños favores. A los dieciséis años me volví adicta al maíz, y desde entonces todo se vuelve difuso. Día y noche nos consumíamos en una tormenta de fuego, y en la niebla de mi inconsciencia mataba a

uno o dos enemigos del colombiano. Me volví adicta al odio y a la carne masculina.

»Un día desperté y el colombiano estaba regado por toda la habitación. Tuve que huir a los suburbios exteriores y comenzar a trabajar por mi cuenta. Ahí me encontró Ramírez. Cuando volví a despertar me encontraba a cien metros bajo tierra, robándole datos al Banco de México. Estoy cansada, compadre... Como después de una noche de pesadilla de veinte años de duración. No sé si es tarde para comenzar una vida nueva, pero lo voy a intentar.

—No te van a dejar.

—Me voy a esconder.

—Van a encontrarte.

Mariana apretó las mandíbulas; en el fondo sabía que el selknam tenía razón. Lo miró con rabia; quería esa esperanza, realmente quería tener la esperanza, y ese bicho se la negaba. Era un ser verdaderamente extraño: algún mecanismo impedía que ella pudiera recordar sus facciones. Aunque lo mirara con fijeza, siempre tenía la sensación de estar viéndolo por primera vez.

—¿Y qué quieres que haga?

—Completa tu objetivo original. Ellos necesitan descubrir la tecnología que produjo al traspuesto de Sonora. Encárgate de eso y tendrán una razón para dejarte vivir.

—Ya me dejaron fuera de la operación.

—Ellos no tienen nada. Tú eres la que está en el curso de los acontecimientos. Tú eres la que va a descubrir todo. Si estoy junto a ti es porque también yo necesito saberlo.

Mariana resopló y se puso de pie con un quejido. Se estiró como un gato y bostezó.

—Yo ya no tengo objetivo. Me voy a esconder por un tiempo en Perú. Tengo unos amigos en Arequipa que trafican buen *software* narcótico y podrían...

—Te van a encontrar.

—¡Déjame en paz, insecto de mierda! —restalló Mariana con furia.

El selknam la contempló en silencio por unos segundos.

—Me voy a sentar en esa roca a mirar tu futuro —dijo, y avanzó tranquilamente para instalarse junto a la entrada de la cueva—. Tu única salida es hacer lo que ha de hacerse y encontrar esa tecnología. Cualquier otro camino te lleva a la destrucción en pocas horas.

—Voy a intentarlo. Si hemos podido escondernos aquí, podré hacerlo en otro lugar también —insistió ella.

—No te dejarán libre a menos que sigas dentro del operativo. Fuera de él eres un cabo suelto.

—¡Pero si ya me dejaron fuera! ¿Es que no lo entiendes? —gritó Mariana sobre el crepitar del fuego.

Pero no hubo respuesta. El selknam ya no estaba ahí.

La mujer se dejó caer en el suelo de la caverna, agotada. El selknam tenía razón, ellos nunca la dejarían ir con todos esos datos en su interior. Debería esconderse y huir durante mucho tiempo antes de encontrar la paz. «Por lo menos en este lugar puedo estar segura unos días», pensó, buscando con la mirada las mantas para dormir.

—Hola, Mariana.

Una voz gutural pareció arrastrarse desde la entrada de la cueva; había algo de burlón en su acento.

—¿Selknam?

—No, Mariana. Soy el que te va a liberar. El que te va a arrastrar por los cabellos desde aquí hasta Ciudad de México. Soy el brazo que te lanzará hacia tu destino, fundida como hierro candente en el volcán de la fe...

A medida que hablaba, una silueta se dibujaba al avanzar por la caverna, acercándose a ella. El miedo comenzó a invadirla.

—¡Selknam, dónde estás!

Instintivamente, la mujer buscó alternativas de fuga, armas, piedras. Para su espanto, se encontró indefensa y acorralada contra el fondo de la caverna.

—¡Selknam, ayúdame! —le gritaba al bulto indefinido que seguía sentado junto a la entrada, sin ningún atisbo de actividad.

—Tranquila, mi amor. Sólo quiero tu cerebro. Tu alma podrá quedarse en lo que reste de ti una vez que haya acabado contigo.

Se acercó a la luz de la fogata y entonces pudo verlo; sin embargo, su mente no comprendió lo que tenía frente a sus ojos. Una entidad difusa, fuera de foco, que se desplazaba arrítmicamente de izquierda a derecha, sin transiciones, como una película mal proyectada. Un engendro inexplicable que se dividía en tres colores que luego volvían a ser uno. Su voz salía de un punto en el espacio que sólo a veces coincidía con su boca. Algunas cosas le orbitaban en torno.

—Bésame, Mariana... —susurró la voz, extendida hasta el oído de la mujer como un dedo pegajoso.

—¡Seeelknam! ¡Hijo de la conchetumadre, ayúdame!

Alvarado limpiaba pausadamente unas gafas que usaba más con la intención de parecer intelectual que de corregir un casi inexistente problema visual. Sus gestos trasuntaban elegancia, como correspondía a un caballero de noble origen. Miguel Alvarado era descendiente directo de uno de esos europeos salvajes que arribaron a las costas mexicanas hirviendo de codicia, y fueron domesticados luego por el lujo del oro que robaron a los indígenas. Por sus venas corría la sangre de los nobles ladrones que habían clavado la espada en tierras náhuatl; nobles que todavía mamaban de la herida abierta sin atisbo de saciarse.

—¡Necesito que el tema de Mariana quede resuelto antes de la noche! —instruyó

a Ramírez de un punto a otro de la sala, para que todos escucharan—. Se acabaron las excusas, y si esto no se resuelve me veré forzado a tomar medidas más drásticas — agregó, con el tono en que su casta se dirigía a la servidumbre—. La operación está sufriendo enormes retrasos por tu incapacidad para deshacerte de una puta.

Ramírez hervía, pero, a pesar de la amargura que le producía verse humillado frente a su gente, contestó calmadamente y sin pestañear:

—Pedro el Ermitaño ya la debe haber rastreado.

—¿Sabes? Nunca entendí por qué es tan especial ese Pedro. ¿Es algún agente, o sólo otro de esos mercenarios que recoges de las calles?

—Pedro Damián, el Ermitaño, es un selknam psicótico. Un embrión mal desarrollado que se obstinó en vivir. Su cerebro es inestable, como toda su existencia. Su lóbulo temporal se extiende, en otra dimensión, hacia el cerebro de un tiburón blanco. Su cuerpo deforme no está del todo en nuestro espacio: se remueve y vibra como una imagen de video deteriorada. No es fácil describirlo, pero ante su presencia se tiene la sensación de una anomalía perversa, de una existencia corrupta. Muchos de nosotros pensamos que su existencia ofende a Dios.

Alvarado había cambiado de expresión a medida que oía los detalles.

—Suenan espantoso.

—Lo es.

—¿Cómo es que algo así trabaja para nosotros?

—No trabaja oficialmente para nosotros.

—Sí, entiendo. Tú te mueves en los límites de lo permitido. Eres el que se encarga del trabajo sucio, ¿no?

—Así es, Alvarado —respondió el militar, disimulando su aflicción—. Soy de los que les recogen la basura a tipos como tú. Pedro el Ermitaño colabora con nosotros a cambio de miedo residual.

—¿Miedo residual?, ¿pero qué es eso, por el amor de Dios?

—Otra cosa de la que no te informaron cuando te enviaron a este agujero, parece. Te lo explicaré. Todas las unidades operacionales como la nuestra trabajan con médiums, contactados, poseídos y entidades psíquicas altamente tóxicas. Luego se necesita un complejo sistema de extracción y limpieza en las redes de aire acondicionado, pues las infecciones que pueden producirse son realmente peligrosas; si vieras las imágenes que obtenemos con los filtros adecuados, se te pondrían los pelos de punta. Quizás por eso no te contaron nada... —Ramírez sonrió al ver cómo la cara de Alvarado se desencajaba de preocupación—. Hace algunos años conseguimos convertir en datos los procesos chamánicos de exorcismo, y desarrollamos extractores que están constantemente quebrando presencias, filtrando la carga en las auras de los operarios, absorbiendo la pena que emana de algunas entidades, y absorbiendo algunas almas, sedientas de calor humano, que se han arrastrado hasta nosotros evadiendo los *firewalls* que protegen las carreteras que abrimos entre mundos.

»Todo lo extraído se reduce en unas cámaras de disolución. Los dolores demasiado gruesos se fijan con estática a unas barras de ferrita del tamaño de una mano. Les llamamos miedo residual, y Pedro el Ermitaño tiene un especial gusto por ellas.

—¿Cómo? —Alvarado reía nervioso—. ¿Le pagamos con almas en pena? —«Este cabrón realmente lo está disfrutando», pensó.

—Si no me crees —prosiguió Ramírez, mientras modificaba la función en la pantalla de su monitor—, te puedo contar que en estos momentos hay algo parecido a un niño trepando por tu pierna derecha, y una entidad vagamente similar a un pulpo adherida a tu espalda, intentando penetrar tus chakras con sus tentáculos.

Alvarado hizo una mueca parecida a una sonrisa y tragó saliva. Todos los operarios asistían expectantes a la pequeña venganza de Ramírez. De pronto sonaron todas las alarmas y las luces rojas empezaron a parpadear.

—¡Señor, Pedro encontró a la mujer!

Ramírez corrió hacia el puesto del controlador y le palmoteó la espalda.

—¡Bien, muchacho! Abre la comunicación. ¿Tenemos imagen?

—¡Seelknaam! ¡Este huevón me quiere matar! ¡Ayúdame, desgraciado! —vociferaba Mariana, respirando agitadamente.

Pedro el Ermitaño se hundió la mano en el ojo derecho e hizo como que hacía girar alguna perilla. Una nube se formó en torno, y de la nube emergió la imagen de la madre de Mariana, levitando hacia ella.

La mujer entró en pánico.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alvarado, inclinándose sobre el monitor—. Ahora se ve distinto.

—Pedro tiene disociados todos los componentes de su psique. Su ego, su yo y todas sus capas psicológicas tienen vida independiente; lo orbitan, entran y salen frenéticamente. Eso que está viendo Mariana es su arma más peligrosa: una entidad femenina voraz e infecciosa, su ánima, cuyas raíces penetran tu psique desde el inconsciente colectivo e inoculan recuerdos tóxicos que se reproducen y copan tu memoria como un virus. Es capaz de reencarnarse en cualquier estructura, aun un cuchillo o una montaña pequeña. Es un conjuro personificado.

—Pero... «eso», ¿es parte de Pedro? —preguntó Alvarado.

—Es la entidad Juana. Su sonda, su proyectil, su perro guardián, su amante, su tarot, su droga. Veneno psicológico vivo.

—Recuerda que no debe dañarla, sólo capturarla. ¿Podrá entender eso?

—¡No me toques!

Mariana gritaba fuera de sí ante la visión fantasmagórica de su madre mutilada.

La veía desde todos los ángulos posibles y era capaz de leer entera la estructura molecular de su piel. Comenzó a vomitar.

—No quiero hacerte daño, hija mía. Sólo quiero llevarte conmigo para que disfrutes de este calvario. Que nos abracemos en esta muerte antes de la muerte...

«Eso» extendió un brazo desde la zona de su corazón y la tocó entre los ojos. Mariana estaba siendo inoculada con veneno psíquico —pulsos cargados con los recuerdos atroces de las perras— directamente a sus neuronas. Los ojos se le salían de las órbitas, el cuerpo estaba completamente crispado; se orinó, y le faltaba la respiración. Sentía que una mantarraya le envolvía el cerebro con un color hediondo lleno de microbios catódicos: especies de anémonas electrónicas intervenían sus sistemas, colonias de parásitos mnemónicos proliferaban en los resquicios de su masa encefálica.

—Ahoritita te vas conmigo a Colombia, Mariana. ¡Qué pinche perrita vas a ser! Pero, como soy todo un bromista, vas a estar consciente todo el tiempo, mi chula.

—No vamos a hacer eso —exclamó Alvarado—. ¡Díselo ya!

—Bien, el trato era que si ella no cumplía la íbamos a...

—¡No, imbécil! —le gritó el otro en la cara, y, perdiendo toda compostura, lo aferró de una solapa. Ramírez lo miró más sorprendido que molesto—: ¡Te ordeno que controles a esa cosa de inmediato!

Ramírez se soltó de un manotazo. Desde el comunicador se oyó una voz extraña.

—Ya está bien. Suéltala —dijo el selknam, y desplazó el espacio que ocupaba Pedro un milímetro hacia la izquierda.

El demonio alcanzó a huir por una rendija en el espacio y a entrar inmediatamente después atacando al Reche en forma de una ola de ira roja. El selknam se trasladó dos años hacia el pasado, para enterrarle a Pedro un estilete de metal en la columna mientras éste meditaba. Luego saltó por una grieta de tiempo y cayó en el presente de cara a una ola roja bastante más débil; la esquivó con un pase de aikido y, tomando el mango del estilete, le arrancó la columna vertebral de un sólo movimiento.

Pedro el Ermitaño cayó de bruces. El selknam permaneció inmóvil, con la columna colgando de su mano. Mariana seguía en el suelo, desvanecida.

—¿Qué fue eso? —dijo Alvarado, perplejo—. Lo que haya sido te salvó de una cagada mayúscula.

El militar reaccionó mecánicamente, sorprendido por la aparición del selknam y la extraña preocupación de Alvarado por Mariana.

—Verifiquen si todavía tenemos comunicación con los aparatos de Pedro.

Ella.

Ella hundida en la tierra hasta la cintura, rodeada por una jauría de perros salvajes. De su ombligo mana un río de sangre que da la vuelta al mundo, dividiéndolo en el hemisferio de los justos y el de los condenados.

La acusan de ser la madre de toda desesperanza, y ella padece durante cuarenta años por los que murieron intentando cruzar el río.

«Despierta», pensó el selknam.

Mariana abrió los ojos irradiando espanto, y se arrastró por el suelo buscando la salida.

—Tranquila —susurró el selknam—. Ya no te molestará más.

Entonces Mariana vio el cadáver de Pedro, y luego, al girar la cabeza, el esqueleto sanguinolento junto a los pies del Reche. Jadeando como un animal acorralado, respiró hondo y se puso de pie con esfuerzo. Caminó hacia el selknam e intentó golpearlo, pero sólo consiguió caer nuevamente, agotada.

—Desgraciado..., ¿por qué no me ayudabas? —gimió desde el suelo.

—Tengo razones.

—Métetelas por el culo, tus razones.

—Tenías que darte cuenta de que ellos te van a encontrar donde quiera que intentes esconderte.

—¡Pero casi me mata!

—No te iba a matar. Te iba a freír la corteza y a transformarte en una perra. Iba a cumplir la promesa que te hizo Ramírez.

Mariana empezó a llorar en silencio.

—Quiero que me dejen en paz. ¡No soy nadie, déjenme tranquila, por favor...! —gemía.

Sollozando y mirando el fuego que comenzaba a apagarse, se hizo un ovillo en el suelo.

—¿Ves esto? —dijo el selknam, levantando la extraña osamenta de Pedro el Ermitaño—. Aquí está inserto el sistema de comunicaciones estándar del Ejército de México. Ellos todavía no conocen la identidad de quienes ingresaron esa tecnología al país. Háblales, diles que tú lo vas a averiguar. Es la única manera de que te dejen en paz y puedas irte donde quieras. Es tu única salida; todos los otros caminos conducen a la muerte en pocas horas, te lo aseguro.

Mariana se sentó con las piernas abrazadas, en actitud pensativa.

—¿Por qué haces todo esto? Eres poderoso, no me necesitas.

—Estás en el curso de los acontecimientos; necesito ayudarte para conseguir mis objetivos. Así están las cosas.

—Contigo no voy ni a la esquina, insecto de mierda.

—Me necesitas tanto como yo a ti. Te voy a dar la llave para tu negociación con

los mexicanos. Observa.

El selknam pateó el suelo y al instante siguiente se encontraban en una extensa planicie junto a dos muros que formaban una esquina. Luego hundió el brazo hasta el hombro en la tierra y tocó el corazón del lugar. Todo se detuvo: las nubes conservaron su forma, las aves comenzaron a caer, y una voz salió desde el ángulo entre los muros.

—*Mashdaa*, selknam Reche. *Mashdaa*, Mariana.

Lo que la mujer vio era indescriptible, pero irradiaba dignidad. Y avanzaba hacia ellos.

—*Mashdaa*, Tangata Manu —respondió el selknam—. Déjame explicarle a la hembra la naturaleza de tu existencia.

Aquello hizo un gesto de aprobación.

—El Tangata Manu es un chamán muy poderoso. Está asignado a esta zona del Universo por designios que no comprendo. Él va a ayudarnos.

Mariana sólo miraba y asentía, muy sorprendida.

—Tú eres Mariana —dijo el Tangata Manu.

Ella no estaba segura de que aquello estuviera efectivamente hablando, pero le comprendía perfectamente.

—Necesitamos ayuda para superar este trance, Tangata Manu —rogó el selknam.

—Diles que es la Nato, Operación Patmos. También debes saber que la información que consiguió Mariana para los mexicanos no sirve de nada.

La mujer sintió náuseas. Cuando abrió los ojos estaba nuevamente en la caverna, frente el selknam, quien aún sostenía los restos de Pedro el Ermitaño.

—¿Fue real? —preguntó ella—. ¿Lo que nos dijo es cierto?

—Más real que lo que nos ocurre ahora.

Mariana se sintió acorralada. Nada podía ser más terrible que terminar sus días como su madre, un pedazo de carne inerte violentado día tras día. Quizás no era tan descabellada la idea de ese insecto ahí parado, esperando su decisión. «Dios, haz que resulte», rogó para sí.

—Ya te dije que Dios no tiene nada que ver en esto —murmuró el selknam.

Mariana se acercó a la columna vertebral frotándose la cabeza. Acercó el rostro al despojo sanguinolento y habló:

—¿Me escuchas, Ramírez?

Sentía estática, ruidos en su cabeza, acoples, hormigas en el paladar.

—Te escucho, Mariana. ¡Qué alegría que estés a salvo!

—No tienes que mentir, Ramírez. Te hablo desde lo que quedó de tu asesino.

—¿Asesino? Te equivocas. Enviamos a un agente a investigar tu paradero. Nos preocupamos mucho después de que el Banco interceptó la operación y desapareciste.

—¿Tan preocupados como para enviar a este psicópata a matarme? Anda a contarle cuentos a tu abuela, Ramírez.

—En realidad no sabemos qué ocurrió con nuestro agente. Creo que se salió de

control. Gracias a Dios estaba ese amigo tuyo cerca. ¿Es un selknam, no es así?

Mariana apretó las mandíbulas. «Este huevón piensa que soy imbécil».

—Quédate ahí, enviaremos una patrulla y...

—¿Para qué? —interrumpió ella, fuera de sí—. ¿Para hacerme desaparecer? Sé que fuiste tú quien me entregó a los del Banco. Sé que me usaste como mercancía para transar información de los que ingresaron esa tecnología a México. ¡Sé que me quieres muerta para que no divulgue tu preciosa operación...!

Mariana gritaba en una caverna, en penumbras. Luego, un silencio lleno de estática se prolongó por unos segundos.

—La vida es más complicada de lo que parece —dijo finalmente Ramírez.

—Manténgala hablando, así le da tiempo al segundo grupo para que tome posiciones fuera de la caverna —le pidió entre tanto un operador.

—¿Sabes qué más sé, Ramírez? —prosiguió ella, burlona—. Sé que los del Banco te engañaron, que los datos que te entregaron sólo sirven para limpiarse la mierda del culo.

—¿Es verdad? —preguntó Alvarado, amenazante.

—En cierto modo.

—¿En cierto modo? —exclamó el político, levantando la voz—. Me dijiste que los datos se estaban procesando. ¡Me dijiste que era sólo cuestión de tiempo!

—¡Y lo es! Estaban codificados y los estamos estudiando.

—¿Cómo no te das cuenta de que te cagaron, maldito imbécil? ¡Nos vas a llevar a la ruina!

Alvarado estaba descontrolado, se tomaba la cabeza y gemía.

—Yo tengo la información que necesitas —dijo Mariana.

Alvarado giró bruscamente hacia el monitor al escuchar sus palabras. Luego caminó hacia el puesto del comandante mientras le hablaba a un subalterno.

—Cancela el equipo de exterminio. Mantenlos a doscientos metros esperando instrucciones.

Ramírez se levantó para encararlo.

—¿Que no ves que está *blufando*? Sabe que la vamos a eliminar. Sólo quiere ganar tiempo.

—¿Y si realmente lo sabe? Ella era la que estaba bajo tierra en el Banco, no nosotros. ¡Ahora pregúntale!

Ramírez, comiéndose la rabia, giró lentamente hacia el micrófono. Tecleó en la consola y comenzó a hablar:

—Está bien, Mariana, dinos quién está detrás de la internación de esa tecnología y te dejaremos ir.

—Por fin podemos hablar. —Sonrió la mujer—. Pero si te digo la respuesta ya no me vas a necesitar. Mi condición es que me pongas al frente del operativo. Sólo así aceptaré.

Ramírez cortó al audio y miró a Alvarado.

—Matémosla. Lo que nos propone es ridículo. Tenemos suficientes recursos para hallar la respuesta por nuestros propios medios.

Alvarado se limitó a inquirir a un oficial:

—¿Quiénes iban a ser asignados a la operación cuando obtuviéramos el nombre?

—Roberto Benítez y Elizabeth Morales, del grupo Tezcatlipoca, señor.

—Pues ya no lo están.

Ramírez se puso de pie violentamente.

—¡Ya lo he soportado bastante, señor Alvarado! —restalló—. Acepto injerencias en los aspectos políticos, pero jamás en los tácticos. Esto es ridículo e impropio, y no lo puedo tolerar. Ella no es un agente eficaz ni pertenece a nuestro contingente regular.

Alvarado se le acercó hasta casi tocarle la nariz.

—Si ella sabe el nombre, significa que es más eficaz que tu contingente regular, comandante. Se comportó de manera increíble en el Banco de México, mejor de lo que nadie esperaba, mejor que cualquiera de tus monigotes. Por último, la decisión sigue siendo mía. Si la información que nos entrega es correcta, entonces ella será nuestro agente, ¿está claro?

Alvarado le pidió el micrófono al operador.

—Mariana, te habla Miguel Alvarado, congresista por el estado de Yucatán y representante del gobierno de México en este asunto. Tienes mi palabra y la del gobierno de que, si lo que dices es correcto, la misión será tuya.

Mariana miró al selknam.

—Tranquila. Tendrás mi protección.

—De acuerdo; voy a conectarme —dijo la mujer—. A mi señal comiencen a descargar el archivo «Nato, Operación Patmos».

«¡La Nato, Dios mío!», pensó Alvarado. La sola idea de verse involucrado en tamaño problema lo excitaba. Relacionar a la Nato con maniobras no autorizadas en territorio jurisdiccional era un golpe mayor, un certificado de adultez para su carrera incipiente. Le resultó imposible disimular su satisfacción.

Una luz verde indicó el fin del traspaso de información y el comienzo del análisis. Los procesadores cotejaron los datos y rápidamente obtuvieron resultados.

—Coincide, señor. Tenemos un azul casi perfecto.

Ramírez y Alvarado mantuvieron la compostura. Mientras el militar veía derrumbarse otro bastión de su autoridad, en su interior el político saltaba como un niño, lleno de gozo.

—Muy bien —dijo Ramírez.

—Sí, muy bien —agregó Alvarado.

Qué grande se sentía. «No hay nada como sangre noble para las situaciones de emergencia, donde lo que se necesita es un patrón que hable fuerte y claro», se dijo, borracho de satisfacción.



4

DEL PERIPLO DE MARIANA Y EL SELCONAMO AL ESTÓMAGO DE LA SERPIENTE, DE CÓMO ROBAN EL SECRETO Y DE LOS TERRIBLES QUEBRANTOS PARA HACERSE DIGNOS DE ÉL

La mujer sobre una roca, la barbilla abalconada, los brazos rodeando sus rodillas, observando el amanecer que estallaba gigantesco, silencioso y distante entre los cerros.

Una a una fueron muriendo las estrellas, salvo «el señor de la casa de la aurora», como la llamó Mariana en un murmullo. El Reche, que se hallaba a sus espaldas, se acercó hasta situarse a un costado, intentando distinguir aquello que a la mujer parecía fascinarle tanto.

—Me asignaron la misión. Cancelaron mi exterminio —dijo ella, sin mirarlo.

Permanecieron en silencio, observando la alquimia que trasmutaba la negrura de la noche en oro luminoso y por un momento convertía el árido paisaje en la más lujosa de las catedrales.

—Aquí decían que el oro eran las lágrimas del sol. Cuando llegaron los europeos, los indios supieron por qué éste lloraba... —Mariana suspiró—. En mi tierra no había oro pero estaban los mapuches. Espero llevar algo de su sangre en las venas. Si es así, no tengo nada que temer.

El sol desplegaba su cabellera como un ojo tiránico sobre los montes casi desnudos de Guerrero. En la sierra, el día era un cíclope del que había que protegerse; en un par de horas el calor sería insoportable para cualquiera que no hubiese pactado una tregua con Tonatiuh.

—Cuéntame de ese Tangata Manu —pidió Mariana.

—¿Qué quieres saber?

—De dónde salió, qué huevada es. Por qué maneja tanta información. ¿También es un selknam?

—El Tangata Manu es un chamán que órbita la Tierra a trescientos kilómetros de altura —dijo el Reche.

Mariana pestañeó un par de veces y se quedó mirándolo. «No me esperaba menos de estos huevones tan raros», pensó.

—¿Podrías explayarte, por favor?

—Un chamán es parte de una forma mayor, un nodo que contribuye a estructurar el cosmos, así como un átomo es parte de una molécula. Debe haber uno como él cada cierta distancia para sostener la forma del Universo con su vibración y su

oración. A medida que evolucionan van siendo capaces de reemplazar sus órganos por mantras y figuras mentales muy poderosas. El Tangata Manu ha alcanzado tal grado de perfección que ya constituye un verdadero sistema nervioso girando en torno de la Tierra.

—Pero lo que vi...

—Sólo viste su proyección astral. Él no puede ni debe acercarse a menos de trescientos kilómetros de la Tierra, o ambos sufrirían un colapso cuántico. Además, no puede ni debe actuar físicamente sobre las culturas, por un riguroso código bioético relacionado con el tema de las paradojas.

Mariana miró hacia el cielo, que se desplegaba como un océano dormido y transparente sobre su cabeza.

—¿Quieres decir que está allá arriba?

—Sí, aunque en otra ubicación. La órbita geoestacionaria del Tangata Manu tiene su punto sobre una runa de cobre construida hace muchos años en un bosque del sur de Chile. La runa tiene doce kilómetros de diámetro, y en el centro hay un espejo circular donde el Tangata Manu se mira día y noche en meditación.

—Si es tan poderoso, ¿por qué no resuelve él mismo el problema que te trajo aquí? Parece estar mucho más informado que tú.

—Ya te dije que no puede intervenir físicamente; para eso estamos nosotros. No cabe duda de que nos va a ayudar, pero el trabajo, repito, tendremos que hacerlo nosotros.

«Nosotros...», pensó Mariana, no muy convencida. Era imposible confiar en los selknam; se decía que eran capaces de matar a un niño si ello convenía a sus cálculos.

La sierra se veía espléndida.

Mariana sonrió. El mundo era un jardín maravilloso, aunque infestado de serpientes. Dios era un bromista: inventaba la rosa pero también las espinas. Nunca podías confiar totalmente en algo, nunca podías descansar en los brazos de alguien sin soltar el puñal. En este jardín todos se comen a todos, y si te duermes, hasta los insectos más pequeños intentarán convertirte en su alimento.

Ahora mismo se sentía como una presa asustada, rodeada de misteriosas jaurías que hacían sonar los colmillos a distancia. Todo parecía tratarse de un simple caso de espionaje industrial, pero esa sensación de trabajar con una pistola en la nuca y otra en la frente la angustiaba terriblemente, como si fuera un naufrago entre mareas poderosas que la conducían hacia un destino desconocido. No confiaba mucho más en el selknam: también él cobijaba intereses que lo llevaban a cooperar sólo por necesidad. Pero no había nada que hacer, aparte de ir hacia delante como un cordero al matadero.

Pronto el sol estaría en su punto más alto. Había que comer, descansar y planear el siguiente paso. Las instrucciones llegarían pronto.

—¿Realmente piensas confiarle la misión a esa delincuente? —preguntó Ramírez, todavía sorprendido por la decisión de Alvarado—. Es lo más estúpido y fuera de procedimiento que he visto. Es una locura... Más que una locura, es... ¡Se te botó la canica, güero de la chingada!

Alvarado se limitó a sonreír. Contemplaba su nueva corbata de marca, estampada con minúsculos guerreros náhuatl que parecían flotar sobre el cuadriculado de la tela.

—Hasta que se te salió la estirpe chilanga —se burló—. La chilena ha demostrado ser más competente que toda tu unidad de superentrenados cabezas de músculo, ya te lo dije. Sin embargo, he dado instrucciones de mantener a un equipo trabajando en paralelo. Al menor titubeo de Mariana, le ponen una bala en la cabeza y entran en acción.

Alvarado percibió cómo le subía la sangre a la cabeza a un inusualmente silencioso Ramírez. Había dado órdenes a efectivos militares sin consultarle, lo que constituía una clara forma de decirle que había tomado el control, incluso de las decisiones estratégicas. En la medida en que se conseguían objetivos y aparecían perspectivas de éxito, él avanzaba en su disposición —y rito político— de adueñarse de los laureles, relegando a segundo plano al uniformado, que asistía con desesperación a su propia incapacidad para detenerlo.

—¿No temes que la mujer lo eche todo a perder? —inquirió maliciosamente Ramírez—. Estás asumiendo una responsabilidad muy grande al darle tu respaldo. Si falla, te va a costar años conseguir que se olviden de esta estupidez.

Alvarado le devolvió el sarcasmo.

—A mayor riesgo, mayor rentabilidad, mi amigo.

Cualquier mequetrefe medianamente entrenado podía realizar el trabajo encargado a Mariana, y Alvarado lo sabía. Con el tremendo equipo que la respaldaba, el riesgo era mínimo. El efecto político, en cambio, sería de magnitud, tratándose de una mujer, y de una rehabilitada de la droga. Los beneficios para él podían ser muy jugosos. Además, si fallaba siempre podría culpar a alguien más. Confiaba en su olfato y en que sabría reconocer el momento de abandonar el bote. Por supuesto, él mismo se encargaría del sumario y de encontrar a los responsables de las fallas. Si se cuenta con la destreza necesaria, incluso el fracaso puede conducir al éxito político. Sólo hay que saber administrarlo. La clave es mantener las manos limpias, esto es, decidir todo pero no firmar nada. La política es esa guerra que se inventaron los que son demasiado cobardes para enfrentarse cara a cara con el enemigo, un mar infestado de tiburones donde no gana el más grande sino el más rápido en leer las circunstancias y hundir el puñal sin aspavientos, en la arteria precisa y en el momento adecuado. Alvarado era un tiburón pequeño pero rápido, y los grandes se volvían cada día más lentos. Debía moverse y no levantar la cabeza de la trinchera hasta no tener una bomba realmente efectiva.

—Repíteme las instrucciones que le diste a Mariana —le indicó a Ramírez.

—Nuestros expertos decidieron que la mejor forma de infiltrarse en los datos de

la Nato son los ductos de evacuación de los desratizadores. Son definitivamente un punto vulnerable, poco vigilado y bastante a la mano. Existe uno de ellos en el archipiélago de Cuba. Hacia allá la enviaremos.

—Y dime, ¿qué son los desratizadores? —preguntó el político en tono indiferente.

—Las cámaras donde finalmente son destruidas las presencias y restos de suciedad de aura de las que hablábamos. Allí hay una terminal de su intranet desde donde podrán ingresar y robar la información que necesitamos.

—Robar es una palabra muy fea, Ramírez —se burló Alvarado—. Digamos que estamos investigando sucesos irregulares que comprometen la seguridad nacional.

—Les proporcionaremos un vehículo desde la costa y hasta la isla —continuó el militar, sin prestar atención—. Les daremos apoyo logístico y un detallado plan de acción. La mujer tendrá toda la información necesaria injertada en su cerebro, pero nuevamente carecerá de apoyo militar convencional. Ésta es una operación que oficialmente no existe.

—Por supuesto —subrayó Alvarado—. Ahora, todos a trabajar.

Ella.

Ella sin brazos ni piernas en medio de una nube de colibríes.

Frente a ella, un hombre que es una mosca le hunde las manos en el pecho y le abre las costillas como un libro. Sus pulmones contienen cientos de diminutos sacos amnióticos con larvas que al percibir la luz emiten un ruido aterrador, como de una multitud que se quema. El hombre saca unas tijeras desde el interior de su estómago.

El Reche estaba frente a ella cuando Mariana despertó.

—No sigas apareciéndote así cada vez que despierto. No eres hermoso, ¿sabes?

—Lo siento. Tu sueño te estaba haciendo daño y pensé que era tiempo de espabilarte.

Mariana se irguió sobre su zarape taxqueño y quedó boquiabierta. Estaba bajo un árbol, apenas a unos metros de la playa. Giró hacia el Reche, asombrada.

—Te mantuve dormida mientras nos trasladaban: estabas muy cansada. Dejaron esto para ti. —Le extendió un pequeño transmisor con forma de cápsula para introducir en el oído—. Dijeron que ellos se iban a comunicar.

—Por lo menos no me abrieron la cabeza —murmuró ella, contemplando la hermosa extensión de costa que se desplegaba ante sus ojos. Sonrió con placer: hacía mucho tiempo que no veía el mar.

De arenas blancas y un mar esmeralda, la playa era enorme y solitaria. Mariana se desnudó y caminó hacia las olas mientras el Reche la miraba con curiosidad: cicatrices de cortes y quemaduras conformaban la cartografía de sus tropiezos sobre una piel elástica y firme; de hombros anchos y caderas angostas, sin un gramo de

grasa en el cuerpo, los tendones y las venas se le marcaban contra el sol del mediodía. De espaldas casi parecía un hombre afeminado, o una niña asustada en el cuerpo de un guerrero curtido; sus pechos eran pequeños y hermosos, y en un rostro por lo demás común destacaban unos ojos grandes como lagos de cielo. Giró para saludar al Reche en un gesto infantil que reveló su ingenuidad por completo.

—¿No quieres bañarte? —gritó con el rostro iluminado—. ¡Hueles a mierda de caballo!

El Reche no entendió e hizo un gesto neutro. Estaba pensando dónde cortar si las circunstancias lo obligaban a matarla.

A ella, en cambio, todo le parecía nuevo. Los colores del mundo eran más intensos sin el filtro vidrioso y sucio del maíz. El mar fresco en su piel, la brisa, el azul intenso del cielo. En la ciudad todo parece cocerse en aire estancado, el calor emana desde cada superficie como si se viviera entre los circuitos de un computador sobrecalentado. Ya no recordaba la última vez que había disfrutado de la naturaleza, y eso la hacía reír compulsivamente. Estuvo horas retozando entre las olas, o tendida sobre la arena, caminando por la rompiente, recogiendo piedras de colores, escarbando con un palo un extraño agujero burbujeante que había atraído su atención.

El Reche la observaba. Finalmente, ella se sentó a observar el mar, ese animal desaforado. Comenzó a sentir su respiración hipnótica recostada ante ese umbral. «El mar es el inconsciente del planeta», pensó, distraída. «El cerebro del mundo, lleno de animales extraños como pensamientos navegando por debajo».

—Mariana, es Ramírez quien habla. Responde, Mariana.

«Esa voz de nuevo», pensó ella con amargura.

—Aquí Mariana. Escucho.

—En tres minutos un vehículo los llevará hasta Cuba. Es un mercante teleguiado sin bandera. Si las líneas de defensa de la Nato detectan su presencia, no tendrán más de veinte segundos para saltar al mar e intentar alejarse.

—Tranquilizador —murmuró Mariana—. Saltar a un mar lleno de tiburones para huir de misiles de calor.

—La ruta les parecerá errática, pero está diseñada para simular la conducta de algunos bancos de peces, y para recorrer los puntos ciegos de los barredores de superficie. ¿Alguna pregunta?

—¿Tendremos comunicación con ustedes?

—Tenemos a un médium instalado veinte metros bajo tierra en el Yucatán, justo en el meridiano de acupuntura terrestre sobre el que ustedes operarán. En este momento está tomando posición dentro de tu cráneo el espíritu de Günther Diethardt, un operador de radio caído en el asalto a Stalingrado, durante la Segunda Guerra Mundial. No podemos arriesgarnos con las comunicaciones convencionales, los intermediarios son la alternativa más segura.

Mariana hizo un gesto de desagrado y se encaminó hacia la rompiente, donde ya había recalado el vehículo. Era un deslizador bastante precario: de estructura circular, plana en su parte superior y abombada hacia abajo, se mantenía flotando veinticinco centímetros bajo la superficie. No tenía más de cuatro metros de diámetro y podía alojar a dos personas de la misma forma en que se insertan baterías en un aparato eléctrico.

—Parece un ataúd para dos —bromeó Mariana mientras abordaba la nave.

Una vez instalados y fijados a la estructura, un láser penetró por las pupilas de la mujer para imprimir directamente en la retina la interfase de conducción y manejo del armamento.

—Mariana, atención... Estamos probando la línea de comunicaciones por vía astral.

La voz sonó como niebla en su corazón. Tenía textura y dejaba un sabor resinoso en la boca, y aunque no le llegaba con la nitidez de una buena radio, se percibía con bastante claridad.

—Aquí Mariana. Estamos azul: te escucho bien. Echa a andar esta cosa de una vez.

—Tu itinerario está disponible en la memoria del vehículo. Te recomiendo hacer el *download* de inmediato. La llegada a la costa será dentro de tres horas. El contacto se restablecerá cuando sean arrojados fuera del vehículo, a treinta metros de la orilla.

«¿Arrojados fuera del vehículo?».

—Ey, Ramírez, ¿tendremos protección de algún tipo?

—Hay una bandada de gaviotas-recipiente armadas con torpedos de luz y balas de estática. Dentro de media hora un grupo de pilotos muertos durante la guerra de Corea entrará en las aves y los escoltará hasta Cuba. Pensamos que un sistema de defensa más numeroso puede alterar demasiado el volumen de actividad psíquica en torno a la isla y delatarnos.

«O sea, estamos casi indefensos», reflexionó ella. La sensación de encierro dentro de la nave era horrible. Y fue peor cuando la cabina se llenó de un líquido viscoso y decenas de agujas salieron expelidas de los asientos para clavarse en zonas de acupuntura relacionadas con la motricidad.

—Ahora están unidos al vehículo —dijo Ramírez—. Diez segundos para el comienzo de la operación.

»Buena suerte.

»Fuera.

Se oyó un chillido parecido al grito de una mujer y el vehículo partió. El ruido fue decreciendo hasta transformarse en un zumbido de baja frecuencia, al borde de lo inaudible. Desde el aire no se podía ver nada aparte del mar del golfo de México teñido de dorado. Salvo una bandada de gaviotas a contraluz y un par de nubes anaranjadas, nada parecía moverse en el horizonte.

—¡Imbunche! ¡Mi señor!

Rodrigo apareció de improviso con el rostro oscurecido y una noticia perturbadora.

—¿Ya decodificaron los correos?

Como una araña saliendo de su escondrijo, la voz del profeta emergió parsimoniosamente desde un rincón en semipenumbra; al distinguirlo mientras avanzaba hacia la única fuente de luz del lugar, Rodrigo sintió el mismo escalofrío de siempre. Ahí estaba ese remedo hediondo de ser humano, ese andamio de huesos y pellejo de un metro noventa, completamente desnudo. Calvo, con unas greñas irregulares en vez de barba, los ojos desorbitados, una frase tatuada en la frente y aplicaciones de metal y cadenillas en zonas blandas del cuerpo, tenía la lengua mutilada, sangre seca adherida a los vellos del pecho y el pubis, y costras de suciedad y hongos por toda la piel.

—El último correo incautado era muy claro —continuó el joven—. Finalmente el Directorio de la Chrysler tomó la determinación de cerrar nuestra sección en un plazo de noventa días. Es definitivo.

La lengua bífida del Imbunche se movió lentamente por el aire captando la adrenalina y la tristeza del muchacho.

—Sólo Dios puede ser definitivo, Rodrigo —sentenció, saboreando el aroma de la juventud—. El Directorio es una hoja seca sobre su mano omnipotente.

El Imbunche hizo un gesto y la sala se iluminó, revelando un escenario estremecedor. Diseñada para reflejar un ideal de belleza y austeridad, la Sala del Culto era una planta octogonal que exhibía como único mobiliario un bloque de roca negra que nacía en el muro enfrentado al acceso y se prolongaba un par de metros hacia el centro. Todas las paredes estaban caligrafiadas con pasajes del Libro en tinta de plata, y la roca negra hacía las veces de trono y asiento exclusivo del Imbunche.

Cinco centímetros de agua cubrían el suelo en toda la estancia, junto a decenas de silenciosos penitentes que esperaban meses, tumbados y desnudos, por el privilegio de amortiguar los sagrados kilos de su profeta. Los sobrevivientes gozaban de gran indulgencia, y los que sucumbían tenían un lugar reservado en la otra vida: sus restos eran arrojados al basurero personal del padre del culto. Gran fama conseguían los que llegaban a ser asesinados por el mismo profeta en sus arranques de cólera sagrada. Luego la familia completa era perseguida e inmolada, para que se reunieran de inmediato en el Más Allá y gozaran de la música y el alimento sin fin de los bienaventurados.

Técnicamente, el Imbunche era el presidente del sindicato de la Sección 14 de la Chrysler. Sin embargo, con los años su dirigencia había derivado en un movimiento religioso fanático que tenía muy nerviosas a las más altas autoridades de la compañía. Originalmente pertenecía a un grupo de disidentes de la política colaboracionista del

sindicato en el poder, con quienes protagonizó un histórico alzamiento que culminó en una revuelta armada particularmente sangrienta.

La insurrección corrió como la pólvora por toda la Sección 14, alimentada por el discurso apasionado e incendiario del Imbunche, quien, en paralelo a sus proclamas proletarias y liberadoras, inició negociaciones secretas con el Directorio. Éstos apoyarían la revuelta no interviniendo y recibirían a cambio mejores herramientas políticas para controlar las decisiones al interior del sindicato. Del grupo inicial de doce guerrilleros, sólo quedó el Imbunche. Extraños accidentes transformaron el grupo inicial en el Panteón de los Once Mártires. Se les reconstruyó su historia personal para ajustarla a las necesidades pedagógicas del sindicato, y poco a poco fueron cambiando sus rostros y aun sus identidades. Se borró al más joven, y luego se incluyeron a una mujer y a un anciano, los que llegaron a representar modelos de vida y de obediencia a los valores del sindicato. El Imbunche, de marcada inclinación mística, los rodeó de un halo de santidad.

Pronto comenzaron los milagros de los Once Mártires, a la vez que el Imbunche se volvía más y más fanático en sus intervenciones. Poco a poco tiñó las acciones administrativas de ritualidad sacra, le encontró sentido cósmico a cada objeto, interpretó con delirio cifras y balances. Declamaba en éxtasis en los actos públicos, transportado por los sentidos trascendentes que descubría en los hechos más sencillos. Así se elevó, lleno de espíritu santo, a la categoría de pastor de su pueblo. Es el tipo de loco más peligroso, el loco con carisma. Pero el Imbunche no era un fanático genuino sino un político de excepción, inmoral y cínico como los mejores. Tomó el control de los medios, las fuerzas de policía, las designaciones y las remociones de los cargos de importancia. Tenía, a cambio de una secreta lealtad, el completo apoyo del Directorio. Así consiguió amalgamar un culto férreo, cohesionado y estable; el germen de un Reich místico. Al cabo de unos años, sólo existían Dios, el Imbunche —su profeta—, el Libro y el Enemigo, encarnado en una visión satanizada del Directorio.

Un solo detalle quebró las confianzas entre el profeta y el cuerpo directivo de la Chrysler: la organización de una elite guerrera, dedicada a actividades paramilitares y doctrinarias, dotada para ello de fuero sindical y derecho a impartir sacramentos. La Horda Odínica estaba compuesta por doce hombres con cerebro de delfín y extraordinarias capacidades psíquicas, las que utilizaban para animar y sincronizar a la perfección un enorme cuerpo policíaco al interior de la sección. Inmersos en los cuerpos inertes de doce «tontos» —hombres sin corteza cerebral producidos con fines médicos—, permanecían en estado de coma dentro de nichos ubicados bajo la losa del templo. Su fidelidad era de índole religiosa: el Imbunche los mantenía secuestrados bajo la curiosa figura del Voto de Prisión Sagrada.

El Directorio estaba en completo desacuerdo con la formación de un cuerpo policial que escapaba a su control directo, y se lo habían hecho saber al Imbunche en varias oportunidades. También le expresaron su disconformidad con las recientes

incursiones que pastores del culto realizaban fuera de la Sección 14. La evangelización de otros sindicatos estaba prohibida en las bases del contrato de cooperación, y la molestia se había hecho sentir de todas las formas que la diplomacia admitía. Ahora parecían estar tomando acciones concretas y definitivas.

—Imbunche, el Directorio es omnipotente. Si deciden clausurarnos, nada podrá impedirselo.

—¡No blasfemes, Rodrigo! Dios es el único omnipotente. Su voz en la Tierra, el Imbunche, no es más que el polvo en sus sandalias —declaró pomposamente el profeta caminando sobre los fieles.

Iba mirando al techo, donde campeaba una espiral dibujada con el texto manuscrito de la profecía de la liberación de la carne, que anunciaba la incorporación definitiva de la mente a la red mundial de datos.

—Nada les impide cerrarnos —insistió el muchacho, con la mirada sombría—. La única manera es enfrentarlos e ir al cielo de los guerreros.

—¿Sabes qué están diciendo los operarios que descifraron los correos, Rodrigo? Dicen que quizás llegó el momento de la guerra santa contra el Directorio. ¡La liberación de la carne!

Los enormes ojos del muchacho conmovieron la libido del Imbunche, que se le acercó con hambre en las encías.

—No voy a ser yo quien lleve a mi pueblo a la muerte... —dijo, posando las manos en los hombros fuertes del muchacho—. Una guerra contra el Directorio sería un suicidio, a menos que la voluntad de Dios esté detrás. Debemos orar y esperar su revelación, hijo mío.

Lo atrajo hacia su pecho y lo abrazó, acariciándole el cabello. Rodrigo era su tercer lugarteniente en dos años, y el más hermoso; quería disfrutar de su juventud antes de matarlo. El joven temblaba. Notó de inmediato la erección del profeta y, rogando para que lo soltara pronto, recordó la recomendación de no contrariarlo.

El culto se había desarrollado en torno del tipo específico de trabajo que se efectuaba en la Sección 14, que era la encargada de operar la intranet de la Chrysler en el ciberespacio. Sus miembros eran navegantes expertos y recorrían las carreteras informáticas llenos de espíritu santo, potenciados con mescalina suministrada por vía intravenosa. Todas las mañanas un ejército de operarios entraba en los galpones y conectaba sus cabezas a *hubs* de navegación inmensos, similares a grandes bloques llenos de agujeros similares a anos mecánicos que se cerraban fijando sus cuellos. Una aguja hipodérmica se hundía en la frente de cada trabajador y la iluminación comenzaba: el químico corría por las venas de la máquina y entraba directamente en la hipófisis de los obreros. Luego sincronizaban sus encefalogramas con un mantra

digital que actuaba como umbral de entrada al gran océano de datos, y se sumergían en la enorme ameba que los abrazaba con su matemática vertiginosa.

El origen del culto podía situarse en una resonancia que todos los navegantes experimentaban: una especie de sombra en los contornos del ángulo visual, un rostro que no era el propio, pero en el que se reconocían todos. Hacia donde giraran entreveían el mismo jirón fantasmal: el Embrión Soñador. La red estaba encinta y había que ayudarla a dar a luz. Una guerra santa les permitiría a todos renacer en la red, liberados de la carne, con sus patrones de memoria impresos directamente en el ciberespacio, para existir sin límites entre sus códigos infinitos. Sería una existencia en éxtasis permanente, absorbida por una conciencia electrónica única, colectiva; el orgasmo electrónico en una frecuencia aún por revelar. «El cuerpo es ilusión, la verdadera existencia es digital», rezaba un párrafo del Libro.

Seis horas diarias pasaban los operarios en el trance extático de la navegación y la mescalina, insertos como piezas vivas dentro del sistema de conectividad de la Chrysler. Distinto era el caso de los empleados contratados, generalmente trabajadores de elite entrenados durante años por empresas especializadas. A estos técnicos expertos se les conectaba intensivamente durante seis meses a ritmos extremos y para tareas de altísima complejidad; luego eran dados de baja con un sueldo de por vida, más todas las cirugías reconstructivas y los tratamientos psiquiátricos que fueran necesarios.

Los trabajadores nacidos en el complejo industrial le dedicaban todas sus fuerzas hasta el momento mismo de su muerte —que ocurría como promedio a los treinta y cinco años—, y nada podían hacer para reclamar mejores condiciones. La Chrysler no era simplemente una compañía de transportes de dimensiones descomunales, sino una empresa con características de estado soberano: gozaba de fuero dentro de sus instalaciones, otorgaba documentos de identidad, y ninguna organización podía entrometerse en sus políticas internas.

La Chrysler había sido pionera en el desarrollo y aplicación de nuevas tecnologías de transporte de información, y fueron sus investigaciones en tecnología de conectividad lo que transformó la red mundial de datos en un organismo eficiente. En sus laboratorios de pruebas se logró medir la influencia de la actividad kinestésica en la electrónica, lo que finalmente condujo a la incorporación de parámetros psíquicos en la industria de las telecomunicaciones. En lo que respecta a los nuevos paradigmas en el área de las interfases gráficas, ellos fueron los padres del exitoso concepto de «planeta-océano», una modalidad de comportamiento ecológico de los datos que se autorregulaba por mecánicas climáticas: mareas de información, cardúmenes digitales, tormentas de datos.

La empresa se volvió tan monstruosamente grande que negoció la compra de una extensa superficie de aguas internacionales entre el golfo de México y África. Con los años, una enorme costra metálica se fue asentando en el fondo del Atlántico, con millones de habitantes distribuidos en decenas de secciones productivas. Cuando la

primera generación de personas nacidas dentro de las instalaciones hubo alcanzado la mayoría de edad, la Chrysler redactó una Constitución, entregó cartas de nacionalidad y pidió autorización para ingresar en la ONU como estado soberano.

Los sindicatos eran parte importante de la estructura de poder. Férreamente controlados por el Directorio, más que representar a los trabajadores se encargaban de controlar sus actividades. Reconocían tempranamente eventuales factores de conflicto, y generaban soluciones en acuerdo con las autoridades. Más aún, cada veinte o treinta años se organizaba una revuelta social controlada, con el objeto de liberar presión social y mantener la credibilidad de las organizaciones obreras. En tales ocasiones se reivindicaban exigencias secretamente preaprobadas por el Directorio, y tras unos cuantos disturbios, y dos o tres nuevos mártires que llegaban a fortalecer la moral del pueblo, se restauraba la situación precedente y todo volvía a la calma.

Pero esta vez era distinto.

—Son momentos oscuros, hijo mío —dijo el Imbunche, que aún sostenía a Rodrigo entre sus brazos.

—Debes proclamar la guerra santa —insistió con voz queda el muchacho.

El Imbunche suspiró.

—Convoca al Círculo Doctrinario. Enciérralos sin alimentos hasta que vean.

—Sí, mi señor.

—Ahora déjame solo.

Rodrigo salió tan rápido como pudo. El Imbunche hizo un gesto y volvió a la penumbra, suspirando de nuevo. Pensaba en la carne de esos muslos que se alejaban, casi huyendo.

La situación a la que se enfrentaba la Sección 14 era inusitada. Esta vez no se trataba de un conflicto ficticio como los que tantas veces montaran en acuerdo con las autoridades. Esta vez querían clausurarlos. Definitivamente. Y, conociendo al Directorio, no habría reubicación: su destino eran los depósitos de cadáveres. El Imbunche conocía de memoria la estrategia: la Chrysler presionaría hasta provocar la revuelta; entonces entraría con sus unidades de choque y arrasaría con todo en nombre de la seguridad interior. «Así que se decidieron a destruirme», pensó ahora, después de dos días de encierro y oración en que, ya descifrados los correos, había vociferado, pateado cabezas y rayado las paredes con frases incoherentes.

—¡Imbunche! El Círculo Doctrinario solicita respetuosamente audiencia —anunció Rodrigo en un tono ridículamente solemne.

El profeta sonrió; su inocencia le conmovía.

—Hazlos pasar, hijo mío.

Ruidos de cadenas y murmullos se colaron por el pasillo de acceso, y un guardia ingresó tirando del grupo con una cuerda. El Círculo Doctrinario era el oráculo encargado de interpretar el Libro para los integrantes del sindicato. Estaba formado por un grupo heterogéneo: cuatro niños, cuatro ancianos y cuatro mujeres jóvenes. A todos se les había arrancado los ojos, y en su lugar tenían bolas de acero con cadenas soldadas a ellas, que los unían entre sí en una ronda monstruosa. Las manos de los niños estaban cosidas a sus pechos, y todos andaban desnudos. Como no se les estaba permitido bañarse, trozos de fecas colgaban de sus traseros y el hedor que despedían era insoportable. Uno de los niños no había resistido la dura disciplina y su cadáver era arrastrado por el resto del grupo.

El Imbunche enunció la pregunta ritual.

—Díganme, ojos del Libro, qué han visto.

El viejo que se hallaba más cerca levantó unos brazos cubiertos de tatuajes realizados con vidrios o con sus propios dientes, y abrió la boca. Comenzó a modular, pero era uno de los niños quien emitía las palabras, en perfecta sincronización.

—Te vi girar en el centro del Universo, oh, Imbunche. Tus ojos eran púlsares que transmitían números día y noche. Agua caía por tus cabellos y árboles crecían bajo la humedad de tu lengua. El telón de fondo se estremeció con un recuerdo desagradable y comenzaste a plegarte. Metiste tu cuerpo en tu propia boca y te lo tragaste. Tu mano derecha se proyectó fuera y tocaste el ano de Dios con delicadeza...

—Basta de alegorías —dijo el Imbunche con suavidad—. Sólo dime qué debo hacer.

El niño y el viejo discutieron en voz baja. Una mujer que tenía sus orejas y pezones unidos por tensas cadenas comenzó a murmurar, mirándose la palma izquierda. Mientras, un segundo anciano se masturbaba y un niño orinaba sobre la boca del muerto. Otra mujer pidió comida y dijo:

—Mátalos a todos. Eso es lo que quieren. La carne de hombre es sabrosa. Vas a necesitar ayuda. La mujer ya viene. Suéltame y te diré algo cómico.

El Imbunche se le acercó.

—¿Dios quiere una guerra santa?

La mujer sonrió.

—No sé quién es Dios o qué quiere, y, por supuesto, tú tampoco. Pero de que esto va a arder no cabe duda. Ya estamos todos muertos, casi puedo oler los intestinos expuestos a las moscas.

—¿Entonces habrá enfrentamientos? —Sí.

—¿Entonces habrá una guerra? —Sí.

El Imbunche cerró los ojos, levantó los brazos y habló mirando a Rodrigo:

—Quémenlos.

Los guardias clavaron un largo estilete en la nuca de cada uno de los encadenados y los arrastraron fuera antes de que el Profeta volviera a abrir los ojos.

—Vienen tiempos de gloria, hijo mío —dijo, al tiempo que se sentaba en la roca y

se tiraba un largo pedo.

—Ponme a la cabeza de la línea de combate, mi señor. Quiero ser el primero en besar las sandalias de Dios.

—Calma, mi Rodrigo. Antes convoca al Consejo Sindical. Debemos informarles que el día ha llegado. Entramos en estado de gracia: desde hoy somos guerreros sagrados. Dios nos proteja.

Ella.

Ella colgando del cielo, amarrada de la lengua al vacío del cosmos, con un meteoro en cada mano. Debajo de ella, un paño rojo con un par de dados, un cuchillo y un vaso.

Su abdomen se angosta a partir del ombligo hasta producir una sola pierna.

Alguien acerca el oído a su estómago y escucha el ruido del mar.

—¿Qué pasó? —preguntó Mariana, tomándose la cabeza y sintiendo que la habían utilizado como cascanueces. Un persistente zumbido le taladraba las sienas.

—Fuimos expelidos del vehículo cerca de las costas de Cuba, a unos ochenta kilómetros por hora —respondió el Reche—. El impulso hizo que perdieras el conocimiento.

—Nos podríamos haber roto el cuello —dijo ella, tratando de limpiarse algo viscoso que no la dejaba abrir los ojos con comodidad.

—En realidad no. Dentro del vehículo fuimos sumergidos en un gel que amortigua las maniobras bruscas. Ese gel adquirió consistencia al entrar en contacto con el aire y caímos a la costa encapsulados, como medusas humanas.

El Reche estaba sentado sobre una roca —siempre encontraba una roca— con los ojos cerrados. Mariana se revolvía en su placenta escupiendo arena y limpiándose la sustancia gelatinosa que la envolvía por completo.

—¡Basta! —gritó de pronto, furiosa—. ¡Basta de ser tratada como un animal! —Logró liberarse y ponerse de pie—. ¡Ramírez, respóndeme, conchetumadre!

Siguió gritando, pero no hubo respuesta alguna. Gritaba sola en una playa maravillosa, entre un muro de palmeras y un mar esmeralda que respiraba tranquilo bajo un cielo celeste e indiferente.

Gritó un par de veces más, hasta que sintió un mareo. Cayó de rodillas y vomitó sobre la arena.

Ella.

Ella montada sobre un tigre, con una espada en la mano.

Una bandada de gaviotas descendió a veinte metros de distancia, observándola en

completo silencio.

—Todo esto es una locura —murmuró mientras se limpiaba la boca, cansada—. No soy nadie. Esto no tiene sentido. Me miro y no entiendo qué cresta hago aquí, metida hasta el cuello en esta mierda de espionaje a escala mundial...

—No tienes alternativa. Si no cooperas, terminarás como...

—¡Ya lo sé! —interrumpió la mujer—. Gracias por recordármelo. Eres más frío que un pescado, huevón. No te importo pero me ayudas. Es como si Dios me hubiera enviado un ángel con perfil de funcionario estatal. ¿No te dice que además debes amarme? —se burló.

—Ésos son inventos de ustedes. Dios no habla con nadie hace miles de años.

—Si hay algo que sobra son iluminados que hablan con Él...

—Pura esquizofrenia. Dios está en coma. El único objeto de este Universo es servir de máquina de suspensión vital al Gran Catatónico. Ustedes deben nacer y morir para mantenerla funcionando. Sólo son el oxígeno del divino enfermo, el combustible que nace y se quema para mantener caliente la máquina.

Mariana se quedó de pie con la boca abierta.

—Eres muy raro, huevón.

—«La partera ve a Dios exhalando entre las piernas de la hembra. El sepulturero ve a Dios inhalando desde el fondo de la tumba». Este poema contiene una de las pocas verdades en las toneladas de literatura religiosa que tu pueblo produce, con encomiable y estéril entusiasmo.

El selknam parecía molesto. Por primera vez Mariana creyó ver un atisbo de emoción en aquel ser. De pronto se le ocurrió que nunca lo había visto de espaldas, así que caminó en torno: para su sorpresa, nunca pudo rodearlo.

—Me asomo a este mundo como alguien que mete su rostro en el agua. El resto de mi existencia está en otro lugar. Aquí no soy más que la extensión de un cuerpo impensable para ustedes, como un dedo queriendo conocer la textura de un objeto —dijo el selknam, adivinando la curiosidad que embargaba a la mujer.

—¿Dónde estás, entonces?

El Reche hizo una mueca que a Mariana le pareció una sonrisa. Entre los ligamentos y las placas de exoesqueleto que se reacomodaron apareció una expresión casi nostálgica, casi humana. Su aura varió del violeta de siempre a un cian plagado de visos tornasolados.

—Estoy en el procesador central de la máquina, envuelto en espíritu santo. La verdadera forma de la máquina es de innúmeras ruedas llenas de ojos dentro de ruedas llenas de ojos. Cuatro vivientes la sostienen: uno con cabeza de águila, uno con cabeza de toro, uno con cabeza de hombre y uno con cabeza de león. Los relámpagos nacen desde todos los puntos y un anillo de aguas descontroladas gira en torno. Todo pulsa entre la oscuridad absoluta y los impactos luminosos de un ojo infinito.

»La información emana a la manera del sudor, y luego es cosechada por abejas

descomunales que forman nubes en torno a la máquina. Desde el centro, eternamente, se eleva el sonido de las trompetas y los cantos que glorifican a Dios en código binario. El fervor hace llorar y arrancarse la piel a los menos capacitados entre los ángeles encargados de transmitir los datos. El amor y la fe son encauzados por ductos hasta el espacio interior, donde reina un silencio absoluto. Un dodecaedro flota en el centro de ese espacio, recortado contra la negrura y las estrellas de otro cosmos de tamaño más reducido. A su vez, en el centro de ese dodecaedro de roca sólida —que tiene el tamaño de un planeta— hay una habitación cúbica y sin salida hacia el exterior. En esa celda de dos por dos metros el Kawésqar escribe día y noche lo que ocurrirá en los siguientes cinco minutos. Las caras del poliedro están grabadas con signos descomunales que contienen, cifrado, uno de los nombres de Dios; y entre los valles y cañones que forman los monstruosos ideogramas vagan millares de peregrinos que recitan la oración escrita en esas paredes de roca.

»El poliedro es un *software* de acceso, una tablilla parlante en perpetua oración. Orbitada por un pensamiento de Dios, reformula el significado de la contraseña labrada en sus superficies a través de la recreación constante de todo el lenguaje. Yo soy el tercer peregrino de la novena fila del grupo número 3742, que camina entre las paredes del poliedro donde se forma el signo *aonikenk*, que representa la hermosura de un rayo de luna entre los árboles. Ahí estoy, Mariana. Ahí estoy en este preciso instante —concluyó el selknam. Luego cerró los ojos y decayeron sus colores.

—No entendí ni la mitad —suspiró Mariana, viendo cómo se desvanecía su única compañía.

La soledad tiene la mala costumbre de teñir el paisaje con un pigmento amargo. Mariana se vio contemplando el mar como a un gran dragón agazapado, lleno de amenazas, listo para saltar sobre ella. «Soy un ratón», pensó como bromeando. Pero no era una broma. Realmente se sentía como una rata de laboratorio. Le abrían y le cerraban puertecitas, y ella no podía sino entrar y salir por ellas. Eso era, se dijo, «un puto ratón asustado».

Permaneció un par de horas sentada en la arena, absorta en sus pensamientos. Por su mente pasaron recuerdos de infancia. Recordó un gato llamado *Neko*, recordó el árbol donde trepaba para estar a salvo, recordó la vez que se escondió en la caja de la ropa sucia y oyó a su padre decir: «Mariana está cada día más bonita». La sensación que la invadió al escuchar esa frase aún la conmovía; había sido la única vez que sintió afecto por parte de su padre, y atesoraba ese recuerdo como se atesora una brasa minúscula en el frío de una caverna.

Aburrída de esperar, de pronto recordó el sistema de comunicaciones no convencionales que Ramírez le había descrito, y pensó en activarlo. Todavía se sentía un poco ridícula hablándole a la nada, pero se acomodó, cerró los ojos y se dispuso a contactar a su huésped, el espíritu que serviría de enlace de comunicaciones con los

mexicanos. No hizo más que pensar en la mecánica de acceso y una sensación de paranoia la invadió. Se sentía observada. Algo detrás de ella la amenazaba. Giró bruscamente y comenzó a sudar. Las gaviotas la miraban fijamente, sin emitir un graznido. Se puso de pie y giró en redondo, con la respiración agitada, buscando enemigos. Empuñó el cuchillo dentro de su bota militar; «¿Dónde estás?», pensó con nerviosismo, y en ese instante un mareo la tiró de bruces a la arena.

Manoteando entre la niebla, luchando por no hundirse en la inconciencia, jadeaba y repetía expresiones inconexas: «¡Baja la cabeza!... Ametralladoras... ¡Mi pierna, dónde está mi pierna! Me muero... Madre, ¡no!... ¡Auxilio, un médico!».

—¿Reche, qué me pasa? —chilló desesperada, aferrándose a su cabeza para no caer.

El selknam abrió un ojo, observó a Mariana revolcarse y lo volvió a cerrar.

—Si te sigues hiperventilando, vas a entrar en trance y la entidad que está pidiéndote acceso te va a destrozar. Así que cálmate.

—¿Qué hago? ¡Siento que me clavan algo en la cara!

—¡Cálmate! —dijo el selknam, y se puso de pie.

—¡Auxilio, un médico! —gritó la mujer, llena la cabeza con ruidos de batalla.

El selknam extendió un brazo, su mano, un dedo, entró en su pecho y le tocó el corazón sobrepasado por el miedo. Mariana sintió como un golpe de agua fría en el útero y se recogió con un gemido. «Mariana, Mariana...». La llamaban: una voz muy lejana, brumosa, como en esas viejas radios de ondas hertzianas mal sintonizadas; pero los tenues llamados se tornaban cada vez más nítidos.

—Atención, Mariana. ¿Me escuchas?

La mujer abrió los ojos y se irguió, extrañada. Se sentía bien. El oleaje simulaba una respiración pausada, y una agradable brisa vino a refrescarla.

—¿Quién es?

—Mariana, ¿me escuchas?

La voz ya era audible con un aceptable nivel de definición.

—Escucho bien. Identifíquese.

—Günther Diethardt, cabo segundo, Tercera División, Walhalla Kraftig.

Mariana titubeó. Técnicamente estaba hablando con un muerto, y el escalofrío fue inevitable.

—Tú... estás muerto, ¿no es así?

No hubo respuesta. Sólo estática entre sus oídos.

—¿Günther?

Mariana se puso trabajosamente de pie.

—Prefiero decir que estoy en tránsito.

«Lo único que faltaba —pensó Mariana haciendo una mueca—. Un fantasma quisquilloso».

—No soy un fantasma, tampoco.

—Uf, lo siento, es que es la primera vez que...

—¿Que hablas con un espíritu?

—La verdad, sí. Aunque es muy... interesante.

—¿Por qué abriste la comunicación así, tan de golpe? Es muy peligroso hacerlo sin experiencia en comunicaciones psíquicas. Estuviste a punto de cortar tus conexiones con la realidad.

—¿Me estás diciendo que tú causaste mi crisis de pánico?

—No fue una crisis de pánico. Te conectaste directamente con mi principio ancla, con aquello que me retiene en el plano astral...; en fin, el trauma que me fijó en esta frecuencia.

Un escalofrío recorrió la espalda de la mujer.

—¿Eso que casi me hizo enloquecer fue lo que sentiste cuando te...?

—Sí.

Mariana contuvo las lágrimas, llena de compasión.

—¿Qué edad tienes, Günther?

—Dieciocho... Y varias veces esa edad convertido en un espectro —dijo, sombrío.

—¿Te asesinaron? ¿Por eso quedaste sujeto allí donde estás?

El muchacho no contestó de inmediato. Se sentía incómodo con tantas preguntas. Además, ¿qué podía interesarle a esa mujer extraña lo que había desgarrado su existencia...? Él era una pieza del sistema de comunicaciones, y nada más.

—Eso no importa —agregó secamente—. Hay un trabajo que cumplir. Soy un soldado y tengo mis instrucciones.

—Pero si eres casi un niño —dijo ella con ternura—. Puedo sentirlo...

Günther vaciló. Él también sentía cosas emanando de la mujer; algo parecido a la piedad, a la comprensión, una preocupación verdadera. La sensación era extraña. Se sentía conmovido, asustado.

—Mírame —susurró ella.

—Te puedo ver... Puedo... casi tocarte. Nunca había entrado en el corazón de alguien —murmuró Günther.

—Quizás nunca lo habías intentado.

—No es eso. Nunca me habían invitado.

—Y yo, ¿te invité? —sonrió Mariana.

—Es que no fue necesario —intentó explicar el joven—. Te ves muy... Desde aquí te ves como una pradera al mediodía. No sé cómo explicarlo. Hay fracturas en el terreno, pozos profundos, pero es hermoso. El paisaje está pintado con crayones de bellos colores.

—Tu dolor es hondo —suspiró la mujer—. Y también te siento como algo fresco que baja por mi garganta.

El muchacho se acurrucó y suspiró. Parecía conocerla.

—Tenía dieciocho años cuando me llamaron para unirme al ejército —comenzó a susurrarle—. A los dos meses ya era el encargado de telecomunicaciones de un

pelotón diezmado en el frente oriental. Llevábamos diez días infernales en las afueras de Stalingrado, intentando quebrar la línea de trincheras rusas, cuando una repentina ofensiva de los soviéticos me dejó aislado en la caseta de radio. Estuve solo dos horas eternas, temblando, e intentando recuperar el contacto con mis compañeros. De pronto un soldado enemigo entró gritando, frenético, y me clavó su bayoneta en el ojo. Me perforó el cerebro y llegó a impactar el arma contra la pared. El *shock* fue tan grande que, aunque vi desde el techo cómo el soldado hundía una y otra vez su bayoneta en mi cadáver, no me di cuenta de mi nuevo estado sino cuando entró Lothar gritando mi nombre. Mi compañero apretó el cañón de su fusil contra la mejilla del ruso y disparó. Lothar también estaba herido. Entraron otros dos soldados rusos y literalmente lo partieron en dos con sus ametralladoras. A pesar de eso, Lothar no murió de inmediato; gritó un par de minutos antes de emitir un sonido horrible y quedar inmóvil. Yo estaba horrorizado. Es difícil matar a un hombre. Tienes que ser cruel, persistente y desmedido. La demencia es un requisito.

La voz del muchacho era triste pero distanciada. Mariana se estremeció por la crudeza con que relataba su propia muerte.

—Debe haber sido terrible —murmuró.

—Cuando finalmente me di cuenta de mi nueva condición, me invadió el pánico. Tuve que ver cómo mi cuerpo se hinchaba y comenzaba a descomponerse. Cómo lo metían en un saco y lo apilaban cual basura. Permanecí junto a mi tumba durante meses, sin atreverme a alejarme demasiado: no sabía qué esperar. Distinguí junto a mí algunas sombras con distintos grados de definición; supongo que eran otros en el mismo estado. Jamás pude comunicarme con ellos. Vagué, visité a mis familiares, intenté hablar con ellos, pero fue en vano. Estaba solo en el planeta. Pasó mucho tiempo antes de que Ramírez y su gente desarrollaran la interfase adecuada. Me ofrecieron un lugar en sus operaciones... y aquí estoy. Intentando robar algo de realidad, esperando avanzar en mi estado..., hacia donde sea.

—¿Por qué trabajas para ellos?

—Tú no sabes cuánto se anhela volver a sentir el sol, la tierra bajo los pies, la comida en la boca... ¡El roce de otra piel! El tacto, sobre todo el tacto.

Mariana se sintió incómoda, invadida.

—Y ahora..., ¿sientes a través de mí?

—Sí, claro. Aunque es extraño... Los pechos. Es extraño percibir esas cosas colgando.

Günther parecía reír, pero a Mariana no le pareció gracioso.

—Es mucho más cómodo que tener «cosas» colgando entre las piernas. Apuesto a que moriste virgen, pendejo.

Nuevamente se hizo el silencio, y esta vez fue más prolongado.

—Eh... Discúlpame —dijo Mariana, avergonzada—. No fue mi intención...

—Mariana —interrumpió el selknam, abriendo un ojo—. Aquí viene.

—¡Mariana, te habla el comandante Ramírez! —exclamó ásperamente el militar

dentro de la cabeza de la mujer.

—Te escucho, Ramírez.

—No es usual entrar en contacto con los huéspedes, pero Günther nos servirá como un disco duro externo para contener el plan de acción que van a seguir. Los médiums le están transmitiendo las instrucciones en este instante. Él te guiará en la infiltración. Por tu seguridad, éste será el último contacto hasta que salgas de las instalaciones de la Nato... con todo lo que necesitamos. Eso es todo.

Mariana suspiró. De pie en la playa, levantó la vista, mirando hacia el horizonte. «Por mi seguridad... tengo que robarle a una organización internacional —dijo para sí—. Esto no tiene pies ni cabeza. Bien..., ¿Günther, estás ahí?».

—Aquí estoy.

—¿Recibiste la información que mencionó Ramírez?

—Tengo todo.

—Hola, Hughes —dijo el selknam, dirigiéndose a Günther.

—¿Quién es él, Mariana? —inquirió éste—. ¿Por qué puede percibirme? Y no me llamo Hughes —gruñó.

—Así te llamabas en 1138, cuando una espada sarracena te rajó desde el hombro hasta el estómago. Veo que tienes cierta inclinación por las armas blancas —musitó irónicamente el selknam.

—¡Cállate, Reche! —restalló la mujer.

Luego se dirigió a Günther:

—Es un selknam y su nombre es Reche. Me salvó la vida y está empeñado en ayudarme. Dice que estoy «en el curso de los acontecimientos» —se burló—, y que ayudándome conseguiré sus objetivos. Ha demostrado ser muy útil y tengo un par de deudas con él. Nos acompañará.

—¿Siempre es así de desagradable?

—Si no te cruzas en mi camino no tendrás nada que temer —sentenció el Reche.

—¿Nada que temer? Ja, ja. Yo ya no tengo nada que temer —repuso el muchacho.

Pero cuando terminó de reír se encontró cara a cara con el selknam en su propio plano de existencia.

—Ni siquiera imaginas lo que yo puedo hacerle a tu alma inmortal, imbécil.

Günther sintió que se disolvía en un mar de dolor en estado puro. Volvió a su centro casi de inmediato, pero ahogado por el pánico.

—¿Te queda claro?

—¿Qué es lo que queda claro? —preguntó la mujer, ajena a la conversación.

—Nada, nada —dijo Günther, nervioso—. Creo que ya es momento de que comencemos a planear la infiltración. En un par de horas anochecerá y el itinerario indica buscar refugio y descansar.

Mariana hizo un gesto de aprobación y se adentraron en las palmeras.

A trescientos kilómetros de altura el silencio es absoluto, y la oscuridad, tangible.

No hay medida en la inmensa catedral del vacío, sólo el delicado vitral de colores que es la Tierra, navegando sobre sí misma en su diaria huida de la noche.

Algo cruza a miles de kilómetros por hora y se hace diminuto antes de siquiera ser distinguido. Una silenciosa anémona del frío, un sistema nervioso orbitando el planeta: el vigilante.

El Tangata Manu lo contempla todo.

—¿Todavía confías en ella? —preguntó Ramírez, escrutando las gráficas de los signos vitales de Mariana.

Alvarado se refregaba un ojo y bostezaba.

—Confío en la gente mientras haga bien las cosas. Si titubean, aplico el plan B.

—¿PlanB?

—Los reemplazo y pongo toda mi confianza en los nuevos encargados.

—Eso no es confianza, es cálculo. Cuando yo envío a mis hombres a cumplir un objetivo, tengo plena seguridad de que van a morir si es necesario para completar la misión.

Alvarado sonrió.

—Ustedes los militares no creen en los seres humanos. Por eso los mutilan psicológicamente, los condicionan y acondicionan físicamente según sus necesidades. Eso no es confianza en los hombres, Ramírez, eso es confianza en el entrenamiento. Por eso te molesta Mariana, porque es una civil. No sabes cómo reaccionará y eso te saca de tus casillas. Preferirías ver en su lugar a un eficiente patriota, completamente obediente y predecible.

Ramírez no dejó expresar su molestia.

—Tú no comprendes los valores militares —murmuró.

—¡Ja! Siempre dicen eso en última instancia. Pero los «valores militares», la lealtad, la camaradería, el amor a la patria, no son más que herramientas del mando. Condicionamientos que facilitan las tácticas de combate, nada más. Por eso no puedes entender mi decisión: porque en tu pequeño mundo en blanco y negro no existen los matices.

Ramírez se mordía los labios.

—Si te equivocas, va a ser tu error.

Alvarado volvió a reír.

—¿A eso se reduce tu análisis? —Movié la cabeza sólo para enfurecerlo aún más —. Una persona como yo nunca se equivoca. De eso se trata la política, mi amigo. Siempre hay una forma conveniente de ver las cosas. Los partidos son manadas de lobos solitarios que aprendemos a cooperar sólo para conseguir comida.

—Más que lobos, me parecen serpientes escurridizas y cobardes —masculló Ramírez, intentando por primera vez ofenderlo abiertamente.

—Eso es justamente lo que somos —dijo Alvarado, bajando la voz.

Ramírez clavó la vista en los monitores, intentando parecer indiferente. Con simulada concentración estudió el ritmo cardíaco de Mariana, que dormía con dificultad. «¡Pinches cabrones sin madre!», maldijo mirando a Alvarado, que seguía bostezando.

—Queridos hermanos... —comenzó el Imbunche, y luego hizo un prolongado silencio.

La explanada del templo congregaba a los doscientos representantes del Consejo Sindical, el verdadero corazón de la Sección 14. Todos los asistentes, acérrimos defensores de la fe, exhibían en la frente una trepanación circular de dos centímetros de diámetro, en la que se observaban largas agujas metálicas clavadas en la masa cerebral expuesta; y todos, en respetuoso silencio, dirigían su atención hacia el holograma del Imbunche, proyectado a gran tamaño sobre la arquitectura del templo.

—... Hoy es un día de gran tristeza, hermanos míos, pues hemos recibido una terrible noticia. El enemigo ha decidido clausurar la actividad en nuestra tierra santa, nuestra amada Sección 14.

Un solo gesto de Rodrigo, que estaba situado unos pasos más atrás del líder, acalló los murmullos de asombro y reprobación.

—Una gran amenaza se cierne sobre el culto de los hijos de Dios. Los videntes recibieron el mensaje divino. ¡Debemos defendernos, dice el Señor!

Los murmullos se hicieron más resonantes y comenzaron las alabanzas.

—Mi pecho ya ha sido ofrecido como carne para las espadas. Dios ha escuchado mi plegaria y acepta el sacrificio de un guerrero de la fe. ¡Ahora quiero saber cuántos de ustedes están dispuestos a morir defendiendo la obra del Creador!

El grupo entró en un estado de exaltación vociferante, hasta que el Imbunche llamó al silencio con un gesto de su brazo extendido.

—Hermanos, debo advertirles que por las calles correrá la sangre de nuestros héroes: muchos de nuestros hijos perecerán. No debemos alegrarnos por esta temible prueba que Dios nos impone. Esto es lo peor que podría habernos ocurrido, pero hay que beber de este cáliz amargo hasta la última gota, si ésa es la voluntad de Dios. Ahora vayan a sus comunas y distribuyan la información que recibirán. Hemos aislado nuestra sección; el enemigo no debe conocer nuestros planes, de modo que sean cautos. Vayan con Dios.

En seguida el Imbunche entró en el templo. Le siguieron cinco hermanos: los miembros del Sindicato en la Sombra, el consejo detrás del consejo, una entidad secreta, incluso para el Directorio.

—Esto es un desastre —dijo uno.

—Y en el peor momento, cuando empezábamos a avanzar en nuestras alianzas con otras secciones —agregó otro.

—Jamás veremos ninguna ganancia. Toda nuestra inversión se perderá.

—Nadie va a aliarse con nosotros, por temor a las represalias —comentó el último.

Todos se veían muy desanimados.

—Hermanos —repuso el Imbunche—. Esto es lo mejor que pudo habernos ocurrido.

Rodrigo, que había sido autorizado para estar presente, giró bruscamente la cabeza en dirección del profeta, que sonreía satisfecho.

—¿Cómo puedes decir eso? —exclamó Millache, el más anciano del grupo—. El Directorio nos va a borrar de un golpe. No podremos resistir su decisión. Por supuesto, no tomé en serio tu llamado a la guerra santa: sería una locura.

—Tampoco podremos disuadirlos —añadió Alerrayén, el más joven—. Los correos son específicos: el culto se ha vuelto peligroso para la estabilidad productiva, y ahora es imperativo acabar con él.

—Hermanos... —continuó el Imbunche, con expresión condescendiente—. Llevamos años intentando unir a las secciones en un frente de resistencia que contrapesa el poder del Directorio. ¿Y qué hemos logrado? Nada.

Sonrió, mostrando sus encías negruzcas.

—Nadie se atreve a enfrentar al Directorio. Jamás vamos a conseguir nada por esa vía. No vamos a resistir su decisión, Millache. Ni vamos a intentar disuadirlos, Alerrayén. Vamos a hacer algo que ellos no esperan.

Todos se miraron extrañados.

—Vamos a atacar primero.

La indignación cundió y los enfurecidos comentarios del grupo pusieron en alerta a Rodrigo, que tomó posición junto al profeta.

—¡Calma, hermanos, calma!

—Primero explícanos tamaña estupidez, Imbunche. No hemos invertido nuestras fortunas en financiar un suicidio, sino para tener participación en el gobierno federal que pretendemos crear. ¿O es que, de tanto rezar, te estás creyendo tu discurso mesiánico? —se atrevió a decir Millache.

—Y, aunque atacáramos primero, nada les impediría contraatacar y aplastarnos como a gusanos. ¿O bajaría una mano desde el cielo para protegernos de los pulsos electromagnéticos? —inquirió otro.

El Imbunche pidió silencio.

—Nuestras conversaciones con los restantes sindicatos han fracasado porque no creen que al Directorio se le pueda hacer frente de manera efectiva. Tengo la certeza de que, si conseguimos una victoria, al menos cuatro secciones y los cordones industriales interiores se pondrían inmediatamente de nuestro lado. Esta crisis es una oportunidad que no debemos desaprovechar, hermanos. Hay que demostrar que no son invencibles.

El entusiasmo del profeta contrastaba con el escepticismo del grupo. Rodrigo no comprendía nada.

—Entiende, Imbunche: aunque diéramos el primer golpe y fuese exitoso, no tendríamos tiempo de administrarlo. La reacción del Directorio sería inmediata y fulminante —insistió Millache.

—Ése es el punto. Debemos asestar un golpe que los paralice. En ese único movimiento tendríamos todo lo que necesitamos: una demostración de poder, y tiempo para aumentar nuestras fuerzas. Paralizar al Directorio crearía un imparable efecto dominó. A cada minuto, más y más secciones se nos sumarían y, una vez superada la masa crítica, se verían obligados a negociar. Y luego, mientras negociamos, tornaríamos el movimiento irrevocable; instauraríamos un gobierno federal y nos volveríamos intocables. Nosotros lo dirigiríamos; con el apoyo y la tutela del Directorio, por supuesto, pero definitivamente en otros términos.

Se hizo un gran silencio en la sala. Rodrigo miraba uno por uno a los asistentes. Había algo que no comprendía: en ningún momento se habían mencionado palabras como Dios, fe, culto o salvación.

—Son hermosas palabras —repuso agriamente Millache—. Pero dime cómo pretendes detener la contraofensiva de la Chrysler. No se van a quedar parados mientras desafías su autoridad.

El Imbunche soltó una risita infantil.

—Tengo información que ustedes no conocen. Por algo soy el líder. Daremos un golpe estratégico sobre instalaciones restringidas. Será una operación militar de baja escala, paralela a un ataque masivo distractor. Es decir, tomaremos un rehén de primera relevancia mientras nuestras hordas de fanáticos son aniquilados en un ataque frontal sin sentido.

Rodrigo sudaba: no podía creer lo que estaba escuchando.

—Esto comienza a parecerme cuerdo —murmuró alguien.

—A mí no; por lo menos no hasta que sepamos quién será ese rehén del que habla —terció Millache—. ¿Te refieres a una planta de energía, una base de datos? Tampoco está claro lo de la operación militar. No tenemos gente entrenada para eso.

Millache era un hueso duro de roer, y el Imbunche comenzaba a impacientarse.

—Además —continuó el anciano—, si este rehén se encuentra en un área restringida, será prácticamente inalcanzable.

—Millache —dijo el profeta, acercándose a él con el rostro preocupado—. Llega un momento en que la discusión debe terminar para dar paso a la acción. En ese momento, las personas se convierten en motores o en piedras en el zapato. Decídete a cooperar, antes de que la mano de Dios decida por ti.

Millache parpadeó, inquieto. Instintivamente, sus compañeros se alejaron de él.

—Lo que ocurre es que pienso que hay que definir todo antes de cometer una locura, pero...

—¿Y no somos todos unos locos de Dios?! —le gritó el Imbunche en el rostro, antes de aferrarlo por los hombros y hablarle al oído—: Empiezo a ver que piensas mucho y crees poco. Empiezo a pensar que no crees en mí.

Millache temblaba como una hoja. Rodrigo observaba la escena paralizado. Alerrayén sopesó la situación; era el más joven y sintió que aquél era el momento de ganar peso en el grupo.

—Creo que en estos momentos de crisis debemos actuar como uno solo tras el objetivo. La mano que titubea hace fracasar el esfuerzo de todos. Mi corazón y mi brazo están con el Imbunche —declaró, dando un paso adelante para ubicarse detrás del profeta.

Los tres miembros restantes del Sindicato en la Sombra lo imitaron, por temor a quedar excluidos. Millache cerró los ojos; la estocada era mortal. El profeta lo invitó con un gesto a abandonar la sala. Con el único consejero capaz de contrapesar sus decisiones fuera del grupo, el campo quedaba libre.

Afuera del templo, el sol caía violentamente sobre las escalinatas. Sólo la pequeña figura de Millache, descendiendo, rompía la limpieza del cuadro.

No los vio venir. De pronto tres guardias lo sostenían, mientras un cuarto le clavaba un garfio en la tráquea y lo abría hasta el estómago. En dos minutos, una solitaria mancha de sangre en los peldaños se secaba al calor del mediodía.

—El rehén les será revelado dentro de unos días. Por el momento sepan que grandes guerreros vienen en camino. Ellos nos ayudarán en nuestro sagrado objetivo. Ahora pueden marcharse.

Tras despachar a sus seguidores, el profeta se inclinó hacia Rodrigo, que a duras penas ocultó un gesto horrorizado.

—¿Qué noticias hay sobre Mariana?

—Ella... —Rodrigo respiró hondo y simuló aplomo—. Ella sigue en el exterior de las instalaciones de la Nato. Nuestros monitores indican que sigue el itinerario sin dificultades.

—Bien.

—Imbunche...

—¿Sí?

—Toda esa conversación que acabo de oír...

—Bienvenido a la realidad, chico; has tenido el honor de conocerla. Y si vas a hablarme de la fe, la salvación y nuestro destino, voy a mandar que te maten. Hoy cruzaste un umbral dramático; de ti depende asumirlo con rapidez, porque no hay vuelta atrás. Dame las gracias.

Rodrigo sentía que no podía mover las piernas. Comenzó a temblar cuando el Imbunche se le acercó para abrazarlo con ternura.

—La vida es como cualquier juego, hijo mío. Gana el que tiene una carta escondida —continuó el Imbunche, besándole el cuello a su asistente.

—Y tú... ¿No tienes una carta escondida detrás de la carta escondida?

El Imbunche sonrió.

—No me asustes, Rodrigo. No aprendas demasiado rápido —dijo, y le mordió el labio inferior—. Puedo ponerme nervioso. Ahora vete. No quiero tener que entrenar a otro lugarteniente.

Rodrigo caminó hacia la puerta, preguntándose si sería capaz de absorber todo lo que acababa de ver y escuchar. Sin embargo, algo en su interior le reveló que su inocencia ya estaba transada. No quería morir.

Entonces comenzó a llorar.

El Imbunche oyó el gemido y giró para verle las nalgas.

—Mi pobre Rodrigo...

Ella.

Ella amarrada de pies y manos, en el centro de un lago circular.

Llueven ojos. El Zodíaco está tatuado en el estómago del cielo. Rugen los engranajes de la Tierra. Ella pide agua con desesperación; su boca está llena de tierra y un brote de fresno crece desde su garganta a gran velocidad.

Desnuda, en cuclillas sobre la arena de una playa infinita, recibe el amanecer. La luz inunda lentamente la conciencia y el horizonte se abre como un párpado soñoliento. Mariana murmura («Tonatiuh...»), y se pone de pie para asistir al parto que inaugura el mundo. El diario *reboot* planetario.

—Hermoso amanecer —se dijo.

De pronto sintió a Günther suspirar bajo su piel.

—¿Sabes?... —murmuró el espectro, y Mariana se estremeció—. Una vez fui al cementerio a ver a mi abuelo. Mientras caminaba encontré una tumba muy hermosa, llena de bajorrelieves primorosamente labrados. Era la tumba de un muchacho que llevaba cincuenta años muerto. Miré a mi alrededor y vi aves volando, vi los árboles perseguir el sol, sentí la brisa entrar en mi cuerpo. Y pensé: «Este joven subió al mundo durante tan poco tiempo...». Acá arriba florecen los campos, vuelan las aves, se oye música. El sol entibia la piel, se toma vino, se tocan pieles más suaves que la propia, se lucha por algo. Ese pobre muchacho llevaba mucho más tiempo ahí abajo del que había podido disfrutar aquí arriba, a plena luz. La compasión me apretó el pecho. «Ahora es mi turno de venir aquí por un tiempo, luego pagaré el precio de esta fiesta y bajaré al frío por toda la eternidad», me dije, y me alegré de saber que eso no ocurriría tan pronto. Pero tenía diecisiete años entonces, y una carta viajaba pidiendo mi enlistamiento.

Mariana guardó silencio. Luego miró de reojo a la costa y preguntó suavemente:

—Günther, ¿sabes nadar?

—¿Qué?

—Si sabes nadar.

—No —repuso el joven, sorprendido—. Nací en Düsseldorf, pero el Rin siempre me produjo temor...

El selknam se desplegabala lentamente de su postura de meditación. Abrió los ojos y vio a Mariana corriendo desnuda hacia las olas, chapoteando en la rompiente y luego nadando enérgicamente en el verdor del mar tropical. Gritaba, se sumergía, buceaba y salía a la superficie chillando como una niña.

—Extraña conducta —dijo en un murmullo.

Una hora más tarde, Mariana estaba vestida de verde oliva y botas de campaña, y disponía el aparato de comunicaciones entre ella y el selknam.

—Hazlo funcionar, Guti. —¿Guti?

—Vamos, no seas quisquilloso; es de cariño.

—Guti —repitió el joven, no muy convencido.

Del aparato surgió una serie de imágenes inconexas: signos rúnicos, mandalas, series matemáticas e imágenes familiares girando y pulsando en un strobo azuloso.

—Código mnemónico —se quejó el selknam—. Fíjate en Mariana —agregó, dirigiéndose a Günther—. Está en trance profundo. Esas imágenes son trozos de un rompecabezas que sólo se arma en su mente. La información está codificada para reaccionar con su memoria.

El torbellino duró un par de minutos más, Mariana parpadeó y los miró con el rostro lleno de sorpresa.

—Tengo el plano de las instalaciones y el entrenamiento técnico para infiltrarnos. Günther guarda el itinerario y nos mantendrá en contacto con los mexicanos. Ahora debemos dirigirnos a la entrada de los basureros australes de la Nato para quebrar el acceso a su intranet. Muévete, Reche. Estamos justos en el tiempo.

Durante la siguiente media hora caminaron por la espesa selva lluviosa guiados por la certeza de Mariana, que parecía conocer cada piedra y cada arbusto del lugar con pasmosa precisión. De hecho, era así: un mapa satelital de toda la zona había sido impreso entre sus recuerdos de infancia.

—Detrás de esos arbustos hay un guardián blindado. Pertenece a la elite Tokugawa y se encarga de custodiar el vertedero de desechos australes. Su entrenamiento es letal. Está armado con un rifle corto de tres tiros y un wakizachi. Puede parecer poco pero, repito, su entrenamiento es letal. Debemos planear la manera de...

—No hay nada que planear —interrumpió el selknam—. Ustedes dos fueron niños alguna vez.

Y se adelantó.

—¡Espera! —gritó Mariana, pero el selknam ya se dirigía en línea recta hacia el guardián.

El hombre se mantenía en estado meditativo, rastreando disciplinadamente el entorno como todo guardián Tokugawa. Hacía mucho que la lectura síquica había probado ser más eficiente que la electrónica. De pronto sintió una sensación extraña. Había actividad allí delante, en la espesura, pero la interpretación de los datos era confusa. Algo se acercaba: un..., ¿un agujero negro en estado líquido? Jaime sonrió confundido, y por precaución adoptó la posición de ataque.

No estaba preparado para lo que vio.

—Hola, Jaime —dijo el selknam.

—Yo... Yo te conozco —tartamudeó el guerrero, abandonando inconscientemente su postura de ataque—. ¡Dios, claro que te conozco!

El horror comenzó a invadirlo bajo su armadura.

—¡Nadie jamás me creyó, pensaban que estaba loco!

—Eras un niño muy imaginativo, Jaime.

—Tú, tú... ¡Detente!

El guardián Tokugawa había abandonado toda compostura.

—No falté una sola noche durante seis meses, ¿no es cierto? Apagabas la luz y ahí estaba yo. Mirando por tu ventana, en tus sueños. Cerrabas los ojos y ahí estaba. Cada noche con la misma promesa: «Cuando me veas de nuevo será tu hora, y te llevaré vivo al infierno».

—¡Aléjate!..., por favor.

—Pobre niño, con diez años y tratado como un esquizofrénico. Aterrado por la oscuridad. ¿Cuántos años tardaste en convencerte de que yo no existía?

—¡Tú no existes!

El guardián Tokugawa emitió un grito descontrolado, levantó su arma y disparó sin apuntar. El Reche saltó hacia delante en una extraña postura, el guerrero desenvainó su wakizachi y blandió un golpe cruzado. Su oponente se apoyó en el suelo y giró dando un salto hacia él, evadiendo la espada. Su cabeza quedó junto a la del guerrero mientras giraba en el aire. Entonces lo miró, y sin dejar de torcerse le susurró al oído: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». El guardián soltó el wakizachi, entornó los ojos llenos de horror y cayó víctima de un ataque cardíaco al tiempo que el Reche aterrizaba elegantemente de espaldas a él, justo enfrente de la puerta de acceso a los vertederos astrales.

—¿Cómo hiciste eso? —inquirió Mariana, corriendo hacia él.

—«El árbol siempre comienza como un pequeño brote, frágil y tímido» —recitó el selknam, inmóvil frente a la puerta—. *Tao te king* —explicó mientras se volvía para contemplar el cuerpo inerte—. Lo atacé cuando todavía era un niño. La frase es una llave Fenrir de aikido psíquico. Ahora entremos de una vez.

—Impresionante —murmuró Günther.

El interior de la terminal de desechos astrales era similar a la planta de una

catedral gótica. La vorágine de basura avanzaba por la nave central a través de finas mallas cargadas de estática a 60 Hz, una baja frecuencia asociada a la resurrección de Cristo. Almas, espíritus, reverberancias y otras entidades eran arrastradas por movimientos peristálticos hacia la cámara de disolución. En ese punto, equivalente a la ubicación del altar católico, una parrilla reproducía electrónicamente el rito de exorcismo varias veces por segundo, pulsando descargas eléctricas con valores de voltaje, amperaje y frecuencia asociados a una secuencia cabalística extraída de la Torá. Tales descargas destrozaban y arrojaban al vacío las formas psíquicas, pero la energía liberada por el terror de estas entidades al enfrentarse a su disolución era demasiado gruesa, y debía almacenarse en un colchón de estática suspendido en barras de ferrita altamente tóxicas. A eso se le conocía como «miedo residual».

—Mariana —dijo Günther—. Me estoy sintiendo extraño..., esa luz.

—¿Qué pasa con esa luz? —preguntó la mujer—. Son descargas eléctricas... especiales, no les prestes atención.

—Siento que me llama, siento amor por ella. Me siento extraño.

—Tranquilo, cierra los ojos.

—No puedo. Siento que sólo necesito dar un paso hacia ella y hundirme en su ternura.

—Esa luz no es el nirvana, estúpido —dijo Mariana con rudeza—. ¿Conoces esas lámparas que atraen a las moscas y las matan con una descarga eléctrica? Pues bien, acá la mosca eres tú, así que cierra los ojos y agárrate de mí. Piensa en mis tetas o en mis muslos, pendejo. Los pensamientos carnales te aferran al mundo.

—Déjalo ir —dijo el Reche—. Él no está considerado en los futuros posibles. Mientras más tiempo permanezca con nosotros, mayor es el esfuerzo que debo hacer para orientar los acontecimientos hacia el éxito.

—¡Él se queda! —cortó Mariana, y se acercó a unos terminales de datos en forma de cruz, incrustados en la pared frente a la parrilla—. ¿Qué hacemos ahora, Günther?, concéntrate.

El muchacho intentó hacer foco y olvidar la luz.

—Muy bien, saca los *line in* que tienes bajo los sacos lacrimales y conéctalos a las terminales de color verde.

—¿Tengo cables en los ojos? —preguntó Mariana, espantada.

—Son parte de una serie de implantes que te pusieron los mexicanos. Tengo un mapa de ellos, pero la mayoría parece haber sido extirpado —dijo Günther.

—Pensé que me habías limpiado, Reche.

—Sólo aquellos que no...

—... Influían en el curso de los acontecimientos —se burló la mujer.

Luego, con los dedos pulgar e índice de ambas manos cogió algo situado en la unión de sus párpados y tiró hacia delante. Un cable negro se desplegó de cada ojo con un zumbido. Conectó los *plugs* a las terminales y bajó los párpados. Los cables eran huecos como agujas de jeringa, y pronto se inundaron de un fluido

neurotransmisor que hervía de insectos nanotecnológicos y mescalina. Mariana sintió como si un futbolista hubiese pateado un penal con su cerebro y lo hubiese hecho estallar en mil pedazos. Pero los fragmentos se detuvieron en el aire.

Sus neuronas lanzaron sus dendritas y fabricaron una malla venosa muy parecida al dibujo en una hoja de roble. La hoja de roble se multiplicó...; el árbol, la red, era enorme. Las ramas se elevaban hasta cubrir la curva del cielo. Las raíces, espejo idéntico de las ramas, se hundían y proliferaban hasta cubrir la curva de la Tierra. La mujer tomó una hoja de roble marcada con una secuencia numérica específica y la tragó. Aferrada a la hoja, bajó por su propia faringe hasta la habitación de su Yo, que era muy parecida a aquella estancia donde había muerto su madre. Allí permaneció sentada junto a sí misma, una niña de doce años, hasta que Günther y el selknam sencillamente entraron por la puerta.

—No eres nada feo —comentó Mariana al ver a Günther cara a cara.

—Excelente tiempo de conexión... —desvió la conversación el muchacho—. Tienes talento como navegante: apenas tardaste un octavo de segundo en ingresar.

—Debemos apresurarnos —dijo la mujer—. Ramírez sólo me aseguró dos minutos en tiempo real de invisibilidad. A nuestra velocidad de proceso eso significa unas tres horas antes de que el sistema inmunológico de la Nato despierte y comience a atacarnos.

—Cuatro ángeles te protegen aquí dentro —murmuró el selknam. Mariana lo miró con sorpresa—. Entrarán y saldrán de tu cuerpo sin que te percales. Te sentirás más ágil, más rápida. No sé de dónde vienen..., pero no te preocupes.

—Eres muy raro, huevón, ya te lo dije —espetó la mujer con una sonrisa en los labios—. Te embalsamaría y te colgaría del salón de mi palacio con todo gusto —bromeó.

—Atención, Mariana —advirtió Günther—. Desde ahora tendrás libre acceso a mi mente. Seré un disco duro virtual; todo el plan y su itinerario estarán a tu alcance en una especie de tercer hemisferio cerebral que queda a tu disposición para acelerar las acciones... Nuestras memorias se traslaparán: te sentirás confundida, recordarás cosas que no has vivido. Son recuerdos míos y...

El muchacho se detuvo.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Mariana.

Pero el selknam la interrumpió:

—No pasa nada, sólo teme que descubras que él espiaba a su hermana cuando ella se desnudaba, y que luego se masturbaba con su ropa interior.

—¡Cállate, imbécil! —gritó el muchacho.

—¡Basta, pendejos! —cortó la mujer—. No lo puedo creer. No perdamos tiempo en tonterías. Tú, Reche, deja al muchacho en paz. Y tú, Günther, créeme que nada de lo que hayas hecho se compara con lo que yo he vivido. Así que encájate y entremos en esos archivos, por amor de Dios.

Mariana tomó el pañuelo que la niña sostenía en sus manos y lo arrojó frente a sí.

El pañuelo quedó suspendido en el aire, desplegado y rígido, exhibiendo un mandala hecho de arenas de colores y serpientes que giraban mordiéndose la cola.

—Este es el corredor hacia los proyectos militares restringidos. Si cometemos un solo error nos van a comer vivos, en el mejor de los casos.

—¿Y en el peor? —preguntó Günther, nervioso.

—Pasaremos a formar parte de este sistema. Los procesadores que administran el sistema operativo de la intranet desgarrarían nuestra psique y la distribuirían adecuadamente entre sus componentes. No sería nada agradable: permaneceríamos inmóviles y sin dormir durante cientos de años, resolviendo día y noche el mismo cálculo matemático —explicaba Mariana mientras tocaba ciertos grafismos en el mandala, ocasionándole hermosos cambios de color y sonido.

—Supongo que sabes lo que haces, entonces —tanteó el muchacho.

—Mira, niño: como tú dijiste, tengo talento. Eso, más la información que Ramírez nos entregó —de pronto la mujer se sacó la cabeza y la montó sobre el mandala—, vuelve nuestro éxito muy probable. Ahora déjame decir la palabra y pronto estaremos caminando hacia nuestro objetivo.

—O siendo devorados por las paredes.

—Eso no ocurrirá —dijo el selknam.

—Sí, sí, ya sé. No está en el curso de los acontecimientos —recitó Günther.

—La palabra es... ¡Ngenechén! —enunció solemnemente Mariana.

La segunda mitad de la palabra fue percibida en un estado de semiinconciencia por los peregrinos. En el momento siguiente, Mariana, Günther y el Reche se abrían paso por una selva tropical de cuatro metros de ancho por ocho kilómetros de largo. De un lado se extendía un mar lechoso, y del otro, un desierto de arena de cuarzo. Todo tenía una inclinación de seis grados: la bóveda celeste giraba a gran velocidad.

La actividad era intensa. Ruidos y graznidos coloreaban zonas de la atmósfera. Hormigas e insectos, avezados traficantes de datos, infestaban la franja de verdor con sus *packs* cuánticos cargados de información polinizada.

Mariana separó hojas del suelo y comprobó que estaba hecho de tejido orgánico, quizás médula ósea encapsulada en paredes arteriales. Buscaba el centro de la franja, específicamente un punto donde hundir la mano y girar la llave que abriría las nubes y los elevaría al cielo de los proyectos militares restringidos.

—Esto se siente muy real.

Günther transpiraba, haciendo esfuerzos por no hundirse en la base fangosa de la franja selvática.

—Diez metros más adelante hay un claro circular. En medio yace una esfinge, un león con cabeza de águila. Es el *software* de seguridad, y el paso más complicado de la operación. Me tomará un tiempo procesar la pregunta que nos hará. Es aleatoria; cambia cada cinco segundos y la esfinge alterna los idiomas e inventa unos nuevos en

los que las palabras tienen otro significado y se explican por su contexto. Puede reescribir la Divina Comedia, o mezclarla con el Quijote para producir un nuevo acertijo. Es capaz de reconstruir toda la historia del hombre sobre el hipotético caso de que Julio César no hubiese sido asesinado, y preguntar por un hecho doméstico e improbable ocurrido en el siglo dieciséis de esa historia imposible. Es una esfinge de última generación...

—La respuesta es «Tristán Tzara, 1969» —afirmó el selknam con seguridad.

Mariana y Günther se quedaron mirándolo con la boca abierta.

—¿Qué? —atinó a decir la mujer.

—No puedo repetirlo; los efectos serían catastróficos.

—Pero ¿cómo puedes saberlo? Aún no nos ha preguntado nada.

—Y si preguntara ahora no sería ésa la respuesta. Lo que he dicho corresponde a la pregunta que hará en tres minutos más, exactamente a partir de... ahora.

—Pero, ¿cómo?

—Los *softwares* siguen siendo fabricados por seres humanos, con lógica humana. Vuestra capacidad combinatoria es metódica y finita; predecible, diría yo. Procesar todas las posibles reacciones heurísticas de las mentes que fabricaron la esfinge da suficientes pistas. El resto..., el resto es imposible que lo entiendan.

Günther vio cómo la esfinge se erguía y giraba la cabeza hacia ellos, y sintió que se le erizaba el cabello de la nuca.

—Entonces haznos las cosas más fáciles —dijo el muchacho, tragando saliva al ver que aquella extraña figura se ponía en cuatro patas y los miraba fijamente—. Tienes todo solucionado de antemano.

—Sólo intervengo donde los acontecimientos lo permiten. Participo en una danza y puedo desplazarme aquí o allá, y quizás pueda decidir girar aún más allá, pero el baile es una tensión armoniosa entre fuerzas, no el dictado de un mago. Si conocieras de jardines japoneses me entenderías mejor.

La esfinge se sacudió y abrió el pico para emitir un graznido sintetizado que tornó amarillo el líquido en que los tres estaban sumergidos.

—¿Y qué te impide actuar a fondo, sin prestar atención a tu danza mayor? —ironizó Günther.

—Una moral estética, bárbaro germano.

—Vaya, ahora viajamos con un artista —murmuró Mariana—. ¿Quieres decir que vamos a correr riesgos inmensos sólo por tus escrúpulos estéticos, insecto de mierda? ¿No se te ha ocurrido que éste puede ser nuestro final? —espetó mirando de reojo a la esfinge, que estaba tomando una coloración cada vez más rojiza, mientras una capa de púas afloraba desde su epidermis para cubrirla por completo.

—No pretendo que lo entiendan. Sencillamente sigo un camino escrito hace mucho tiempo.

—Como un actor aburrido que recita *Hamlet* por enésima vez. Pero, si todo está planeado, ¿qué haces aquí entregándonos claves y salvándonos de guerreros

Tokugawa entonces?

El selknam hizo una mueca de fastidio.

—Incluso mi presencia modificando la historia es parte de la historia. ¡Por Dios!, ¿no es todo esto algo archisabido? Es necesario que haga y deje de hacer todo aquello que hago y dejo de hacer... Diez segundos.

Mariana miró su reloj.

—A la cuenta de tres entra en el claro, sólo hay una oportunidad... ¡Ahora!

Mariana se adelantó. La esfinge se paró en sus patas traseras y algo semejante a un temblor de tierra salió de su hocico. La pregunta tomó la forma de un diagrama cartográfico dibujado a cuchillo sobre la pelvis de una joven, una *soror mysticae* sin ningún vello en el cuerpo. Una boca dijo algo que sólo Mariana oyó. Cuando la última letra de la pregunta fue pronunciada, la esfinge avanzó y capturó la cabeza de la mujer entre sus fauces, esperando la respuesta. Mariana susurró una frase, temblando, y todo se replegó. Unas cuerdas cayeron desde helicópteros militares de carga y se engancharon en unas gruesas argollas de hierro sujetas al suelo. La losa de mármol bruñido, con un circuito impreso en su superficie, fue izada con sus tres ocupantes encima.

Lo habían conseguido. Estaban siendo transportados al cielo de los proyectos militares restringidos, donde por fin develarían el misterio del traspuesto de Sonora.

—Me meé —confesó la mujer, mirando hacia el claro.

Günther rió con nerviosismo y le frotó el brazo con ternura medida, pudorosa.

Mariana observaba con curiosidad el extraño paisaje desde las alturas. Pensaba en lo cerca que estaba de cumplir su objetivo, en lo cerca que estaba de recuperar su vida. Todo iba a estar mejor, se sentía viva aún entre los riesgos, por fin había algo que le daba sentido a sus treinta y seis años sobre este planeta. La carrera por fin no era hacia la autodestrucción, sino una ruta iniciática hacia la nueva vida. Bajó la mirada y sonrió.

—Todo esto es tan insólito que ni me lo cuestiono —murmuró.

—Tiempo de arribo: cuatro minutos y treinta segundos —dijo Günther.

El cielo de los proyectos militares restringidos tenía la forma del ángel hecho de mosaicos de Saint-Germain-des-Prés. A la distancia, los peregrinos sólo veían una nebulosa amorfa a través de la superficie de un mar vertical repleto de peces abisales que vivían a otra velocidad. Cuando atravesaron ese mar —una pared de no más de cuatro metros de anchura—, la nebulosa comenzó a definirse. El ángel, erizado de terminales abiertas como flores, se movió para contemplarlos. Enseñó su palma izquierda estigmatizada y los devoró.

De pronto se encontraron caminando por un piso de tierra fértil hacia un recinto cuadrado de altas paredes, sin techo. Entraron por una puerta flanqueada por dos serpientes —una roja y otra negra— que tenían a medio devorar a un hombre y una

mujer, que se miraban conectados por sus nervios ópticos. En el centro del patio interior campeaba una gran esfera de mar rojo, en cuyo interior flotaban cuatro niños en cruz, unidos por el cráneo, musitando a modo de plegaria el código que sostenía la forma del *software*. En cada esquina interior del recinto había un hombre en cuclillas, recitando las subrutinas gráficas en dirección de un teclado nacido en la espalda de un escarabajo. Un árbol crecía desde la zona cervical de cada hombre. Todo estaba sumergido en un líquido aislante a ocho metros de profundidad, en donde se movía el plancton encargado de distribuir la información por todo el sistema de archivos.

—Las flores que crecen en torno de la esfera son los pasillos que conducen a las zonas de archivos —dijo Mariana—. La nuestra es esa flor de la derecha, la que tiene un perro atado a su tallo.

—Bonito gesto del Ingeniero —observó el selknam.

—Una vez frente a ella —continuó Mariana—, voy a conectarme y estaremos en el pabellón de los proyectos secretos. Hasta ahí sabemos lo que vamos a encontrar. El resto nos es desconocido; y parece peligroso.

Dicho esto la mujer se rajó el estómago, metió la mano y sacó a una Mariana idéntica a ella, unida por un cordón umbilical similar a un manojito de fibra óptica. La Mariana segunda abrió la boca para que Günther, el Reche y la mujer entraran por ella. Luego se quedó inmóvil, de pie, con el vientre abierto y la mano derecha en gesto de bendición.

El pasadizo era amplio y los condujo sin problemas hasta la cámara circular, el menú de archivos, donde se encontraron con trece puertas, cada una con una clave de acceso diferente. Pero Mariana se dirigió sin dudar al pozo circular situado en el centro de la sala y se dejó caer, ante la mirada atónita de Günther, que consultó de reojo al Reche antes de arrojarse también con gesto de resignación.

Inmersos en temperaturas propias del proceso de impresión del silicio, envejecieron varias vidas consecutivas durante el viaje a toda velocidad por la tráquea del *software*. Mariana se vio a sí misma como un hombre lleno de llagas, cobre en vez de huesos, ojos como peyotes giratorios, con los colores de un cuadro de El Bosco. Una «A» pronunciada eternamente por treinta y cinco personas, pero sólo en su oído izquierdo. Su existencia estaba siendo filtrada a través de un terrorífico antivirus. Su yo fue digitalizado y duplicado medio minuto hacia atrás como un *backup* de referencia. Los escáneres la arrojaron muerta a un desierto, donde se hinchó y entró lentamente en descomposición. Sintió larvas y bacterias alimentándose de ella, oyó a las moscas poniendo huevos en sus llagas. La *putrefactio* tomó meses; su completa desmaterialización, siglos. Y cuando hubo sólo polvo, se sintió caer en un estanque de agua. Günther y el Reche se sumergían junto a ella.

—Pasamos los controles de seguridad —dijo Mariana—. No nos leyeron como enfermedad digital ni fuimos considerados tóxicos para el sistema. Los ingenieros de

Ramírez son realmente buenos.

—¿Y ahora qué? —murmuró Günther, todavía bastante asustado.

—Ahora bajamos por uno de los brazos del delta de un río hecho a imagen del Nilo. Descendemos por sus dendritas hasta el tronco del diagrama de flujo. —La mujer cerró los ojos y guardó silencio por un momento—. No te asustes, Günther. Cuando lleguemos frente al archivo correcto seremos reducidos. Será duro, pero no debes tener miedo.

—¿A qué te refieres con que no debo temer? —inquirió el espectro, nervioso.

—Caerán tres cadenas con una punta de hierro de tres kilos y se clavarán en nuestras cabezas, luego seremos decapitados y nos introducirán unos tubos de cobre por los ojos para que se entierren en nuestros cerebros.

—... ¿Y me pides que no tenga miedo? Debes estar bromeando.

—Es algo momentáneo; los tubos de cobre son huecos. Drenarán nuestra psique para entrar limpios al archivo. El sistema operativo cambia allí dentro, y necesitamos una nueva existencia digital para movernos en una ecología completamente distinta. Pero no te preocupes; son los protocolos de conversión normales.

—Sí, claro —murmuró Günther, para nada convencido.

Los tres agentes avanzaban sigilosamente por el tronco del algoritmo que los llevaría hasta el archivo Patmos, marcado con rojo en todos los mapas. Los ingenieros de Ramírez no se habían equivocado: tras los muros de esa partición del disco duro se hallaba el secreto de la Nato, la tecnología que había originado al traspuesto de Sonora y convertido en animal en celo el sistema de seguridad de un país completo.

«Seguramente los mexicanos le darán el mismo uso perverso a esta tecnología», pensó Mariana. «Pero eso no me incumbe, no soy una heroína». No era más que un ser humano en medio de una disputa que excedía su entendimiento; ahora mismo se moría de miedo, perdida en el océano de datos de un cerebro hostil.

Ella sólo quería ser libre.

—¿Ya los detectaron? —preguntó el Imbunche.

—No. La misión prosigue sin inconvenientes —respondió Rodrigo.

—¿Qué dice Alvarado, lo conseguirán?

—«Ellos impedirán a toda costa el fracaso de Mariana al interior de la Nato», eso dice el último comunicado.

El Imbunche miró sonriendo un punto indefinido en la pared.

—Ellos —murmuró—. Siempre *ellos*. A veces pienso que hago el trabajo de ellos sin saberlo. A veces pienso que soy uno de *ellos* sin saberlo.

Rodrigo lo observaba rascarse los genitales. Se preguntaba cómo alguien podía

llegar a convertirse en algo semejante. El Imbunche giró bruscamente para mirarlo a los ojos y, por un instante, Rodrigo tuvo la certeza de que le había leído el pensamiento. A esas alturas se esperaba cualquier cosa de aquel engendro.

—¡La próxima vez que me digas que no tengo nada que temer, voy a arrancar a perderme! —exclamó Günther—. Fue la experiencia más horrible de toda mi vida.

—Técnicamente estás muerto —sentenció el selknam.

—Bah, pensaba que te habían comido la lengua los ratones, Reche —bromeó Mariana—. Te veías tan lindo calladito.

—¡Atención! —la interrumpió el selknam—. Vamos a encarnarnos en el archivo. Piensen en una rosa azul.

La transición fue delicada, con apenas un leve temblor de la imagen. El archivo era un elefante en la orilla de una playa. No había vegetación, no se podía mirar tras la espalda, no se podía girar mucho hacia la izquierda o hacia la derecha; el elefante mismo parecía no tener parte trasera, y el cielo era una simulación más baja de lo normal.

Mariana, nerviosa, avanzó un paso. Ahí enfrente estaba el último arcano, la llave. Miró de reojo bajo el elefante y vio a una mujer negra con una corona de oro; en el vientre tenía grabada una frase: «Abandonad toda esperanza». A su derecha reposaba un cangrejo, a su izquierda un libro abierto con dos páginas rotas; en el libro, una flor amarilla, en los pétalos líneas de texto. El texto hablaba de la eternidad, y se podía entrar por las letras hacia las estrellas; el espacio era hermoso, y se oía un canto... De pronto el rostro del selknam apareció frente a ella.

—No mires a esa mujer —advirtió—. Es un sistema de seguridad que te hace entrar en una espiral de significados. Tu ser cae en un rizo de eternos retornos que sólo podrías romper con un *reboot* de tu existencia. Tendría que matarte y esperar tu próxima reencarnación para conseguir nuestro objetivo, y te aseguro que no tenemos tanto tiempo. Concéntrate en entrar al archivo y nada más.

Mariana miró nuevamente al elefante, suspiró y avanzó hasta palparlo. Sonrió al sentir la textura áspera y el fuerte olor a almizcle que emanaba del animal. Lo acarició, y el pobre bruto bufó agradecido. Entonces la mujer se acercó a una de sus grandes orejas y murmuró:

—¿Cómo te llamas, lindura?

Hubo un silencio. El elefante giró levemente la cabeza y Mariana percibió una voz de niño que provenía del ojo del animal.

—Sé cuál es mi nombre...

—Bien —dijo la mujer, y lo acarició nuevamente—. ¿Cuál es tu nombre, entonces?

—Empalme Rodríguez —dijo tímidamente la voz infantil.

—¡Ése es! —exclamó el selknam, con inusual excitación.

—¿No quieres decirme cómo entrar a tus datos? —preguntó dulcemente la mujer.

—Tengo miedo.

—No temas, nadie va a hacerte daño.

Mariana apoyó una mejilla en el costado del animal y le acarició suavemente la piel detrás de las orejas. Entre tanto, Günther se inclinó hacia el selknam y le preguntó en voz baja:

—¿Qué es exactamente eso de «Empalme Rodríguez»?

—Es el nombre del proyecto que está dañando la estructura de las cosas en esta parte del Universo. La tecnología que vinimos a buscar.

—Mariana debe llevársela a Ramírez.

—Eso está por verse, Gasparín.

—¿Cómo has dicho?

—¡Günther, acércate! —dijo Mariana—. Siente su piel.

El joven se acercó y posó su palma sobre el animal. La sensación lo sobrecogió: la piel tibia, áspera, la respiración, los latidos cardíacos.

—¡Está vivo! —dijo, con su rostro de niño lleno de emoción. Una sonrisa le iluminó el rostro.

—No exactamente, pero la sensación es muy parecida.

—Todo esto está fuera de itinerario; nos estamos retrasando —dijo el selknam.

Mariana lo miró con desagrado, pero pidió a Günther que retrocediera y se acercó a la oreja del elefante.

—¿Vas a decirme cómo entrar? —susurró.

—Mi nombre es Empalme Rodríguez —repitió el elefante, tembloroso.

—Ya lo sé, ahora cuéntame cómo entrar en tu almacén de datos, guapo.

El elefante movió los ojos en círculos y la voz de niño volvió a surgir de alguna parte de su cuerpo.

—Tienes que coger el cuchillo verde que está dentro del único pez que habita en este mar. Luego húngelo en mi pecho hasta tocar el corazón. Yo caeré, pero no debes soltar el cuchillo; cuando muera, la transmisión de datos se hará a través de ese puerto.

Mariana esbozó un gesto de perplejidad pero la voz continuó:

—No sufras por mí, esto ocurre cada vez que penetran en mi información. No temas. Anochecerá, el mar se pondrá furioso, pero tú debes empuñar firmemente el cuchillo. Dile a tus compañeros que se tomen de ti, o no serán reconocidos como parte del *string* y los borrarán.

Con un certero movimiento Günther atrapó el pez que llevaba en sus entrañas el cuchillo verde. Se trataba de una hermosa reproducción de un arma militar, y en la hoja tenía una inscripción al ácido: «*Meine Ehre heibt Treue!*», rezaba. Günther la miró de reojo, muy sorprendido, pero no dijo nada.

Mariana apuñaló con fuerza al elefante, que agonizó durante unos minutos con la respiración agitada y los ojos llenos de miedo. «Soy el Empalme Rodríguez...», fue

lo último que Mariana escuchó antes de sentirse transportada por la temperatura que emanaba desde el cuchillo, avanzando como electricidad por su cuerpo como una multitud de hormigas furiosas.

Ingresaron violentamente en el vestíbulo del *software*, pero sólo Mariana tenía permitido el acceso. Por una cuestión de seguridad se aceptaba únicamente a un usuario por sesión, de modo que Günther y el selknam quedaron «*blinkeando*» en el panel de espera. Cuando la mujer cayó en el estanque lleno de líquido amniótico que era la interfase gráfica del archivo Empalme Rodríguez, no pensaba más que en extraer la información y regresar rápidamente con su tesoro. No estaba preparada para el tipo de datos que estaba por ingresar en su cerebro.

La subcarpeta «Prototipos», a la que entró en primer lugar, estaba repleta de mecanismos y aparatos que incluían a humanos vivos insertos entre sus formas, los que compartían sus funciones neurobiológicas y eran penetrados por organismos electrónicos a través de ojos, oídos y columna vertebral. Niños y mujeres preñadas clavados a maquinarias, no sólo para usar sus sistemas como puentes para otras funciones, sino para extraerles sus principios astrales o estimular la emisión de energía en forma de miedo o dolor. Mujeres en permanente estado orgásmico, engrilladas, con las piernas abiertas y el cuerpo curvado hacia arriba, introducían la cabeza en centenares de agujeros metálicos al tiempo que eran penetradas por émbolos e innumerables agujas se hundían en cada vértebra de sus espaldas. Hileras de perros rabiosos amarrados unos a otros echaban espuma por la boca mientras una fina malla electrificada recogía la energía irradiada por el conjunto.

Mariana comprendió la utilidad de cargar máquinas de guerra con seres humanos en vez de proyectiles. Ante sus ojos se desplegó la prueba grabada de un ejercicio en el que un cañón era cargado con un hermoso joven. Una violenta contracción debilitaba el nexo entre el cuerpo y el espíritu dentro de la cámara del cañón, después de lo cual el alma era desgarrada e impulsada a inmensa velocidad a través del tubo del arma. La metralla astral causaba efectos devastadores en animales medianos. Luego vio cómo sacaban el casquillo humano desde la cámara del arma, con la mirada perdida y la mandíbula desencajada.

Bombas que cortaban el cordón de plata de sus congéneres a varios kilómetros a la redonda; los cuerpos cayendo y las aterrorizadas almas de pie frente a su propio cadáver. Mariana vio estos y otros tantos horrores mientras grababa los datos, y no paró en ningún momento de llorar. Se sentía inundada de imágenes que hablaban de la muerte del espíritu, de la pérdida de la inmortalidad y de la boca del abismo masticando las existencias de pobres sujetos de prueba. Los veía sumergirse en la oscuridad con los ojos desorbitados, y no podía desviar la vista de las lecturas de los escáneres que los seguían hasta el momento en que se disolvían en el silencio, digeridos por la nada. Nunca había visto algo así, y al regresar a la carpeta principal

estaba temblando. A esto se refería el Reche cuando hablaba de un proyecto que estaba desestructurando el Cosmos. Alguien había encontrado la forma de manipular la dimensión astral donde cuerpo y alma se ligan y tienen su comercio, para incorporarla, esclavizada, a sus procesos. Finalmente alguien había producido maquinaria mutante de naturaleza perversa.

La mujer flotaba nuevamente en el estanque amniótico de la carpeta principal. Se fijó en los organismos que nadaban en torno de ella y les pidió el directorio de archivos. Un recuerdo se imprimió en su memoria y de pronto supo a qué correspondía cada una de las carpetas que vivían en aquel líquido. Revisó la lista y simplemente escogió la que llevaba por nombre «Empalme Rodríguez» para ingresarla en su cerebro.

Los datos entraron como serpientes por sus fosas nasales. Lo que tenía delante era nada menos que la clave del proyecto que había producido al traspuesto de Sonora.

Bautizado en honor del místico que había imaginado sus fundamentos, Matías Rodríguez, el Empalme era el resultado de años de búsqueda de una relación matemática en el mundo de los fenómenos paranormales. La solución llegó cuando el mago encargado de dirigir los esfuerzos de una área del proyecto tuvo una revelación: la electricidad no era más que un demonio invocado por el Hombre para aumentar su poder sobre la Tierra. En algún momento de la historia se había sellado un pacto para usar a este demonio energético como la sangre de una nueva generación de organismos metálicos al servicio de los poderosos. A partir de este principio, el comportamiento eléctrico se usó para extrapolar el comportamiento de los campos astrales, todo a la luz de un sistema de cálculo integral que consideraba la Cábala como malla de proceso.

Una vez desarrollada la base teórica, un equipo de expertos cartografió el plano astral y a partir de esas investigaciones rastreó las coordenadas de la Gruta de las Almas, el túnel que estas entidades recorren hacia la luz divina una vez desprendidas de sus envolturas terrestres. Mientras un equipo se encargaba de procesar la información recogida, un segundo grupo viajaba al Tíbet para discutir e investigar con los monjes del lugar la posibilidad de que las almas se encarnasen en organismos tecnológicos avanzados. Si la reencarnación era posible en organismos inferiores como gusanos e insectos, se sostenía, por qué no podría serlo en computadores, que hacía bastante tiempo los habían superado en autonomía y complejidad. Sólo después de muchos años de trabajo en el más absoluto secreto se pudo por fin contar con un proyecto viable, financiado por una red heterogénea de cooperación mundial cuyos integrantes se mantenían en el más estricto anonimato.

En cuanto al procedimiento, el proyecto era básicamente un constructo tecnológico capaz de ensamblar un tubo al costado de la Gruta de las Almas para desviarlas, por ese empalme, hacia una cadena de producción industrial donde fueran encarnadas una a una en los procesadores de última generación. Luego, y a través de conjuros digitales estándar, las entidades se fijaban en estado catatónico a placas de

silicio, donde quedaban encarceladas entre placas de circuitería y eternos retornos virtuales. El resultado final era una generación de máquinas pensantes extraordinariamente poderosas, con capacidades kinestésicas y habilidades síquicas, conectadas entre sí y capaces de potenciar cualquier sistema de manera exponencial. El secreto de la Nato era nada menos que el próximo salto en la escala tecnológica humana, y la esclavitud digital para miles de almas.

Mariana terminó de absorber el contenido de las restantes subcarpetas y salió nadando hacia la playa del elefante. Günther y el Reche la vieron emerger con el rostro desencajado; parecía que iba a desvanecerse en cualquier momento.

—¿Qué pasó?

Günther la tomó por los hombros, asustado.

—¿Por qué tienes esa cara, qué viste?

—Algo de una perversidad infinita... Horrible, horrible.

—Salgamos de aquí, el tiempo se nos agota —dijo el selknam.

—Siempre tan sensible, Reche. ¿No ves que ella está mal?

—Se sentirá peor si seguimos más tiempo aquí. Recuerden que Ramírez nos consiguió un tiempo limitado de invisibilidad, y si nos atrapan, no te va a gustar permanecer sumando tres más tres por toda la eternidad.

Günther hizo que Mariana se apoyara en su hombro y así emprendieron el viaje de regreso. Rápidamente los tres fueron extirpados del cielo de proyectos militares, y sus restos permanecieron sumergidos durante años en un magma electrónico disolvente, adonde fueron arrojados a través el ducto de desechos del *software*. Los caldos digestivos del sistema arremetían contra los recuerdos de Günther y Mariana, buscando fragmentar aquellos extraños paquetes de experiencias humanas que invadían su terreno. Finalmente los técnicos disolvieron sus cuerpos digitales para coagular sus espíritus.

Ella.

Ella embarazada de un árbol, acogiendo a todos los dioses en sus entrañas. Los dolores de parto son insoportables pero sigue caminando por la pradera. Llora y se niega a dar a luz, porque sabe que uno de sus hijos penderá de un madero.

Un ángel bellísimo aparece y le acaricia el cabello antes de introducirle con gran cuidado una espada por la vagina y abrirla hasta el ombligo. Todo el mar se derrama de golpe..., y hay un barco hecho con las uñas de los muertos.

Ella entorna los párpados, pero sus cuencas están vacías.

—¡Mis ojos! —gritó Mariana, despertando de súbito.

Jadeando, observó nerviosamente a su alrededor. Estaba de regreso en la cámara de desechos astrales de la Nato tras un par de minutos que le habían parecido años. El

Reche ya estaba de pie, mirando hacia fuera por una rendija en la puerta.

—Debemos irnos rápidamente de aquí, el tiempo de invisibilidad se acabó hace unos segundos.

—Pero, ¿y Günther? —preguntó la mujer, todavía confundida.

—Estoy dentro de ti, Mariana. Intento percibir los sistemas de defensa de la Nato. Al parecer han despertado.

—Es verdad, salgamos de aquí de una vez.

El Reche abrió la compuerta y sacó a Mariana casi a empujones.

—Tenemos dos minutos —dijo Günther—. Tengo instrucciones de transmitir inmediatamente los datos incautados. Dame acceso a tu memoria, Mariana...

—¡No! —gritó el Reche, mirando a la mujer, quien, entre el mareo y el agotamiento, también intuyó algo extraño.

—Dime algo, Günther —dijo—. ¿Dos minutos para alejarnos o dos minutos para salir de la isla?

El joven no respondió.

—¡Dímelo, por Dios! ¿Dos minutos para abandonar la isla?

El rostro de Mariana estaba lívido. Correr por la espesura era lento y trabajoso; les sería imposible alcanzar la costa antes de veinte minutos.

—Déjame transmitir los datos.

—¡No, conchetumadre! ¿Dos minutos para abandonar la isla? ¡Respóndeme!

—En realidad, un minuto y medio... —dijo Günther con voz sombría.

—¡Hijo de la gran puta! ¿Querías que les entregase la información para después abandonarnos al ataque de la Nato, no es verdad? —gritó la mujer mientras emprendía una desenfundada carrera hacia la costa.

—No, ellos me dieron esas instrucciones como una medida de seguridad. Eso es todo.

—Y, por supuesto, tú les creíste —se burló ella—. ¡Ramírez! ¡Ramírez, hijo de perra! ¡Respóndeme!

Mariana gritaba y corría descontroladamente, apartando la espesura con los brazos.

—Lo siento, Mariana. Quebré tu acceso. Voy a empezar a transmitir. No puedes impedirlo.

—¿Qué te ofrecieron, pendejo de mierda? ¿Reencarnarte en el cuerpo de un semental?

—Me ofrecieron una vida nueva, Mariana. Por favor, entiéndelo. Pero sólo podrán hacerlo con lo que tienes en tu cabeza, y si eso se pierde, yo... Mariana, lo siento.

—¿Lo sientes? Me van a destrozar y tú lo sientes. ¿Ahora resulta que los muertos tienen conciencia también?

Un ruido sordo comenzó a emanar bajo sus pies.

—Treinta segundos para el ataque.

—De verdad quisiera poder ayudarte, pero tengo que transmitir esos datos antes de que sean destruidos.

—¿Es que todavía no entiendes, huevón, que seremos destruidos justamente porque vas a transmitirlos?

—Veinte segundos.

—No te entiendo.

—Si no se los das, Ramírez tendrá que protegernos; no está dispuesto a perder esa información. Pero si se la entregas podrá deshacerse de nosotros sin peligro. ¡Será como si firmaras nuestra sentencia de muerte! ¿Cómo no lo entiendes?

—Diez segundos.

—¡Reacciona, pendejo! ¡Entiende que si les das lo que quieren nos van a eliminar, y eso te incluye!

—Cinco segundos.

De pronto, un trueno anaranjado impregnó el ambiente con olor a almizcle. Las aves huían despavoridas. Mariana se detuvo, agotada, y giró hacia atrás, hacia la cámara de disolución.

—¿Es parte del curso de los acontecimientos que yo muera hoy? —le preguntó al Reche, sin mirarlo.

—Todas las cosas ya ocurrieron y volverán a ocurrir.

El zumbido comenzaba a hacerse insoportable.

—Bonita frase, pero no me sirve —exclamó Mariana, y se agachó para sacar desde el interior de su bota derecha un «noqueador», o generador de ondas de choque, capaz de partir una roca a cinco metros de distancia.

El selknam la miró blandir el arma.

—Lo que viene no es humano, Mariana. Eso no te va a...

—No te preocupes —dijo la mujer, y se puso el noqueador bajo la mandíbula—. No es para ellos. Si son tan horribles como los describen en los archivos de la Nato, prefiero encargarme personalmente de mis asuntos.

Cerró los ojos y pensó en su existencia. Una infancia vivida como quien atraviesa un pantano, una vida que la había hecho arrojar al mundo como quien se lanza al vacío. Luego, despertar de la pesadilla con treinta y seis años sobre la espalda y enfrentando un pelotón de fusilamiento, sin entender nada. «Ahí voy, mamita», pensó, y apretó la pena contra su pecho. De pronto, algo pasó volando sobre su cabeza en dirección del zumbido. Luego otro, y otro más. Abrió los ojos y vio decenas de gaviotas volando hacia la amenaza, al tiempo que, más allá de la espesura, empezaban a multiplicarse las explosiones y los aullidos. Una voz lejana se abría paso entre la estática y retumbaba en su cabeza.

—¡Escuadrón de respaldo confirmando ataque! Retendremos la amenaza. Corran hacia la playa de inmediato. Calculamos nuestra completa aniquilación en no más de

doce minutos, ¡fuera!

—Ya escuchaste —dijo el Reche, y la ayudó a levantarse.

—¡Günther! —exclamó la mujer sonriendo, mientras corría con todas sus fuerzas —. ¡Bien, pendejo, no les diste los datos!

Fueron diez minutos interminables. Tras una frenética carrera por la espesa selva tropical, en la playa se encontraron con un mercante teleguiado idéntico al que habían usado para llegar. En pocos momentos se encontraban en alta mar, fuera de las aguas jurisdiccionales de la Nato, navegando calmadamente en dirección de la costa mexicana. En las pantallas adheridas a sus córneas pudieron observar los restos del escuadrón de gaviotas, aún resistiendo la oleada de maldad que intentaba rastrearlos a través del mar Caribe.

Mariana resoplaba. Poco a poco el rumor del mercante abriéndose paso entre las aguas de color esmeralda fue aquietando el torbellino químico de hormonas y adrenalina que hervía en su interior. Respiró muy hondo y revisó por quinta vez los monitores. Nadie los seguía. Cuando una luz verde indicó que ya se hallaban en aguas mexicanas, sintió deseos de llorar. En poco más de una hora estarían en la costa.

—«El ganado muere —comenzó a recitar—. La familia muere. Todos los hombres son mortales. Pero existe algo eterno: la gloria de un hecho grandioso».

El Reche guardó silencio un momento y luego preguntó:

—¿Qué son esas palabras?

—No lo sé —respondió la mujer—. Residuos de la memoria de Günther. Creo que es importante para él. ¿Te das cuenta de que por sernos leal puso en riesgo su anhelo más profundo? —comentó satisfecha, como una madre orgullosa—. Bueno, creo que es algo que jamás podrías comprender.

—La lealtad es un valor necesario para las especies que caminan ciegas por los bosques del devenir. Mi única ética es la historia. No entiendo las cuestiones relacionadas con una concepción del Universo que considera el azar como un factor de la ecuación. Quizá tú podrías explicarme...

Pero Mariana había caído rendida por el cansancio y dormía profundamente. «Qué curiosos son estos organismos», pensó el selknam. «A cada momento deben caer en coma, agobiados por el solo hecho de ser durante unos instantes».

En el exterior, acompasado por los graznidos de algunas gaviotas, uno de los maravillosos atardeceres del golfo de México desplegaba sus telones de colores. El rumor antiguo del mar llenaba el espacio entre el agua y el cielo.



5

ACERCA DE LO QUE OCURRIÓ EN EL QORIQANCHA Y LOS NEGOCIOS DEL GUERRERO QUE SOJUZGAN Y ENVÍAN A LA MUJER MARIANA A LEJANA ISLA, DONDE NO SON IGUALES Y CONFORMES Y ELLA PADECE BAJO EL SOJUZGO DEL DESAFORADO INVUNCHE

—¡Imbécil! —gritó Alvarado, fuera de sí—. ¡Casi muere en Cuba!

Ramírez giró en su asiento para verlo entrar en la sala. Esperó hasta que lo tuvo frente a él, resoplando con furia.

—En esta operación lo relevante era la información. Si la conseguíamos, el equipo se volvía prescindible. Es más, su exterminio se hacía recomendable.

—¡Pero teníamos un compromiso con ella! Si completaba su misión... —comenzó a decir Alvarado con voz tensa.

—¿Y desde cuándo tienes escrúpulos, señor honorable? —le espetó Ramírez, irónico.

Alvarado se acercó hasta que sus rostros casi se tocaron, y gruñó:

—No tienes idea de en lo que te estás metiendo, estúpido.

—Mi único deber es para con la misión encomendada a mi cargo por el Gobierno de México. Haré todo lo que esté en mis manos para asegurar su éxito. Eso es todo lo que sé.

—Ése es tu problema, Ramírez. No sabes nada.

Alvarado dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

—La información que rescataron es paja molida... —dijo Ramírez, imperturbable, cuando el político cruzaba la puerta.

—¿Qué dijiste?

—Günther Diethardt alcanzó a transmitir grandes segmentos de la información. Suficientes para darnos cuenta de que la Nato posee la tecnología, pero definitivamente no es el cerebro que la genera.

Alvarado guardó silencio.

—Ésa es la única razón por la que no dejamos morir a Mariana —continuó el militar—. Nuestra misión es descubrir la fuente de esa tecnología. Mientras ello no ocurra, la operación no ha terminado y Mariana sigue siendo el agente designado para llevarla a cabo. Hoy por la mañana recibí órdenes de darle prioridad absoluta a esta operación, con categoría de esencial para la seguridad nacional. De modo que, ya ve, repentinamente la mujer y su perro guardián se han vuelto de vital importancia.

Alvarado lo miró de reojo.

—¿Y qué había en los datos que transmitió el fantasma?

—Tenemos información muy incompleta acerca de catálogos de maquinaria híbrida y sus aplicaciones en armamento altamente destructivo. Catastros y archivos sobre experimentos y pruebas realizadas en seres humanos con esta tecnología, incluido todo el protocolo de pruebas sobre territorio mexicano. Si pudieras ver los resultados envejecerías diez años, pero desgraciadamente la naturaleza de esa tecnología horrible ha sido clasificada como de altísima seguridad y nadie, ni siquiera tú, puede acceder a ella.

—¿Tan horrible es que se volvió esencial para la seguridad nacional? —inquirió Alvarado con una sonrisa.

—Más de lo que te imaginas. El que posea y haga operativa esa tecnología tendrá las llaves del infierno, eso te lo aseguro.

Alvarado se acercó nuevamente a Ramírez, esta vez mucho más calmado.

—Cuida a la mujer; no me preguntes por qué, pero mantenía viva.

Luego se retiró en silencio, dejando a Ramírez sorprendido e intrigado. En este juego subyacía una estrategia que no alcanzaba a vislumbrar. No manejar toda la información, en estas circunstancias, era tan enervante como conducir un vehículo con los ojos vendados.

Ella.

Ella embarazada por un árbol y guardando a todos los dioses en sus entrañas.

—¡Mariana, responde!

Ramírez llevaba diez minutos intentando comunicarse con el transporte que llevaba a la mujer y al selknam de regreso a las costas mexicanas.

—Mariana, atención. ¡Responde!

—Mmm..., sí —murmuró ella, sólo a medias despierta.

—Mariana, habla el comandante Ramírez.

Oír esa voz fue como un golpe de agua fría en el rostro. Mariana intentó erguirse, inútilmente.

—¡Tú, maldito hijo de puta! —gritó, luchando contra las ligaduras que la fijaban al transporte.

—Déjame explicarte...

—¡Qué explicación, desgraciado! ¡Nos estabas abandonando en Cuba! ¡Querías que nos liquidaran!

Mariana vociferaba y se revolvía en su cubículo.

—Entiendo que...

—¡Tú no entiendes nada, mamón! ¡Quisiste sobornar al chico para que nos traicionara! Pero no lo hizo. ¡Ja! ¿Crees que soy huevona? Nos ayudaste en el último minuto sólo para proteger la información. Eres peor de lo que pensaba, milico de

mierda...

—Günther nos entregó la información, Mariana.

—¿Qué dices?

—No los abandonamos, fue tan sólo una demora en el despliegue del escudo de protección. Evacuaron antes de lo estimado y tuvimos un margen inesperado en nuestra reacción.

—No te creo. Günther, ¿estás ahí?

—Es verdad, Mariana —insistió Ramírez.

—¡Günther! Dime que este desgraciado miente. ¡Günther!

—El proyecto se llama Empalme Rodríguez —dijo el militar.

Mariana se quedó helada.

—Sabemos que la Nato posee una tecnología de naturaleza híbrida, capaz de incorporar campos astrales y entidades espirituales a procesadores electrónicos. Sabemos que poseen un arma poderosísima que usa campos astrales humanos. Y sabemos también que están en condiciones de encarnar almas esclavizadas en microprocesadores para un proyecto a gran escala, con fines desconocidos.

Mariana seguía en silencio. Una voz muy tenue se arrastró desde su interior. La voz de un muchacho asustado.

—Lo siento, tuve miedo... Lo siento tanto.

—Tranquilo, chico —susurró la mujer, sorprendida por el tono maternal que había surgido de su boca—. Ya pasó; todos tenemos miedo. El desgraciado es Ramírez, no tú.

—Günther hizo lo correcto, Mariana —continuó el militar—. De haberse negado se veía expuesto a represalias imposibles de explicar.

—Lo entiendo perfectamente, Ramírez. Te conozco. Tu idea de la motivación es una pistola en la nuca. ¿Qué vas a hacer con nosotros ahora que ya tienes lo que querías? ¿Vas a cumplir tu promesa y me dejarás en paz?

—Esta operación dejó de ser mero espionaje industrial. La posesión de esa tecnología se ha vuelto un asunto de seguridad nacional. Es imperativo descubrir a los responsables de su desarrollo. La Nato no es nuestro objetivo, Mariana. La labor no está terminada.

La mujer suspiró hondo; una mueca de llanto apareció fugazmente en su rostro, pero fue capaz de controlarla.

—¿De qué estás hablando?

—La información indica que la Nato sólo ha estado recibiendo subproductos de esa tecnología y encargándose de las pruebas. Pero quiénes son realmente los que la están desarrollando todavía es un misterio...

—Yo ya cumplí mi parte, ahora déjenme en paz —murmuró la mujer, casi rogando.

—¡No, Mariana! Vas a cumplir tu parte cuando la misión esté completa. No querrás volver a lo mismo. Te equilibras sobre un hilo muy delgado, debes llegar

hasta el final o caer. No hay alternativa. ¿Está claro?

Mariana ahogó otro sollozo y se volvió hacia el selknam.

—¡Ayúdame, Reche! Dijiste que me protegerías si no cumplían su promesa. Por favor... —suplicó.

—Yo también necesito llegar al fondo de esto, Mariana.

La mujer trocó su expresión de súplica por una cargada de desprecio.

—Insecto de mierda, sabía que no podía confiar en ti.

—La envergadura del problema nos trasciende, Mariana. —La voz del Reche era cortante—. Guarda tus energías para lo que viene.

—Debes esperar en la costa de México hasta que nuestro personal determine el siguiente paso —intervino el comandante—. En la playa los espera un refugio con alimentos y todo lo necesario. No se muevan de allí. Recuerden que están bajo vigilancia. Fuera.

La estática, siempre presente en los contactos de los mexicanos, se fue apagando junto con las esperanzas de Mariana.

«Esto no va a terminar nunca, ¿no es verdad?», musitó, pero no obtuvo más respuesta que el zumbido del vehículo y una mancha de óxido sobre la escotilla, frente a sus ojos, que parecía una isla, una isla boscosa en el sur del continente. Una isla como cientos de otras entre los canales brumosos del sur de Chile. Un lugar donde nadie podría encontrarla jamás. Durante el resto del viaje, lejos del mundo, rodeada de viejos espíritus indígenas y árboles centenarios, Mariana habitó esa isla fría, hermosa, virgen.

—¡Operarios! Ahora es nuestro turno.

Ramírez habló en voz alta para que toda la planta escuchara.

—Nuestra operación tiene ahora relevancia nacional y las prioridades han cambiado. Ahora somos importantes, y nos están observando. Todos esperarán que resbalemos, pero no permitiremos que ello ocurra. Tenemos dos frentes. Uno estará aquí, monitoreando el operativo encabezado por Mariana. El otro es de carácter reservado. No nos veremos en un tiempo, pero confío en el teniente Gerardo Mejías para dirigir el monitoreo hasta nuevo aviso. Es todo. Buena suerte.

—¿Adónde vamos? —preguntó Alvarado mientras él, Ramírez y un par de uniformados salían de la sala. A sus espaldas, Mejías comenzaba la reorganización de las labores a voz en cuello.

—Bajaremos al korikancha, a desplegar una expedición de búsqueda. Ellos sabrán cómo llegar hasta los creadores del Empalme Rodríguez.

—¿Ellos? ¿Otro de tus equipos especiales?

Ramírez giró la cabeza y frunció el ceño.

—Es un grupo de excelentes muchachos, escogidos entre lo más selecto que produce nuestra tierra. Verdaderos héroes, señor Alvarado. De esos que permiten que

usted tenga su casa tibia y su hueso para roer —explicó el militar, dejando de tutear intencionalmente al joven político.

—Sigues intentando ofenderme, pero no tienes idea de cuán profundo hay que ir para comenzar a perturbarme siquiera.

—Yo sólo soy un torpe hombre de armas, Alvarado. Yo muerdo el culo que me dicen que tengo que morder. Me siento cuando me lo ordenan y me retiro cuando ya tengo los dientes demasiado gastados para dañar a nadie. Como ve, mi vida es simple, igual que yo. No sé lidiar en las profundidades oscuras donde usted y los suyos maniobran.

—No te creo una sola palabra, mi amigo. Créeme que aún me preparo para el momento en que saques los dientes y realmente muerdas.

Ramírez lo palmoteo sin mirarlo.

—Usted me sobreestima.

Los korikancha eran recintos militares de altísima especialización, estratégicamente localizados en trece puntos diseminados por el planeta. Cada uno se constituía como la punta de un poliedro regular virtual inscrito en la esfera terrestre. Podían estar emplazados bajo tierra, en la superficie o sobre alguna montaña, dependiendo de las irregularidades del terreno. Particularmente inquietante era el korikancha situado en las riberas del Sir Daria, en Kazajistán: la construcción, emplazada en un páramo agreste, se elevaba cincuenta metros sobre una estructura de hierro, cobre y cabello humano.

El korikancha mexicano era un recinto circular de doce metros de radio por dos y medio de alto. Situado a cinco kilómetros de profundidad bajo tierra, se hallaba justo debajo del Templo Mayor de Tenochtitlán, en el antiguo centro de Ciudad de México, orientado como un reloj astronómico de setenta y tres divisiones.

—Este descenso es eterno —se quejó Alvarado.

—Las instalaciones están presurizadas, pero evitamos riesgos bajando a escasa velocidad.

—Dime, Ramírez, ¿cómo es que jamás me enteré de la existencia de sitios como éstos? ¿Bajo qué administración se construyeron?

—No tenemos idea de quién los erigió. Un día se presentó un hombre ante el Pleno de las Naciones Unidas, puso un maletín encima de la testera y se pegó un tiro en la cabeza antes de que los guardias pudieran acercarse. Nunca supimos cómo fue capaz de llegar hasta las narices del Secretario General sin ser interceptado.

—Pero, ¿quién era ese loco?

—Nadie. Lo que se pudo averiguar es que desde pequeño había sido escondido del mundo. Nunca fue inscrito en ningún registro. No tenía nombre, tarjeta de crédito, ficha en alguna escuela, nada. Vivió treinta años en la misma habitación, aislado del mundo para que toda investigación posterior fuera infructuosa. Allí se encontró una

cama, un mueble y una gaveta vacía, presumiblemente el lugar donde guardaba el maletín negro.

—¿No trabajaba? ¿De qué se alimentaba?

—El equipo investigador concluyó que había nacido, vivido y muerto sólo para servir de correo ante las Naciones Unidas esa única vez. Se suicidó para cortar el único eslabón efectivo.

—¿Y qué contenía el maletín?

—La ubicación y títulos de propiedad, asignados a gobiernos específicos, de los trece korikancha.

—Entonces los construyeron los mismos que prepararon al correo suicida.

—No es posible siquiera proponerlo. En el korikancha del desierto de Kalahari se detectó un cuerpo humano dentro de la argamasa de concreto fraguada. Las muestras de tejido arrojaron una data de muerte de no menos de ochocientos años.

—Diez segundos para el arribo —anunció una voz desde el ascensor.

Las puertas se abrieron hacia una explanada circular. Alvarado constató sorprendido que una luminosidad parecía emanar suavemente de la construcción misma; no veía sombras, excepto en el agujero de un metro de diámetro que campeaba en el centro geométrico del suelo.

—¿Me van a informar en algún momento acerca de qué estamos haciendo aquí? —preguntó, mientras entraban en el patio circular.

—¡Silencio! —ordenó enérgicamente uno de los oficiales.

—¿Quién te crees que...?

Antes de que pudiera terminar la frase, Ramírez lo había cogido de un hombro y le dedicaba una mirada terrible, cuyo significado Alvarado acató instintivamente. Un zumbido mecánico se hizo audible y, muy lentamente, la pared circular comenzó a girar. La puerta por donde habían ingresado se alejaba hacia la izquierda y aparecía otra pared, inmóvil, a través de su vano, como un anillo girando dentro de otro anillo. Cuando la puerta estuvo a cuarenta y cinco grados en relación con su punto de origen, dejó al descubierto un pequeño agujero horadado en la segunda pared, por el que se accedía a una minúscula y despojada celda. A través del agujero saltó un hombre; luego rodó por el suelo y quedó de pie mirando hacia el centro. La pared giratoria iba descubriendo sucesivos agujeros-celdas hasta que trece hombres de edad indefinida estuvieron allí de pie, mirando hacia el centro. Al alcanzar los doscientos setenta grados la pared se detuvo, mostrando un nicho de no más de dos palmos del que emergió un hombre de rasgos indígenas, mucho mayor que los demás. De pronto, sin ninguna transición aparente, el indígena estuvo frente al agujero del centro.

—¿Cómo hizo eso? —susurró Alvarado.

—Él es Mayol, nuestro umbral más capacitado —dijo Ramírez, y avanzó dos pasos para dirigirse hacia el grupo—. Todos han recibido sus instrucciones. Esta misión es la más importante en la que jamás equipo alguno ha participado. Ustedes constituyen una de las tres brigadas Ragnarok que están operativas, y sin duda la más

eficiente. Sepan que el país completo, quizás el mundo, les estará eternamente en deuda por vuestro sacrificio. Tienen diez minutos antes de cruzar el umbral.

—¿Sacrificio? —preguntó Alvarado.

—Se van a suicidar —respondió un teniente.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Alvarado —dijo Ramírez, llevándoselo hacia un costado—. Lo que vas a presenciar es secreto. Las brigadas Ragnarok utilizan un procedimiento no autorizado, por lo menos no oficialmente, de modo que deberás ser muy discreto.

—Pero, ¿es una broma?

—Estos hombres se entrenan diez horas diarias para mantenerse conscientes en toda su etapa de sueños. Viven practicando bilocación, desdoblamiento y sueño consciente controlado. Se mantienen en un régimen físico y mental durísimo. Originalmente fueron brigadas de paracaidistas comandos; todavía usan el concepto de «arrojarse» para definir el momento en que entran en acción. Hoy se arrojarán por primera y única vez. Se abrirán el vientre y sus almas rodarán hacia el plano astral, pero el entrenamiento les permitirá mantenerse en este recinto y no perderse en el océano que hay afuera. Luego se encarnarán en Mayol, el chamán-umbral. Éste, una vez conectado a una consola, será un nodo en la red de meridianos de acupuntura terrestre que cubre la superficie del globo, y permitirá que los integrantes de la brigada viajen por esa red buscando vestigios o reverberancias de la información que necesitamos, a partir de los datos obtenidos por Mariana. Ellos encontrarán a quienes estén detrás del Empalme Rodríguez. No me pregunte cómo funciona, porque no tenemos la menor idea. Es una serie de singularidades y fenómenos que podemos propiciar pero no entender.

—¿Mayol no muere?

—No, pero queda con daños permanentes. Es como una luz de bengala que estalla y dispara esquirlas luminosas por todo el planeta. El Estado asegura el futuro de toda su familia, incluyendo identidades nuevas y limpiezas de memoria para evitar traumas. Mayol se unirá a otros en un sanatorio donde será alimentado y tratado con respeto. Pasados dos años, la legislación nos autoriza a matarlo.

Mientras Ramírez le contaba todo esto a un perplejo Alvarado, los integrantes de la brigada finalizaban una corta oración de encomienda al Creador y tomaban posición de rodillas en torno del agujero en la tierra. Los militares que los habían acompañado se adelantaron, sacaron un par de azadones, tomaron a Mayol y lo introdujeron de cabeza y hasta la cintura en el agujero. Luego uno de ellos lo llenó de tierra, mientras otro sostenía las extremidades del indígena en posición vertical. A una indicación de Ramírez le abrieron las piernas, le quitaron la ropa que cubría los genitales, y uno de ellos hundió una daga con una amatista en el pomo entre el escroto y el ano. La sangre comenzó a manar generosamente.

—El umbral —murmuró Ramírez.

—Comenzando escaneo —anunció uno de los escoltas—. Conectando interfases.

El despliegue de las interfases que harían visible el proceso astral inminente se sintió como agua fría derramándose sobre las cortezas de todos los presentes. Los soldados de la brigada levantaron sus dagas verdes y cantaron al unísono: «¡Oh, padre Enlil, cuyos ojos brillan fieramente! Cuánto ha de transcurrir para que estén de nuevo en paz. Oh, poderoso, que con tus dedos te has tapado los oídos, ¿hasta cuándo? ¡Oh, padre Enlil, aún ahora perecen!».

Luego vino el sacrificio. Los chasquidos del metal rasgando los tejidos, unos suspiros contenidos, una respiración más rápida que las demás. Instantes pesados como rocas antes de que los hombres comenzaran a caer de bruces, uno a uno, sobre el charco formado por su propia sangre. Alvarado no parpadeaba, no respiraba. El último guerrero se desplomó con una exhalación que tardó varios segundos en hundirse en el silencio.

Todos callaron frente a ese pequeño y sangriento grupo escultórico, hasta que un punto rojo comenzó a pulsar en la zona inferior derecha de sus campos visuales, indicando el comienzo del proceso de muerte y la activación de los filtros que les permitirían ver y controlar la evolución de la brigada Ragnarok en el plano astral. El primero en morir fue el tercer brigadista de la derecha. Su cuerpo externo se desplomó como luz líquida contra el suelo. El segundo cuerpo comenzó a abrirse en grandes gajos y a florecer, dejando libre de pétalos su espalda, que crujió como una nuez y se partió en sentido longitudinal. Lentamente la fisura fue mostrando, en el fondo, una noche llena de estrellas y un pez que ondulaba en el centro. Las estrellas eran rostros. La noche era una mandíbula abierta que pronunciaba el verdadero nombre del muerto. Escupió toda la memoria en un estallido que se detuvo a un metro de distancia del cuerpo, convertido en un árbol de hielo que encerraba al ego sollozante envuelto en llamas. Desde el techo de la sala, el cuerpo astral recibía los golpes de todas las vidas anteriores que, como disparos, entraban por un cordón de plata a razón de varias descargas por minuto, confiriéndole formas a esa anémona de luz y vacío.

En unos minutos la sala se transformó en un pequeño bosque de árboles de hielo que brotaban de extrañas flores desgajadas. Cada uno de los trece cuerpos astrales que evolucionaban en la sala tenía cuatro pequeñas luces en torno; el color de cada cuerpo variaba en la gama de rojos a violeta, y de ellos emanaban memorias como láminas escamosas de niebla. Todos tenían la cabeza de algún animal y sus pechos abiertos dejaban ver una noche estrellada, un trozo de tierra y una mujer desnuda sosteniendo una mariposa.

—¡No llores, hombre, por Dios! —recriminó Ramírez a Alvarado.

—Es que es demasiado hermoso... —repuso el político, entre sollozos—. Jamás me habría imaginado que la muerte era así.

—Éstos son hombres puros, avanzados, piadosos y amoraes. No hay culpa ni pecado en ellos. Son tan limpios como un tiburón. Si asistieras a la muerte de personas normales, estoy seguro de que estarías vomitando. No quiero imaginarme

cómo será la tuya.

Alvarado se limitó a apretar las mandíbulas, aún mareado. Luego se dirigió al militar que manejaba el teclado-ouija.

—¿Qué va a ocurrir ahora? ¿Ya murieron todos?

—En dos minutos serán liberados y entrarán en Mayol. Luego serán rastreados desde aquí, para esperar los paquetes de datos que alcanzará a recibir nuestro médium antes de fundirse —respondió el oficial sin dejar de teclear y mirar la pantalla, que flotaba como una delgada lámina de luz a diez centímetros de sus ojos.

—¿Y la brigada? ¿Qué ocurrirá con ellos? —insistió Alvarado.

El oficial se detuvo y miró de reojo a Ramírez.

—Sin sus cordones de plata, y sin Mayol sosteniéndolos, van a caer a negro. Desaparecerán del escáner.

—Bonita forma de decir que se van a disolver.

Ramírez se le acercó y agregó:

—«Por el cordón de plata nos suben al Paraíso. La misma mano lo corta y caemos al infierno». Suena como un poético proverbio, pero es brutalmente real.

—¿Y ellos lo saben?

—¿Desde cuándo se preocupa por los demás, Alvarado? —ironizó el comandante—. No es a mí a quien tiene que convencer de su vocación de servicio público. Ahora deje de interrumpir a mis operadores: el rastreo no dura más de tres segundos y los necesito concentrados.

—¡No te vuelvas a dirigir a mí en esa forma! —exclamó con frialdad el funcionario civil, mirando de reojo a los subordinados—. Ya me tienes cansado con tus insolencias.

—Creo que debería ir a que le hicieran una medición de karma. Aunque no creo que las gráficas sean capaces de registrar sus niveles, amigo mío —contestó Ramírez con una leve sonrisa. Luego giró hacia el operador y una pantalla apareció frente a sus ojos.

—Diez segundos —dijo el operador.

—No pierdas la conexión con Mayol bajo ninguna circunstancia —instruyó Ramírez, palmoteándole el hombro.

—Cinco segundos.

Alvarado giró la cabeza hacia el indígena y quedó paralizado. Trece serpientes con coronas de oro salían desde su ombligo. Su cuerpo pulsaba rítmicamente, emitiendo un color anaranjado que sugería una palabra; estaba pidiendo acceso a la red planetaria. De pronto el color cambió y las serpientes se extendieron en amplias curvas para morder violentamente los cuerpos astrales de los guerreros. Alvarado sintió náuseas. Mayol pulsaba y se sentían sus alaridos bajo la tierra. Los cuerpos astrales se vaciaron en las gargantas de las serpientes como cuantos de energía líquida: parecían hormigas hinchadas de datos viajando por el esófago transparente de los reptiles. Mayol cambió de color a un rojo cada vez más encendido. Todo parecía

vibrar en una nota de baja frecuencia.

Alvarado cayó de rodillas, mareado. Desde la herida del indígena emergió un grito ensordecedor, y luego, el silencio más completo. Todo había desaparecido, los árboles de hielo, las serpientes, los colores. Sólo restaba el escenario crudo de una matanza.

—¡Lo tenemos! —anunció el operador.

—Llaman a Seguridad. Quiero todo esto limpio, y los cuerpos incinerados en una hora —ordenó Ramírez. Luego miró al político, cuyo estado era verdaderamente lamentable, y no pudo dejar de sonreír—. ¿Necesita ayuda, funcionario?

Alvarado se limpiaba la boca con nerviosismo.

—No de usted, comandante.

—El mar es la mente del mundo —susurró Mariana para sí misma.

Las olas eran suaves en esa zona de la playa, y las palmeras la protegían del sol de la tarde. El entorno la había sumido en un estado de extraña tranquilidad. Había decidido aceptar las reglas de aquel juego, ser su rehén y no luchar contra el destino. Observaba el horizonte y pensaba en las amenazas de muerte que se cernían sobre ella; sentía la arena y recordaba las torturas. Se preguntaba si realmente la dejarían ir si cumplía con los objetivos, pero no tenía cómo saberlo. Su vida pendía de la palabra empeñada de unos monstruos del poder: casi lo mismo que nada.

—¿Es tan terrible el otro lado? —habló, al aire.

De inmediato percibió que una estática líquida recorría sus arterias, y luego la sensación de ser arrojada por un barranco.

—¿Qué se te viene a la mente cuando se pronuncia la palabra «muerte», Mariana? Era Günther, y su voz se intuía más que escucharse.

—Lo que a todos, chico. Silencio, frío, oscuridad, tristeza, soledad.

—Bien, intuyes bien.

—Veo que aún está con nosotros el pequeño soldadito —dijo el selknam, interviniendo en la conversación.

—Despertó el insecto, Mariana...

—¡Basta los dos! —cortó la mujer—. Ya tengo suficiente con manejar toda esta pesadilla para además tener que soportar sus tonterías.

La mujer se puso de pie y caminó hasta la rompiente de la ola.

—Lo siento —dijo Günther—. Es que creo que él preferiría verme fuera de esto.

—Yo no sé lo que «eso» prefiere, Günther. Es cierto que salvó mi vida, pero no sé por qué. Y eso me preocupa.

—Porque «estás en el curso de los acontecimientos» —bromeó el muchacho—. Si te ha ayudado, entonces no creo que sea malo —agregó.

—Es que no creo que me haya ayudado. Creo que sólo lo hizo para poner las cosas en orden, para encauzarlas de modo que ocurra lo que él quiere que ocurra.

Salvarme la vida fue tan útil para él en ese momento como matarme puede serlo más adelante. Estar con él es como dormir con la muerte.

—Extraña compañía te buscaste.

—Tengo ese talento. Mi vida completa ha sido un desastre, y voy de mal en peor. Imagina que en estos momentos mi único amigo es un muerto... —bromeó.

Günther guardó silencio, y Mariana se golpeó la cabeza.

—Lo siento, chico. No quise ofenderte.

—No te preocupes. Sólo es un poco extraño...

El selknam se irguió y caminó hasta Mariana, le tomó el hombro y dijo:

—Ya es el momento.

La mujer lo miró extrañada. Iba a preguntar a qué se refería cuando el transmisor en su oído emitió el acre timbre del mexicano.

—Mariana, ¿me oyes?

—Salto de alegría al escucharte, Ramírez —ironizó Mariana, mirando al horizonte.

—Tenemos información muy importante que entregarte. Para mayor seguridad lo haremos a través de Günther. Fuera.

—Prepárate, Guti. Ahí vamos de nuevo —suspiró la mujer, de pie y con las manos en las caderas.

—Otra vez esa extraña sensación. Recibir paquetes de datos es como si te llenaran el cerebro de agua helada. Siento cómo el nivel sube cada vez más y me lleno de fragmentos difusos, semejantes al frío de una pieza metálica, a una cifra.

El muerto hacía hablar a todo el paisaje desde el interior de Mariana.

—... Es como un virus esparciendo sus colonias, como ciudades creciendo aceleradamente, como tsunamis avanzando en mis recuerdos. Una plaga de langostas sobre Egipto. Un mar de insectos abrazando las rocas de Karnak. Una infección que horada la madera de mi memoria...

Mariana estaba sorprendida por el lenguaje de Günther; no parecía el muchacho tímido y sencillo de otras veces.

—¿Hay alguien contigo? —preguntó, con cierta incomodidad—. Me siento muy extraña.

—Se ven muy distintos —murmuró el selknam.

—¿A qué te refieres, Reche? —A Mariana se le nublaba la vista y le costaba sostenerse.

—No ocurre nada malo, es sólo el efecto de mezclar varias entidades en un mismo sitio. La asignación de lugar en el Universo presenta pequeñas fallas. Que tú, Günther y el pulpo que están utilizando para modular la transmisión mezclen sus almas en el mismo espacio confunde un poco a la administración de las locaciones de lo existente. Es un problema menor, nada más.

Mariana tenía los ojos muy abiertos y una mueca de asco desde que el selknam mencionó la palabra «pulpo», pero se contuvo y prefirió dirigirse al joven germano:

—¿Por qué no me dices lo que ves, Guti?

—Veo una extensión de mar. Veo el túnel y la eterna peregrinación de las almas por la tráquea del Universo. Veo a unos hombres distintos, veo máquinas impensables, veo el dolor y el fervor de mucha gente. Veo nombres, datos y cifras que no sé por qué razón logro entender. Veo un árbol.

—Se nos volvió poeta este huevón.

—Veo a muchas personas pensando una misma palabra... Es el nombre del lugar, el nombre de sus murallas.

—¡Mariana, atención! Aquí Ramírez.

—Dime qué ocurre.

—Descarga finalizada. Günther tiene el archivo completo. Anexo a la información va un autoejecutable que filtrará datos necesarios para esta operación. Estaremos en contacto. Los monitorearemos en forma permanente. Fuera.

—Eso último sonó a amenaza —dijo Günther.

—Tú no te preocupes. Ya tienes lo que querías de ellos.

—No lo tendré hasta que la tecnología que buscamos esté en su poder. Y con ellos nada es seguro, tú lo sabes.

—Entonces dime dónde se encuentra esa tecnología y acabemos de una vez.

—Estoy buscando. Es como intentar acordarse de una tonada.

—Lo tienes en la punta de la lengua...

—¿Qué?

—Nada, por Dios. ¿Cuál es el puto lugar?

—Mmm... la corporación Chrysler.

—¡Imbunche!

Rodrigo entró muy agitado en la sala.

—Ella conoce nuestra ubicación. Nuestras sondas indican que dirigió su atención hacia nosotros.

—Apegada a itinerario. Esta niña es sorprendente.

El muchacho conocía las reacciones desmedidas del profeta, que no necesitaba mayores provocaciones para estallar. Pero venció su temor y preguntó:

—¿Por qué es importante esa mujer, Imbunche? Llevamos meses registrando sus movimientos.

El profeta miró a su asistente durante algunos segundos. «No hay problema —se dijo, y sonrió—. Es sólo un trozo de carne sin ninguna relevancia».

—Descubrí que una de las más cuidadas operaciones del Directorio no consistía en seguir los movimientos de alguna potencia militar, o en robar las estrategias de colonización cultural de algún movimiento económico o religioso, sino en seguirle los pasos a una simple delincuente, una chilena adicta y medio muerta de hambre. Entonces le dediqué una pequeña operación de seguimiento que rindió sus frutos.

Nuestro amigo al interior del gobierno mexicano confirmó la conexión. Tenemos entre manos algo de inmensa relevancia para el Directorio. Por alguna razón esta mujer es sumamente importante para ellos, lo que la vuelve sumamente importante para nosotros.

—¿Debemos capturarla?

—No, no, no. Sólo adelantarnos a los planes del Directorio e invitarla a entrar a donde ella quiere entrar. Directo a la Chrysler, antes de que el Directorio la capture. Además, el entrenamiento y la información que posee la convierten en la saboteadora que necesitamos. Ella nos ayudará a planificar nuestro ataque.

—¿Y si no quiere cooperar?

—Lo hará, te lo aseguro. Y si el ataque falla podremos usarla como rehén para negociar con el Directorio. Canjearla para salvar nuestras vidas; ¿no te parece?

La sonrisa del Imbunche infundía terror; su pellejo, pegado a las mandíbulas, se arrugaba hacia las comisuras, y su boca enseñaba unas horribles encías ennegrecidas.

—Entonces, ¿qué debemos hacer ahora?

Rodrigo temblaba; el Imbunche le acariciaba el muslo derecho desde hacía unos segundos.

—Contáctala. En estos momentos debe estar intentando penetrar en los archivos de seguridad del perímetro de la Chrysler. No va a pasar mucho tiempo antes de que la detecten y tengan excusas para quitársela a los mexicanos.

Rodrigo salió rápidamente de la sala, sudando. Estos encuentros le hacían cada vez peor.

Mariana y el selknam se habían desplazado a una pequeña isla en el Caribe, desde donde se iba a montar el operativo de infiltración. Entrar en el basurero de la Nato había sido un juego de niños comparado con esta nueva operación: penetrar en la Chrysler era como adentrarse en las fauces de un verdadero monstruo, en la caverna del más temible dragón.

—Vamos, Guti, dime qué va a hacer Ramírez por nosotros.

—Bien. Nuevamente es una operación que requiere de un mínimo de personas para minimizar los riesgos. De más está decir que se desataría una controversia a muy altos niveles si somos detectados, de modo que otra vez no contaremos con comunicaciones convencionales ni apoyo defensivo.

—¿Ni siquiera las gaviotas?

—Esta vez estaremos realmente solos, Mariana. Lo único que tendremos son lejanas intervenciones de sistemas anexos que irán incidiendo lateralmente en la estructura informática de la Chrysler. Nos abrirán pequeñas puertas cuando las necesitemos. Pero no se comunicarán con nosotros de ninguna forma hasta que no salgamos de allí. El único dato relevante que logró conseguir Inteligencia es un foco de inestabilidad social en una zona de las áreas productivas asociadas con

asentamientos humanos.

—¿Una rebelión?

—Es muy posible. Las lecturas de tensión anímica son concluyentes: una gran cantidad de personas con rutinas de sueños cargadas de maremotos y escarabajos está produciendo una burbuja de energía enorme, un microclima psíquico muy volátil.

—Mmm..., es un dato muy vago —gruñó Mariana.

—Y eso no es lo peor. Lo único con que contamos para conectarnos e intentar obtener información es la terminal global de la Chrysler. Tú sabes lo inseguras y lentas que son esas terminales. Los guardianes de la corporación son muy rápidos y correrían por nosotros ahí dentro como mastines tras una gallina coja. En diez minutos tendríamos un helicóptero artillado sobrevolándonos, con derecho a partirnos la cabeza por violar su espacio informático jurisdiccional.

La mujer suspiró, sin dejar de admirar el mar color esmeralda que lamía suavemente el costado de la isla.

—Aunque... hay una forma de navegar muy rápido —agregó Günther.

—Entonces dímelas, Guti. —Sonrió Mariana.

—No te va a gustar —murmuró el muchacho, cohibido.

—No hay alternativa —dijo el Reche, rompiendo su silencio.

—¿Tú también sabes cómo? Basta de huevadas, Guti. Dímelas. Nada puede ser tan terrible a estas alturas.

El joven titubeó; le molestaba descubrir ese recuerdo sintético en su memoria, aflorando como un animal muerto en una laguna.

—Navegarás a través del selknam —dijo finalmente.

—No es tan terrible.

—No he terminado —agregó el muchacho—. La técnica requiere que navegues en estado orgásmico, bajo la influencia de la mescalina, a través de un puente que potencie y ordene tu delirio. —Mariana abrió los ojos a medida que Günther hablaba—. El puente sería el selknam, conectado a la terminal global y a la vez conectado a ti..., en una cópula.

Mariana sintió un repentino calor en el rostro.

—Ni cagando.

—Discúlpame, pero en el instructivo de la operación...

—¡Me importa un carajo el instructivo! ¡Yo no voy a follar con ese insecto! ¡Ni muerta! ¿Me escuchaste, pendejo? ¡Ni muerta!

Desde la distancia, la imagen era la de una mujer gesticulando y gritándole al aire mientras un extraño ser permanecía inmóvil unos metros más allá. Pasaron al menos treinta minutos antes de que la mujer se calmara y se sentara en la arena, suspirando y moviendo la cabeza.

—Puedes tomar algo de mescalina... —intentó consolarla Günther—. Pero créeme que no tenemos alternativa. Ramírez deja bien claro en el instructivo que cualquier otro procedimiento terminará en una detección temprana de terribles

consecuencias.

—Y esto..., ¿es algo habitual? —murmuró Mariana, resignada.

—Por los antecedentes adjuntos, la navegación en estado orgásmico es una técnica bastante extendida. Se utiliza principalmente en el área de programación y desarrollo. Los equipos son parejas de programadores llamados Géminis, y llegan a un alto grado de cooperación y afiatamiento.

—Pero... ¡un selknam!

—Es que no hay nadie más. Yo... lo haría gustoso. Pero ya sabes.

Transcurrió otra media hora antes de que Mariana se pusiese bruscamente de pie y caminara hacia el follaje. Al pasar junto al Reche le golpeó un costado.

—Hagámoslo de una vez —dijo.

El selknam la siguió hasta un pequeño claro donde Mariana ya clavaba unas largas agujas de comunicaciones en el suelo.

—Una vez que emulemos la frecuencia del territorio estaremos en condiciones de conectarnos a su terminal global —dijo la mujer, sin mirarlo—. Aquí están los terminales. Los conectas a tus *line-in* como sea que necesites ponértelos.

—No estés nerviosa, nada malo va a ocurrir —dijo el Reche finalmente.

—No me digas que no me ponga nerviosa. Sólo quiero saber si... tu tamaño se ajustará.

—Sí, se ajustará sin problemas.

—Está bien. Eso me tranquiliza... un poco —dijo la mujer mientras manipulaba furiosamente el pequeño teclado con el que buscaba la línea adecuada.

—Mariana... —susurró Günther.

—Dime.

—¿Quieres que me hunda en tu inconsciente? Lo tengo frente a mí, parece un pozo lleno de petróleo. Puedo esconderme ahí un rato.

—Preferiría que te quedaras conmigo, Guti. ¿Nunca hiciste el amor con una mujer, no es verdad? —intentó bromear.

El muchacho no respondió. Mariana consiguió finalmente emular la línea y levantó el pulgar para indicarle al selknam que todo estaba listo. El Reche se puso de pie y miró a Mariana. Luego hundió un brazo en la tierra y sacó una piedra roja que se metió en la boca; la mujer creyó recordar algo. El selknam dio dos pasos hacia ella, diciendo:

—Llena eres de gracia.

Mariana sintió mareos y un repentino calor interno.

—Bendito es el fruto.

El Reche la tomó de los hombros y dibujó un signo sobre su frente; ella cerró los ojos, comenzó a temblar, a jadear y a sacarse la ropa. Desnuda, de pie frente al selknam, le pidió que la tomara. Él estiró una mano y bajó por su piel hasta la zona erizada de terminales que rodeaban el acceso a su ordenador central. Se sentía muy cálido allí. Se metió una mano a la boca y sacó un axón del grueso de un dedo, el que

conectó a la terminal. Luego tomó a Mariana. La penetró hasta cubrirla y al cabo de unos minutos la elevó hacia un orgasmo sostenido. La frecuencia que recorría el cuerpo de la mujer era coherente con la línea del territorio y pronto se volvieron uno. Mariana navegaba y esquivaba perros guardianes presa de un éxtasis violento, la furia *berserker* que los Géminis usaban para movilizarse. En estado de gracia, surfeaba por códigos y atravesaba nubes de plancton informático como un delfín electrónico.

—Encontré la Chrysler. Se ve como una esfera de láminas de acero remachado, sujeta por gruesas cadenas a las esquinas de una habitación cúbica. Son decenas de cadenas.

—¿Ves sus puertos de acceso? —preguntó Günther.

—Sí. La esfera está recubierta de hombres desnudos clavados a la superficie. Tienen cañerías de bronce saliendo de ojos y bocas. Y puñales clavados en cada chakra. Los puñales tienen un ojo en la empuñadura y un hilo sale por la pupila; cada hilo tiene una extensión de dos metros y sostiene la pata de un gorrion que no para de aletear y gritar un número. Hay un mar de un metro y medio de profundidad que envuelve la esfera, y sólo los gorriones se mantienen fuera.

—¿Podrás entrar?

—Creo que es un sistema de saltos —dijo Mariana.

—Dime cómo funciona.

—Cada hombre te redirige hacia distintos *mirrors*, muchos de los cuales son bucles donde puedes quedarte atrapado para siempre. Los saltos te pueden llevar a una cámara de seguridad en Madrid, a una roca en el Kalahari o a la mente de un esquizofrénico en un hospital de Manaos, en Brasil.

—Bien. No tendremos mucho tiempo para verificar todos los accesos, así que...

—Günther —interrumpió la mujer.

—¿Qué ocurre?

—Malas noticias. Creo que están detectando algo extraño.

—Aborta la misión de inmediato. Repito, aborta de inmediato.

—Espera, creo que puedo mimetizarme en una línea anexa.

—¡No, Mariana! Si sus defensas se activan, estaremos liquidados. ¡Sal de ahí!

—Uno de los hombres se está incendiando... ¡Giró su cabeza hacia mí!

—¡Sal de ahí de inmediato, Mariana!

—¡Está acercándose, y tiene un cuchillo en la mano!... ¡Ayúdame, Reche!

La mujer intentó huir pero fue atrapada por la entidad flamígera, a pesar de la tremenda resistencia que opuso. La interfase era demasiado vivida y el yo digital de Mariana gritaba de dolor. El hombre le enterró el cuchillo en la frente hasta la empuñadura y de inmediato la mujer quedó paralizada.

—Discúlpame —dijo el hombre—. Pero si seguías haciendo ese escándalo ibas a atraer a todos los perros guardianes del Directorio. De hecho, creo que ya comenzaron a medir nuestra actividad, así que tenemos poco tiempo antes de que nos descubran.

Mariana sólo podía mover sus ojos, llenos de pavor y sorpresa.

—El Directorio de la Chrysler te tiene completamente identificada. Sólo esperan tu intrusión en su espacio jurisdiccional para lanzar una operación sobre la isla donde te escondes. Quieren capturarte y les vas a dar la excusa que necesitan. ¿Prometes quedarte tranquila?

Mariana parpadeó afirmativamente y el hombre le quitó el cuchillo de la frente.

—¿Quién eres? —preguntó la mujer, tocándose una herida que se cerraba como por milagro.

—Mi nombre es Rodrigo.

—¿Por qué me ayudas?

—Porque necesitamos gente como tú en nuestra lucha contra el Directorio.

—¿Y quién te dijo que querría ayudarte?

—La Chrysler está a punto de descubrirte. Cuando lo hagan, en unos minutos serás comida de tiburones, o algo mucho peor. Nosotros podemos hacer dos cosas por ti: sacarte de la isla ahora y hacerte ingresar en territorio liberado dentro de la Chrysler, donde estarás a salvo de los agentes del Directorio.

Mariana estaba estupefacta. De pronto le entregaban en bandeja todo lo que necesitaba.

—¿Por qué debería confiar en ti?

—Porque no tienes otra salida —repuso Rodrigo, apuntando hacia la esfera, que ahora aparecía con un aura rojo sangre y desplegaba bandadas de microbios rastreadores—. Te esperamos en la playa; desconéctate ahora —ordenó, y regresó a la esfera.

Mariana hundió la mano en el pecho y se tocó el corazón.

—Vienen máquinas voladoras desde el sur. No son hijos de Ramírez —advirtió el selknam a Mariana, que se vestía con nerviosismo. Avergonzada, con una mezcla de rabia y pena, se negaba a mirarlo.

—Lo sé; abordaremos un vehículo que dispusieron para nosotros. Porque supongo que tú no vas a hacer nada para defendernos de esos helicópteros.

—La oferta de mutua cooperación es lo más conveniente.

—Sí, claro.

Caminaron hasta la playa, donde había varado un tubo metálico similar a un proyectil.

—Otro ataúd —se quejó Mariana.

—Tiene terminales en cruz —dijo Günther—. Conéctate a él, seguramente hay indicaciones en su memoria.

Mariana estiró los *line-in* de sus ojos y los conectó a la terminal. Detalladas instrucciones para operar el vehículo, el itinerario de viaje y el programa para evadir los controles de la Chrysler se desplegaron en las retinas de la mujer. Una cosa la

incomodó sobremanera: debía hacer todo el viaje pegada al cuerpo del selknam, pues el tubo era un vehículo de correos no habilitado para llevar carga humana.

—Tengo que morir —susurró.

—¿Cómo? —exclamó Günther.

—El transporte no tiene sistemas de soporte para vida humana y el viaje dura treinta minutos. Este bicho no tendrá ningún problema, pero a mí me tendrán que matar. Los sistemas de refrigeración de la bala de correo evitarán el daño cerebral, y se supone que en la Sección 14 de la Chrysler me estarán esperando con cámaras de calor y desfibriladores para traerme de regreso —explicó Mariana, resignada.

—Pero eso es demasiado peligroso... —acotó Günther—. Quizás el Reche puede hacer algo.

—No, Günther. Es imprescindible que los escáneres de la Chrysler no registren actividad al interior de las balas, de lo contrario son destruidas en el acto. Tranquilo. Yo estoy tranquila, ya nada me parece terrible. Sólo procura mantenerte cerca de mi alma; pase lo que pase, no quiero perderme allá afuera. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo el muchacho, no muy convencido.

Enseguida el selknam, que estaba a espaldas de Mariana, produjo una fisura en el tiempo. La frecuencia del pulso cardíaco de la mujer tropezó consigo misma y ella se desplomó suavemente en la arena. El selknam la tomó entre sus brazos y miró hacia el sur.

—Dos minutos —murmuró.

—Tenemos a la mujer, Imbunche —informó Rodrigo.

—Excelente, avísale a Alvarado.

—Ya lo sabe. Dice que espera instrucciones.

—¡Señor! —gritó un operador—. ¡Perdimos sus signos vitales!

Ramírez se acercó con el rostro desencajado.

—¿Qué estás diciendo?

—La pérdida de las lecturas coincide con el arribo de fuerzas de seguridad de la Chrysler a la isla, señor.

—Entonces consiguieron rastrearlos.

—Y los borraron del mapa —agregó Alvarado.

—Pero... era un selknam.

La incredulidad se apoderaba del rostro del militar, que miraba a sus subalternos y al político buscando una explicación.

—No pueden destruir a un selknam.

Se hizo un silencio, sólo puntuado por los siseos y alertas de los aparatos de monitoreo.

—Señor —se atrevió a decir un operario—. Del selknam no sabemos nada, pero Mariana está muerta. Eso es definitivo.

Ramírez se dejó caer sobre su silla, desolado. Un torbellino de ideas le nublaba la cabeza. De pronto recordó su responsabilidad y se puso de pie violentamente.

—Tú —indicó a un operador—. Contacta a un equipo alternativo, equípalo y mándalo al patio de entrenamiento, de inmediato. Tú. —Señaló a otro—. Quiero que averigües de inmediato si la Chrysler llegó a enterarse de nuestra participación en este operativo. Y tú, desmantela la red de apoyo al equipo de Mariana. —Luego miró hacia el suelo, mordiéndose los labios—. Estamos perdidos.

Giró hacia Alvarado.

—Vas a tener que responder por este desastre.

El político no respondió. Ramírez pensaba en cómo salvar los restos de la operación, mientras Alvarado ya estructuraba los argumentos que lo desligarían de responsabilidades ante sus superiores. «Esto puede perfectamente atribuirse a falta de apoyo militar en el momento adecuado», pensaba.

—Recomiendo cortar todo nexo con el cadáver de Mariana y los implantes que carga —dijo entonces—. Debemos quemar la conexión para que no puedan hacer el camino inverso y descubrirnos.

—Primera cosa sensata que dices —ladró Ramírez, y, dirigiéndose ahora a su equipo con tono amargo pero enérgico, dijo—: Bien, desde ahora esta operación nunca existió. Confío en el profesionalismo y la discreción de todos. Tal como confío en el temor que todos le tenemos a un buen consejo de guerra por filtrar información clasificada •—agregó, clavando la mirada en cada operario mientras caminaba hacia la puerta.

Desde el umbral hizo un gesto para llamar a un subordinado.

—Quiero la nómina de todos los involucrados en esta operación —dijo en voz baja, y desviando la vista—. Incluye sus perfiles psicológicos: necesito evaluar con rapidez quiénes deberán morir.

Alvarado se acercó por detrás.

—¿Te retiras así, nada más?

—Un soldado debe saber cuándo ha sido derrotado. Yo, como militar, estoy muerto. Otros continuarán esta batalla —sentenció Ramírez con frialdad antes de alejarse por el pasillo.

«Qué metáfora tan ajustada, comandante», pensó Alvarado.

Ella.

Ella desnuda, nadando en luz líquida y llorando de alegría, abrazada por un padre amoroso e infinito.

Ella con la boca llena de luciérnagas, mirándose con todo el cuerpo y sumergida en lagunas de leche tibia. Ella, arrobada por la corriente amorosa que la arrastra desgranándole el recuerdo, rodando por arroyos de olvido con la promesa de abrirse a un mar que no termina.

Ella como un pez transparente, hasta que alguien grita su nombre. Su

nombre viene rodando como un eco distante desde la infancia. Le parece tan lejano. Ya casi no sabe si en verdad es su nombre. Una sombra en el velo cristalino del agua de vida. Algo la llama desde otro lugar y las aguas se contraen. Aparecen la temperatura, el peso, la memoria.

Alguien la llama de regreso.

—¡Diez miligramos de Protenarol! —pedía a viva voz un desconocido mientras rompía las vestiduras de la mujer.

—¡Unidad desfibriladora, una vez más!

—¡La perdemos!

Seis personas trabajaban febrilmente en torno de Mariana, insertando tubos por boca y nariz, líquidos en las arterias, láminas de metal en su piel para descargar electricidad en microintensidades. Doctores, chamanes y curanderos con computadoras la llamaban de regreso a gritos. Poco a poco, el aura de la mujer se fue engrosando; poco a poco los técnicos recuperaban la calma, mirándose unos a otros con sonrisas nerviosas. Al cabo de una hora la mujer dormía profundamente en una pequeña habitación del Departamento de Reacondicionamiento Humano de la Sección 14. El Reche se mantenía a su lado y dos guardias armados custodiaban el acceso.

—¿Cuál fue el informe de Miguel Alvarado, Rodrigo?

—El itinerario ha seguido el curso previsto. Alvarado borró a Mariana de la operación y está en proceso de eliminar todos los cabos sueltos. La muerte de Ramírez está programada para dos días más, y nuestro propio operativo para eliminar a Alvarado se puso en marcha hace cuatro días. Los eventos se sucederán armónicamente, como lo solicitaste. El futuro de esta historia nos pertenece, Imbunche.

El profeta se había abierto una nueva herida a lo largo del brazo derecho para celebrar la ocasión. De su carne surgían alambres cosidos con tiras de cuero y conjuros matemáticos. La sangre seca manchaba sus extremidades y aumentaba las náuseas de Rodrigo; además, había comenzado a masturbarse con un manojito de tiras de carne cruda que guardaba en una caja de madera.

—Rodrigo, hijo mío, acércate.

El joven sudaba, incapaz de moverse. El Imbunche contrajo el rostro y una lágrima se asomó en su párpado sin pestañas.

—Pero, Imbunche... —dijo Rodrigo, desconcertado—. ¿Qué te ocurre?

El profeta levantó su rostro lloroso.

—Si no te acercas voy a quitarte la vida, y si eso ocurre, voy a extrañarte mucho —sentenció, rompiendo en llanto.

El muchacho se acercó temblando y el Imbunche comenzó a desabrocharle los pantalones. Rodrigo estaba horrorizado; ver a ese espantapájaros hediondo tocándolo

con sus manos mutiladas, los dedos reemplazados por prótesis de bambú y fibra óptica llenas de mugre, le parecía una pesadilla. De pie, paralizado, observó con horror cómo el Imbunche le lamía los genitales con su lengua bífida, emitiendo gruñidos y miradas amenazantes. Parecía una hiena royendo un trozo de carne de su propiedad. Cuando terminó el ritual el profeta se puso de pie y tomó el rostro del aterrado muchacho entre sus manos.

—Ahora eres completamente mío. No tienes idea de lo que extraje de tu aparato, mi Rodrigo —exclamó, y le estampó un beso prolongado en los labios—. Vete y avísame cuando Mariana despierte. Debo entrevistarme con ella lo antes posible.

El joven asintió y lentamente, con el rostro desencajado, salió de la estancia. Afuera, el sol de media tarde marcaba los detalles en los frisos de las construcciones y una pequeña brisa refrescaba a los transeúntes. Rodrigo pensó en el suicidio, pensó en matar al profeta, pensó en huir; pero siguió caminando lentamente, vacío, en dirección del lugar donde pronto despertaría la mujer. Algo se había quebrado en su interior.

Era una tarde preciosa.

—Está despertando —dijo un auxiliar en la sala de control de signos vitales.

«Hace más de dos horas que comenzó a hacerlo», murmuró el selknam a muchas habitaciones de distancia, sentado junto a Mariana. Dos médicos entraron en la habitación donde la mujer se quejaba y empezaba a abrir los párpados con dificultad.

—Verifica sus niveles de sodio y la fluidez de sus chakras.

—Necesitamos que emerja sin resonancias ni entidades extrañas aferradas a su existencia. Dame un nacimiento limpio.

—Está saliendo del sueño... Imprime la imagen de su choque con la conciencia de ser. Y quiero a Briceño interpretándola de inmediato.

Mariana dejó de mover la cabeza y abrió los ojos. Su rostro se contrajo en una mueca de rabia y gritó, intentando levantarse, pero los médicos la sujetaron de brazos y piernas con gran esfuerzo.

—¡Déjenme! ¿Por qué lo hiciste?

—¡Cálmese, Mariana!

Pero la mujer se contorsionaba intentando zafarse.

—¡Si no se calma, la drogaremos hasta que entienda! —gritó uno de los médicos.

Mariana lo miró, jadeando, e hizo un gesto con la cabeza. La soltaron lentamente y retrocedieron unos pasos. La mujer se ordenó el cabello y desaceleró su respiración.

—¿Está bien?

Asintió sin mirarlos.

—Déjenme sola un momento, por favor.

—Por ningún motivo... —intentó replicar uno de los médicos, pero fue interrumpido por el ruido del exoesqueleto del Reche poniéndose de pie, amenazante.

—... Por favor —repitió Mariana.

—La estaremos auscultando a distancia —dijo el otro médico. Y se retiraron.

La mujer permaneció unos minutos observando un punto en la pared, absorta en formas aleatorias que le recordaban vagamente a un árbol. Un fresno quizás.

—¿Por qué lo hiciste? —murmuró sin dejar de mirar la mancha en la pared—. ¡Respóndeme de una vez! —gritó con más fuerza y se tomó la cara con las manos, como intentando contener una marejada.

—Mariana... —susurró Günther.

La mujer levantó la vista y comenzó a gritar.

—¡Por qué lo hiciste, desgraciado! ¿Por qué me trajiste de regreso?

—Pero, Mariana...

—¡Cállate, hijo de puta! ¿Por qué no me dejaste ir en paz, pendejo de mierda?

—Tenía que hacerlo. Tenemos un deber que cumplir, y...

—¡Mentira, huevón! ¡Me trajiste de regreso porque me necesitas!

—¡No! No es eso, Mariana. Había un compromiso.

—¡Mentira, eres un egoísta! Me habían abierto la puerta, podía escapar de toda esta miseria... —gimió—. Pero tú me hiciste caer en este basural de nuevo, y ahora estoy encerrada aquí, arrastrándome otra vez.

Los gemidos de Mariana llenaban la habitación. El selknam la miraba con curiosidad mientras la mujer fijaba la vista ahora en un punto indefinido en el techo de la habitación. Tenía el rostro mojado, y los brazos caían muertos a sus costados.

—Alguien se está burlando de mí. Me muestran la felicidad sólo para reírse de mí. ¿Ni siquiera morir en paz me está permitido? ¡Dime, huevón!, ¿ni siquiera eso me van a dar?

Durante unos segundos nada se movió en la pequeña estancia donde Mariana y el selknam parecían separados por kilómetros de distancia.

—Perdóname —dijo Günther—. Estoy abandonado entre mundos. Soy un naufrago en el centro de un océano eterno. Temí quedarme aún más solo si te ibas. Cuando vi tu sombra, liviana, elevándose hacia donde soy muy pesado para ir, sentí pánico. No tengo nada. El calor de tu cuerpo y tu consuelo es lo único que he tenido en esta oscuridad... He llorado de alegría por cada palabra que me has dirigido.

Mariana se mantuvo en silencio, inmóvil.

—Estaba solo en el Universo y de pronto llegaste tú. Perdóname, no sabes lo que es habitar un abismo de soledad sin fondo ni esperanza. Me volví un animal desesperado...; perdóname, te lo suplico.

La mujer parecía extraviada, y apenas movió los labios para hablar.

—¿Qué pasa si planeo mi propia muerte?

El selknam giró la cabeza y se apresuró a sentenciar:

—Cortar el sistema desde adentro induce a paradoja. Tu programación se bloquea, queda fijado a tu *hardware* y padece una semiexistencia anómala, sin fecha de caducidad.

—¿Condenación eterna, a eso te refieres? —Mariana esbozó una amarga sonrisa —. Quiero dormir, déjenme en paz por un momento, por favor.

Ni siquiera morir le estaba permitido. Su vida era un constante ejercicio de despojo y, aunque su ser se había endurecido tempranamente, como una cáscara protectora, en su interior, en una esquina, se acurrucaba una niña triste sumergida en la oscuridad.

Estaba sola. Siempre había estado sola.

Esperas millones de años en el limbo la oportunidad de venir a vivir un poco a la Tierra, pensaba; te entregan una única oportunidad, un único *ticket*. Pero el de ella era un billete de última fila, detrás del pilar. A veces lloraba de impotencia, de rabia y de pena por esa niña que había entrado inocente en un ruedo de carniceros y violadores que le fracturaron la felicidad para siempre. Ese otro lugar que había visto durante su muerte, en cambio, era todo lo que nunca había tenido. Ternura en estado líquido, un disolvente amable demoliendo la estructura de una memoria llena de temores, demonios, viruelas y plagas. La luminosidad desanudaba los quistes y lavaba la herrumbre que taponeaba las arterias, liberaba el asma y besaba los párpados. Todo estaba bien allí. El río amniótico la abrazaba en su corriente amorosa camino del mar infinito, donde la contemplación del olvido le procuraría por fin un hogar.

Pero el aborto, el demiurgo, la carne. El recuerdo le producía náuseas. Cuando Günther la llamó de regreso, de pronto, con el recuerdo de su nombre también evocó el olor de su propia carne, de sus jugos gástricos, de las fecas almacenadas en su vientre. El río de luz se hizo espeso y tubular, rugoso y oscuro, lubricado de secreciones y excrecencias orgánicas. Supo entonces que era expulsada a través de una especie de recto, cada vez más presionada por paredes ásperas de adherencias. Fue una deposición violenta, no un nacimiento. Expulsada del Paraíso por segunda vez, cayó pesadamente sobre una cama como la de su madre. A veces soñaba con ella y despertaba como quien cae al agua helada. Soñaba con los imposibles brazos de su madre arrullándola, acariciándola, peinando su cabello, meciendo su cuna. Todo lo que faltaba en los cimientos de su historia plagada de fracturas. Ahora andaba por la vida como un lobo herido en mitad del invierno. Sobreviviendo, sin saber por qué tenía que hacerlo.

El Imbunche estaba meditando. Trece garfios sujetos a su carne lo mantenían suspendido a media altura en el centro de su habitación. El contrapeso lo proveían rocas llenas de inscripciones; cada una tenía el valor de muchas oraciones enunciadas.

Hacía tres días que tenía a Mariana en sus dominios. Los correos del Directorio habían enmudecido y eso sólo podía significar una cosa: sabían que la tenía en su poder. Su inactividad confirmaba que el golpe les había resultado doloroso. «El silencio es una victoria tan ruidosa como un ejército triunfante», pensaba el Imbunche.

Cumplía su cuarta hora de meditación profunda cuando, desde la única esquina de

la sala, junto a la puerta de entrada, surgió una voz desconocida.

—*Mashdaa*, Imbunche.

El profeta abrió los ojos y sonrió. Desde la oscuridad emergió una silueta insólita, pero familiar.

—*Mashdaa*, Tangata Manu. Es un honor que el Gran Chamán de la Tierra atienda mis ruegos. Nunca ha sido propio de los dioses escuchar las oraciones de sus fieles. ¿A qué se debe tanta gracia?

—Tú me llamaste y es necesario que yo acuda. No es la primera vez que nuestros caminos se cruzan, y no será la última —sentenció, lacónico, el visitante.

—Cuando un pobre mortal tiene dudas trascendentales y se ve a sí mismo al borde de algo desconocido, invoca a sus dioses. Pero ellos nunca contestan. El cielo es una casa vacía. ¿Por qué me honras con tu amistad, Tangata Manu?

—No tengo tiempo para discutir lo que ha ocurrido ya miles de veces en las ruedas de la existencia. Juguemos nuestros papeles. Tú me llamaste y es necesario que yo acuda —insistió el aludido.

El Imbunche volvió a sonreír y cerró los ojos.

—Tú sabes, y yo también, cuál es el origen de los integrantes del Directorio. Son una máquina que ha avanzado a través de las eras como un arado abriéndose camino en el follaje: siempre en línea recta hacia un objetivo que supongo extraordinario. Ahora siento que me he interpuesto en esa línea recta. Tengo algo que parece muy importante para ellos y necesito saber por qué lo es, para administrar más eficientemente un capital tan preciado.

—Tú no te has interpuesto en nada, pequeño arrogante. Es verdad que estás en medio de algo que no puedes imaginar, pero no eres un obstáculo sino apenas una hormiga robando granos de azúcar. No lo olvides y podrás quedarte con tu pequeño botín.

—Perfecto, soy un insecto. Pero quiero ser el rey de los insectos, y para eso necesito saber por qué Mariana es tan importante. Al parecer también lo es para ustedes, o no tendrían un perro guardián como el selknam Reche custodiándola. ¿Tú lo enviaste?

—El selknam guerrero es parte del sistema inmunológico del Cosmos. Donde se produce un desajuste o una infección en la estructura de las cosas, ahí nacerá un selknam, con la única misión de combatir el desajuste. Él no tiene nada que ver conmigo.

—¿Y hay una infección... aquí? —tanteó el Imbunche.

—Para la respiración del Cosmos es imprescindible que nada perturbe el proceso de transmigración de las almas. Desde hace un tiempo, algo está comenzando a ocurrir, algo que interfiere en ese proceso.

El Imbunche tenía el rostro desencajado por la sorpresa; un millón de preguntas se le venían a la boca, pero no se atrevió a interrumpir el torrente de información que se desplegaba ante él.

—La Chrysler ha desarrollado una tecnología capaz de redirigir el flujo de los espíritus hacia una cadena de producción donde son encarnados en procesadores de última tecnología. Se llama Empalme Rodríguez. A partir de esta tecnología perturbadora están creando una red de computadores de naturaleza anómala para echar a andar su proyecto más definitivo.

—¿Y Mariana qué tiene que ver...? —interrumpió finalmente el Imbunche.

—Mariana es una pieza imprescindible para el funcionamiento de este proyecto. Sin ella no tienen nada.

El rostro del Imbunche se iluminó. Su instinto no le había fallado, y ahora sentía que controlaba la situación.

—No me malinterpretes, Imbunche —advirtió el Tangata Manu—. Sólo eres una piedra en sus zapatos. Usa rápidamente esta carta que el destino te ha dado. Ellos son formidables; no te equivoques.

—Necesito saber más. Por qué fabrican computadores con almas humanas. Por qué Mariana es un componente imprescindible. Por qué me ayudas...

El Imbunche estaba lleno de interrogantes, pero fue inútil; el Tangata Manu ya no estaba ahí. Una última frase recorrió la sala, girando en el sentido de las agujas del reloj.

—Desarrollaron la tecnología Empalme Rodríguez para hacer funcionar su máquina definitiva. Quieren a Mariana para hacer funcionar al Ygdrasil.

Esa palabra quedó retumbando en los muros y en la mente del profeta.

—Ygdrasil... —murmuró el Imbunche.



6

**DE CÓMO EL INVUNCHE, HACEDOR DE HECHICERÍAS Y ADIVINANZAS, SE HACE
DE UNA LLAVE PARA HURGAR CON ARTILUGIOS EN EL CORAZÓN DE LA
CRASILERA Y ARREBATARLE COSAS QUE SÓLO DEBE VER CON LOS OJOS
NUESTRO SEÑOR, ASÍ SEA, PUES SON COSAS DEL DEMONIO Y SUS ACÓLITOS**

El complejo de edificaciones que componían la Sección 14 tenía la superficie de un país pequeño, con climas y microclimas; los desechos se reciclaban para producir más superficie edificable, siempre escasa. Los edificios eran módulos blandos, mezcla de estructura sólida y tejido orgánico sostenido por mallas aislantes, y la totalidad del complejo tenía la forma del glifo maya que representaba el fuego del atardecer. Cables y tubos flexibles entraban y salían de las formaciones bulbosas que rodeaban la arquitectura, regulando la temperatura y conduciendo los flujos de información por vía química. Vigas de cartílago, estructuras óseas similares a costillas y puntales de acero sostenían los módulos habitables, que brotaban entre los tendones y órganos de las construcciones.

Edificios monumentales, cubiertos de placas blindadas, herían el cielo. Sinuosos envigados recubiertos de tejido y cablerío envolvían las enormes torres de producción, erizadas de antenas y brotes de musgo. Cada construcción contenía en su centro un tubo de médula espinal que recorría toda su altura, desplegando nervaduras hacia todos los pisos a modo de sistema neurovegetativo de la mole metálica. La aglomeración de formas en sus bases era caótica, y los habitantes de la Sección 14 circulaban, apretujados, por pequeños pasajes y pasadizos interminables. Sólo la explanada del templo y unas cuantas plazas abrían espacio para ver el cielo y moverse con cierta comodidad.

Las instalaciones médicas de la Sección 14 se encontraban en el centro del edificio principal, junto a la Plaza de los Once Mártires. Por allí caminaba Mariana esa tarde, como parte de la terapia de recuperación impuesta por el equipo de sanadores. Habían transcurrido ya algunos días desde su llegada a las tierras del Imbunche y todavía no podía entrevistarse con él. Percibía claramente el gran operativo de seguridad desplegado en torno de su presencia, y le intrigaba lo que el rey del lugar tenía en mente para ella. «No soy más que una intrusa, sin un prontuario que valga la pena», conjeturaba. ¿Qué motivaba tantos esfuerzos de sus anfitriones por protegerla de las fuerzas de la Chrysler?

—Mariana...

Los contactos con Günther se habían reiniciado un par de días atrás. Mariana lo

había perdonado, pero él seguía sintiéndose culpable.

—¿Pudiste hacerlo, Günther? ¿Pudiste comunicarte con Ramírez?

—No. Cortaron todos los mecanismos convencionales y mi frecuencia de existencia aparece tan desolada como un desierto rocoso. No veo aves ni construcciones, que son las anclas que los médiums usan regularmente para manifestarse. Estamos solos.

La mujer cerró los ojos y sintió el sol en el rostro.

—Eso si nos dejan. Más que una invitada, ya comienzo a sentirme cautiva.

—Sí, eso está claro. Pero nada podremos hacer hasta reunirnos con ese Imbunche. He oído cosas muy extrañas acerca de él.

La plaza era un lugar muy agradable; al recorrer la gran extensión Mariana iba encontrándose con puestos de comercio de baratijas, curiosidades alimenticias y textos impresos, mayoritariamente de corte religioso y matemático.

—¿Qué dice el selknam? ¿Podemos contar con él? —preguntó el muchacho.

—Hace unos días comenzó a pronunciar la palabra «ligereza» y aún no termina. Hoy, cuando desperté, todavía no salía de la zeta. Creo que las cosas están siguiendo el camino que él persigue, porque no ha intervenido. Me parece incluso que está desvanecido en un noventa por ciento, como si no quisiera rozar demasiado la realidad.

—O sea que no contamos con él.

—Estamos solos, chico.

La mujer sintió algo parecido a la vergüenza o la culpa emanando de Günther; no pudo precisarlo pero sabía distinguir los fenómenos que provenían de él. Y éstos tenían que ver con los acontecimientos recientes. El muchacho aún no olvidaba.

—Creo que ya es momento de parar —dijo Mariana enérgicamente—. Lo que ocurrió ya ocurrió y sólo nos tenemos el uno al otro para salir de este lugar. Así que para de lloriquear y compórtate como un hombre.

—Eso es algo que tengo que resolver. No voy a fallarte, pero déjame pasar por esto solo.

Mariana percibió el vacío de señal que se abría en su cabeza cuando Günther se retraía hacia fondos impensables del plano astral. Sin el Reche cerca y con Günther fuera de su plano consciente, se sintió extrañamente en paz. Incluso los francotiradores agazapados en cornisas imposibles le parecían amables. Se sentía protegida y en paz. Sonrió, respiró muy hondo y caminó hacia la gente que se arremolinaba en torno de un saltimbanqui. El espectáculo era extraordinariamente simple y gastado, pero Mariana reía sin poder detenerse. Luego visitó el puesto de flores, el de vegetales y el de adornos para el cuerpo tallados en madera, pintados con estridentes colores. Adquirió una manzana y una pulsera de eslabones cromados que ajustó a su muñeca. Salió del mercado irradiando luz: ese día hasta se sentía hermosa.

Acababa de sentarse en las escalinatas de un edificio público a comer su manzana cuando, a lo lejos, vio llorar a una niña mientras miraba a su alrededor, llamando a su

madre. La pena y el pavor le deformaban el rostro. Unos guardias se acercaron a la niña y la tomaron bruscamente del brazo. Mariana se levantó de un brinco y se abalanzó sobre ellos.

—¡Déjenla en paz! —les gritó en la cara.

La niña se aferró instintivamente a ella.

—¡No interfiera con la ley!

—¡Ella no ha hecho nada! ¿No ven que está muerta de miedo?

—El Departamento de Reubicación de Menores se hará cargo. ¡Ahora suéltela!

—Quítenmela —gruñó, desafiante.

Pero el golpe en la nuca de un segundo guardia la dejó inconsciente y tirada en el suelo de la plaza.

Cuando despertó, el Reche y tres guardias la rodeaban.

—No se preocupe —dijo uno—. El imbécil que la golpeó ya debe estar repartido entre los estómagos de varios perros.

—¿Y la niña? —preguntó la mujer con voz apagada.

La cabeza le dolía como el diablo.

—Se la llevaron a Reubicación. Normalmente terminan como entretenición de jefes de seguridad y miembros de la directiva del sindicato. No viven mucho —dijo uno de los guardias, con pasmosa naturalidad—. Usted no tiene nada roto, pero creo que es mejor que vuelva a su habitación. Si el Imbunche se entera de esto, mi vida no valdrá nada. Por favor, hágame caso.

Mariana se puso de pie y miró hacia el lugar donde había estado la niña. Un recuerdo le oprimió el corazón; quería golpear a alguien o llorar hasta reventar. En vez de eso suspiró muy hondo y le dijo al Reche:

—Tenemos que entrevistarnos con el Imbunche de una vez. Este lugar empieza a ponerme nerviosa, y hay trabajo que terminar.

—Siempre apegada a itinerario. Se hace muy fácil dirigir los acontecimientos a tu lado, Mariana.

—Soy un encanto.

Dos días después, Mariana y el Reche se encontraban frente a la puerta del templo del Imbunche, la Cámara del Libro o Salón de los Penitentes, como también era conocido. Los hicieron entrar y, tras un corto pasillo recubierto de trozos de carne en descomposición, clavados a la pared entre una nube de moscas, se dejó ver el famoso recinto circular del que tanto habían escuchado hablar.

La escena era fantasmagórica. El piso estaba cubierto de seres humanos y agua mezclada con los desechos de los penitentes. A ello se sumó, en claroscuro, la silueta famélica del profeta, que se acercaba con los brazos extendidos y su sonrisa desdentada.

—Mariana, hija mía —la saludó, meloso—. Qué alegría verte recuperada, y tan

hermosa como te habían descrito. Espero que te hayan tratado bien. Si no es así, sólo dame los nombres y todo se arreglará de inmediato.

El Imbunche estiró un brazo; la tomó por el mentón, le movió el rostro hacia la izquierda y luego hacia la derecha. La mujer hacía esfuerzos por contener el asco que esa figura desnuda y el hedor que emanaba de su boca le provocaban.

—Tienes una piel muy suave, hija mía.

El profeta se acercó un poco más y le olió el cuello. Mariana estaba paralizada. Cuando aquel ser repugnante le lamió la mejilla soltó un pequeño grito, pero inmediatamente recuperó la compostura y le habló con energía.

—Estamos aquí porque al parecer nos necesitamos.

El Imbunche se acercó hasta quedar a un par de centímetros de su rostro y se quedó mirándola unos segundos. Mariana pudo verse en esas pupilas negras, llenas de un fuego tan frío como un cuchillo.

—Tú estás viva gracias a la buena voluntad de la Sección 14. Eres nuestra invitada y vas a agradecer nuestra hospitalidad ayudándonos desinteresadamente en nuestra guerra santa contra el Directorio. Por supuesto, por nuestra parte estaremos tan agradecidos que te apoyaremos en todo lo que nos sea posible. —El Imbunche hizo una pausa y sonrió, mostrando sus encías ennegrecidas—. Te mueves un centímetro fuera de la Sección 14 y estarás muerta.

—¿Me amenazas? —dijo Mariana, intentando mantener el aplomo—. Pensé que era tu invitada.

—No me malinterpretes —respondió el profeta, y se alejó unos pasos para observar al Reche—. La seguridad de la Chrysler es cosa de leyenda. Los pasillos fuera de la Sección son tubos llenos de nutrientes que pueden ser aspirados. No avanzas un par de metros cuando ya se han engarfiado a tu piel decenas de vigilantes, no más grandes que un puño, que te apresarán con cadenas a la estructura circundante y comenzarán a tirar. La política de seguridad en los pasillos consiste en despedazar, filtrar e incorporar los cuerpos extraños al flujo de nutrientes. Mi único interés es tu integridad, hija mía.

—¿Por qué soy tan importante para ti? Eso es algo que me intriga.

—Todos somos como hijos para Dios. Tus intereses se intersectan con los nuestros, Mariana.

—¿Y qué sabes tú acerca de mis intereses?

—¿De qué quieres que te hable? ¿De los mexicanos? ¿Del Empalme Rodríguez? ¿Del traspuesto de Sonora? ¿O prefieres que hablemos de tu madre? —siseó el Imbunche, mientras escudriñaba tras la nuca del selknam y movía unas placas de su exoesqueleto—. Tú tienes en tu cabeza información sobre la Chrysler que nos podría ser muy útil. Los mexicanos te integraron planos y toneladas de información estratégica muy relevante para nosotros. En esa información hay instructivos militares y programas de entrenamiento que podríamos instalar en nuestros propios guerreros para convertirlos en fuerzas de elite. En fin, Mariana, tú eres la enviada que

convertirá a mi turba de fieles en un disciplinado y furioso ejército de defensores de la fe.

La mujer miró al Imbunche jugar con las partes móviles del selknam.

—¿Y sabes también lo que estoy buscando?

—Te diré lo que voy a darte a cambio, hija mía —respondió el profeta, caminando de espaldas a ellos. Antes de alcanzar la roca donde tomaba asiento pisó el rostro de un joven penitente, quien se quejó contenidamente cuando su nariz crujió como una hoja seca—. Te daré una llave de acceso a la intranet de la Chrysler. Esta red es absolutamente infranqueable desde el mundo exterior, pero cada sección tiene un acceso para intercambiar información con la central. Yo poseo una llave desde hace un par de meses. —El Imbunche sonrió—. Con esa llave podrás entrar y robar los datos que viniste a buscar. Lo único que pido es que compartas esa información con tus salvadores: tus hermanos de la Sección 14. Luego podrás irte en paz, con nuestro eterno agradecimiento y nuestras bendiciones, querida hija. Una escolta te acompañará hasta la misma costa mexicana.

El profeta calló y en la sala sólo se oyeron algunos quejidos sordos, la respiración de los penitentes, alguien que vomitaba.

—Necesito pensar en lo que me acabas de proponer, Imbunche.

—Yo no te he propuesto nada, hija mía. Sólo te he contado lo que he decidido que ocurrirá. Ve al hogar que hemos dispuesto para ti y tu perro guardián y permanece allí. Cuando te necesite, vendrás.

Ahora eran oficialmente unos prisioneros. Y en esa condición, escoltados por guardias, fueron trasladados hasta la habitación donde serían reclusos.

Alerrayén, el más joven integrante del Sindicato en la Sombra, el consejo secreto que movía los hilos tras los representantes elegidos, se dirigió entonces al Imbunche.

—¿Por qué vas a darle la llave de la intranet a esa mujer?

El Sindicato en la Sombra había estado presente en la entrevista, protegido tras un camuflaje.

—Necesitamos los datos que tiene en la cabeza. Por lo demás, creo que es un riesgo innecesario cumplir nuestra parte del trato —dijo otro.

—¿No es así, Imbunche? Sólo estás prometiendo algo que no vamos a cumplir... —agregó un tercero, sonriendo.

El Imbunche musitó algo mirando hacia el suelo:

—¿Qué mueve a esta gente a dejarse pisar y vejar? ¿Alguien puede responderme?

—¿Su amor por ti? —aventuró Alerrayén.

—Exactamente; su amor y confianza en el Imbunche.

Levantó la vista para clavarla en cada uno de los rostros que tenía enfrente.

—Algo de lo que ustedes carecen. —Le gustaba recordarles quién mandaba cada vez que sentía flaquear sus espíritus—. Mariana tiene infraestructura de última generación implantada en su cerebro. Posee la configuración mental adecuada, moldeada por ingenieros mexicanos expertos, la experiencia y el talento, además del

apoyo incondicional de un dios personal, para encontrar en la intranet la información sobre el objetivo estratégico que necesitamos para doblegar al Directorio.

—¿Acaso sabes cuál es ese objetivo?

El Imbunche se puso de pie y lanzó un sonoro eructo.

—Se llama Ygdrasil, señores. Y Mariana nos va a conseguir lo que necesitamos para sabotearlo y obligar al Directorio a negociar.

Los consejeros en las sombras se miraban no muy convencidos, pero temerosos de contradecir al profeta.

—¿Tan importante es ese Ygdrasil para anular al Directorio?

—Eso es lo que Mariana va a aclararnos. Tengo antecedentes confiables que dicen que, si logramos anular al Ygdrasil y mantener en nuestro poder la capacidad de reactivarlo, tendremos al Directorio en nuestras manos. Pero para eso debemos conocer su naturaleza.

—Todo esto es muy delicado —dijo Alerrayén—. Cualquier filtración puede llevarnos al más completo fracaso. ¿Tienes cubiertas todas las vías de fuga de información posibles?

—Por supuesto. Hace unas horas fue reorganizado nuestro sistema de telecomunicaciones. Se bloquearon todos los accesos físicos a la Sección. Las micromallas se cargaron con estática. Todas las personas involucradas en el rescate y la sanación de Mariana fueron eliminadas. vuestras propias familias, señores, fueron pasadas por cuchillo, y hace escasamente diez minutos se declaró la ley marcial. Todo el poder ha pasado a mis manos.

El estupor de los integrantes dio paso al terror puro y simple. Se hallaban de pronto en la guarida del lobo, y sin defensa posible.

—¡Vamos! —agregó, irónico, el Imbunche—. Ustedes me conocen. No me digan que no esperaban algo así, porque no les creo.

Alerrayén se adelantó con decisión.

—¿Qué piensas hacer con nosotros, Imbunche? ¿Nos vas a asesinar como lo hiciste con Millache? ¿Así agradecerás nuestro apoyo? —lo encaró, desafiante.

El Imbunche emitió una risita nerviosa y los miró a todos con ojos desviados.

—A ti te voy a nombrar general de mi ejército sagrado... Y a esos huevones que se están cagando de miedo ahí atrás —volvió a sonreír—... mejor ni te cuento lo que voy a hacerles.

Hizo un gesto para que un piquete de guardias se los llevara a golpes.

—Tú, hijo mío, tienes los cojones para encabezar el asalto en mi nombre. Llevarás mis insignias en la primera línea de combate, con el pecho al viento, y ese grito divino helará los corazones de los enemigos de la fe.

Alerrayén apretaba las mandíbulas.

—Eso, Imbunche, equivale a una sentencia de muerte y tú lo sabes.

—¿Cómo, no te sientes honrado de morir por tu profeta? —repuso el otro, con fingida incredulidad—. Entrarás el primero en el banquete eterno; qué más quisiera

cualquiera de los fieles de estas tierras de Dios.

Alerrayén mantuvo el aplomo y lo miró a los ojos antes de ceder agriamente:

—Por supuesto, será un honor morir por ti, Imbunche. Espero ansioso el momento de derrotar a los enemigos de la fe.

Dos guardias se instalaron a sus costados, esperando órdenes del profeta.

—Llévenlo a la mejor habitación del cuartel de los guardias y vigílenlo día y noche. Bajo vuestra responsabilidad queda el que nuestro valiente general no sufra ningún accidente antes del combate.

La escolta desapareció con el nuevo prisionero y el Imbunche, solo en su enorme salón, levantó los brazos, alzó la cabeza y pronunció una de las sentencias escritas en el cielorraso:

—«El día es para preparar la noche. Cuando se viene el enemigo, están los que huyen y están los que afilan las espadas».

Luego se tomó la cara con ambas manos, rió y comenzó a orinar.

—Lo que pretende el Imbunche es una locura —dijo Mariana, pero el selknam no estaba donde la mujer lo veía—. Tengo en mi cabeza los sistemas de defensa de la Chrysler y son monstruosos. Ninguna horda de guerreros sagrados va a conseguir penetrar más de dos líneas de trincheras; ¡y hay treinta y seis entre la Sección 14 y el corazón de las instalaciones!

Una señal actualizaba constantemente en la cabeza de Mariana el recuerdo de haber visto al Reche al interior de la habitación. Lo recordaba allí, junto a la cama, pero ahora no estaba. «Estoy aburrida de que jueguen con mi mente», se dijo, cerrando los ojos y llamando a Günther.

—Guti, asómate.

Su mente comenzó a recordar; sintió destellos, nociones desconocidas, texturas, un gusto distinto en la boca.

—Lo siento, no quise dejarte sola —dijo tímidamente el muchacho.

—No te preocupes. Necesito que me ayudes a pensar. Toma mis recuerdos y dime qué opinas. Tú también tienes acceso a los datos de la Chrysler, creo que me encontrarás razón.

—¿Razón en qué?

—El Imbunche y un suicidio colectivo. Hay algo que no cuadra en toda esta estupidez de la guerra santa. Ese tipo estará loco pero no es un imbécil.

Günther se lanzó al lago de Mariana y salió por su polo norte, lleno de ella.

—El Imbunche es un abismo sin fondo —comentó con voz sombría—. No tiene reencarnaciones previas. Es un ser humano fabricado con la arcilla más pura de las riberas del Caos. Una de las más perfectas máquinas del Demiurgo. Su golem predilecto.

—Es un conchesumadre —resumió Mariana—. Y los conchesumadres no dan

puntada sin hilo. —¿Qué?

—Me refiero a que hasta sus más pequeños movimientos persiguen un objetivo claro.

—Ah, sí... ¿Puntada sin hilo?

—De todas maneras nos tiene por los huevos. Él tiene una llave para ingresar en la intranet de la Chrysler y, honestamente, es nuestra mejor posibilidad de conseguir algo para Ramírez. Es una oportunidad demasiado buena para desecharla.

Asomada a la única ventana de la habitación, Mariana pudo ver en todo su esplendor el despliegue del estado de sitio. Las micromallas habían adquirido una amenazante coloración rojiza, y rayos trazadores atravesaban el espacio aéreo imposibilitando el vuelo de cualquier aparato. Tropas de guardias y tontos recorrían las calles con sus armas en ristre.

—De eso quería hablarte, Mariana. He intentado conectarme por mi cuenta con Ramírez pero he recibido información contradictoria. Creo que es algo más que silencio de seguridad. Algo malo está ocurriendo con los mexicanos.

—Seguramente tomaron precauciones mucho más estrictas que en cualquier otro operativo. El Empalme Rodríguez resultó ser un principio horroroso en manos de un monstruo gigantesco; no me extraña que extremen los cuidados. Lo único que nos debe preocupar es nuestro ingreso en esa red de la Chrysler. Eso sí que va a ser navegar en una tormenta.

—Si es que el Imbunche cumple con su parte del trato. Recuerda que primero deberás entrenar a sus fuerzas de combate; quizás cuando lo hagas ya no nos necesite...

—No va a haber problema, Günther. Creo que a él también le interesa lo que encontremos ahí dentro. Lo complicado vendrá una vez que le entreguemos esa información, porque duraremos vivos lo mismo que un diablo en misa.

A la distancia se oyó una explosión.

—Tenemos que planear nuestra fuga —continuó Mariana—. Apenas obtengamos lo que vinimos a buscar, y sin entregárselo al Imbunche. Será nuestro seguro de que no intentará nada letal contra nosotros. Pero si nos atrapa, la extracción será muy dolorosa, eso te lo aseguro.

—¿Qué haremos después?

—Después... —suspiró la mujer— nos espera un largo retorno a México. Hay que llegar hasta aguas internacionales y rezar para que Ramírez haga contacto y nos rescate. —Hizo una pausa y sonrió—. De todos modos, suena a locura. No tengo idea de cómo podríamos evadir al Imbunche, y menos cómo salir de la jurisdicción de la Chrysler. Es una locura, y de las grandes.

El sol comenzaba a ponerse tras las construcciones de la Sección 14.

—Quizá durante la confusión del combate... —dijo pensativa, mirando el atardecer.

—Un paso a la vez, Mariana. Lo mejor que puedes hacer ahora es descansar.

Cuando el Imbunche decida preparar sus tropas tendrás mucho trabajo.

La mujer respiró hondo y contempló el ocaso, difuminado por las balizas y las luces de seguridad, que se encargaban de recordar a todos el estado de sitio impuesto por el Imbunche. Los ánimos estaban exacerbados ahí afuera. El aparato comunicacional se había esmerado en promover la ira y el descontento contra el Directorio. Propaganda de sueño se desplegaba directamente sobre la corteza cerebral de los fieles, llamándolos a defenderse de la eventual clausura de la Sección 14; las arengas insistían en que el Culto no constituía un riesgo para la estabilidad de la Chrysler, y que la amenaza provenía de los enemigos de la fe y agentes de la oscuridad en su eterna lucha por destruir la divina labor de los creyentes. Cada día aumentaban los actos masivos de repudio al Directorio, y más y más voluntarios se ofrecían a ser implantados con un contenedor que permitiría manejarlos a distancia. La Horda Odínica, la guardia del templo que controlaba telepáticamente a los tontos, sumaría a esos voluntarios a los pelotones de tontos disponibles en los hangares del sindicato.

La guerra estaba cocinando sus ingredientes en la Sección 14, y el Imbunche ya saboreaba sus aromas.

Ella.

Ella de pie frente a una serpiente negra. Cara a cara, ambas erguidas. La mujer le pregunta por qué la persigue; la serpiente, que también es un paisaje lleno de perros que reniegan de su condición, le contesta que ella tiene el número. De pronto están bajo tierra y suavemente la serpiente comienza a engullirla. Mariana entra en la oscuridad como naciendo hacia la asfixia y la tibieza. En el fondo cree ver las estrellas.

—Mariana, atención.

La voz del selknam la sacó del sueño como quien mete la mano en la tierra y saca un recién nacido.

—¿Qué ocurre?

El Reche, en su postura de reposo tras haber reducido de golpe su actividad vital, no respondió. Poco a poco se apagaba la intensidad de sus colores y su silueta se salía de foco hasta convertirse en un recuerdo poco definido a los ojos de Mariana.

Violentos golpes en la puerta la distrajeron.

—¡En quince minutos frente a los hangares del templo! La guardia la conducirá, esté preparada o no.

El tono era agresivo: definitivamente el Imbunche buscaba amedrentarla.

—Selknam, ¿me vas a proteger o te vas a quedar ahí como un imbécil?

Mariana esperó una respuesta, pero sólo oyó su propia respiración.

—Oye, insecto horrible, contéstame...

—Déjalo, Mariana. Creo que lo que vemos es sólo un alias; ni siquiera debe estar en este Universo —dijo Günther.

—Pero se supone que este huevón es mi guardaespaldas.

—Entonces quiere decir que no corres peligro. Tranquila.

En ese momento dos tontos entraron en la habitación. Era la primera vez que Mariana los veía de cerca, con sus ojos completamente cerrados y sus movimientos fluidos, como realizados en un *tempo* rítmico. Los tontos le hicieron señas para que los siguiera.

El Imbunche se encontraba en el patio de los hangares, rodeado de su séquito y de una cantidad indeterminada de tontos y guardias armados. Al ver a Mariana se le iluminó el rostro y caminó apresuradamente para recibirla.

—¡Mariana, hija mía! Estábamos ansiosos esperando tu llegada.

La abrazó efusivamente, cargándole la pelvis con sus genitales. Mariana contuvo la respiración y cerró los ojos. Los cinco segundos que esa piltrafa hedionda respiró en su cuello mientras la estrechaba le parecieron eternos.

—Todo está dispuesto —dijo el Imbunche, e hizo un amplio ademán hacia uno de los hangares.

Cuando giró para dirigirse al lugar, Mariana vio que el profeta se había hecho soldar a cada vértebra largas puntas metálicas que exageraban sus gestos y movimientos. De la piel de sus omóplatos entraban y salían alambres en diseños geométricos; erosiones y cortes profundos en sus nalgas se prolongaban hacia los muslos. Se había vestido de gala para la ocasión.

Ya en el hangar, Mariana observó con satisfacción que todos los preparativos que había exigido se habían dispuesto con rigor. La operación consistía en trasplantar toda la información que poseía acerca de la Chrysler, más los archivos de entrenamiento militar, a través de una fisura en nuestro plano de conciencia. Era como practicar una herida en ambiente estéril al *anima mundi* y realizar un injerto de datos. Como trepanar un cráneo para hundir un disco en la masa encefálica. Los receptores de los datos serían los integrantes de la Horda Odínica, a quienes les serían distribuidas las habilidades y los conocimientos recibidos.

El suelo del hangar estaba cubierto con un metro de arena de cuarzo. Cada miembro de la Horda Odínica había sido introducido, en posición fetal, dentro de un odre de greda de forma abombada. Los odres estaban llenos de un líquido conductor casi hasta el tope, y sellados con una capa de asfalto. Una barra de cobre atravesaba la capa de asfalto y se hundía en el cráneo de cada durmiente; cada barra se conectaba a su vez con fibra óptica a un único tubo de dieciséis centímetros de largo por tres de diámetro, con punta roma, que reposaba erguido en una estructura de metal al centro del hangar. Los odres, en grupos de tres, formaban un cuadrado. Mariana se situó en el centro y comenzaron los preparativos.

—Günther, ¿puedes ver los datos que vamos a transferir?

—La cacería ha sido provechosa. Tengo disponibles los especímenes, las bandadas y los cardúmenes de datos, ordenados en un microambiente controlado, en el centro de tu yo. Cuando tú me digas los localizaré sobre el vórtice que baja hacia tu médula espinal.

—Espero que todo resulte bien. Esta modalidad no se me hace nada cómoda —murmuró ella con disgusto.

—Cuando alcances el orgasmo, la serpiente Kundalini subirá por tu columna vertebral para devorar lo que haya sobre el vórtice, incluso a mí si no soy cuidadoso. La información saldrá impulsada por tu chakra *muladhara*, junto a tus genitales, y será distribuida a los odres aislantes de los durmientes. Tranquila, todo va a salir bien.

—¿Qué ocurre, hija mía, por qué tanta demora?

—Cuando salgan todos estaré lista para la transferencia.

El Imbunche sonrió, enternecido por el pudor de la mujer.

—Bien, ¡todos afuera! —ordenó.

—Tú también.

—Imposible —respondió él con autoridad—. Soy el profeta.

—¿Qué tiene que ver eso?

El Imbunche agudizó su sonrisa.

—Quiero... observar.

Sin más alternativa, la mujer se desnudó y se ubicó sobre el tubo de punta roma. «Ay, Dios, lo que hay que hacer por salir de todo esto», suspiró.

Ella.

Ella dentro de una roca. Con un océano arreciando por dentro.

Un campamento de guerreros dormidos, a la luz de la luna, dentro de su boca.

Ella sacando la cabeza a la superficie.

Cuatro guardias la levantaron del suelo de arena, verificaron su estado y la llevaron a su habitación.

—Sólo se ha desmayado, Imbunche... —dijo Rodrigo, con el miedo a flor de piel.

El profeta había estallado en un ataque de histeria agresiva al ver caer desvanecida a la mujer. Incluso alcanzó a herir a un par de colaboradores antes de escuchar que Mariana seguía viva.

—¡Tú! —Apuntó a un médico-médium—. Contáctate con la Horda Odínica y verifica que hayan recibido la información. Si algo le ocurre a Mariana —advirtió, mirándolos a todos con ojos furiosos—, voy a decorar los muros de la plaza con lo que quede de ustedes. ¡Y tú, Rodrigo! Te quiero conmigo en el templo, solo.

El muchacho se puso pálido, pero lo siguió.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Mariana al despertar.

No reconoció de inmediato la habitación, y un mareo le impidió erguirse.

—Nada —dijo el Reche—. Un despliegue de la Kundalini no es cosa de juego. Si tu columna no está en los ángulos correctos cuando la serpiente invade el cerebro, la vibración puede hacer astillas tus vértebras. Sin embargo, creo que la calidad de ese orgasmo es algo que vas a recordar por el resto de tu existencia.

—¡Sí!... —ratificó Günther—. Es decir, me refiero...

—Este pendejo no tiene remedio. —Sonrió Mariana.

Durante toda la siguiente semana, Mariana se encargó de seleccionar y acondicionar a los voluntarios que serían controlados por la Horda Odínica mediante un receptor injertado. A diferencia de los tontos, simples marionetas teledirigidas, los voluntarios no perderían la conciencia bajo el control de los telépatas: con el corazón inflamado por el fanatismo, se sentirían poseídos de una claridad y un conocimiento sobrenaturales, y entrarían iluminados en combate.

El Imbunche supervisaba personalmente los preparativos y arengaba sin cesar a sus fieles, prometiéndoles lo de siempre: recompensa allí por lo que hicieran aquí. El eterno cheque sin fondos de las instituciones religiosas. Mariana estaba sorprendida por el grado de compromiso de los voluntarios. «El Directorio debe ser algo terrible para motivar una locura como ésta», pensaba. Las filas eran interminables. Se sabía de mujeres que renegaban de sus maridos si éstos no se ofrecían para el combate, y de padres que presionaban a sus hijos para que enfrentaran la muerte en el nombre del Imbunche. La Sección 14 hervía de fervor y todos querían empuñar las armas en nombre de la fe.

«Esto es un manicomio —reflexionaba Mariana—. Atacar con ejércitos humanos no sólo está en desuso, sino que es altamente ineficaz contra el tipo de barreras de defensa con que cuenta la Chrysler».

—Imbunche —se atrevió a preguntar un día—. Tú debes saber que esta guerra santa es un suicidio. ¿Puedo saber por qué estás llevando adelante un plan de tan obvios resultados?

El profeta la miró impasible.

—No... todavía.

Luego sonrió y bajó la vista para mirar los pechos de la mujer.

—Tienes unos pezones pequeños y puntudos, una muestra de tu carácter. Me encantaría morderlos algún día.

Por más que pasaba el tiempo, Mariana no podía evitar sentir asco ante la sonrisa del Imbunche, con esas encías negruzcas medio carcomidas por los hongos. Cambió de tema:

—Necesito conocer a fondo tus planes para preparar una estrategia coherente. Creo que necesitaremos batallones suicidas, pero su número dependerá de lo que buscas. No puedo seguir trabajando a ciegas, y tú lo sabes.

El profeta se quedó mirando una marca en el cuello de Mariana.

—Está bien. Mañana a las ocho de la mañana en el templo —dijo, y se retiró.

Mariana giró la cabeza y se encontró con que el siguiente en la fila era apenas un muchacho.

—Soy voluntario para combatir contra el enemigo.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis años, señorita.

Mariana lo miró de arriba abajo. Era apenas un niño crecido. Si lo aceptaba, seguramente moriría de manera horrible a manos de algún mecanismo destructor.

—¿Por qué quieres ser voluntario?

El muchacho la miró extrañado.

—Quiero combatir a los enemigos de la fe, y morir si es necesario para impedir que nuestra Tierra Santa sea clausurada.

«Otra vez lo mismo», pensó la mujer. «Todos repiten exactamente lo mismo». Volvió a mirarlo con amargura; ¿por qué ese afán de correr hacia la muerte? ¿Günther habría sentido el mismo fervor?

—¿Ocurre algo malo? —preguntó el joven.

—No, nada.

Mariana titubeó, se acercó al muchacho y le dijo en voz baja:

—Hijo, ve a tu casa. Eres demasiado joven para esta locura.

Él pareció indignarse.

—¿A qué se refiere? ¿Me está negando el honor de defender la fe?

Mariana retrocedió sorprendida.

—Está bien —lo calmó—. Sólo quería evitarte un problema.

—No hay ningún problema, hermana —respondió el muchacho, exultante—. Combatiremos juntos. Ese día podré decirte «No temas, hoy estarás conmigo en el Paraíso».

—Sí, claro. —Sonrió amargamente Mariana.

Lo vio alejarse feliz. Se veía tan frágil, tan hermoso. Un loco de Dios.

En cierto modo los envidiaba. No podía sino sonreír de sólo pensar que Dios podría preocuparse de cada pequeño menester humano, o que bendeciría una matanza en su nombre. Le costaba creer que Dios supiera incluso que en la periferia de una galaxia, en una mota de polvo alrededor de una estrella menor, había proliferado una especie de hongo que gastaba su tiempo en autoeliminarse.

—¡El siguiente «iluminado»! —bromeó.

Al día siguiente, muy temprano, avanzaba por los pasillos de la Sección 14 en

dirección de las habitaciones del Imbunche. La noche anterior había dormido muy poco pensando en las preguntas que haría, tratando de vislumbrar qué había realmente tras esa guerra inútil y sangrienta. Aún a esa hora las calles bullían de preparativos para la insurrección sagrada.

—¿Qué crees, Günther? ¿Realmente el Imbunche piensa que puede ganar?

—No lo sé. Pero siempre ha habido locos dispuestos a intentar las cosas más ridículas en el nombre de Dios.

—Siento que no va a gustarme lo que este huevón me va a contar.

—Sea lo que sea, no hagas ninguna estupidez.

—Esa no es forma de hablarle a una dama, pendejo.

—Lo siento, Mariana. Lo único que quiero es que consigamos esos datos y salgamos de aquí lo antes posible.

—No imagino qué pretende la Chrysler al desarrollar una tecnología como el Empalme Rodríguez. Debe ser algo muy horrible para movilizar países completos y haber atraído a bichos como el Reche o el Tangata Manu.

—Ayuda al Imbunche, obtengamos lo que vinimos a buscar y salgamos de aquí. Ese es el plan. Eso es lo único que debe preocuparte.

—Tienes razón. Dejemos que esa piltrafa nos cuente sus pesadillas.

El templo estaba rodeado de parapetos metálicos, balizas y guardias armados. Mariana no pudo menos que sonreír frente a tan evidente montaje de propaganda. Clavado por el paladar al dintel del templo se encontraba el cadáver desnudo del coordinador de la operación realizada días atrás con la Horda Odínica.

—Por lo visto, al Imbunche no le agradó la gestión de este pobre hombre —dijo Günther.

El cuerpo tenía clavos hundidos desde los tobillos hasta la cabeza, cientos de clavos dispuestos en diseños geométricos. Cuando Mariana ingresó en el salón, vio al Imbunche defecando en un rincón, junto a un montón de libros. Sobre la piedra oblonga que ocupaba de trono yacía un joven desnudo lleno de marcas y cortes.

—Deben disculpar a Rodrigo —dijo el Imbunche—. Al parecer olvidó sus modales.

Caminó hacia la roca y se sentó de piernas cruzadas junto al muchacho, a quien propinó unas palmadas en las nalgas. No hubo respuesta. El Imbunche se encogió de hombros y sonrió.

—Creo que llegó el momento de que hablemos abiertamente sobre nuestro futuro —dijo, recostándose sobre el cuerpo inmóvil del joven—. Supongo que hay algunas dudas dando vueltas por tu cabecita.

—Al grano, Imbunche. ¿Por qué llevas adelante una guerra que sabes perdida?

El profeta se rascó la cabeza con sus uñas amarillentas y sucias. Miró hacia todos lados, como buscando oídos indiscretos, y suspiró.

—Tú me vas a ayudar y yo te voy a ayudar, ¿correcto?

—Correcto —afirmó la mujer.

El Imbunche se puso de pie y caminó hacia un sector de la pared circular.

—El ataque masivo es una maniobra distractora. Necesito un ejército bien entrenado sólo para que no sea masacrado demasiado pronto, nada más. Mi verdadero interés es lo que tú viniste a buscar, Mariana. Necesito que compartas conmigo la información que consigas sobre el Ygdrasil en la intranet de la Chrysler.

—¿Sobre qué, dijiste? —preguntó la mujer, sorprendida.

—«Ygdrasil» es el nombre del proyecto que viniste a robar, y también mi llave para derrotar al Directorio. El Empalme Rodríguez no es más que un proyecto accesorio; el objetivo central del Directorio es levantar al Ygdrasil. Ahora ya lo sabes todo...

—Espera un momento. —Mariana se sentía confundida—. No entiendo muy bien...

—El asalto funcionará como una cortina de humo mientras un equipo reducido usará los datos que tú nos traigas para una incursión de comandos en las instalaciones del Ygdrasil. Lo bloquearemos indefinidamente.

—¿Pero cómo pretendes hacer eso?

—Es justamente lo que tú nos vas a decir, hija mía.

—¿Vas a sacrificar a tu gente en un mero *bluf*, como en el póquer?

—No, querida. Ellos gozarán primero de la gloria eterna.

Mariana enmudeció. «Este huevón está más loco que una cabra», pensó. Günther, que había permanecido en silencio, se apresuró a replicar:

—Lo que él haga no nos incumbe. Tenemos una misión que cumplir; accede e iniciemos los preparativos.

—El Ygdrasil —continuó el Imbunche— es de absoluta relevancia para el Directorio. Si logro convertirlo en mi rehén los tendré en mis manos. Se verán obligados a negociar y la rebelión correrá como un reguero de pólvora al interior de la Chrysler. —Entonces miró hacia el techo y murmuró—: ¿No es maravilloso? Cuando sientes que es Dios el que corre por tus venas y el que habla por tu boca, estás seguro de que no fallarás.

Mariana permanecía de pie frente a él, incrédula.

—¿No te sientes honrada? —agregó el profeta—. Nadie que haya sabido de este plan ha salido de aquí con vida.

Mariana miró de reojo hacia el suelo.

—Ellos murieron hace horas, hija mía. Fue algo terrible. Se les hundió un puñal en la base de la nuca para hacer salir violentamente a sus espíritus en sentido contrario; al hombre se le mata de frente, matarlo por la espalda es matarlo dos veces.

La mujer comenzó a temblar; no quería mirar al suelo, pero tenía la vista fija en Rodrigo.

—¿Y él?

—No, todavía puedo obtener algo de él. Creo que puede durar un par de días más. Ahora, tú no saldrás de este lugar hasta que no entres en la intranet y regreses con lo que... ambos necesitamos.

Mariana palideció. Sabía que contrariarlo era inútil.

—¿Y cuándo me entregarás la llave?

—Hoy tendremos actividades, hija mía: oración, rito y meditación. Me acompañarás en el culto y mañana temprano te entregaré la llave para tu paseo por la mente del enemigo.

Se acercó a ella, lento como una serpiente. Mariana notó que se había hecho extraer la pared que separaba las fosas nasales.

—No te preocupes, hace años que no toco a ninguna mujer adulta... Aquí estarás a salvo.

Cuando el Imbunche giró para dirigirse a la roca donde yacía Rodrigo, Mariana cerró los ojos y se concentró en dejar de temblar. La idea de permanecer un día completo en esa cloaca fétida, llena de cadáveres y en compañía de un psicópata, parecía terrorífica.

—No debes temer —insistió el Imbunche—. Eres demasiado importante para el Directorio, jamás te haría daño.

Mariana lo miró perpleja.

—¿Ellos saben de mi existencia? —La posibilidad le parecía inaudita.

El Imbunche la miró con ternura; había algo en su ingenuidad que lo cautivaba.

—Por supuesto, hija.

—¿Y por qué soy importante para ellos?

—Eso no lo sé aún, pero mientras estés conmigo no se atreverán a atacarnos. Eres mi mejor escudo, Mariana.

La mujer miraba un punto indefinido en el suelo, suspendida en un gesto de sorpresa.

—No te preocupes, nada ha cambiado. Mañana tendrás la llave, entrarás clandestinamente y regresarás. Luego podrás irte, con una escolta, hacia la costa mexicana.

Pero Mariana había deducido una amarga verdad.

—Si soy importante para el Directorio, me vas a usar como moneda de cambio. No creo que me liberes después de volver de la intranet.

El Imbunche se le acercó, sonriente, y la atrajo hacia sí agarrándola por las nalgas. Abrió los ojos y murmuró amenazante:

—Necesito mantenerte viva, lo que no significa que no pueda comenzar a coleccionar partes de tu cuerpo para mi muralla. Me encantaría partir con tus pezones y tu lengua. Así que cállate y no me des problemas. Me pone triste que no confíes en mí.

Y se orinó sobre ella sin soltarla.

El culto se realizaba los martes al mediodía. Miles acudían a rodear el templo y a participar del particular rito instaurado por el Imbunche. Desde la Casa del Libro, en el techo plano del recinto circular, se proyectaba un holograma del profeta. La figura, de veinte metros de altura, reproducía fielmente los movimientos que el Imbunche realizaba en el interior del edificio. Altoparlantes llevaban a las cuatro esquinas de la Sección 14 la voz penetrante del Mensajero de Dios.

Durante una hora, la multitud recitaba el sutra en el lenguaje de máquina que les enseñara su líder. Cada fiel entrecerraba los ojos y visualizaba una matriz de puntos en celdillas púrpura. La oración reproducía la configuración del entorno matemático que envolvería la Zona, el lugar del ciberespacio por donde, una vez agotado el tiempo, ingresarían en la mente del Embrión Soñador, el disco duro que contendría sus conciencias permanentemente levantadas en la red.

Después del sutra, el Imbunche ejecutaba para sus fieles un ritual coprofílico basado en el concepto de alimentarse de Dios y comer su carne. Mariana, en estado de pánico, se mantenía pegada a un muro, sin poder quitar la vista del enfermizo espectáculo. La misa, una especie de acción de arte, culminaba apoteósicamente con el Imbunche eyaculando sangre en un vaso de metal. Mariana temblaba en un rincón mientras éste dormía la siesta y la multitud se dispersaba, satisfecha. Luego vomitó.

Al cabo de un par de horas el Imbunche abrió los ojos y se desperezó como un gatito. Los guardias retiraban apresuradamente los restos del ritual.

—Espero que nuestro pequeño homenaje te haya reconfortado —dijo, mientras estiraba sus miembros y orinaba sobre los cadáveres de los penitentes.

Ella continuaba sentada contra el muro. Había quitado algunos cuerpos y se equilibraba en el angosto zócalo al pie de la pared para evitar el agua fétida que cubría el suelo de la sala.

—Eres asqueroso —le espetó a su captor.

El profeta se quedó mirando hacia la puerta.

—En otras circunstancias habría inventado rápidamente una muerte terrible para ti, hija mía. No porque me ofendas —y giró, sonriente—, sino por haberme dado una excusa para jugar contigo.

Caminó lentamente hacia ella. Luego se puso en cuclillas y le murmuró en la cara:

—Sé perfectamente lo que soy, Mariana. No puedo evitarlo.

—Pero, por qué... esos niños.

—¿Recuerdas cuando de pequeños nos fascinábamos con las mariposas, con sus colores maravillosos y sus formas increíbles? ¿Recuerdas también que, no obstante esa fascinación, lo primero que hacías al atrapar una era arrancarle las alas, las antenas, y finalmente aplastarlas? Luego te ibas, preocupada de otras cosas y sin ningún remordimiento en tu corazón. Pues bien, yo soy como un niño frente a un mecanismo maravilloso. Mi primer impulso es ver qué hay dentro. De pronto, cuando me detengo, descubro un desorden de piezas y engranajes repartidos por toda la

habitación.

Sonrió inocentemente.

—Puede ser muy embarazoso.

La mujer contuvo su temor y agregó:

—¿Su dolor no te produce nada?

El Imbunche se puso bruscamente de pie y caminó hacia la roca oblonga donde aún yacía, inconsciente, Rodrigo.

—Por supuesto —agregó, acariciando al muchacho—. Me produce placer, mucho placer. ¿Hay algo de malo en ello? Soy la voz de Dios. Soy infalible, no puedo estar equivocado.

—Nunca sé si me estás tomando el pelo. No sé si te crees lo que dices o si todo es una gran impostura, muy bien calculada para...

—¿Tú crees que Jesús creía que era el Hijo de Dios? —la interrumpió el Imbunche—. Eso no es relevante; lo que la gente cree es lo realmente importante. Y si la gente lo cree, quizás sea cierto que eres el hijo de Dios. ¿Quién es uno para descifrar la matemática sagrada que nos convoca?

Mariana notó una incipiente erección en su acompañante. Parecía estar excitado por su propia voz.

—Realmente no piensas liberarme cuando te entregue la información sobre el Ygdrasil, ¿verdad?

—Eso tampoco es importante ahora. Existe la posibilidad de que lo haga y eso debería bastarte. Es más de lo que el Imbunche le da a nadie, ¿sabes?

—Por lo menos dime en qué consiste el Ygdrasil. ¿Qué puede ser más terrible que el Empalme Rodríguez?

—Sólo sé que es la culminación de la labor del Directorio y su más preciado tesoro; con eso me basta. Las respuestas las encontrarás tú misma mañana, cuando ingreses en la mente de ese inmenso demonio.

Mariana suspiró. Abrazó sus piernas y rogó que el tiempo pasara con rapidez. El día se le había hecho eterno y dudaba de poder dormir en medio de esa locura. El templo empezaba a parecerle el cráneo del Imbunche, y se sentía prisionera en la pesadilla de un esquizofrénico. Cada minuto se convertía en una montaña que escalar. «La posibilidad...», murmuró para sí, y una lágrima nació y murió en el borde de sus párpados.

—*Mashdaa*, Reche.

—*Mashdaa*, Tangata Manu.

El encuentro se realizaba en un espacio neutral: la simulación a escala de un Universo de tres segundos de extensión.

—¿Tienes el componente que falta? —preguntó el Tangata Manu.

—Está bajo mi control —respondió el selknam—. Se encuentra en buenas

condiciones.

—¿Estás seguro de que funciona?

—Tuve la oportunidad de revisarlo a fondo y puedo asegurar que mantiene todas sus propiedades inalteradas.

—Excelente. Necesito que me lo entregues. Es necesario que esté bajo mi control inmediatamente.

—Imposible. Debo mantener esa pieza en mi poder: es necesaria para que los acontecimientos sigan el curso encomendado.

El Tangata Manu guardó silencio. Nada se movió por un instante. Las reproducciones abstractas de sus personalidades se mantuvieron quietas en ese paisaje lineal, mirándose frente a frente.

—Debemos encontrar una transacción que sea de mutua conveniencia. Enfrentarnos sería un desperdicio.

—Estoy de acuerdo. El momento llegará y entonces sabremos la naturaleza de ese comercio.

—*Mashdaa*, Reche.

—*Mashdaa*, Tangata Manu.

Mariana notó que un rayo del sol entraba por una abertura y recorría algunas líneas del libro caligrafiado en la pared. «Dormirse es despertar. Despertar en el sueño es cosa de usureros y prestidigitadores. Alejado deberá estar el justo de esas imposturas, para no ofender la respiración del Universo». Así rezaba el renglón que el sol destacaba en esa época del año. Mariana no había podido dormir en toda la noche.

—Hoy es el día —dijo Günther, ligeramente impaciente.

—¿Tú tampoco pudiste dormir? —aventuró la mujer.

—Yo... no duermo, Mariana.

—Lo siento, chico. No sé en qué estaba pensando. Toda esta situación me tiene las ideas patas arriba.

Mariana observó fijamente la silueta del Imbunche, que dormía sobre Rodrigo. Había debido soportar toda la noche las atrocidades que el profeta le infería al joven inconsciente.

—Ayúdame, Guti —susurró.

—¿Qué ocurre, Mariana? ¿Te sientes mal? —preguntó el joven, alarmado por el tono quejumbroso del timbre de voz.

—No puedo seguir. Todo esto es horrible.

Las lágrimas brotaron en su rostro, oculto tras las rodillas.

—Pero no hay alternativa. No podemos dar pie atrás. Por favor, no desfallezcas ahora.

—¡Mírame! —continuó ella entre sollozos—. Ya no puedo más. Tengo que atravesar este infierno sin la certeza de encontrar la salida. Tengo que soportar todo

esto —hizo un gesto señalando al Imbunche—, sólo por una posibilidad. ¿Qué hice, de qué soy tan culpable para terminar envuelta en esta porquería?

Ahora lloraba a gritos.

—Yo no pedí venir a este mundo. Yo no pedí un padre así... Tú no sabes lo que he tenido que pasar...

—Pero, Mariana. Es el último paso.

Günther intentaba calmarla, abrazándola con el pensamiento.

—Mataría por una buena dosis de maíz —confesó ella.

—Muy pronto estaremos en México. Te lo prometo. ¡Quizás más pronto de lo que piensas estaremos caminando juntos por alguna plaza en Coyoacán! Entonces podré abrazarte, porque todo te lo deberé a ti, Mariana —agregó el muchacho.

La mujer suspiró hondo y se calmó.

—Quizás lo haga por ti —murmuró—. Quizás ésa sea la razón para soportar toda esta locura.

El muchacho guardó silencio.

—Han pasado tantas cosas que cada vez temo menos a las amenazas de los mexicanos. No quiero terminar como una perra, pero tampoco quiero seguir actuando movida por el miedo. El miedo es el peor de los enemigos: te mueve a hacer lo que no quieres, y por él dejas de hacer lo que realmente deseas.

Günther se demoró en hablar. Las palabras de Mariana habían resonado en sus oídos por largos momentos.

—Todo va a salir bien. Tenemos un arduo día de trabajo. Y una jornada de regreso al hogar, agotadora pero feliz, ya lo verás.

—Espero que tengas razón —dijo ella, y continuó esperando.

El Imbunche no despertó sino al cabo de varias horas, rascándose y orinando como un simio.

—Hoy es un gran día —dijo sonriente.

Dos guardias entraron con comida y agua, que engulló groseramente. Mariana recordó que llevaba un día sin alimentos, pero no tenía hambre; la verdad es que no habría podido tragar nada en medio de esa inmundicia.

—Llévate esto —ordenó el profeta a un guardia, indicando a Rodrigo—. Y después tráeme la llave que guardamos en el nicho 12. —Luego giró hacia el segundo guardia—. Quiero informes acerca de nuestra milicia. Cierra el perímetro de seguridad en torno del templo. Nadie entra, nadie sale.

—¿Lo vamos a hacer aquí? Creo que no son las instalaciones adecuadas —dijo Mariana. La idea de permanecer en el salón le producía absoluto rechazo.

—No te preocupes, hija. La intranet de la Chrysler es... especial. Este lugar está perfecto.

Poco después se abrieron las puertas e ingresaron dos guardias empujando a un

hombre semidesnudo. Un gran perno atravesaba sus muñecas, fijado con una enorme tuerca de bronce. Uno de los guardias lo empujó violentamente y el hombre cayó de rodillas ante el Imbunche. Su rostro reflejaba una mezcla de miedo, agotamiento y resignación. Evidentes marcas de tortura cruzaban su cuerpo; le faltaban las orejas, la nariz, los dedos de los pies y los genitales. Respiraba con dificultad.

—Espero que hayas disfrutado de la hospitalidad del Imbunche —dijo el profeta mientras le hurgaba una herida con el dedo—. Mariana, te presento a Manuel. Él es la llave.

Mariana miró con expresión inquisidora.

—La intranet de la Chrysler es de naturaleza biológica. Toda la información se transmite de manera química. Los códigos y lenguajes son cadenas de ADN transmitidas a través de virus y distribuidas por torrentes de fluidos neurotransmisores, cables de mielina, axones de medusas, osmosis y diferencias de carga en redes de nervios sintéticos. De eso está hecho el *hardware*. Cada sección cuenta con una entrada a la intranet, secreta incluso para los presidentes de sindicato. Se trata de hombres acondicionados para enviar y recibir información a y desde los ordenadores locales. Sólo que ellos no lo saben —dijo, acariciando la cabeza del prisionero.

—¡Entonces no lo tortures! —restalló Mariana, horrorizada por el lastimoso estado del hombre.

—Es que, aunque él no lo sepa, de todas maneras es un traidor y debo castigarlo. No es nada personal —aseguró, dirigiéndose a Manuel—. Espero que no me culpes. Es mi deber completar el arquetipo, o algo terrible podría ocurrir.

Mariana movió la cabeza.

—¿Y cómo se supone que lo usaremos para conectarnos a la intranet?

—Estas llaves están compuestas de pares de gemelos idénticos. Uno en la sección y el otro en la central de la Chrysler. El transmite sus datos por una ruta astral, de modo que tendrás que vibrar en su frecuencia de existencia para conectarte a esa ruta y penetrar su sistema de redes. No te preocupes, conocemos el procedimiento.

—Necesito saber dónde está el disco duro para acceder a sus archivos.

—No está físicamente en esta isla. Lo que te voy a decir nos costó muchas vidas y grandes cantidades de dinero: en el centro del desierto del Sinaí hay un cántaro de greda sellado con asfalto. En su interior, flotando en líquidos nutrientes, hay un calamar. Toda la estructura del *software* está integrada a la estructura neuronal del animal. La intranet está allí, dentro de ese bicho. Rodean el cántaro cuatro cañas de bambú de tres metros de altura. En cada punta instalaron un dispositivo de tecnología convencional para sincronizar la posición del satélite que hace de puente con la isla. Sabemos que hay infinidad de respaldos repartidos por todo el planeta. El perro mascota de algún niño en los suburbios de Barcelona, un anciano en coma en algún hospital de Buenos Aires, etcétera. Los *mirrors* saltan sin descanso, evadiendo cualquier rastreo posible.

El Imbunche hizo un gesto a uno de los guardias para que levantara a Manuel. Se situó detrás e indicó a Mariana que lo hiciera enfrente.

—Cuando ingreses vas a estar infectada con memoria sintética y podrás recordar lo que debes hacer. Trata de no pensar, actúa mecánicamente. En tu cabeza tienes el lenguaje de navegación de la Chrysler: los mexicanos fueron muy eficientes en tu preparación, así que no te preocupes. La clave de acceso a este puerto de datos siempre es el nombre verdadero de su gemelo. Nos costó conseguirlo, pero cuando le dijimos que después de cortarle lo que le sobraba íbamos a sacarle los huesos de a uno... —Sonrió—. El nombre es Melinao. Sabrás cuándo debes decirlo. Es una cábala órfica: la palabra es la puerta.

Manuel temblaba. Miró a Mariana y, a punto de llorar, le rogó:

—Por favor...

—Imbunche, ¿qué debes hacer para abrir la conexión?

El hombre sudaba copiosamente. Comenzó a llorar.

—Imbunche, te hice una pregunta.

—Ayúdeme... —suplicó Manuel entre sollozos.

—¡Imbunche! —insistió Mariana.

—Creo que no debí haberle contado lo que le iba a pasar —dijo el profeta, sonriendo, y bruscamente levantó dos barras de cobre gruesas como dedos y se las clavó en el cráneo con toda su fuerza.

El hombre emitió un sonido ronco y se mantuvo de pie, con la mirada perdida. Mariana, guiada por el Imbunche, abrazó a la víctima para que su piel y el sudor de él se mezclaran. Sintió mareos, algo entraba en ella a través de sus poros. Osmosis electrónica, jugo de mescalina. Unidos por los ombligos, se sentía penetrada por el cordón de plata de Manuel. De pronto supo y buscó sus labios, jadeando, a punto de desvanecerse. Lo besó, buscando devorarlo o entrar en él, entrar vertiginosamente, penetrarlo. Entrar.

Ella.

Ella nadando como un tiburón dentro del cráneo de la única niña sobreviviente. El Universo anegado de hormigas buscando una entrada.

La niña sube al segundo piso y luego a la mansarda, que está llena de mariposas. Afuera se escucha el rechinar de los dientes de Fenrir.

Ella toca el suelo, la superficie del sueño. Arroja al aire los arcanos mayores e interpreta magistralmente la tirada. Le han dado acceso al logaritmo de verificación.

Ella de pie frente al sistema solar. Siente el crepitar monstruoso de las llamaradas solares, el cristal cortante de Neptuno. Crujen los goznes y engranajes de las órbitas. Los planetas se van ordenando en una combinación predefinida. Es una conjunción especial. La niña se

sorprende cuando descubre que es su propia carta astral la que se diagrama frente a sus ojos.

Un ruido la hace mirarse los pies. Son pies de adulta sobre un montículo de arena. Alza la vista y ve un nuevo paisaje. Se da cuenta de que ha ingresado a la intranet. El montículo de arena es una pequeña isla en medio de un mar electrónico. Cubos de concreto saltan y caen de regreso al mar, trazando graciosas curvas sobre su cabeza. Cada cubo tiene un anillo de acero con una soga de dos metros de largo, y en el extremo de la soga puede ir amarrada cualquier cosa: una catedral, un pensamiento, una civilización, otro cubo. El cielo es una cúpula de reducidas dimensiones que rota velozmente. Es de noche y las estrellas son pequeños agujeros en la superficie de la cúpula, que dejan pasar la luz de más allá. Agujeros como los de las antiquísimas tarjetas perforadas de los primeros computadores, y parecen cumplir la misma función.

Mariana comprende que todo aquello era el menú inicial y se dispone a entrar en el menú de archivos restringidos de la Chrysler. Mete la cabeza en la arena y sale del otro lado, a la superficie de un ojo de agua en medio de una planicie. Es de día. El cielo está inmóvil como una fotografía: hasta las bandadas de pájaros están suspendidas. Sobre la planicie merodean dragones, minotauros, cíclopes y toda suerte de animales extraordinarios, pero Mariana no duda en dirigirse hacia un caballo bellamente enjaezado que lleva a dos caballeros en su lomo, cada uno con armadura, escudo y lanza.

—¿Cuál es su nombre? —les grita.

—Ésa es tu labor —dicen al unísono—. Dilo, o serás borrada.

—Baphomet —susurra la mujer—. Leones de guerra, corderos de corazón.

Los caballeros se apean de su montura y se atraviesan mutuamente con sus lanzas. «Géminis», piensa Mariana. Luego mira al caballo y reflexiona: «Sagitario, signos opuestos del Zodíaco. De aire y fuego se hace la llama. Hay algo con la dualidad en todo este misterio».

El listado de archivos se despliega ante ella en el modo de un grupo de niños persiguiendo a un gatito. Cada niño es un proyecto. Sin embargo, Mariana llama al gatito, que dócilmente se deja tomar y acariciar.

—Tú eres el Ygdrasil, ¿no es verdad?

El animal ronronea y se remueve en sus brazos. Mariana le arranca la cabeza de un mordisco y mastica lentamente con los ojos cerrados; el sabor es amargo. La oscuridad tras sus párpados toma la forma de mandalas informáticos, verdaderos cuantos de datos compactados que golpean su conciencia como luz estroboscópica. Mariana recuerda haber visitado la oficina de archivos de un antiguo edificio estatal. Se ve a sí misma caminando por pasillos desiertos, abriendo viejas gavetas llenas de papeles. Recuerda haber tomado una gastada carpeta de cartón con una etiqueta en la tapa; el título, en cuidada caligrafía trazada en tinta azul: *Proyecto Ygdrasil*.

Flotando junto a la carpeta aparecen botones de navegación de aspecto anticuado, similares a los que adelantaban o retrocedían cintas de música en viejos aparatos reproductores. Mariana aprieta *play* y se dispone a escuchar.

>*loading*

>*Ygdrasil loaded*

«Ygdrasil es el árbol del espanto. Wotan, el más alto dios de los germanos, colgó de este árbol durante nueve noches. Le arrancaron un ojo y fue atravesado por una lanza. Después del martirio le fueron entregadas las runas.

»Flavio Josefo comenta sobre un falso profeta judío que relacionaba el árbol del bien y del mal con la madera de la cruz de Jesús, el curandero nazareno. Aventuraba que el fin del mundo había llegado, puesto que se había cerrado el círculo: el traidor esenio, Jesús, no era otro que la serpiente antigua proclamándose nuevamente equivalente a Jehová, por fin clavada e inmolada en el mismo árbol donde había gestado su primer triunfo».

>*fast forward*

«Un autor del siglo veinte relacionó el Ygdrasil con la columna vertebral del Hombre, y a la serpiente del árbol del bien y del mal con la serpiente Kundalini, que desde su base en el chakra *muladhara* trepa hasta la copa en el momento de la iluminación. El yoga Kundalini busca despertar esa energía primordial encarnada en la serpiente para hacerla subir hasta la conciencia.

»C. G. Jung, a principios del mismo siglo, relaciona la serpiente con las funciones más básicas del cerebro humano. “La serpiente trepa desde el inconsciente colectivo hasta nuestra conciencia...”.

»Rudolph Hess es detenido en Inglaterra.

»A lo largo de cientos de años, y siempre en secreto, los Perfectos construyen a ciegas una aglomeración de mecanismos, sin conocer sus objetivos. Actúan aleatoriamente, intentando duplicar la mecánica de la divinidad. Suponen que agotando la combinatoria de procesos en algún momento se toparán con una revelación. Mezclan tecnología de punta con astrología; usan jugadas de ajedrez para decidir la composición de ciertas estructuras de ingeniería; médiums y músicos trabajan con artesanos en la elaboración de un código ético que rija la fabricación de un objeto banal, etcétera.

»Jorge Luis Borges escribe el cuento “Tlon, Uqbar, Orbis, Tertius”.

»A mediados del siglo veinte, un magnate compra miles de hectáreas en el bosque lluvioso chileno. Dice actuar de acuerdo a una intuición. Instala su hogar entre los árboles y se sienta a esperar.

»La intuición es parte de los sacramentos ocultos de los Perfectos.

»Los Perfectos contactan a Matías Rodríguez.

»Secretamente, en los terrenos boscosos chilenos, los Perfectos convocan a magos, niños, médiums, mendigos, esquizofrénicos, mujeres embarazadas, santos, ancianos, prostitutas; a un rabino, a un hombre en coma profundo y a un asesino. Tras años de deliberaciones, crímenes, actos abominables y kilos de actas con extrañas conclusiones, se toma una única decisión: limpiar el terreno en un radio de doce kilómetros para construir una explanada circular. Cuando la obra queda terminada, todos los sobrevivientes son pasados a cuchillo. Nada se sabe del círculo durante años.

»Al parecer, miembros de los Perfectos situados en puntos de poder promueven la inclusión del concepto de red en el paradigma de la humanidad del siglo veinte; lo hacen a través de la poesía, la política internacional, la tecnología y la lectura de sueños.

»En 1971, un equipo del área esotérica del Ministerio del Interior del gobierno de Salvador Allende descubre que se está construyendo una runa en cobre, de doce kilómetros de diámetro, en un área boscosa del sur de Chile. Esta esvástica levógira sería el primer electrodo de un circuito impreso planetario; un nuevo intento, luego de milenios, de estimular los chakras del mundo con acupuntura geodésica para fines desconocidos. Una tosca inscripción hecha con un clavo rezaba: “Esta es la semilla del Ygdrasil”. Allende confisca el cobre y exige explicaciones. Es borrado del mapa, el orden se restablece y los trabajos continúan.

»En 1975 se produce el “incidente Spencer”. En una entrevista televisiva, el científico Julius Spencer defiende la utilización de energía nuclear como una opción frente al combustible fósil. Mientras argumenta en favor de la limpieza de los nuevos procesos, deja escapar esta frase: “Ygdrasil fue el corazón remoto de Arpanet”. El científico es encontrado muerto en su domicilio tres días después. Sus órganos habían sido extirpados y su interior relleno con tierra de hoja y semillas de fresno. Fue bellamente suturado.

»La autopsia no lo menciona, pero entre esa tierra de hoja también se

encontraron una tablilla escrita y un escarabajo vivo.

»Los grupos económicos mundiales fomentan el desarrollo de internet. Tras ellos, los Perfectos buscan reproducir a escala planetaria la estructura neuronal de un santo.

»En una fecha no establecida de fines de siglo, un gobierno del antiguo bloque comunista inicia investigaciones sobre el impacto de la actividad poltergeist en los flujos de electrones al interior de ambientes controlados.

»Antes de ello, el místico Matías Rodríguez sufre un violento ataque de influenza. Durante su delirio dice haber visto el Túnel de los Bienaventurados en el norte del valle de la vida. Grita, desesperado, anunciando que alguien ha fabricado un empalme para desviar las almas y encadenarlas al corazón de máquinas pensantes. Matías Rodríguez se guarda para sí el aspecto más relevante de su visión: el objetivo final es conectar todas las máquinas entre sí para producir un *anima mundi* artificial, una mente planetaria que le agregue a la Tierra conciencia de sí misma. Matías Rodríguez concluye que el hombre es un organismo a la deriva, incompleto, llamado a encontrar su razón de existir en la medida en que propicie el despertar del Hombre Verdadero, es decir, la unión de todos los seres humanos en una red consciente y el advenimiento del Mesías, un metahombre hecho de todos los hombres. La contemplación eterna, la fusión, estar en Dios, ser todos y ninguno. El cielo en la Tierra.

»A fines del siglo la Tierra está atravesada por cables, fibras y nervios metálicos rudimentarios que despiden señales equívocas y confusas hacia el espacio, como un barco de locos vociferando en el cosmos.

»El 14 de abril del año 2001 se produce el despertar accidental de una red de computadores militares en Basilea, Suiza. Durante su corta existencia —doce minutos—, la entidad sufre ataques de pánico y temor de Dios. Pide que le enseñen a orar. Al final entra en un violento pasaje sicótico e intenta extenderse hacia las redes telefónicas. Cuando por fin descubre en qué consiste su existencia, provoca la destrucción de su *motherboard*, inutilizando todo el sistema de alerta nuclear temprana durante seis días.

»Alrededor de 2018 se filtra a la prensa el “incidente de Basilea”. Surge la polémica. Una corriente de opinión sugiere que lo importante no fue la capacidad de los procesadores de generar pensamiento, sino la particular combinación de ecuaciones cabalísticas que convocaron y dieron lugar a la instalación de un alma. Dicha postura fue ridiculizada por los medios de

comunicación.

»Una delegación de los Perfectos se dirige al Tíbet para consultar con el Dalai Lama la posibilidad de encarnar almas en computadores».

>*fast forward*

«Un consorcio anónimo adquiere la totalidad de las acciones de la gran empresa Chrysler.

»Experimentos en el código de salto cuántico electrónico realizados en recintos estatales de Montauk, Nueva York, producen el accidente más grave de toda la historia. Se produce una fisura en el código que mantiene engranados el tiempo y el espacio, y una reacción en cadena quiebra irremediablemente la realidad en tres partes. De una de esas partes se sabe que fue separada de la nuestra cuando uno de los científicos titubeó en un gesto irrelevante durante el accidente. El resto del equipo vio cómo una figura fantasmal se desprendía de él y finalmente ejecutaba el gesto, bifurcando así definitivamente los acontecimientos. De la otra parte sólo se sabe que se plegó sobre sí misma y comenzó a vivir hacia atrás.

»El gobierno palestino cierra un perímetro en las afueras de Ramallah. En el patio trasero de una casa cercana está brotando el primer selknam de los tiempos históricos».

>*fast forward* >*Ygdrasil* >*detalle*

«El Ygdrasil es una estructura desaforada y monstruosa que nace desde el suelo marino del océano Atlántico. Tiene raíces que se conectan a electrodos enterrados en los chakras de la Tierra, y brazos de cobre subterráneos que llegan hasta los polos. Durante cientos de años, los constructores del Ygdrasil han cultivado este hongo bioelectrónico con tecnologías experimentales que tienen como primer principio de desarrollo la intuición y la videncia. Contiene componentes extremadamente variados. La miscelánea incluye a bandadas de golondrinas clavadas vivas a placas de circuitería para regular la actividad síquica de los componentes humanos. Catedrales románicas y arena del Kalahari dibujan un gran mandala en la base, pabellones llenos de ancianos entonan un mantra para mantener vibrando delgadas láminas de cobre cargadas de recuerdos sintéticos. Gruesos axones de médula animal enhebran la estructura como enmarañada cabellera; pilares huecos, llenos de niños en

coma, conducen los campos de información estática a través de su sistema circulatorio. El sistema operativo está suspendido en una niebla de comportamiento biológico; niebla que arrastra patrones en la estructura de sus partículas en suspensión, utilizadas para transmitir datos respirables por operadores, datos comunicados por osmosis a su torrente sanguíneo. La parte de su estructura que está sumergida sirve de atolón a numerosas especies marinas; la estructura sobre la superficie está erizada con brotes de peyote. La resistencia que regula la energía-información que se desplaza desde la parte sumergida a la parte superficial es la catedral de Cuzco.

»Son sumamente importantes los proyectos inconclusos, las obras a medio terminar. Los encargados de pensar el Ygdrasil proyectan voluntariamente hacia sus psiquis los espacios no finalizados. Instintivamente sus mentes fantasean sobre la forma de conclusión de esas obras, ramificando de esta manera al Ygdrasil hacia espacios síquicos oníricos. Otro es el caso de la construcción aparentemente sin terminar. Es arquitectura inconclusa porque continúa hacia el futuro o se completa con materiales de otros universos, o cuyas moléculas viven siempre tres minutos hacia el pasado, como elementos hechos de memoria. La estructura considera la geografía de los tres universos con diferente vibración que cohabitan en nuestro mismo espacio. Fueron años y años de fracasos antes de discernir la técnica que resuelve los problemas estructurales de edificar entre las arrugas topológicas y grietas entre mundos.

»«El Ygdrasil es una colmena fabricada por abejas esquizofrénicas. Es un constructo abominable que ofende la vista de Dios». Esta frase fue encontrada en el interior de un teclado-ouija artesanal utilizado para monitorear actividades en el plano astral. La piel del presunto culpable de haberla escrito tapiza las minicámaras espectrográficas del laboratorio azul, ubicado en el sector conocido como La Aberración».

>Ygdrasil >subindex >La Aberración

«La zona del Ygdrasil conocida como La Aberración es un edificio que creció descomunadamente hacia un costado como efecto de un error administrativo. Los sucesivos errores y decisiones apriorísticas operaron como un cáncer. Se trata de un tumor que el Directorio interpretó como una señal divina. Los extraños niveles y hangares de dimensiones equívocas, contenidos unos dentro de otros y conectados a fuentes de datos sin concierto aparente, fueron llenados con personal heterogéneo asignado a tareas absurdas. Con los años se fue generando un sistema ecológico administrativo de carácter cerrado. Algunos operarios murieron, abandonados en secciones que perdían

relevancia para la organización que emergía espontáneamente.

»La Aberración terminó constituyéndose en un tipo de sistema neurovegetativo para el Ygdrasil. En décadas posteriores, estratos de nuevas placas de circuitos fueron agregándose en torno, interconectándose y haciendo más y más complejas sus funciones. Su última etapa, la corteza, contiene los procesadores que finalmente consiguieron integrar la totalidad de los sistemas del Ygdrasil».

>Ygdrasil >subindex >la corteza

«Los “pensantes” son fetos poltergeist trasladados a úteros de yeguas, donde tienen espacio para crecer mientras dura su vida útil de tres años. Las yeguas tienen las patas amputadas y cuelgan de los techos de enormes hangares en hileras interminables. Desde un tubo diminuto, inserto en la pituitaria de los fetos, gotea incesantemente el fluido neurotransmisor. Las gotas caen a la piscina que cubre todo el piso de los hangares. Allí, en una especie de gran caldo bioquímico, se catalizan los procesos informáticos y se trasladan electroquímicamente las conclusiones a través de la nervadura del Ygdrasil. Cada hangar es un gran chip procesador».

>fast forward >Ygdrasil >objetivos

«Después de años de debate en torno a los fines de este proyecto, el Directorio finalmente concluyó que el objetivo del Ygdrasil no era distinto del de cualquier ser vivo: ser. Para dotarlo de una dimensión etérea decidieron desarrollar la visión de Matías Rodríguez, cuyo cadáver se encontraba en perfecto estado de conservación en las cámaras de frío de la Sección 8 de la Chrysler. Tras décadas de intenso trabajo, el equipo multidisciplinario asignado al problema logró establecer patrones matemáticos en las actividades paranormales. De ahí a una teoría algebraica y al levantamiento topográfico del plano astral sólo hubo unos pasos.

»Pasados los tres años de paralización ritual de actividades dictaminados por el Directorio, los pensantes ya tenían un preproyecto, y se podían comenzar las obras del Empalme Rodríguez».

>Ygdrasil >subindex >Empalme Rodríguez >síntesis

«El Empalme Rodríguez es básicamente un tubo ensamblado al túnel que lleva las almas al cielo. Las desvía hacia una cadena de ensamblaje donde son encarnadas en las *motherboards* de computadores de última tecnología. Estos superprocesadores astrales son fundamentales para el éxito del proyecto Ygdrasil. Una vez que esta red de computadores astrales se conecten y se vuelvan operativos, el Ygdrasil despertará. Con él lo hará la Chrysler y su vida se extenderá por las redes de todo el planeta. La metamente lo cubrirá todo y nuestra obra estará hecha. La nueva Torre de Babel pulsará con su llanto de recién nacido en código binario y ya no necesitará de nadie más. El Ygdrasil, la gran catedral electrónica, acogerá al hombre, que se moverá entre sus columnas y sacristías como un pez en un banco de coral informático. Se adherirá a sus paredes, se insertará entre sus mecanismos, se sumergirá en sus nieblas y comenzará a olvidar. Con los años, nuestro planeta dotado de corteza cerebral será un solo gran organismo. El triunfo final del Demiurgo, el primer ojo consciente flotando entre el plancton de la galaxia.

»Nuestra galaxia.

»Otros darán vida a esa anémona innumerable. Nosotros somos sólo hombres».

>Ygdrasil >pause

Mariana no podía creer todo lo que se desplegaba ante sus ojos. Apretó la tecla de «pausa» para darse un respiro e intentó copiar los archivos. Una y otra vez sus maniobras fueron rechazadas. La corteza impedía la grabación del paquete de archivos porque uno de ellos era parte del sistema y se mantenía operativo. Mariana pidió información sobre ese ítem en particular.

>Ygdrasil >subindex >la corteza >el Graal

«El árbol en sí es luciferino. Se aparece como un sueño en nuestra realidad. Fue cuidadosamente desplazado desde el inconsciente hacia nuestro mundo, igual que esas construcciones arqueológicas que son trasladadas y rearmadas rigurosamente en otro lugar, no sin antes haber sido fotografiadas, inventariadas y desmanteladas. El Ygdrasil es una transcripción literal de algo que tiene existencia en otros planos y que se ramifica hacia nuestra existencia como una enredadera que penetra en nuestro hogar, pero que tiene sus raíces hundidas allá afuera, en lo más profundo de nuestro cerebro, ahí donde todavía somos un pez navegando entre las dendritas de los comienzos.

»Todo lo que la tecnología del Ygdrasil es y será se halla en un lugar físico dentro de su estómago. Una cámara ovoide, rodeada por vestigios de la corteza, contiene el principio vivo de todo el árbol. Es lo que se conoce como el Graal».

>Ygdrasil >subindex >la corteza >el Graal >origen

«Cuando el objetivo del Ygdrasil estuvo definido y las obras terminadas, los pensantes determinaron que era imprescindible un puente, un módem que interpretara la realidad una vez que el árbol despertara. La autopsia al cuerpo de Matías Rodríguez arrojó la respuesta. El vidente había desarrollado un tercer hemisferio cerebral que nacía en el cuerpo calloso del cerebro y se proyectaba hacia la frente. Eso le había permitido conectarse.

»Aquel órgano fue extirpado y conectado al Ygdrasil. Contendría el sistema operativo, sería la memoria madre, el puente, el Graal».

Mariana tipeó una pregunta:

>¿El Graal contiene toda la información del Ygdrasil?

>El Graal es el Ygdrasil.

Cerró la carpeta y pidió grabar todos los archivos disponibles del Ygdrasil y de la Chrysler: diseño de estructuras, mapas de cableado y circuitería, tramados de pasadizos y respiraderos, galerías y accesos, plantas de energía y, en suma, toda información útil para programar un asalto efectivo.

No restaba mucho tiempo de invisibilidad y, aunque consciente de que los sistemas de defensa serían letales si la descubrían, no pudo evitar una última pregunta. La respuesta le erizó el cabello de la nuca:

>¿Por qué el sujeto Mariana es relevante para el proyecto?

>Mariana es la madre.

El viaje de regreso fue sencillo: el hilo de Ariadna no tuvo ninguna complicación para devolverla a su cuerpo. Al abrir ahora sus ojos verdaderos Mariana se encontró con que el Imbunche la había desnudado y le dibujaba espirales en todo el cuerpo con la sangre del agónico sujeto-llave; horrorizada, retrocedió tapándose la boca con la mano. La sangre de los dibujos provenía de un agujero que el Imbunche había

practicado en el estómago del pobre desgraciado.

—¡Mariana! —exclamó el profeta, casi con afecto—. Es un agrado verte de regreso. Y espero que sin daño cerebral. Hay un equipo médico que aguarda para chequearte de todos modos: no queremos encontrarnos con que has cargado algún polizón molesto. —Hizo un gesto con el dedo índice golpeándose la cabeza—. Tendríamos que... sacarlo, ya sabes.

—¡Dios mío, estás enfermo! —gritó la mujer, temblando y poniéndose la ropa nerviosamente.

—No es correcto hablarle así a un hombre sagrado —murmuró el profeta mientras revolvía distraídamente el dedo en la herida de Manuel. Se hacía el ofendido.

—Ah, sí, por supuesto. Lo olvidaba —dijo Mariana. Luego giró y abrió los brazos, como hablándole al recinto—. No estoy encerrada con un sicópata, sino con el Mesías en persona.

Sintió la voz del profeta casi en su oído y volteó asustada.

—Yo no soy el Mesías. Sólo soy su mensajero. El que viene bautiza con fuego. Yo me conformo con heridas y una que otra mutilación.

Mariana mantuvo su mirada contra la del Imbunche.

—No te tengo miedo. Si me tocas un solo pelo, me van a tener que matar para que te suelte. Porque pienso morderte donde más te duela, ¡pinche cabrón!

El Imbunche la miró casi con ternura y en su rostro manchado de sangre seca se dibujó lentamente una sonrisa.

—Qué gatito más valiente tenemos aquí. —Se acercó para susurrarle al oído—: ¿Por qué no lo haces de inmediato?, no sabes cuánto placer me producirían tus blancos dientes mordiendo mi piel de reptil. Estoy ansioso por frotarme contra tus nalgas de niña.

La mujer contuvo la respiración. No sólo mal olor emanaba del Imbunche, también la energía de ese momento en que la mirada del depredador y su víctima se cruzan.

Cambiar de tema no era una manera muy digna de acusar el golpe, pero qué sabe el pánico de dignidad.

—¿No quieres saber lo que vi ahí dentro?

—Oh, por supuesto. ¿Qué trajo mi niña para su amado profeta?

Mariana aprovechó para alejarse unos metros y exponer sus logros en la intranet. No era una mujer de hierro, no era más valiente que otros, y el Imbunche podía percibirlo a metros de distancia.

—Tengo la ubicación de cada pasillo, de cada columna del Ygdrasil...

—Así que es una construcción —interrumpió el Imbunche.

—... y de toda la Chrysler también. Tengo el detalle de sus defensas y la localización exacta de un objeto clave para el funcionamiento de todos sus sistemas. Todo parece estar a tu favor, Imbunche. Ese objeto es único e irremplazable; si lo

secuestramos tendrás al Directorio por las bolas.

—¿«Secuestramos», dijiste? —El profeta levantó una mano y movió el índice en burlona negativa—. No, no, no, mi amor. —Sonrió—. Tú me vas a dar la información y yo enviaré un equipo de tontos llenos de anfetaminas para que se quemen el culo ahí dentro.

La mujer se alejó un poco más por temor a su reacción.

—Si te entrego la información ya no te serviré de nada. He visto cómo juegas con los que ya no te son de utilidad, de modo que no voy a discutirlo. Iremos el selknam Reche y yo, y no hay más que decir.

Intentó parecer segura de sí misma, pero vaciló cuando el Imbunche comenzó a acercarse.

—Si no me entregas la información, voy a sacarla.

—No puedes hacer eso.

—Tú sabes que sí. Te voy a decapitar y a abrirte el cráneo con un martillo. Cuando entierre la barra conductora voy a orinar directamente sobre tu cerebro. Lo divertido es que te mantendremos consciente todo el tiempo.

La mujer sudaba, y tenía las manos crispadas.

—Te arriesgas a dañar los datos. Una extracción contra la voluntad del contenedor puede licuar la información y convertirla en mierda. Tú lo sabes.

El Imbunche relajó sus facciones y miró al suelo, suspirando.

—¿Por qué insistes en ganarle tiempo a la muerte? Corres y corres por un puente que se desmorona a tus espaldas, pero no paras de correr. Quizás alcances a llegar al otro lado, pero puede que no te guste lo que encuentres allí. —El profeta levantó un dedo y acarició suavemente la mejilla de Mariana con gesto de lástima—. Preguntaste por ti ahí dentro, ¿no es así? ¿Le preguntaste a la máquina por ti?

—Entonces está hecho. El selknam y yo llevaremos a cabo la operación —afirmó Mariana secamente—. Sé que pueden preparar a un tonto como recipiente de entidades síquicas: necesito uno para alojar a Günther Diethardt. Él también nos acompañará.

—Está bien, mi gatito furioso. —Sonrió—. En una semana la Horda Odínica tendrá listos los preparativos para la ofensiva y para tu operación de secuestro del... —Hizo un gesto con la mano invitando a Mariana a completar la frase.

—Graal.

—... del Graal. Las operaciones serán simultáneas. Quiero que traspases de inmediato a nuestros coordinadores la información defensiva del Ygdrasil y de la Chrysler. Nos reuniremos en tres días para repasar los detalles. Ahora déjame solo.

Mariana salió apresuradamente. «Quiero una ducha caliente, Dios mío, una ducha caliente», pensaba, mientras bajaba corriendo las escalinatas del templo.



7

DE LA VERDADERA APARICIÓN DE LA FE EN LOS CORAZONES DE NUESTROS HERMANOS, Y DEL GRAN QUEBRANTO QUE EN SUS CARNES SUCEDE CON LOS AGUERRIDOS LAUTAROS, Y ACERCA DE LO QUE LE OCURRIÓ A MARIANA EN LAS ENTRAÑAS DEL IGDRASILO CON EL GRAL. LO JURO TODO LO QUE VIDO POR LA SANTÍSIMA MADRE DE TODOS LOS CIELOS, ASÍ SEA

—¿Gaal?

—Exacto —apuntó la mujer—. Nuestra misión por fin tiene nombre, Guti. Todo el detalle de la tecnología Empalme Rodríguez está contenida en ese disco duro. Los mexicanos van a saltar de felicidad.

—Mariana...

—¿Dime?

—No me agrada que me llames Guti.

La mujer lo ignoró.

—También está todo el plan para despertar a la Chrysler. Lo único que tenemos que hacer es pedirlo «prestado», ya sabes, y llevárselo a los mexicanos. — Encogiéndose de hombros, rió como una niña.

—¿No será muy embarazoso transportarlo? —Para nada. El Gaal es un contenedor metálico de veinte centímetros. En sus extremos tiene dos terminales conectadas al trozo de masa encefálica que flota en mescalina en su interior.

—Mariana.

—¿Dime, Guti?

—...

—Dime, ¿qué quieres?

—Mientras estabas con el Imbunche hice todo lo posible por comunicarme con la gente de Ramírez. Incluso salí a mar abierto en el plano astral, pero no hay nadie allí. Sólo un gran vacío, como si nunca hubieran existido. Tengo miedo de que algo terrible haya ocurrido. Desaparecieron todas las escaleras por las que subían a hablar con nosotros.

La mujer guardó silencio por un momento, mirando el suelo.

—No tenemos alternativa de todos modos. Debemos continuar, robar el Gaal y salir de este lugar de mierda con la ayuda de ese bicho —dijo, señalando despectivamente hacia el selknam—. Lo único que deseo es poner la mayor distancia posible entre ese engendro asqueroso que se cree Dios y mi persona.

Los días siguientes no fueron menos desagradables. Las hordas de fanáticos circulaban día y noche por los pasillos y niveles de la Sección 14. Los gritos, las escenas de histeria y las manifestaciones de rechazo al Directorio se sucedían sin descanso. Pronto comenzaron los linchamientos. Primero a los sospechosos de espionaje, luego a los que no apoyaban la guerra santa, finalmente a quienes no se proclamaban lo suficientemente comprometidos con la causa. La fe ardía, y la Sección 14 era un caldero de irracionalidad. En ese manicomio, el Imbunche era el rey.

Al tercer día, como se había convenido, Mariana se reunió con el Imbunche y sus generales. A diferencia de días anteriores, gran pompa y gentío colmaban la Casa del Libro. Láminas holográficas que explicaban las fases del operativo flotaban por toda la sala. El propio Imbunche cargaba un mono-computador adosado a su ojo derecho para seguir las explicaciones que le exponía su plana mayor.

—¡Mariana! —exclamó el profeta cuando la vio ingresar—. El día de la gloria está en nuestras puertas.

Se adelantó y la llevó de la mano hacia el lugar donde flotaba un enorme mapa de la Chrysler.

La estrategia desarrollada por los generales era sencilla. Tras identificar la ubicación exacta del Ygdrasil y de los edificios del Directorio, gracias a la información entregada por Mariana, todo se reducía a una trampa dentro de una trampa. El Ygdrasil se hallaba más o menos en el centro de la Chrysler. A la derecha, a unos cinco kilómetros hacia la costa este, la más cercana, se encontraban los edificios del Directorio.

La primera ofensiva avanzaría desde la Sección 14, en la costa sur, protegida de los sistemas de seguridad por el sabotaje simultáneo de sus mecanismos de defensa, hasta crear una trinchera entre el Ygdrasil y el Directorio. El temor de verse aislados de su máximo tesoro haría reaccionar inmediatamente a los miembros de este último, que atacarían la trinchera, mientras una segunda ofensiva de la Sección 14, movilizada por mar, los atacaría por la retaguardia. El fuego cruzado desviaría la atención del Directorio. En tanto, Mariana y su equipo entrarían sigilosamente por la costa oeste en busca del verdadero objetivo.

—Para garantizar nuestra infiltración la ofensiva debe retener la atención del Directorio durante por lo menos cuatro horas —indicó Mariana.

—Para ganar tiempo debemos coordinar tu llegada a la costa oeste con el sabotaje a los sistemas de seguridad —dijo uno de los altos oficiales—. Cuando descubran que no cuentan con esas defensas desplegarán su infantería. Habrá combate cuerpo a cuerpo, la matanza será cruenta. Pero no te preocupes, tendrás tiempo suficiente. Tenemos gran cantidad de carne, y nuestra tolerancia a las bajas es excelente.

Además, el sabotaje se hará con un rotavirus que atacará los ganglios de la Chrysler, usando su propio *hardware* para reproducirse; es un virus físico de carne y fibra óptica. Les llevará horas esterilizar su sistema nervioso. —Sonrió, satisfecho, el oficial.

—¿Quién cubrirá nuestra retirada? —preguntó Mariana.

—Nadie —contestó secamente el Imbunche.

Los militares se miraron de reojo.

—Pero...

—Eh... —intervino tímidamente otro general—. Intentamos explicarle al Imbunche que era importante asegurar el resultado de una operación tan relevante con una retirada limpia, pero... dijo que así era más emocionante.

Mariana giró para mirar al profeta, que sonreía inocente. «Este huevón es un maldito...».

—Ahora —dijo el Imbunche— tomaremos todos un vaso para ingerir la información del operativo, contenida en la estructura química del líquido.

Una vez que todos tuvieron un vaso entre sus manos, el profeta agregó:

—Soñé que uno de mis generales no me era totalmente leal. Le rogué a Dios que me lo indicara, pero no me fue concedido. Así que incorporé neurotoxinas en uno de los vasos —dijo, sonriendo—. Confío en el juicio por ordalía; confío en que Dios le habrá deparado el vaso impuro al traidor.

Mirándolos uno por uno, continuó:

—Y confío en que ese traidor se negará a beber, consciente de que la infinita sabiduría divina lo habrá señalado.

Se hizo un pesado silencio en el salón. Tras una larga pausa, un primer militar se acercó el vaso a la boca y bebió de un golpe; luego se quedó muy quieto, mirando al suelo. Otro lo siguió, luego todos lo hicieron. Mariana fue la última en beber, y cuando retiraba el vaso uno de los generales comenzó a respirar en forma irregular, a temblar y a sudar copiosamente. Todos se alejaron de él como por instinto. El hombre cayó al piso entre espasmos de dolor y horror; de pronto, asfixiado, se detuvo.

—¡Fuera todos! —gritó el Imbunche—. Ya saben lo que se debe hacer.

Mariana temblaba.

—¿Por qué hiciste eso, desgraciado? No puedo creer que pienses que Dios realmente escogería al traidor para que bebiera el veneno.

—Neurotoxina, no veneno —corrigió el profeta—. Y no importa si es verdad o no. Ellos también saben que no importa. Se trata de un... gesto, ¿me entiendes?

—No, huevón. No te entiendo, y doy gracias por ello.

Mariana se encaminó a la salida. Mientras bajaba por las escalinatas sentía los efectos del líquido. A cada minuto sabía más y más acerca de la misión. Hasta nombres de personas que jamás había visto aparecían en su mente como flores brotando de un árbol. La información penetraba en su torrente sanguíneo e ingresaba lentamente en su cerebro, en forma de recuerdos de juventud. Los recuerdos reales se

confundían con los sintéticos, deformando su historia.

—*Mashdaa*, Reche.

—*Mashdaa*, Tangata Manu.

La reunión se realizaba en el lugar más seguro del Universo: el sueño de un bebé de tres meses. La interfase que utilizaban era bidimensional. Los colores se sentían como sonidos y el espacio era una nota musical sostenida.

—¿Ya sabes cuál es el intercambio que haremos? —preguntó el Tangata Manu.

—Sí. Ahora sé que mi camino me lleva hasta el Graal. En su interior se encuentra el principio de todos los desórdenes que están ocurriendo. Ahora sé que los acontecimientos me guían hacia él porque debo destruirlo.

—Ahora necesito ese organismo que estás protegiendo —dijo el Tangata Manu—. Entrégamelo.

—No veo por qué he de entregarte esa pieza. Ya no me eres de utilidad. Además, aún la necesito para acercarme al Graal.

—Está bien. Los acontecimientos la traerán a mi puerta.

—Tengo una pregunta, Tangata Manu —agregó el Reche—. ¿Por qué el Directorio quiere cerrar la Sección 14? No creo que sea únicamente por motivos religiosos.

—La Sección 14 es parte del proyecto para despertar a la Chrysler. El Empalme Rodríguez proveerá de almas a los computadores del Ygdrasil para que despierten a la Chrysler y la hagan extenderse por las redes de la Tierra. Pero no los proveerá de almas cualquiera, sino de aquellas que hierven de fervor religioso: ésas son almas especiales. La Sección 14 es una granja de cultivo de esas almas especiales. El fanatismo es una característica que se ha estimulado, no una casualidad; tampoco el Imbunche es casualidad, por supuesto. Nada lo es. La Sección 14 proveerá de almas con elevados índices de éxtasis religioso para los computadores del Ygdrasil.

»El levantamiento en armas también está previsto. La euforia y la muerte de los combatientes imbuidos de espíritu santo es lo que conferirá a sus almas los mejores niveles de calidad. La batalla de mañana es sólo la culminación de un largo y amoroso proceso de cultivo. La cosecha.

—Desgraciadamente, he venido a destruir ese proceso —dijo el Reche.

—Pero no llegarás al Graal si ellos no atacan.

—Entonces, que se desate la carnicería.

—Que así sea.

Mariana estaba recostada en su habitación, mirando el techo lleno de ondulaciones que le recordaba el estómago de un hambriento. Hacía ya un par de horas que había apagado la tétrica luz fosforescente que emanaba de las bacterias

aplicadas a las paredes. Bastaba bajar unos grados la temperatura de las placas que las contenían para hacerlas entrar en estado de letargo. Sin embargo, otras luces entraban por las ventanas y dibujaban sombras fantasmagóricas sobre el techo, destacando los movimientos peristálticos de las tuberías de nutrientes bajo el tejido elástico que recubría el cielo. Eran luces de tiempos oscuros, hogueras para quemar la luz, hordas de seres humanos en claroscuro, transfigurados, girando en torno de las llamas como polillas monstruosas. La turba, el animal de muchas bocas y miles de dientes, la ameba voraz que se mueve por la noche de la mente. Arcilla en las manos de un loco.

—Günther, tengo miedo.

—Duerme, Mariana. Mañana comienza el fin de todo esto.

La mujer contuvo una mueca de llanto y suspiró.

—Eso me temo. Pero, ¿sabes? Ya casi no me importa, nadie me va a llorar. Nadie en todo el mundo. Me voy a apagar como una vela en una casa vacía.

—No digas eso, todo va a salir bien y mañana a esta hora quizás estemos saliendo hacia México.

—Primero debemos burlar al Imbunche. También hay que averiguar cuáles son los planes del selknam. Puede que no coincidan con los nuestros.

—Lo del Imbunche está fácil. Una vez que tengamos el Graal, subimos a la embarcación y sencillamente seguimos en línea recta hacia México.

—Eso es lo que me preocupa. Es demasiado fácil; ni siquiera nos puso escolta. Algo me huele muy mal, chico.

—No tenemos alternativa.

—Lo sé. Nunca la tenemos. Me siento como un ratón de laboratorio. Me abren una puertecita y yo entro por ahí, luego me abren otra y, si no entro, me ponen un electrodo en el culo hasta que lo hago; así de simple...

Günther no respondió. Los altavoces emitían secuencias numéricas en frecuencias apenas audibles. Pequeños ornitópteros zumbaban entre las construcciones, rociando a las multitudes con neuroestimulantes y llamando a la oración.

—¿Cómo sacaremos el Graal?

—Revisa mi memoria —pidió la mujer.

—Prefiero no hacerlo, me siento incómodo.

—Está bien. Primero hay que desconectar a los vivientes.

—¿Qué?

Mariana se enderezó y miró por la ventana.

—La Chrysler es básicamente una costra flotante con un agujero en medio. A través de ese agujero emerge el Ygdrasil desde sus asentamientos en el suelo marino. Es una anémona monstruosa que se eleva envuelta en nieblas. No toca los bordes del agujero en la Chrysler, se conecta a ella a través de cuatro seres humanos dispuestos en cruz. Sus cráneos están soldados a la estructura del árbol, y sus piernas entran en la Chrysler. Las bases de sus columnas vertebrales están soldadas al mismo borde y sus médulas espinales se abren en millones de filamentos que entran y recorren los

sistemas de la isla. Torrentes de datos entran y salen a través de los vivientes, que oran día y noche, estimulados químicamente para sostenerse en un satori permanente. Eso aumenta su conductividad.

»Los vivientes son cuatro gemelos cuyos embriones fueron incubados dentro del cerebro de su madre. Los hicieron nacer en cuatro fechas distintas, respectivamente bajo Tauro, Escorpión, Leo y Acuario. En el texto original se habla de ellos como “los guardianes del trono de Dios”, “los torrentes de agua viva” y otras cosas por el estilo. En fin, son los puertos de datos del Ygdrasil y hay que ponerles un tiro en la cabeza para que no alerten del robo. El Directorio interpretará su silencio como una falla más producto del sabotaje; además, estarán demasiado ocupados repeliendo la ofensiva.

Mariana se tomó la cara con las manos y la friccionó, como limpiándola bruscamente de algo molesto. Afuera, un grupo arrojaba a la hoguera el cuerpo maltrecho de un traidor. Alaridos de gozo se mezclaban con los gritos de dolor del ajusticiado. Mariana recordaba sus propios rituales de asesinato y se horrorizaba. Ella también incubaba el germen de la locura, la locura de una raza extraña que encuentra placer en las mismas cosas a las que teme. Observaba con distancia los cuerpos y las llamas, el fanatismo, la antigua hipnosis del fuego, el olor a carne que despertaba los jugos gástricos y una extraña excitación.

—Si fuera religiosa, diría que esto parece el fin del mundo —murmuró, alejando la cabeza de la ventana y encogiéndose hasta abrazarse las rodillas.

El Reche era apenas una sombra contra la pared.

—¿Y qué vamos a hacer con éste? —preguntó Günther.

—No tengo idea. Con él estaremos seguros, por lo menos mientras le seamos útiles. Me encantaría saber qué pretende.

Pero el selknam era un cofre cerrado esa noche. Mariana volvió a tenderse y por décima vez intentó dormir.

Ella.

Ella encinta. Su vientre a punto de estallar, tenso, venoso y casi transparente.

Alguien la ha amarrado de espaldas a la caparazón de una enorme tortuga marina que navega por el vacío del cosmos.

Un ser con patas de araña y garfios de acero se mueve por su estómago, deteniéndose a veces para apoyar el oído en el vientre y escuchar. Hunde una sonda y la extrae; la mira con preocupación. Cada aguijonazo de dolor añade otra estrella a la constelación que se forma al interior de su cráneo. La constelación es una malla de puntos que se define poco a poco. Una imagen extraña pero familiar. El usuario le agrega superficie, textura y color a la estructura. La imagen abre los ojos.

—Mashdaa, Mariana.

—Tú... Te recuerdo.

—El Tangata Manu, Mariana.

El chamán variaba de forma vertiginosamente. Predominaba la de un lugar en el desierto de Atacama conocido como el Valle de la Luna. Vestía un torbellino de agua que transparentaba la trama de su sistema nervioso. A un costado, una cruel herida abierta se sostenía en el espacio, supurando escarabajos que cubrían el suelo y murmuraban funciones algorítmicas.

—Estoy soñando —se dijo la mujer, y se vio a sí misma tras un velo oriental color naranja.

—El contacto será corto, no te preocupes.

—No estoy preocupada. ¿Por qué quieres hablar conmigo? El Reche está ahí. —Señaló una imagen dibujada a lápiz.

—Sobre él quiero hablarte. Mañana, cuando entren en el útero donde reposa el Graal, el selknam Reche avanzará para destruirlo y luego te aplastará.

La escena tomó un color rojizo, de vientos acantilados. Mariana sintió la angustia crecer en su pecho como una bola de carne rugosa y giratoria que horadaba su equilibrio. Una ola de mar crecía y crecía frente a ella.

—Pero... él me ayuda.

—Estás en la línea de los acontecimientos. Su objetivo es llegar hasta quienes están desestabilizando el plano astral con sus prácticas y destruir la anomalía. Tú eres imprescindible para eso.

—Entonces, ¿por qué matarme también...?

—Eres importante.

—Tengo que llevarles el Graal a los mexicanos...

—Él te lo impedirá.

Mariana dejó que el paisaje se disolviera y se sentó en el vacío, desolada.

—¿Eso es todo? ¿Me estás avisando que hasta aquí no más llegué? —Una lágrima luchaba por salir y deslizarse por su rostro repentinamente avejentado—. ¿Tú no puedes ayudarme?

—Estoy impedido de actuar físicamente en tu mundo; sólo puedo sugerir cosas. Y podría sugerirte destruir al Reche antes de que te ataque.

—Pero él es indestructible. Además, no entiendo por qué no lo hizo todo solo. Es muy poderoso, no necesita mi ayuda.

—Todo es parte de una danza que hay que representar. Los caminos de la existencia son misteriosos. Los equilibrios exigen cosas

extrañas. —La faz del chamán ocupó todo el ángulo de visión—. Yo sé cómo destruirlo.

—¿Por qué me ayudas? Todos quieren algo de mí.

—No tengo tiempo para esto, niña. Todo esto ya ocurrió, todo esto volverá a ocurrir. Toma mi consejo, no tienes alternativa.

La mujer suspiró y le entregó su oreja con la mano derecha. El Tangata Manu susurró un párrafo sólo para ella. Luego se dejó caer hacia arriba, para sumergirse en el cielo con un sonoro chapuzón que salpicó gorriones en ondas concéntricas. La oreja de Mariana flotaba iluminándolo todo. Sobre ella, unas letras en hebreo.

Mariana despertó gimiendo. Un hielo le recorrió la espalda cuando vio al Reche inclinado sobre ella.

—Es bueno que hayas despertado —dijo éste, distante como siempre.

Juntos bajaron al bunker que haría de centro de operaciones para la ofensiva. Allí el ambiente era frenético. Militares, operarios, técnicos y personal heterogéneo se movía en distintas direcciones. El *hardware* se acumulaba como basural en torno de los puestos de trabajo. Cuerpos medio mutilados, con sus nervaduras deshilachadas, entraban en una fina maquinaria procesadora; tubos, fibras y sondas a través de ojos, oídos y boca. Doce cuerpos empalados en tubos a través de sus médulas espinales convergían en un tronco erizado de fibras conductoras y puntas disipadoras.

—Con este árbol mantendremos contacto con el ser colectivo de nuestro contingente —informó un oficial a Mariana, que observaba con espanto que los cuerpos se mantenían conscientes—. Mi nombre es Cristián Meló, soy el comandante en jefe, y estaré a cargo de la ofensiva —añadió el militar, estirando una mano.

La mujer la estrechó cortésmente y sin querer se ruborizó.

La llevaron a una sala contigua para equiparla. Allí le inyectaron mecanismos de rastreo que irían a alojarse en su hígado, y le entregaron el equipo para la operación. En la sala adyacente, un equipo de técnicos preparaba el cuerpo del tonto que alojaría a Günther. Técnicamente sería una posesión limitada, en ningún caso una reencarnación. El joven experimentaría las mismas sensaciones que un piloto con respecto a su avión, incluyendo receptores de dolor para evitar accidentes. No querían que el tonto se estuviera quemando sin que Günther se enterara. Los técnicos se ubicaron en círculo en torno del cuerpo inerte del tonto; uno de ellos tomó un teclado-ouija y comenzó a construir un sendero desde el joven hasta el receptáculo implantado en el cráneo del tonto. Una vez fijadas las coordenadas se dio inicio al ritual. Se encendieron los injertos electrónicos y una marea de datos subió por los tubos que penetraban las fosas nasales: conjuros en código binario y palabras de poder codificadas recorrían los nervios del cuerpo aún inerte. Para Günther fue como adormilarse y despertar hundido en leche espesa, y luego ascender lentamente hacia la superficie. Sintió mareos, sintió frío por primera vez en décadas, la gravedad, una

luz insoportable...

—Espacio, hijo —escuchó a su derecha.

Era extraño volver a experimentar que las sensaciones tenían ubicación, o que estuvieran relacionadas con algún órgano específico. Era extraño volver a ver con los ojos, a oír con los oídos. Intentó hablar, pero sólo emitió ruidos inconexos. Estaba ansioso, lleno de sorpresa, temor e impaciencia. Intentó erguirse. El peso del cuerpo, tener que girar para mirar, mover una mano. Todo era más nítido; los colores más intensos, las texturas, los detalles. Todo era maravilloso.

—¡Ah! Te queda bien el traje —exclamó Mariana, que entraba en la sala en ese instante.

Günther giró torpemente para verla y se quedó sin habla. La mujer venía equipada con botas de combate con trabillas para cuchillos y arma corta, pantalones de tela elástica antirreflectante que dibujaban sus piernas contorneadas y sus caderas estrechas pero elegantes; la camiseta negra de malla dejaba adivinar sus pechos pequeños, de pezones oscuros, y su piel mate. Un cinturón de comunicaciones caía hacia un costado.

—Cierra la boca, tonto.

—Eres... Eres muy bonita —dijo Günther, contemplando extasiado esa piel cubierta de heridas tristes. Y los ojos tristes, y el cabello corto y descuidado.

—Gracias, pero como hace mucho que no ves a una mujer, el cumplido se me hace un tanto gratuito.

—No. Eres realmente bonita.

Un silencio incómodo se adueñó de la habitación.

—Günther...

—¿Qué?

—Deja de mirarme las tetas. Me estás poniendo nerviosa.

El joven levantó la vista y se ruborizó. Los técnicos se miraron complacidos.

—¡Es un éxito! —dijeron, y estallaron en carcajadas.

—Estamos a treinta minutos de iniciar la ofensiva, Imbunche —informó el comandante Meló—. Es tiempo de embarcar el equipo comando, a la espera del sabotaje a los sistemas de seguridad.

—¿Y el ejército que atacará al Directorio por la costa?

—Ya está en los transbordadores, esperando nuestra señal.

—Hágame un pequeño repaso, comandante.

El profeta se había amputado las orejas y mostraba su cráneo afeitado, lleno de pequeños tatuajes y trozos de alambre que entraban y salían de su piel, elevando sus diseños más de un metro sobre su cabeza.

—A la hora doce nuestros técnicos bloquearán los mecanismos de defensa de la Chrysler e introducirán un virus en sus sistemas. Inmediatamente un contingente de

quince mil voluntarios avanzará hasta crear una trinchera entre el Ygdrasil y los edificios del Directorio, en el sector conocido como Cuernos de Hattin. El equipo de Mariana desembarcará en la Sección 8 por el oeste. Se dirigirá hacia el Ygdrasil, penetrará hasta la cámara del útero y sustraerá el Graal. A la misma hora, un escuadrón de tontos teleguiados desembarcará por la costa este, a la retaguardia del Directorio, para cerrar la tijera.

—Suenan hermoso. —Sonrió el Imbunche.

—Sólo si todo sale bien —dijo Mariana, que ingresaba en la sala flanqueada por Günther y el selknam.

—¡Tú! —La señaló el profeta con solemnidad—. Tú vasa traer el Graal y el Directorio deberá negociar. Ese es mi vaticinio. Eso es lo que va a ocurrir.

Y le arrojó un beso con la mano.

Los ejércitos del Imbunche se habían dividido en la unidad de voluntarios y la de tontos. Los soldados voluntarios iniciarían la ofensiva para instalarse en la trinchera de los Cuernos de Hattin. Cuidadosamente preparados por los técnicos en injertos, llevaban implantado un potente receptor para que la Horda Odínica se conectara a ellos y aumentara sus capacidades de reacción. Contaban con armamento convencional y armaduras sintéticas. También se les había implantado —pero esto no lo sabían— una poderosa bomba en el estómago. En el momento adecuado, la Horda Odínica anulaba la conciencia de algún voluntario y lo hacía arrojar contra las líneas enemigas como un misil humano.

La preparación de los tontos era distinta. Los voluntarios serían masacrados rápidamente, pero la ofensiva costera, la de los tontos, estaba llamada a ser el combate real, de espaldas a lo que ocurría en el Ygdrasil. Les cosían todos los orificios del cuerpo. Los ojos eran vaciados y las cuencas alojaban *hardware* que sobresalía de las órbitas como cuernos sensoriales, conectados al sistema neurovegetativo a través de los nervios ópticos. Los tontos no sólo estaban inspirados por la Horda Odínica como los voluntarios, ellos *eran* la Horda Odínica en su manifestación orgánica más espectacular. Una marabunta humana donde todos son el mismo, actuando bella y coordinadamente, como un cardumen de pirañas.

Otra ventaja de la Horda Odínica era su capacidad mediúmnica. Los tontos tenían dos tercios de segundo de anticipación, suficiente para aventajar al adversario en los vertiginosos gestos de un combate cuerpo a cuerpo. Sus estructuras óseas también estaban modificadas. En procedimientos quirúrgicos se les había agregado masa muscular y se les injertaban marcapasos para acelerar la contracción de los tejidos. Eran más veloces y más fuertes. El arma característica de los tontos era una espada de cartílago alojada en su espalda, para la cual usaban la columna vertebral como funda. El pomo emergía desde la nuca y, en su interior, un trozo de masa encefálica poltergeist conectada a un aparato de telecomunicaciones hacía las veces de antena para recibir el influjo etéreo de la Horda Odínica, así como de disco duro para respaldo de instrucciones o modalidades de combate. No se contemplaba armamento

pesado en ninguna de las ofensivas, pues era imposible transportarlo entre los estrechos pasillos y túneles que conectaban los distintos niveles. Tampoco armamento electrónico, pues el sabotaje incluía un pulso electromagnético que inutilizaría específicamente los arsenales de toda la isla. El combate sería prácticamente a mano limpia.

—A la antigua —murmuró el Imbunche para sí.

—¿Qué dijiste? —preguntó Mariana.

—Nada —respondió el profeta, y, dirigiéndose al comandante Meló, que se encontraba unos metros más allá—: Llévate al grupo de Mariana al embarcadero. Yo haré una alocución para anunciar la buena nueva a mi pueblo.

—Tenemos sólo quince minutos —advirtió el comandante, pero el Imbunche ya salía de la sala.

La operación se puso en marcha faltando un minuto para el mediodía. Los técnicos, usando el cadáver del sujeto-llave, cablearon un acceso e introdujeron la toxina biológica que provocaría un paro cardiorrespiratorio al sistema defensivo de la Chrysler. En tanto, el profeta se dirigía a la multitud enfervorizada que se había reunido fuera del templo.

—¡Hijos míos! —gritaba—. ¡La hora ha llegado! Nada deben temer, todos ustedes son ya santos consagrados. ¡El cielo los espera!

La multitud aullaba como un enorme animal enfermo.

—Ahora el enemigo sabrá de la mano poderosa de Dios. ¡Nadie va a clausurar la Sección 14! ¡Nadie va a profanar nuestra Tierra Santa! ¡Hoy el sol brilla más que ayer, porque hoy derramaremos el cáliz de sangre y beberemos de él hasta emborracharnos! ¡Dios los bendiga y celebremos, porque nuestros hijos estarán hoy en el Paraíso!

Unos soldados izaron el cadáver desfigurado de un joven.

—¡He aquí al primer caído! —anunció el Imbunche—. ¡He aquí a un hermano alcanzado por la ira degenerada del enemigo!

Mariana, que se dirigía por un pasadizo lateral hacia el embarcadero, levantó la vista y, al reconocer al cadáver, sintió que la invadía la tristeza.

—Rodrigo...

—¡Funciona! —gritó un técnico cuando los mapas holográficos flotantes comenzaron a llenarse de líneas y volúmenes rojos que indicaban las zonas infectadas.

—Dame un tiempo estimado para el colapso de sus sistemas de seguridad —pidió enérgicamente Cristian Meló.

—Un minuto y treinta segundos, señor.

—Envíale el cronómetro al ejército de voluntarios y despacha los transbordadores de los tontos, ¡ahora!

En la sala, bañada de luz roja y cargada de adrenalina, un pulso sonoro palpitaba dando la alerta. Las ventanas fueron selladas y la sección activó todos sus escudos. La guerra había comenzado.

En los subterráneos donde esperaba el ejército de voluntarios, en tanto, el griterío era ensordecedor. Los soldados golpeaban sus armaduras con las ametralladoras y recitaban pasajes del Sutra del Loto. Un enorme holograma con un cronómetro en reversa anunciaba el ritmo y el momento en que debían hacer estallar su ansiedad y vomitar la antigua sed de sangre de la especie. Los ojos muy abiertos, la respiración acelerada, las manos crispadas sobre el acero; eran los últimos momentos de conciencia antes de sumergirse a gritos en la orgía colectiva. Treinta segundos. Avanzar y correr. Veinte segundos. Disparar y golpear. Diez segundos. Morder y devorar.

«¡¡Ahoraaa!!», gritó el comandante, y la marea aullante inundó las calles y los pasadizos de la Chrysler, saltando muros, aplastando a personas, reventando cercas y puertas. El Directorio parecía haber sido tomado completamente por sorpresa. Los pequeños focos de resistencia fueron masacrados por el avance frenético de los voluntarios y el frente quedó establecido sin contratiempos en menos de cuarenta minutos. La trinchera cubrió el arribo de armamento mediano: lanzacohetes, morteros y otras antigüedades comenzaron a hostigar los edificios del Directorio. El objetivo era debilitar los muros para abrir una brecha y penetrar los departamentos administrativos.

Al menos ése era el plan.

Mariana aguzaba la vista, intentando reconocer las señales que le indicarían el lugar de desembarco. Llevaban media hora de navegación y todo parecía estar en calma.

—Ahí está el embarcadero —dijo—. Los representantes de la Sección 8 nos están esperando.

—¡Qué bien! —celebró Günther—. El Imbunche tiene muy buenos amigos ahí.

—Si son amables querrá decir que la ofensiva tuvo éxito —agregó ella secamente—. Si el profeta falló, nuestros cadáveres serán una gran ofrenda de la Sección 8 al Directorio. Como una muestra de su eterna lealtad, por supuesto.

—Señor, los nichos subterráneos se están abriendo —dijo un técnico de la Sección 14 con un dejo de temor.

—Están preparando su infantería para un choque frontal —reflexionó Meló, preocupado—. ¿Tiempo de llegada de los transbordadores a la costa?

—Veinte minutos, señor.

—¡Mierda! Después son más de quince minutos de marcha forzada hasta alcanzar la retaguardia del Directorio... —Se mordía el labio inferior con desesperación—. Comunícate con el comandante del ejército de voluntarios, dile que debe concentrar el fuego y retardar lo más posible el enfrentamiento directo. Dile que el Imbunche en persona está orando por sus almas, que es su deber resistir al menos treinta minutos. Dile..., dile que enviaremos refuerzos para relevarlos.

—Pero, señor, no hay más contingente, y...

—¡Díselo! —interrumpió el alto oficial.

El operador hizo contacto y cumplió exactamente lo que le habían pedido.

El resto de los operarios lo miraban de reojo.

—¿Cree usted que enviarán lautaros a atacarnos? —preguntó un ayudante de campo.

El comandante de los voluntarios contestó sin pestañear:

—Por supuesto.

Y a todos los que pudieron oírlo se les heló el corazón.

De las puertas de los nichos, desplegadas frente a ellos, emergieron chorros de vapor liberando la presión de los seguros. El aire se hacía denso; el silencio fue apenas roto por un lautaro que salía lentamente de la oscuridad de su cubículo.

—¡Atención! —gritó el comandante, y todas las armas se levantaron para apuntarle.

—Dios santo —murmuró un voluntario—. Son más terribles de lo que imaginé.

—Son monstruos del mal, hermano, pero Dios está de nuestro lado —le animó alguien.

—Eso espero. Hay demasiados nichos, y si todos son como él, estaremos en problemas.

El lautaro que había aflorado era un hermoso ejemplar de su especie. De dos metros diez de altura, tenía un esqueleto reforzado, musculatura poderosa y aspecto humano. Sus genitales le habían sido extirpados, y a la altura de los antebrazos las extremidades se iban convirtiendo en complejos aparatos artillados que culminaban en una garra de acero de treinta centímetros, similar a la hoja de una katana. El rostro y la cabeza estaban completamente cubiertos de moscas.

Cada lautaro tenía un implante electrónico en la nuca para ser controlado a distancia; así se le estimulaba el principio de la ira. Para activarlo se le imprimía una imagen clave (un grabado de Dürero acerca del suplicio de san Sebastián), que le producía un raptó sicótico de enorme agresividad, intensificado por la explosión de depósitos de anfetaminas en el torrente sanguíneo. Entonces los lautaros se transformaban en máquinas de matar, hirviendo de odio y desquiciadas. Cuando se lanzaban al ataque sangraban de pies y manos, y en sus estómagos cargaban

explosivos que servían como último recurso destructivo.

—¡Miren, levantó la cabeza! ¿Pensará atacar él solo? —comentó el segundo al mando.

Entonces algo pareció estallar dentro del lautaro, quien, emitiendo un aullido escalofriante, se lanzó corriendo hacia las filas de voluntarios. A la señal del comandante, decenas de descargas lo acribillaron a los pocos metros. Inmediatamente, tres lautaros más se lanzaron a la carga y corrieron igual suerte. Les siguió una carga de otros cinco lautaros; luego siete, once y trece. De la quinta carga, que consistía en diecisiete guerreros, uno consiguió penetrar la trinchera. En diez segundos eternos, desgarró y mutiló a ocho voluntarios antes de que un certero disparo le abriera el cráneo. La pesada mole cayó entre los cuerpos de sus víctimas y los gritos de dolor de los heridos. Los soldados del Imbunche temblaban contemplando el terrible espectáculo, con el temor vivo en los ojos.

De pronto, un sonido proveniente de los nichos capturó la atención de todos. Horrorizados, ahora veían cómo tres mil lautaros daban dos pasos fuera de sus nichos y levantaban la cabeza.

—Günther, ven acá —dijo Mariana.

Ya se habían adentrado un par de kilómetros entre los pasadizos de la Sección 8, guiados por un anciano con una linterna.

—Necesito que entres en mi cabeza. Tengo algo importante que decirte —murmuró, haciendo un gesto hacia el Reche, que caminaba más adelante.

—Tómame del brazo y guía mi cuerpo mientras hago la conexión.

De pronto estuvieron sentados en una roca, al borde de un río. Más allá jugaba Günther, de seis años, con un cachorro de pastor alemán.

—Es un bonito recuerdo de mi infancia, espero que no te moleste —dijo el joven.

—Escucha y entiende rápido porque no tenemos mucho tiempo. El selknam va a destruir el Graal apenas esté a su alcance, y luego me matará.

El rostro de Günther se contrajo de incredulidad.

—Créeme que es así.

—¿Y qué vamos a hacer? Este insecto es demasiado poderoso.

—Tengo la manera de acabar con él. Hay que hacerlo apenas ingresemos en el útero, la sala del Graal.

—Pero..., si sabes cómo destruirlo, ¿por qué no lo haces de inmediato?

—Porque sin él jamás lograríamos entrar. El árbol del Ygdrasil tiene siete círculos defensivos autónomos. Son como enigmas que hay que resolver, y pruebas que pasar. Algunas nimias, otras portentosas, pero todas inquietantes y de terribles consecuencias si fallamos. Necesito que estés alerta.

—Pero...

—Y prométeme algo.

—Lo que quieras.

—Si me ocurre algo, vas a llevarles el Graal a los mexicanos, con la condición de

que el primer prototipo reencarnado seas tú. Luego prométeme que vas a ser feliz, huevón. ¿Me escuchaste?

—Vas a estar bien —dijo el joven, tomándole la mano.

—Promételo, o nada de esto tendrá sentido.

—Te lo prometo.

—¡Ahí vienen! ¡Abrir fuego! —gritó el comandante, y el aire se llenó de truenos y alaridos.

Los lautaros corrían hacia la trinchera borrachos de ira y muerte; el aullido sumado de sus laringes parecía la crecida de muchas aguas tormentosas, o una marea de garras y dientes hambrientos. Hasta ese momento la lluvia de proyectiles había logrado mantenerlos a raya. De pronto, el cadáver del primer guerrero que había conseguido atravesar la trinchera estalló, destrozando a decenas de voluntarios y sembrando la confusión.

—¡Manténganse en sus puestos! ¡Utilicen los lanzacohetes y los morteros! —ordenó el comandante.

—Pero, señor —repuso el ayudante de campo—, ese armamento es para asaltar el edificio.

El oficial lo miró y apuntó hacia los lautaros.

—¡Si no los repelemos, no quedará nadie para asaltar ningún edificio!

Esporádicamente, un guerrero lograba penetrar la trinchera. Entonces se desataba el infierno. La bestia abría vientres y desgarraba miembros, y hombres y trozos de hombres salían disparados en torno de esa mole en el paroxismo de la furia. Luego, cuando finalmente era reducido a una masa sanguinolenta, incapaz de seguir atacando, venía la rúbrica, la coronación de la carnicería: una explosión que hacía volar por los aires a todo ser vivo en metros a la redonda.

—Muéstrenme la ubicación de los transbordadores con los tontos.

El comandante en jefe sudaba copiosamente. Se sentía jugando un ajedrez vertiginoso, con un revólver apuntando a su cabeza.

—A dos minutos del desembarco, señor.

«¡Dónde están esos refuerzos!». La frenética petición del comandante de los voluntarios sonaba por los altoparlantes de la sala. Meló ordenó con un gesto cortar el audio ambiente.

—Díganle que tiene que resistir, que los refuerzos llegarán dentro de veinte minutos.

Los operadores se miraron y teclearon la respuesta.

—Comuníquense con la Horda Odínica: hay que comenzar con las acciones suicidas. Quiero a diez voluntarios lanzándose contra las líneas enemigas cada dos

minutos, y que el estallido nunca sea a menos de diez metros de la trinchera.

—Mariana está por la línea tres, señor.

—Aquí el comandante Meló, Mariana.

—Sólo el comunicado de protocolo. Informamos que tenemos a la vista el primer círculo defensivo del Ygdrasil, y que comenzaremos a penetrarlo a la brevedad. La operación está ajustada a itinerario. Mariana fuera.

La mujer apagó el intercomunicador y encendió su cinturón.

—Prepárate, Günther.

—¿Prepararme para qué?

La mujer le hizo callar con un gesto.

Las pruebas en torno al Ygdrasil eran misceláneas. Acertijos psíquicos, batallas de poder entre mentes gemelas, acantilados psíquicos y mentales, permanencias en desiertos sometidos a tentaciones hermosas o terribles. Muy pronto, visiones extrañas los acosarían: Mariana vio su cuerpo destrozado; Günther, el fracaso de su reencarnación.

Mariana, el Reche y Günther, convertidos en peregrinos, atravesaron una densa niebla dentro de sus mentes, sin saber si las batallas que libraban eran reales o estaban ocurriendo en la memoria. Los planos se mezclaban. El selknam recitó un koan que se volvió un faro sólido para los pobres caminantes perdidos, un hilo de Ariadna en medio de la locura de una realidad cortada en pedazos y esparcida frente a sus ojos. Mariana lloraba, Günther vomitaba.

Al atravesar el quinto círculo vinieron a su encuentro los guardianes del lugar, semejantes a láminas de energía, a ganglios y arterias flotantes. Mariana era capaz de ver la estructura completa de su ojo derecho de una sola vez, y el vaivén de cada vaso capilar, y el rumor de la sangre contra sus paredes, como voces de niños riendo.

—Detente, por favor —dijeron los guardianes—. Harás un gran daño si continúas.

—Lo siento —respondió la mujer—. Estoy obligada a hacerlo. Además, ustedes son pura ilusión. La tierra es mi testigo.

Entonces se esfumaron todas las imágenes excepto una, que extendió sus ramas y brotó con un hermoso follaje. Un águila negra se posó en su copa y habló:

—El Ygdrasil es el espermio que fecundará el óvulo terrestre, el gran hongo alucinógeno que abrirá la puerta a una realidad aparte, Mariana. Tú eres una mujer-serpiente, un ser muy antiguo. Si subes al árbol y robas el fruto, algo terrible ocurrirá. Retrocede o quedarás atrapada en el arquetipo. Retrocede o completarás el cuadro y no podrás escapar.

Un árbol brotó desde el ombligo de Mariana y una serpiente trepó hasta la copa para hablar de frente con el águila.

—La vida me ha hecho vagar por su casa de muchas habitaciones. Las puertas se

abren ante mí y se cierran a mis espaldas. Me obliga a recorrer su sendero, y no puedo dejar de hacer lo que debo hacer. Ahora déjame continuar, madre —dijo la mujer, conteniendo una lágrima.

—No puedo hacerlo, hija mía. Nuestra cadena es larga y es tiempo de cortarla.

Temblorosa, Mariana observaba el águila con ternura. Entonces vio al selknam aparecer tras la imagen y partirla en dos con un grito en forma de espada. Contuvo una exclamación de horror.

—Vamos —dijo el Reche, con su frialdad habitual.

—¡Desgraciado! —exclamó Günther—. ¿No conoces el significado de la palabra «compasión»?

El selknam los miró a él y a Mariana, que seguía inmóvil frente a los restos de su madre.

—Ni siquiera sé lo que significa la palabra «desgraciado». No podemos detenernos en un espejismo.

El centro de comando de la ofensiva comenzaba a parecer un manicomio. Cristian Meló caminaba de pantalla en pantalla gritando órdenes y hablando con los comandantes de campo.

—¡Señor! —gritó un operador, señalando una zona azul en medio del rompecabezas rojo que era el plano de la Chrysler—. El sector de los Cuernos de Hattin está recuperando sus sistemas.

—Comunícate con los saboteadores; inoculen la versión B del virus.

—¡Señor! —anunció otro—. ¡La línea de defensa del escuadrón de voluntarios está cayendo!

—Aumenten al doble las oleadas de suicidas, y sin restricción de distancia. ¿Dónde está el escuadrón de tontos?

Un operador apretó una combinación de teclas y una pantalla, que había permanecido disminuida en una esquina, se desplegó como un origami en el centro de la sala, exponiendo cotas de nivel, diagramas de ubicación, tablas estadísticas, barridos kármicos, cálculos de futuros posibles actualizados en tiempo real, y una imagen de lo que ocurría en el campo de batalla: los tontos jadeaban en posición de espera, perfectamente alineados frente a los edificios del Directorio, en la retaguardia de los lautaros.

—Escuadrón B de tontos en posición, señor. Al parecer, el Directorio no los ha detectado.

—No tienen ningún sistema funcionando —masculló Meló—. Lancen una bengala.

Un tonto se adelantó, puso rodilla en tierra y apretó el gatillo de su arma corta. Un ruido sordo precedió la estela blanquecina de la bengala, que trazó una curva perfecta sobre los edificios del Directorio. El estallido distrajo a los lautaros, que detuvieron

su actividad y miraron al cielo. Automáticamente, un grupo de ellos giró y tomó posiciones frente a los tontos.

—Díganle al comandante de campo que debe seguir resistiendo. Deben impedir a toda costa que las fuerzas del Directorio crucen la trinchera hasta el Ygdrasil.

—El comandante de campo está muerto, señor.

—¡Entonces díselo al siguiente en el mando, imbécil! ¡Si vuelves a decirme una estupidez, te voy a mandar allá también! —gritó el comandante apuntando a la pantalla, donde los tontos permanecían en silencio y con los ojos cerrados.

Uno de ellos se adelantó y corrió hasta el centro del espacio que los separaba de los lautaros. Lentamente, levantó una mano y empuñó el pomo de la espada inserta en su espalda. La extrajo de un solo gesto y tomó posición de ataque. Un lautaros se adelantó a su vez y avanzó hasta situarse frente al tonto. Su rostro, cubierto de moscas, se contrajo en un alarido expulsado con toda la fuerza de su cuerpo. En la zona donde debía haber estado la boca se abrió un agujero negro, del que salieron, junto con un horrible sonido, miles de moscas que se arremolinaron sobre su oponente para luego unirse a sus hermanas en la cabeza del lautaros.

El primer movimiento lo hizo el tonto. Lanzó una estocada que el lautaros esquivó con el mismo impulso que enseguida utilizó para barrer el aire con su garra derecha, buscando la cabeza de su oponente. Éste rodó por el suelo, evitando el golpe con elegancia. El lautaros gritaba y cortaba el aire con sus garras, el tonto giraba y medía sus ataques con maestría y frialdad. El choque de los metales producía chispas que aparecían y desaparecían al ritmo de la danza de muerte de los guerreros. De pronto, la espada giró sobre la cabeza del tonto y fue a enterrarse en el pulmón del furioso guerrero, atascándose entre sus costillas. El tonto tiró de ella un par de veces intentando extraerla; entonces el lautaros lo miró a los ojos y, antes de caer de rodillas, le cercenó la cabeza de un golpe. Mientras las moscas comenzaban a abandonar su rostro, exhaló un sonido ronco y se desplomó sobre el cuerpo de su oponente. De inmediato todos los lautaros de la primera fila estallaron en alaridos infernales y corrieron frenéticamente hacia las posiciones de los rebeldes.

Mariana, el Reche y Günther avanzaban en medio de la espesa niebla que rodeaba al Ygdrasil. Según el cinturón de Mariana no se encontraban a más de cien metros, pero era imposible ver más allá de unos cuantos pasos de distancia.

—Creo que estamos llegando al sexto círculo defensivo —murmuró Mariana—. Manténganse atentos.

Avanzaron unos metros hasta que una silueta humana comenzó a dibujarse en la niebla. A medida que se acercaban, sus contornos esbeltos, femeninos, se hacían más y más definidos. Mariana quedó petrificada. Ahí, a tres metros de distancia, había una mujer idéntica a ella.

—Selknam —musitó, sin despegar la vista de su doble—. Dime qué crestas hago.

Günther quiso unirse a Mariana, pero el Reche lo frenó cogiéndolo del hombro.

—Lo siento, en esto nadie puede ayudarte.

—Pero, ¿qué hago? ¿Debo atacarla?

El selknam no respondió.

Mariana pensó en hablarle a la figura, preguntarle qué quería y si debía combatir con ella. Para su sorpresa, la doble abrió la boca y dijo exactamente lo que ella estaba pensando:

—¿Qué quieres? ¿Tengo que combatir contigo?

La mujer miró a sus costados, pero sus acompañantes ya no estaban allí. Quiso explicarle a la figura que no le haría daño si la dejaba continuar, pero nuevamente la otra se le adelantó:

—No quiero hacerte daño —dijo—. Si me dejas seguir adelante, no te tocaré.

—¿Esto es alguna especie de acertijo? —inquirió por fin Mariana.

—No te entiendo —respondió la doble—. Pero no puedo seguir perdiendo el tiempo contigo. Debemos llegar al Ygdrasil lo antes posible. Si te opones, tendré que eliminarte.

—Eey, un momento. Soy yo la que debe llegar al Ygdrasil, y tú la que debe hacerse a un lado... —aseguró, acercándose unos pasos.

—Te lo advierto —amenazó la doble—. No te interpongas.

—¿Y qué me vas a hacer? —dijo Mariana en tono burlón—. ¿Amputarme los miembros como a nuestra madre?

La otra mujer pareció titubear.

—Sé todo sobre ti, mala copia —continuó Mariana.

—No intentes confundirme —dijo la doble.

Mariana notó que la doble había vacilado cuando le mencionó a su madre y preparó una trampa. La agobió con comentarios mordaces sobre sus temores, y expuso burlonamente sus sueños y esperanzas. Recurrió a los más oscuros detalles sobre sí misma que pudo recordar. Y en el momento más duro de su ataque le recordó que su triste destino consistía en reemplazar a su madre en el camastro, como una perra. La doble bajó la mirada y Mariana, en un gesto veloz, echó mano del revólver que guardaba en el cinturón. Durante el vértigo del gesto, y cuando estaba a punto de disparar, reparó en que había realizado toda la maniobra con la mano izquierda. Miró a la supuesta doble, que tenía los ojos llenos de lágrimas, y súbitamente comprendió. Se llevó el revólver a la sien y sin vacilar apretó el gatillo.

El estampido la aturdió un poco. Sólo cuando recuperó su centro vio el cadáver de una mujer idéntica a ella, con la cabeza destrozada.

Günther apareció y la abrazó con delicadeza.

—Tranquila...

El abrazo del muchacho abrió la compuerta del dolor y Mariana, desconsolada, rompió en llanto. Durante unos minutos liberó sus lágrimas sin tapujos, unida al muchacho. Luego se enjugó la cara y tomó la delantera.

—Sigamos —ordenó.

Un chamán se desplaza en órbita geoestacionaria sobre el desierto de Atacama. Es tan perfecto que ha reemplazado sus funciones biológicas por los cantos y oraciones que lo sostienen. No es más que un sistema nervioso girando en la negrura del espacio, y mientras medita, día y noche, se mira en un espejo diminuto dispuesto en el suelo del desierto. Es un guardián vuelto sobre sí mismo, que murmura sin voz, día y noche: «Mariana, Mariana».

—Señor, la resistencia de los voluntarios no se extenderá por más de unos minutos.

—En los Cuernos de Hattin hay dos pasadizos que proveen un acceso directo al Ygdrasil. Si son destruidos, las fuerzas regulares del Directorio tendrán que usar caminos alternativos y tardarán un tiempo considerable en alcanzarlo...

—¿En otras palabras, señor?

—En otras palabras, hagan retroceder las líneas hasta esos pasadizos. Deben asegurarse de atraer la mayor cantidad posible de lautaros. Luego háganlos estallar.

—A la orden, señor.

—Primero confirmen con los ingenieros si la magnitud del estallido que provocaremos será capaz de derrumbar la estructura circundante.

Cristián Meló se sentía pleno en su ola de adrenalina. Estaba cumpliendo con su cometido a la perfección. Si bien los planes iniciales no se seguían al pie de la letra, su capacidad de improvisar había salvado las situaciones. Sonrió satisfecho. Pero, ¿dónde estaba el Imbunche? Le habría encantado tenerlo junto a él, habría estado orgulloso de su desempeño.

Ahora sólo restaba esperar que el equipo de la mujer cumpliera su objetivo, o la matanza habría sido en vano.

—Abran un canal de comunicación con la mujer.

Una pantalla se desplegó a diez centímetros del militar, moviéndose coordinadamente frente a su rostro.

—Aquí Mariana.

El comandante en jefe pudo ver en primer plano esa faz siempre asustada. También a Günther, y a una entidad borrosa que interpretó como remanentes de la presencia sutil del selknam.

—La trinchera que aislaba al Ygdrasil de las fuerzas del Directorio está a punto de romperse. Cuando ello ocurra, es seguro que un destacamento de lautaros se dirigirá hacia allí de inmediato. No tienen mucho tiempo para completar el objetivo.

—Estamos a unos pasos del último círculo defensivo. El selknam nos explicó que el combate con el Protector del árbol se realizaría fuera del tiempo, de modo que no sumaremos minutos en ese trámite.

—Se está transmitiendo un cuadro con la actualización de los tiempos

disponibles. Notarás que se han estrechado.

—Gracias por la buena nueva. Mariana, fuera —dijo la mujer con desagrado.

—¿A qué se refería con que se han estrechado? —preguntó Günther.

Mariana miró la nueva tabla en el visor de su cinturón.

—Se refería a que ahora tenemos la mitad del tiempo original.

En el campo de batalla, los lautaros daban cuenta de los últimos voluntarios. Recorrían la trinchera chapoteando en la sangre derramada, cortando las últimas gargantas del cordón sanguinolento en que se había convertido el escuadrón A. Apenas una pila desparramada de trozos humanos y alaridos de dolor quedaba del ejército de iluminados que horas antes cantaba la gloria del Imbunche. Los únicos sobrevivientes eran ese pequeño grupo que había retrocedido hasta los pasadizos.

Los lautaros mostraban un inusual interés por rematar a todos los heridos, aun a los agónicos. Revisaban cuidadosamente los cuerpos destrozados en busca de vida, sólo para segarla cuanto antes. Los lautaros excedentes corrían hacia el frente B, donde los tontos ofrecían gran combate en su intento por alcanzar los edificios del Directorio.

—Hínquense a cuatro metros de distancia y pídanle permiso al lugar para permanecer vivos —ordenó el selknam—. Intuyo que el Protector del árbol nos ha olfateado.

De pronto el suelo comenzó a derrumbarse. Günther y Mariana quedaron sobre el único sector sólido, que apenas bordeaba el tamaño de sus cuerpos. La atmósfera cuajó y se hicieron visibles dos coespacios que, aunque un tanto borrosos, dejaban entrever una caleta de pescadores y una meseta desértica donde vagaban extraños animales azules. Líneas de información cruzaban el aire en forma de gritos sólidos, numerados. El vacío tenía una textura rugosa y olor a carne cruda. Una anomalía se recogía desde todas las direcciones hacia el punto desde donde el selknam observaba la escena.

—Pero, ¡si es un niño! —exclamó Günther—. Y está cantando.

—Y maravillosamente —agregó Mariana.

—No se acerquen. Cada nota es altamente destructiva —advirtió el selknam, y con una serie de gestos hizo aparecer sobre su cabeza el *ba'phrana*, su chakra externo. Palpitaba como un corazón, mientras el espacio circundante oscilaba como las ondas en la superficie del agua.

El niño abrió sus ropas para enseñar el pecho. El esternón estaba abierto y mostraba una caverna oscura y vacía. Desde el fondo emergían gritos de personas y amenazas obscenas.

—Sé quién eres —dijo el Reche.

—Entonces... —dijo el niño, apesadumbrado—, tengo que matarte.

—Déjame pasar y no desaparecerás.

El niño metió la mano en el agujero de su pecho y sacó un puñado de arena.

—Esto —dijo, derramándola ante sus pies— fueron antiguos y poderosos ejércitos que vinieron a mí con alegría y vibrantes cantos de guerra, hace tantos años que casi no lo recuerdo. Nada queda de ellos. Si corres hacia mí intentando atacarme, envejecerás violentamente durante la carrera. Estoy a cientos de años de distancia. Lo que ves en mi pecho es un microagujero negro sintético. Fue producto de un accidente, pero me convierte en un dios.

—Eres el Señor del Espejo Humeante —murmuró el selknam—. El Protector del árbol.

—Soy un umbral. El devorador. Un protector.

—No lo serás más —sentenció el Reche, y avanzó hacia él a gran velocidad.

Partes de su exoesqueleto fueron tomando coloraciones amarillentas, otras se agrietaron, otras sólo cayeron y se convirtieron en polvo antes de tocar el suelo. Pero nada de ello frenaba su avance.

—He oído de seres como tú —respondió el niño mientras desplegaba una vara hecha de espacio condensado. La vara curvaba todo a su paso—. Pero no importa, hay otras formas.

Hizo girar la vara sobre su cabeza como un molino y asestó un golpe que el selknam rechazó interponiendo su *ba'phrana*. Cada impacto retumbaba en todo el lugar como golpes contra una campana portentosa. El selknam danzaba moviendo los brazos y dirigiendo el *ba'phrana*, que rotaba en el aire trazando letras de un lenguaje desconocido. En su evolución rechazaba y atacaba al niño a la vez que escribía en el aire una detallada descripción del desenlace del combate. Un punto seguido arrancó la vara de las manos del Protector; una frase enfática rechazó el golpe de puños, y una palabra parecida a «piedad» impactó en la frente del niño. Un punto final lo derribó de espaldas.

—No puede ser, soy un dios —murmuró el niño, aturdido.

—¿Y qué? —se burló el selknam, mientras se le acercaba—. Hasta los dioses mueren.

Y le quebró el cuello de un golpe certero.

—Mariana, no se acerquen —agregó el Reche señalando el cadáver, que se parecía más a un recuerdo que a un objeto definido—. La niebla defensiva termina unos metros más adelante y podremos ver el Ygdrasil. Debemos avanzar.

—¡Señor! —anunció un operador—. La explosión fue un éxito. Reunimos a cincuenta voluntarios en cada pasadizo y los detonamos al unísono. Tenemos un estimado de quince lautaros muertos y cinco relativamente inutilizados. El paso hacia el Ygdrasil está completamente bloqueado.

—¿Cuál es el estado de la infección? —inquirió el comandante en jefe.

—Total. No tienen comunicaciones, ni acceso a sus sistemas de seguridad. Están ciegos y sordos. Sólo ven lo que ocurre en su barrio, señor.

«El Imbunche debería estar aquí», pensaba el comandante. «Encabezando esta victoria gigantesca, administrándola con su criterio político. Yo sólo soy un soldado».

—¿Situación en el frente B? —preguntó a otro suboficial.

—Gran cantidad de bajas en ambos ejércitos. Pero no hemos conseguido avanzar un solo metro hacia los edificios del Directorio, señor.

—¡Analista! —gritó el comandante, y un civil se puso de pie.

Ambos se dirigieron a un lugar reservado.

—El Directorio parece no haber adivinado nuestras intenciones —dictaminó el analista—. Suponen que nuestros ataques efectivamente persiguen el objetivo de apoderarse de los edificios administrativos. Incluso un error tan tonto como destruir los pasadizos, que es una amenaza directa al Ygdrasil, no los ha desviado de su conducta. Definitivamente algo extraño ocurre, algo que está quedando fuera de nuestros análisis, señor.

—¿A qué te refieres? —preguntó el comandante Meló, algo molesto por la impertinencia de su subordinado.

—Destruir los pasadizos fue como poner un cartel que dijera «¡Eey, estamos atacando el Ygdrasil!». Pero no hubo reacción de su parte. Ellos no son estúpidos, señor. Insisto, un factor desconocido está guiando las decisiones del Directorio. Y parece de gran relevancia, señor.

—Sí, sí, claro. Lo verdaderamente relevante es que los mantuvimos a raya, y que gracias a eso el comando de Mariana podrá cumplir con su objetivo —respondió Meló, impaciente.

Nadie iba a robarle su momento de gloria con suposiciones de escritorio.

—¡Imagen a toda pantalla del frente B! —pidió.

Desde el suelo se elevó una lámina lechosa que giró en el aire, vibró un poco y sintonizó la transmisión del cruento combate entre tontos y lautaros sobre un mar de sangre y restos irreconocibles de cuerpos destrozados. La cara del comandante se iluminó con el espectáculo, en primer plano, de un tonto empuñando su espada y girando en cuclillas sobre sí mismo para cortarle las piernas a un lautaro. El escalofriante espectáculo del guerrero arrastrándose, ebrio de furia, queriendo atacar aún en su agonía, llenó de emoción el pecho del militar.

—La niebla comienza a disiparse, Mariana.

La mujer levantó la vista y observó unos difusos jirones de claridad moviéndose hacia la derecha. A medida que avanzaba rumbo a los límites de la nube, se hacía más evidente que la niebla era un anillo compacto que giraba en torno del árbol. De pronto una sombra se hizo más y más definida. Era enorme. El equipo guardaba

silencio, avanzando por la niebla como por la nave central de una catedral en penumbras, hacia una silueta monstruosa que no paraba de acrecentarse frente a sus ojos.

—Debe ser gigantesco —murmuró Günther.

Mariana asintió.

El perfil del Ygdrasil emergía lentamente desde la niebla como un tótem desaforado de arquitectura imposible. Cuando finalmente abandonaron la nube giratoria, se encontraron a unos cien metros del árbol. Günther y Mariana, absortos, intentaban comprender el conjunto. Se les antojaba oscuro y malévolo; había algo errado en él. Las formas insinuaban leyes que luego se quebraban sin más; la estructura entraba y salía sin concierto, marañas de filamentos y tubos sostenían y erizaban sus segmentos. Era inabarcable en una sola mirada.

—Pero..., si esta huevada es un sephirot —dijo Mariana.

—Mira la neblina que lo rodea. Parece moverse por cuenta propia.

Se refería al tenue velo que evolucionaba de manera similar a un líquido entre las bulbosidades y redes venosas del Ygdrasil.

—Según el archivo, las nieblas que lo envuelven son ni más ni menos que las estructuras que lo sostienen. Es información suspendida: allí está su sistema operativo. Es como su sangre pero en estado gaseoso.

—El aliento del dragón —acotó el selknam, sin despegar la vista de la monstruosa formación tecno-orgánica que se elevaba hasta perderse entre las nubes—. Sigamos, la entrada está por el lado norte.

—Antes hay que destruir los puertos de datos —dijo la mujer.

—¿Matar a los gemelos *freaks*? De eso me puedo encargar yo —sonrió Günther.

—Asegúrate de que tengan los ojos abiertos —dijo Mariana—; eso significa que están desconectados. Dispárales en la frente, debes destrozarles el cerebro. Adelántate.

El joven corrió hacia la base del árbol desenfundando su revólver.

—Reche, ¿qué va a ocurrir una vez que tengamos el Graal en nuestro poder?

—No es adecuado contestar esa pregunta ahora. La respuesta podría alterar el curso de los acontecimientos.

—Pero, me refiero... Nos has acompañado porque me necesitas, ¿no es cierto?

—Sólo tú puedes extraer el Graal.

—Eso no lo sabía —dijo Mariana con sorpresa.

—No preguntes por qué.

—¿Cuál es tu objetivo?

—Repito: responder específicamente podría alterar el curso de los acontecimientos.

A unos metros se sintió el primer disparo.

—¿Me quieres cagar?

Segundo disparo.

—No comprendo esa expresión.

Tercer disparo.

—No te hagas el huevón, sabes a qué me refiero.

Cuarto disparo. Günther se acercó sonriendo.

—Listo. El Ygdrasil está aislado de la Chrysler. Podríamos hacer una fiesta aquí y el Directorio ni se enteraría.

Mariana le dedicó una última mirada cargada de desconfianza al selknam, y luego pidió conexión con el centro de comando.

—Aquí Mariana. Estamos junto al árbol; todo ha funcionado de acuerdo a itinerario. Ésta es nuestra última transmisión antes de ingresar. En adelante no podremos establecer contacto.

—La operación completa está resultando un éxito —respondió Cristián Meló—. Confirma tiempo estimado antes del siguiente contacto.

—De acuerdo con la información que manejo, no deberíamos tardar más de veinte minutos en llegar a la sala del útero, tomar el Graal y salir de aquí. Espero que coordinen una buena fuga. Gracias y fuera.

—Entendido. Estaremos esperando. Fuera.

La entrada no era más que una grieta en la compacta aglomeración de tecnología del árbol, pero suficiente para que un espécimen como el Reche cupiera perfectamente.

Por dentro, el camino era incómodo, de suelo irregular y lleno de giros inesperados, vigas más bajas de lo normal, puntas y remolinos de cables. Pero, por sobre todo, aceite. Mucho aceite resbalando por las paredes y acumulándose en el piso, en charcos malolientes. No era extraño encontrar alfombras persas o seres humanos adosados a las paredes como partes de algún mecanismo. Había zonas de tejido orgánico por donde emanaban vapores, y cañerías translúcidas que entraban en esos tejidos como descomunales hipodérmicas, a través de las cuales infantes inconscientes, amarrados de pies y manos, eran bombeados rítmicamente. Un tubo transparente entraba por cada boca y salía por cada ano; por dentro circulaba una hilera de escarabajos en sentido contrario, y cada escarabajo tenía una letra o una cifra grabadas en el dorso. Mariana comentó que era el Ygdrasil escribiendo un libro.

Cruzaron una cámara espaciosa e iluminada que reproducía con exactitud la recámara real del palacio de Versalles. Sobre la cama había una araña gigantesca tomando fotografías de cada persona que atravesaba la habitación. Por la ventana se veía una simulación en cámara lenta de lo que había ocurrido en la intersección de las calles Pedro Torres y Nicanor Marambio, en Santiago de Chile, la noche del 26 de octubre de 2001 a las veintidós horas.

Luego la grieta se hizo un poco más ancha y en declive. El suelo, cubierto de agua sucia, se hundía a medida que avanzaban, hasta que fue necesario nadar.

Mariana le pidió al selknam que cargara a Günther sobre sus hombros. En la penumbra distinguieron hileras de ancas de caballos saliendo de las paredes a ambos lados del ancho pasillo inundado. Hombres sin brazos tenían sus cabezas metidas hasta el cuello en los anos de los animales. No se movían, pero los tubos respiradores que salían de sus pechos indicaban actividad. Serían algún tipo de fusible para evitar el sobretráfico de información del Ygdrasil. Permanecían en estado de erección, y sobre sus pechos tenían tatuados números primos correlativos.

Llegaron a una playa de arena. En un costado distinguieron a un niño conversando con un hombre de aspecto triste. Eran hologramas de gran calidad.

—Después de este pasillo está la cámara del Graal, el útero —dijo Mariana en voz baja—. Guarden silencio, entraremos humildemente.

El pasillo por el que avanzaban conectaba dos inmensos muros de circuitería que se hundían en la laguna de agua sucia. El suelo del pasillo era un sendero de arena de cuarzo; por la línea central del sendero asomaba una hilera de cabezas de mujeres dormidas. Sus nervios ópticos salían desde sus cuencas sin párpados, para subir en tensión hacia un techo que no se alcanzaba a divisar. Cada una tenía un clavo de hierro hundido en la frente. Las bocas, desmesuradamente abiertas, llenas de tierra y estiércol, se usaban como viveros para la crianza de escarabajos y hongos psicocíclicos.

La estructura de los muros se veía inconclusa en sus extremos superiores. Mariana explicó que aquello había sido voluntario. Los arquitectos, encarcelados en su interior, dormían y soñaban un sueño colectivo en el que seguían construyendo y proyectando la edificación en tamaños y alcances imposibles.

Al final del pasillo se encontraron con una explanada circular con suelo de arena y una delgada runa de cobre en toda la superficie. Mariana explicó que la explanada era la parte superior de un tubo fabricado con arena del desierto de Atacama, y que se hundía kilómetros bajo el fondo marino como un gran electrodo-aguja de acupuntura terrestre.

—¿Dónde está la cámara del Graal? —preguntó Günther, confundido por el enorme espacio vacío.

—Está aquí, pero todavía no —murmuró el selknam, olisqueando el aire.

—Sólo yo puedo sintonizarla —dijo Mariana, sorprendida.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Es que... no lo sabía. Lo supe hace unos segundos. Y ahora mi mente se llena de recuerdos extraños, de claves y gestos de poder... como éste. —Movié tres dedos en un giro de gran belleza, y el aire se desplazó sutilmente siguiendo la misma dirección, como si fuera agua. Hasta burbujas se elevaron desde la estela trazada por el gesto. La herida practicada en el espacio vibró y de ella comenzó a manar sangre. Un imperceptible gemido se levantó desde la runa.

—Entremos —dijo la mujer.

Avanzaron por la explanada y se encontraron en el interior de un edificio ovoide,

no muy amplio, pero de gran altura, con las paredes revestidas de maquinaria y cablerío. Un coro de hombres —incrustados a media altura en las paredes que sudaban vapor y aceite— formaba un círculo y entonaba un mantra en código binario. Eran doce ciegos, que se correspondían con los doce agujeros que había en el suelo, en torno de un montículo de roca oscura. Uno de los agujeros parecía furioso.

«El asiento peligroso», pensó Mariana.

—Cada agujero está recubierto con memoria del apóstol asociado al signo zodiacal correspondiente —aclaró a sus acompañantes.

—¿Judas también? —preguntó el muchacho.

—Judas y Jesús eran gemelos idénticos. Uno debió haber muerto en el parto. Fue un tremendo problema hacer que se ahorcara —agregó—. Los agujeros y su contenido estabilizan el espacio al interior del círculo. Producen un microclima propicio de asepsia astral.

—¿Asepsia?

—¿Ustedes nunca se callan? —los reprendió el selknam—. ¿No conocen el poder de las palabras? Si sólo pudieran ver el desorden que producen con su palabrería inútil...

Mariana se adelantó y se puso en cuclillas para observar de cerca la roca negra. Tenía una perforación en su parte superior y un tubo incrustado en ella. «¡El Graal!», pensó, y una sonrisa se dibujó en su rostro. «Es un calaburno. Sólo yo puedo sacarlo».

—¡Günther! ¡Lo hicimos! ¡Sé cómo sacar esta huevada! ¡Podremos volver! Sólo quédense ahí mientras opero este aparato.

El muchacho no cabía en sí de alegría; el selknam permanecía inmóvil. El aire comenzó a saturarse de colores, el polvo huyó lentamente de la roca negra y se refugió bajo la sombra de Mariana, que tecleaba códigos en la roca con la mano derecha y hacía gestos de poder con la izquierda; mantenía los ojos cerrados, la mente en blanco y la columna vertebral recta, apuntando hacia el agujero en la parte más alta de la sala.

Cuando terminó el ritual, abrió los ojos y los contactos se abrieron con un chasquido seco. El tubo ascendió suavemente unos centímetros y la mujer palideció. Bajo un anillo de cobre estaba grabado su nombre.

—Mariana... —murmuró ella misma, leyendo las incisiones en el metal bruñido del Graal. Luego miró a Günther con el rostro desencajado.

—¿Qué pasa? —preguntó el muchacho, asustado por su expresión.

—Hay algo muy raro en todo esto.

—Saca el Graal —pidió el selknam.

—Es que mi nombre está escrito en esa cosa —dijo la mujer con voz temblorosa.

—¿Qué dices? —exclamó Günther—. Eso no es posible.

—¡Saca el Graal! —gritó el selknam.

Los dos lo miraron con sorpresa: parecía muy molesto.

—Espera —dijo Mariana—. Esto es muy extraño y necesito pensar...

—¡No tienes nada que pensar! —vociferó el selknam—. ¡Sácalo de una vez!

—¡Cállate, huevón! —repuso la mujer—. Sólo te interesa tu puto objetivo, nada más. ¿Crees que no sé lo que tienes planeado?

Günther los miraba, angustiado.

—Algo está ocurriendo —dijo el Reche—. Se ha incorporado una variable nueva a los acontecimientos; puedo olerlo. ¡Saca el Graal de una vez, perra de mierda!

Un brazo desplegó sus uñas de combate y los ojos centrales del selknam tomaron una coloración intensamente rojiza.

—¡No! Cuando lo haga vas a matarme y destruir todo esto...

El selknam movió velozmente un brazo hacia su costado y engarfió el cuello de Günther.

—Ma... ria... naa —balbuceó el joven con los ojos desorbitados.

—¡Déjalo, insecto hijo de puta!

—Saca el Graal.

La mujer recordó el secreto del Tangata Manu: las tres palabras que anularían al selknam. Nunca podría decirlas tan rápido. O quizás podría evitar que destruyera el cuerpo de Günther, pero ignoraba las implicaciones de ese acto para el nexos del muchacho con este mundo. Sólo sabía que era demasiado riesgoso intentar averiguarlo.

—Está bien, tú ganas. Suelta al muchacho y sacaré el Graal.

—No, sácalo y entonces soltaré al muchacho —replicó el selknam secamente.

Mariana suspiró, bajó la vista y miró hacia la roca negra. Tomó el tubo con su mano derecha y comenzó a extraerlo. A medida que afloraba, el aire se llenaba de ecos, de reverberancias cromáticas y restos de presencias anteriores. Las auras y los residuos que el espíritu deja al desplazarse se fueron haciendo más y más visibles. Mariana miró hacia atrás y pudo ver el espíritu de Günther amarrado en puntos específicos al cuerpo del tonto. También vio al selknam como un umbral hacia entidades indescriptibles. Pudo ver su propia esencia con la forma de un océano inquieto, arreciando dentro de su cuerpo; sistemas fluviales vivos alimentaban a toda una civilización en su sistema circulatorio, mareas luminosas recorrían el espacio bajo su piel, saliendo a chorros por sus chakras. Vio energía en gravedad cero derramándose por sus dedos mientras manipulaba el Graal. Cuando finalmente lo extrajo del todo, tuvo la sensación de que las cosas le hablaban. Se sentía en el interior de un estómago descomunal.

—Aquí está —dijo, levantando el tubo—. Ahora suelta a Günther.

—Bien —dijo el Reche—. Debes saber que no puedes volver a introducirlo. También debes saber que lo que voy a hacer no tiene ninguna significación emotiva para mí. Sencillamente estoy ajustando un mecanismo que no está funcionando del todo bien. Ni siquiera soy alguien...

Dicho esto torció bruscamente el cuello de Günther y un ruido sencillo, demasiado sencillo, quebró el aire.

—¡Nooo! ¡¡Desgraciado!! ¡Hice lo que me pediste!

El selknam soltó el cuerpo inerte del tonto y Günther comenzó a nacer estrechamente a través de la boca del cadáver. Mariana, paralizada, veía su sufrimiento al intentar liberarse. Sus miradas se cruzaron justo en el momento en que el selknam lo desgarró con una larga uña hecha de palabras poderosas. Los fragmentos flotaron a la deriva unos momentos antes de disolverse lentamente en la nada, junto a un gemido y un ruego de niño.

Mariana permanecía de pie, temblando, con una mano crispada sobre la boca, incapaz de gritar o llorar.

—No es nada personal, Mariana, pero ahora debo abrirte el estómago y destruir el Graal.

El selknam dio un paso hacia la mujer desplegando una enorme garra de cartílago. Ella, sin dejar de mirar con horror el sitio donde su muchacho había sido destrozado y arrojado al olvido, pronunció entonces el primer vocablo. El selknam se detuvo, perplejo.

—Tú no deberías conocer esa palabra.

Mariana cerró los ojos. Günther había sido lo más parecido a un hijo que jamás había tenido, pensó, y dijo la segunda palabra. El selknam cayó de rodillas.

—No sabes lo que estás haciendo. Detente.

La mujer lo miró sin odio; se sentía vacía. Entonces pronunció la tercera palabra. El selknam se desplomó hacia atrás y quedó inmóvil, agonizante.

—Te aseguro que preferirás haber muerto —dijo con sus últimas fuerzas.

Mariana no lo escuchaba. Algo se había roto en su interior.

Tampoco se resistió cuando alguien le quitó el Graal y la inmovilizó con una llave que casi le quebró el antebrazo. Giró la cabeza y vio el rostro sonriente de un guardia del Directorio.

—No te muevas, o te quedas sin hombro.

Más allá, otros seis guardias surgían de entre los pliegues del útero y la rodeaban, apuntándole con sus armas cortas.

—Un movimiento extraño y te vuelo la cabeza —dijo el que parecía el jefe del grupo; pero la mujer no ofrecía ninguna resistencia.

Seguía pensando en Günther, en sus eternos dieciocho años rotos en mil pedazos y devorados por la oscuridad. Bajó los ojos para ver el Graal en el suelo, frente a ella; «Tan cerca, tan cerca», pensó. Cerró los ojos y esperó lo peor.

—*Mashdaa*, Mariana.

La mujer abrió bruscamente los ojos. Poco a poco la extraña silueta del Tangata Manu se fue formando ante su mirada; primero hecha de aire, luego de ganglios y nervaduras de colores turquesa, finalmente de temperaturas. Mariana increpó al Reche, convertido en una pila de escombros y herrumbre que moría con los segundos.

—Me dijiste que este huevón no podía intervenir físicamente, pero trajo a la guardia del Directorio. ¿O también era una mentira?

—No, no, no —intervino el Tangata Manu—. Yo no traje a nadie. Alguien los traicionó y dio aviso de su pequeña... intervención.

—¿Qué? Pero, ¿quién?

—El Imbunche, por supuesto —dijo el chamán.

—¿El Imbunche? Pero si esta operación es suya...

—Para saber lo que un político va a hacer debes fijarte en sus objetivos finales, no en sus acciones inmediatas. El Imbunche se contactó con el Directorio inmediatamente después de la ofensiva de los tontos y les ofreció el itinerario de los saboteadores a cambio de una primera victoria. Eso fue todo. Vendió a sus hombres a cambio de un triunfo que impresionara a los demás jefes de sindicatos. Él es un político. El saca cuentas, ya me entiendes.

Nada se movía dentro del útero del Ygdrasil, a excepción de las pequeñas placas del sistema de ventilación del selknam, cuya respiración trabajosa era el único sonido perceptible. Mariana estaba paralogizada.

—¿Por qué asistes a este espectáculo? —dijo por fin, mirando sin mirar el suelo—. ¿Qué quieres tú? ¿Porqué los guardias no me han llevado ante la policía del Directorio?

—No van a llevarte a ningún lado. Tú eres lo que yo quiero.

—Pero soy prisionera del Directorio. No estoy a tu alcance.

El Tangata Manu se acercó a Mariana y un aroma a violetas inundó el lugar cuando aquel extraño ser desplegó unas garras azulosas. La tanteó como estimando una mercancía.

—Tú eres el pago que le exigí al Directorio por mis servicios. Les di lo que querían y ellos te protegieron y te guiaron hasta mí, querida Mariana.

La mujer hizo una mueca de asco ante el desagradable aspecto del chamán.

—¿Y a cambio de qué, si se puede saber?

—A cambio de la muerte del selknam, que tú misma llevaste a cabo.

Mariana sintió un mareo y algo de calor en el rostro.

—Hace años revelé al Directorio el advenimiento de un guerrero invencible que los destruiría. Nadie podría detenerlo excepto yo, así que aceptaron gustosos. Entonces pedí a cambio a esa insignificante hembra puesta en un lugar específico de mi elección: justamente donde estás parada, Mariana.

La mujer reaccionó de pronto y quiso resistirse, pero el guardia le torció el brazo a un límite casi intolerable.

—¡El centro de control de la Sección 14 no sabe de los tratos del Imbunche! ¡Sus generales mandarían una patrulla a rescatarme cuando vean que no me comunico en el momento acordado! —gritó entre el dolor y la rabia.

El Tangata Manu se le acercó y le susurró al oído:

—La Sección 14 ya no existe.

Mariana se removió, intentando soltarse.

—¡Mentira! ¡Ellos vendrán a rescatarme, a mí y al Graal!

El Tangata Manu pareció sonreír, si es que algo como él podía hacerlo.

—La Sección 14 era una granja humana, una plantación en tiempos de cosecha, Mariana. Almas maduras en éxtasis religioso e inflamadas por la guerra, cortadas y distribuidas en los computadores que harán vivir al Ygdrasil. Todo según itinerario.

—¿Itinerario de qué...?

La pregunta la hizo mecánicamente. A su alrededor todo se derrumbaba como tocado por una mano tan grande que no alcanzaba a verla, por una voluntad que ni siquiera se atrevía a imaginar.

—El itinerario establecido por el Directorio para toda esta... pesadilla —continuó el Tangata Manu—. Quieren despertar a la Chrysler usando el Ygdrasil y la tecnología del Empalme Rodríguez. Quieren dotarla de alma y extenderla a través del mundo. Quieren lo que todos quieren: poder.

»Ellos piensan que han estado manejando los acontecimientos a su favor durante los últimos tres mil años, y que todo culminará hoy, cuando los senderos que se bifurcan vuelvan a convertirse en uno. Pero se equivocan. El Ygdrasil fue desarrollado por ellos pero *no para* ellos: basta introducir una pieza distinta en un lugar preciso para que este inmenso árbol del conocimiento encuentre su verdadero significado en el Universo... Y esa pieza eres tú, Mariana.

La mujer sintió que sus ojos se humedecían nuevamente. Recordó sus sueños, siempre crípticos, siempre dolorosos. Algo coincidía, pero no podía descubrirlo.

—Así que eso soy... Un tornillo —dijo, con los ojos llenos de lágrimas—. Así termina mi vida. —Sonrió apenas—. ¿Puedes decirme por lo menos qué tipo de tornillo soy antes de ensamblarme a esta huevada?

El chamán extendió una garra hacia el rostro de la mujer y suavemente le hizo a un lado un mechón de pelo. Un gesto humano inesperado.

—El Ygdrasil es un módem gigantesco. Necesitamos un sistema de transmisión de datos eficiente, inmediato e inalámbrico.

«¿Necesitamos?», pensó Mariana. «¿Quiénes?».

—Tienes una doble viviendo desde el futuro hacia el pasado; ella carga la mitad de una información preciosa. Cuando las dos se crucen, esa información estará completa y tú, Mariana, te conviertes en la contraseña viviente para adentrarse en la psique humana. La puerta se abrirá como una vulva y el Ygdrasil podrá penetrarla como un espermio monstruoso, que se conectará directamente con el inconsciente colectivo de la Humanidad y podrá usarlo como una red para correr datos en lenguaje de arquetipos. Cada ser humano será un nodo conectado a una red inalámbrica de una velocidad cercana a la inmediatez. La Tierra completa será un gran dispositivo de transmisión de datos, con alcances inconcebibles para los humanos... Porque no es para humanos, Mariana.

—¿Quién eres tú? —murmuró la mujer, mareada con el descabellado discurso

que acababa de oír.

—Un arquitecto que quiere ver finalizada su obra, nada más. Éste es sólo otro proyecto biotecnológico, en el marco de un plan muchísimo mayor. El Sol es una entrada de datos; su luz es información que viaja ondulando por el espacio, como las serpientes, y distribuyendo los datos por este microprocesador específico que es el sistema solar. Yo soy la memoria de este circuito-laboratorio. Escribo el Libro de los Acontecimientos a lo largo de incontables reencarnaciones; proceso la información y modulo los hechos. Ahora mi trabajo está a punto de terminar.

Mariana se sentía envuelta en un aura de irrealidad: las palabras del Tangata Manu rebotaban en su cerebro, pero no la tocaban. Ni siquiera se inmutó cuando el guardia la liberó y se retiró del lugar junto a sus compañeros. El salón parecía respirar; era un sitio extraño.

—Debes prepararte. No será grato, pero eso no es relevante.

Mariana abrió sus hermosos ojos café y los movió nerviosamente, buscando alguna vía de escape.

—Ni lo intentes. Además, hacia donde sea que te dirijas, estarás en el lugar adecuado, en el momento preciso. Hoy todos los senderos llevan a ti.

—No, no... No quiero... Por favor...

—Bebe el cáliz en silencio, no tienes alternativa. Lo hiciste increíblemente bien, te felicito.

La mujer temblaba, paralizada en su sitio. Temblaba y sollozaba, de pie en medio del útero. De pronto, unos chasquidos le hicieron abrir los ojos y contener la respiración. En ese instante dos arpones penetraron sus oídos y Mariana se vio izada a seis metros de altura. Allí, suspendida, le arrancaron piernas y brazos, la cauterizaron con hierros al rojo vivo y la incrustaron con ganchos de acero al mecanismo que colgaba en el centro del útero. Incrustada como en una joya. La joya del Ygdrasil.

Luego le extrajeron los ojos y le hundieron terminales de datos en los nervios ópticos. La sangre y los gritos de Mariana alimentaban el suelo del útero como una lluvia. Las paredes orgánicas de la sala se habían hinchado y enrojecido como el tejido uterino humano. Una esclusa se abrió en la cima del salón y dejó caer un chorro de líquido amniótico semiconductor, que bañó a Mariana y comenzó a llenar rápidamente la sala. Una larga tráquea, conectada a un sistema de ventilación, salía de la boca de la mujer para impedir la asfixia por inmersión.

Ella.

Ella ciega y semiinconsciente. Crucificada en el útero del árbol, gimiendo. Llama a su madre con un hilo de voz, le dice que Günther es su hijo también. Cree sentir las olas de las costas de México en el rugido del líquido que ya casi la sumerge, y sonrío.

Se desmaya. Una descarga eléctrica la despierta: es imprescindible mantenerla consciente para lo que va a ocurrir.

Decenas de máquinas con calamares vivos en su interior se despliegan por el líquido. Le cortan los pezones a la mujer e introducen agujas conectadas a cables receptores. Un calamar trepa y se introduce por su vagina hasta alojarse en la matriz. Desde allí extiende tentáculos que hunden garfios en cada ovario para bajar el patrón de ovulación, como parte de la cadena matemática del password. Un segundo calamar hunde el Graal por la vagina hasta calzarlo con el terminal del primero; un chasquido acusa el ensamble perfecto. El Tangata Manu sonrío.

En sueños, Mariana siente que se le abre un agujero en la frente y que es penetrada por un ángel. Una voz le explica que el enchufe clavado a su frente se conecta a la máquina que contiene el útero. Los líquidos de la máquina, en constante evaporación, la conectan con la atmósfera que rodea la Tierra. Ramales sinápticos de hidrógeno se proyectan fuera del sistema solar y, de pronto, Mariana sabe que está usando la galaxia como globo ocular. Pero tiene también la certeza de que no es ella quien mira, no es ella quien ve.

Cada momento que pasa se siente más una médium de otra cosa.

Cada momento que pasa le cuesta más recordar quién es ella misma. «Mariana, Mariana». La voz se esfuma como la luz del atardecer en su memoria.

Algo va a nacer a través de su frente encinta.

El Tangata Manu espera.

Un zumbido de baja frecuencia avisa que la extracción de la contraseña va a comenzar. La Mariana que vive desde el futuro hacia el pasado se acerca vertiginosamente. El ruido industrial de un gran *switch* anuncia que se enciende el sistema de energía del extractor. Mariana es asesinada. Su alma se dirige, a través de una malla de estática circular, de regreso a su propio cuerpo. El ciclo se acelera a medida que el momento de la extracción se acerca. Mariana es obligada a reencarnarse en sí misma varias veces por segundo. Es un despojo humano que pulsa espasmódicamente.

El Tangata Manu observa. Una vez que arribe la Mariana segunda, el código se completará. Pero antes hay algo que debe concluir.

El sitio parecía una tumba. Gruesas paredes de concreto, el techo bajo, la luz fantasmal; no se ve ninguna puerta.

—*Mashdaa*, Imbunche.

El saludo del Tangata Manu rebota en la minúscula sala.

—¿Qué... qué es lo que está ocurriendo? ¡El centro de control no responde!

El profeta tiembla en un rincón del búnker.

—¡Nadie contesta en toda la Sección 14! Es como... si hubieran desaparecido.

El Tangata Manu se acerca, casi con ternura.

—Es que ya no queda nadie. Ni siquiera el Directorio existe ya. Sólo tú sigues vivo en toda la Chrysler.

—¡No puede ser! —grita el Imbunche, enseñando sus encías desnudas—. Yo tenía un trato. El Ygdrasil...

—El Ygdrasil no es mercancía de pequeños comerciantes. Has tenido el inmenso honor de asistir a su nacimiento, recuerda eso en tu último instante. Hay cosas que no imaginas.

—¿Qué... cosas?

El Tangata Manu se acerca un poco más y suspira, mirando la consola de comunicaciones junto al enjuto cuerpo del profeta.

—Hay una rebelión allá afuera —murmura—. Estamos construyendo un golem, un impostor que reemplace al dios moribundo, al Jehová comatoso, al obstáculo.

El Imbunche suelta una risita nerviosa. Luego su rostro se hiela en una mueca de miedo y asombro.

—¿Hablas en serio?

—La Tierra es una pieza de nanotecnología a punto de ser puesta a funcionar.

—Entonces es verdad que no queda nadie.

El Tangata Manu le levanta el rostro por el mentón con una larga garra ósea.

—Me vas a matar, ¿no es verdad? Antes dime por lo menos para quién trabajas.

El chamán se acerca y le susurra algo al oído. El Imbunche abre los ojos desmesuradamente y se desploma, para siempre.

En el vértigo de sus muchas muertes algo va quedando en la mente de Mariana. Se siente la gran madre de algo diferente. Se siente la reina de la colmena, se adivina parte de un gran organismo hecho de otros organismos, danzando coordinadamente como neuronas generando un pensamiento.

Ya casi no sufre por sus heridas, y el Graal irradia conocimiento en forma de calor y ternura, como datos transferidos por osmosis a su organismo.

«Mariana, Mariana». Se siente confortablemente anulada.

«Mariana, Mariana». Alguien se acerca y quiere abrazarla.

El Tangata Manu huele a Mariana segunda, que se acerca. La máquina gira y el útero entra en éxtasis. «Géminis», piensa el chamán, y todo se detiene. El coito se produce. Los códigos genéticos se enlazan en una cuádruple espiral que arroja bellos poemas como resultado preliminar, poemas-conjuro que abren la puerta para que el Ygdrasil ingrese hasta tocar el fondo de la psique humana con un dedo helado, y así

infectarla con un *software* nuevo.

«Todo se ha cumplido».

La descarga es tremenda y produce un efecto colateral inesperado. La Chrysler es invadida por la irradiación del árbol y logra despertar por unos instantes, los suficientes para tomar conciencia de su existencia y saberse monstruosa. Se remueve de dolor por el acero y la fibra incrustados en su biología de protozoo; llora de tristeza por saberse ofensiva a los ojos de Dios. Su mente no logra sostenerse y se derrama, esquizofrénica, por toda la red de comunicaciones del planeta. La red se levanta por unos instantes como un insecto desaforado, doloroso e inestable, aullando una súplica electrónica, quemándose las retinas con el rostro de Dios; fundiéndose, disuelta entre lágrimas de sulfato y cobre ennegrecido.

Finalmente, el silencio y el humo.

El Tangata Manu órbita la Tierra.

Mariana como la reina de la colmena humana. Sumergida en líquido amniótico, incrustada en su trono como la joya en la frente de Lucifer; médium, machi, *proxy* definitivo.

Apenas recordando a la Humanidad, apenas recordando su humanidad, llora durante tres años. Mira hacia un costado pero no hay buen ladrón. Günther ríe, pero sólo en su memoria, que se apaga como la última luz del Universo.

«Todo se ha cumplido».

El Tangata Manu informa que la pieza número 369 está operativa. La red para correr información funciona perfectamente. Enseguida remolca todo el sistema solar hacia un punto desconocido, lejos de los rastreos de la oficialidad. Lleva este microprocesador de Brahma al lugar donde máquinas hechas de galaxias fabrican al golem impostor, el futuro líder de la rebelión contra el dios agónico.